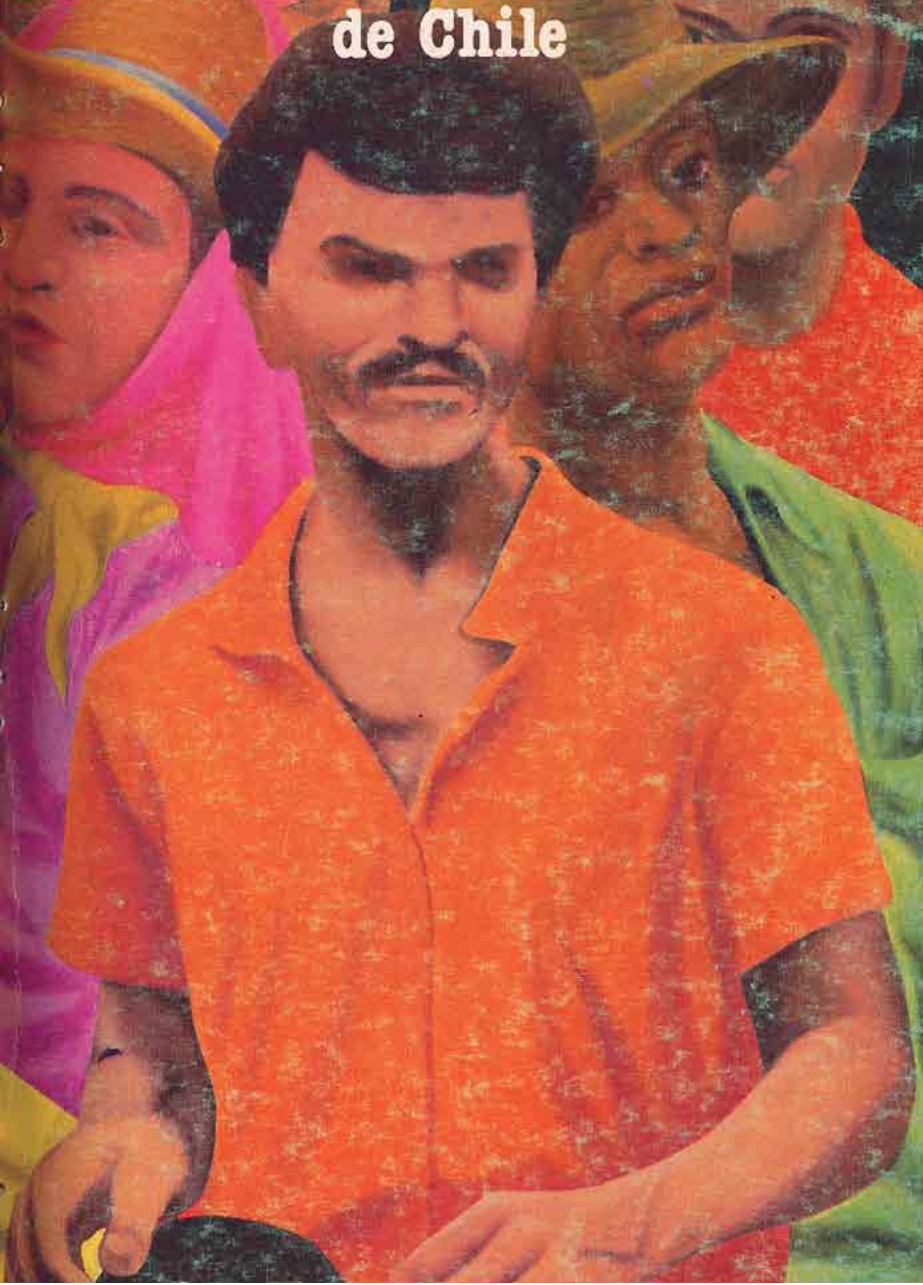


Paraucaaria

de Chile



araucaria

de Chile

N° 41 - 1988



Director:

Volodia Teitelboim

Secretario de Redacción:

Carlos Orellana

Consejeros

y colaboradores:

Jorge Enrique Adoum, Margarita Aguirre, Carlos Allbrecht, Fernando Alegría, Clodomiro Almeyda, Isabel Allende, Nemesio Antúñez, Ligeia Balladares, Mario Benediti, José Balmes, Gracia Barrios, Gustavo Becerra, Mario Boero, Leonardo Cáceres, José Cademártori, Alfonso Calderón, Javier Campos Orlando Caputo, Hernán Castellano Girón, Carlos Cerda, Armando Cisternas, Patricio Cleary, Marcelo Coddou, Francisco Coloane, Julio Cortázar (+), Santos Chávez, René Dávila, Guido Decap, Luis Enrique Délano (+), Poli Délano, Jorge Díaz, Humberto Díaz Casanueva, Eugenia Echeverría, Vladimir Eichín, Juan Armando Epple, Víctor Farías, Eduardo Galeano, Gabriel García Márquez, Claudio Giaconi, Ruth González Vergara, Alexis Guardia, Patricio Hales, Marta Harnacker, Guillermo Haschke, Pamela Jiles, Manuel Alcides Jofré, Fernando Krahn, Raúl Larra, Miguel Lawner, Miguel Littin, Hernán Loyola,

sumario

A los lectores.	5
De los lectores	6
<i>La dependencia del poder judicial</i> (Antonio Doñate).	11

la historia vivida

<i>Testimonio de un combatiente. Entrevista con un dirigente del FMPR.</i>	15
Carta abierta a mi amigo Víctor Jara (Angel Parra).	46

nuestro tiempo

Volodia Teitelboim: <i>Fascistas, filósofos y rectores.</i>	49
José Cademártori: <i>Las transformaciones necesarias. Líneas posibles de la nueva democracia en Chile.</i>	59
Eduardo Galeano: <i>Sobre la necesidad de tener ojos en la nuca.</i>	75

exámenes

Gustavo Solís de Ovando: <i>La Iglesia, los cristianos y la Revolución.</i>	85
«Iglesia liberadora» y política (Mario Boero).	94

calas en la historia de Chile

Olaf Gaudig y Peter Veit: <i>¿Y mañana el mundo entero! Antecedentes para la historia del nacionalsocialismo en Chile</i>	99
---	----

temas

Oscar Zambrano: <i>Guión breve para una historia del cine boliviano.</i>	119
Cine latinoamericano: una perspectiva nueva (Sol Aymará)	128
Jacqueline Mouesca: <i>Cine chileno: los años de la dictadura</i>	133

Cine chileno: otros capítulos en el exilio (R. A.)	148
Isabel Allende: <i>Por qué y para quién escribo</i>	155

los libros

<i>La nueva novela de Isabel Allende</i> (Miguel Alfonso-Ruth González Vergara).	165
--	-----

textos

Eduardo Guerrero: <i>Plata para pan, mamá.....</i>	175
Ramón Díaz Eterović: <i>Qué buena voz se perdió para el tango</i>	177
Sergio Vesely: <i>Tu amor suena distinto al mío.</i>	181

crónica

<i>Juan Pablo Cárdenas, el periodista al que le robaron la noche</i> (Virginia Vidal), pág. 187 / <i>Eduardo Falú: en el mundo y sus universidades</i> (Vladimir Wistuba), pág. 200 / <i>Varia intención</i> (Tú no moriste contigo - Desentumeciéndolo la conciencia universal - Chile en su pensamiento - Reportajes necesarios - David y los tamarugos)	203
--	-----

notas de lectura

Los dos últimos años de Salvador Allende - La política exterior chilena durante el gobierno de Allende - La mujer en la poesía chilena - Manuscritos clandestinos - Aforismos y poemas - Palomitay - Glosario del amor chileno.	205
---	-----

notas de discos

La muerta no va conmigo - Documento - Ancestres	217
---	-----

En la portada se reproduce un cuadro de Gontrán Netto, uno de los principales pintores brasileños actuales. Suyas son también las reproducciones en blanco y negro de las páginas 4, 10, 15 y 48. Las ilustraciones restantes del número pertenecen a Zaida del Río, pintora, dibujante y ceramista cubana.

Sergio Macías, José Mal-davsky, Patricio Manns, Roberto Matta, Eugenio Matus Romo, Gabriela Meza, Julio Moncada (+), Augusto Monterroso, Jacqueline Mouesca, Eugenia Neves, Osvaldo Obregón, Agustín Olavarría, Carlos Ossa, Carlos Ossandón, Alfonso Padilla, Patricio Palma, Isabel Parra, Claudio Pérsico, Olga Poblete, Fernando Quilodrán, Mauricio Redolés, Osvaldo Rodríguez Musso, Miguel Rojas Mix, Grinor Rojo, Luis Rubilar, Omar Saavedra, Ernesto Sábato, Cecilia Salinas, Augusto Samaniego, Federico Schopf, Antonio Skármeta, Rubén Sotoconil, Radomiro Spotorno, Bernardo Subercaseaux, Arturo Taracena, Eugenio Téllez, Mario Toral, Armando Uribe, María de la Luz Uribe, Juvencio Valle, Hernán Villablanca, Sergio Villegas, Sergio Vusković, Oscar Zambrano, Raúl Zurita.

Comité permanente:

Luis Bocaz, Pedro Bravo Elizondo, Jaime Concha, Osvaldo Fernández, Omar Lara, Luis Alberto Mansilla, Alberto Martínez, Guillermo Quiñones, José Miguel Vargas, Virginia Vidal.

Diseño gráfico:

Fernando Orellana.

EDICIONES MICHAY.

Arlabán, 7, of. 49 / Teléfono: 232 47 58 / 28014-Madrid (España).

ISBN: 84-85594.

ISSN: 0210-4717.

Depósito legal:

M. 20.111-1978.

Catálogo de la Biblioteca del Congreso (Washington): N.º 80-642682.

Impresores:

Graficino, S. A. / Eduardo Torroja, 8 / Fuenlabrada (Madrid).



Quién puede poner en duda que la inmensa, la abrumadora mayoría de la población de Chile está por la negación de la dictadura. Pero es evidente que no basta con el mero pronunciamiento adverbial. La hora llama a determinaciones sustantivas: un *no* que se proponga unir la palabra a la acción, desencadenando, por la vía de la movilización social, el vasto movimiento de masas que el país necesita para aventar a Pinochet y con él a su régimen.

No pareciera ser éste el objetivo de aquellos que sostienen un *no* con perfiles de contienda electoral entre caballeros; que constatan, consternados, la «ninguna disposición de la autoridad para dialogar». Son los políticos que, conforme pasan los años, en lugar de buscar una profundización de la ofensiva por la recuperación de la democracia, van cediendo más y más, y han ido abandonando metas como la exigencia de que Pinochet renuncie, tesis como la no-violencia activa, planes que contemplaban el desencadenamiento de la desobediencia civil y la ingobernabilidad del país, y las ideas, desde luego, de las protestas colectivas y la movilización popular. Han terminado así por despojar a la negación de ciertas potencialidades de envergadura, deslavándola, descafeinándola. Un *no* que podría convertirse en una potente carga de profundidad, amenaza quedar reducido en estas condiciones a un malabarismo cercano a las simples astucias de salón.

Hay un Chile real con sus dramas y sus sufrimientos reales que no puede darse por inexistente o mucho menos superado. La dictadura sigue siendo la dictadura, Pinochet no ha renunciado —ni hay indicios de que se proponga hacerlo— al ejercicio del terror, y las prácticas criminales fascistas —las desapariciones, los asesinatos, la tortura y el terrorismo policial— no son cosas, ni con mucho, que sólo cuenten como recuerdos del pasado.

Digamos, a propósito de esto último, que no ayuda a la práctica social —la política, en este caso— y no parece ser tampoco prueba de lucidez, el asimilar la reacción contra la represión y el terror (la protesta sistemática, la organización de la denuncia; la lucha, en suma) a una simple tercera o cuarta instancia de la cultura —en su acepción antropológica— heredada del régimen. La voluntad activa de oponerse a la dictadura y de obstinarse en su derrota definitiva, lejos de ser un componente de aquella cultura —asimilable a una «estética de la pobreza y de la humillación»— representa por el contrario una de las pocas garantías de que podamos alcanzar la superación del entrampamiento cultural actual.

Los hechos, como siempre, tienen la palabra. Anticipemos, como quiera que sea, nuestra certeza de que nada verdadero y profundo será posible sin la plena unidad, sin el acuerdo que permita convertir un incoloro adverbio de negación en el verbo tumultuoso y transformador de la acción popular de masas.

de los lectores

Aprovecho esta ocasión de tener que renovar mi suscripción a **Araucaria** para hacer algún comentario al tremendo artículo «Al cabo de diez años», que aparece en el N.º 40. Artículo que por lo que hace a España me ha parecido durísimo, pero acaso merecido: quisiera creer que son Uds. injustos, pero mucho me temo que no sea así, y que esa España odiosa que Uds. describen sea la auténtica España de hoy. Claro que hablan Uds. de otras Españas, pero la realidad del instante que vivimos no es más que una. España fue derrotada en 1939 por una coalición de lo peor de sí misma con lo peor de Europa. Nunca se ha levantado de esa postración: los 40 años de Dictadura imperial se dejan notar. Fíjense Uds. que por todas partes, en los puestos dirigentes de la sociedad, se encuentran fascistas más o menos arrepentidos (o para ser puristas: franquistas). La salida de esa tremenda situación se ha hecho por la puerta falsa de Europa y el otro Imperio, no la Europa de la filosofía y la revolución francesa, sino la de los grandes monopolios, el caramelo envenenado para meternos en la Otan. Y la gente, mucha gente, se lo ha creído: produce tanta ilusión pensar que ya estamos en Europa, que ya somos mayores y civilizados, que ni siquiera nos damos cuenta de que Europa significa arrancar olivos y tres millones de parados. Europa es nuestra morfina. Pero la historia del siglo XIX *demuestra* que esta situación no puede ser eterna; y al descubrirse a sí misma, España descubrirá a América, que no todos los españoles somos mercachifles, también hemos tenido nuestro Altamira y nuestro Antonio Machado.

Al felicitarlos a Uds. por la gran calidad de **Araucaria**, hago votos para que ese nuevo «descubrimiento» se produzca cuanto antes; y por favor no juzguen Uds. a España por lo que puedan decir los porteros ministeriales, aunque la España oficial sea una inmensa portería.

Alberto Gil Novales (Madrid, España)

Quiero felicitarlos e incitarlos a continuar en la hermosa tarea de cultura para todo el exilio chileno en que están empeñados, y por qué no decirlo, para muchos que hoy viven en la oscuridad. Quisiera decirles que he leído con mucho placer el N.º 35 de la revista, que estaba leyendo un amigo llegado aquí desde Italia, y de inmediato sentí que encontraba de nuevo en **Araucaria** tantas cosas que habíamos conversado antes. Quiero suscribirme para este año (que esperamos será mejor para todos los chilenos). Los saludamos desde estas lejanas tierras australianas, donde muchos exiliados estamos cumpliendo un extrañamiento que esperamos no dure ya tanto.

Luis Díaz (Brisbane, Q.L.D., Australia)

Hace algún tiempo tuve la oportunidad de conocer unos viejos números de **Araucaria**, y les escribo por eso, a ver si podemos iniciar una estrecha

colaboración. Esos escasos números los hemos leído, releído, prestado, luchado por recuperarlos; han sido saboreados una y mil veces. Necesitamos más. Esperamos que les queden todavía números antiguos, para que nos los hagan llegar. A principios del 87 un compañero recibió un buen paquete de ellos, los cuales nos sirvieron para alegrar este lejano y gris espacio del exilio.

Esteban Espinoza (Auckland, Nueva Zelanda)

Las claves de la nostalgia son siempre imprevisibles. Mi amigo Eduardo Ubilla —veterinario chileno y ahora flamante Doctor por la Universidad Politécnica de Madrid— estuvo en Chile (preparando sigilosamente, parece, el retorno) y trajo centenares de fotografías. Me llamó la atención el «atipicismo» de ellas, el enlace con una identidad asociada a ciertos elementos de la cotidiano-banal, como este camión repartidor de «Cachantún», sorprendido en un camino de La Frontera, y que me trajo en ramalazos violentos el recuerdo de mi patria. A lo mejor les puede ocurrir otro tanto a sus lectores, y es por eso que les mando la foto.

G. D. (Madrid, España)



Mis felicitaciones para todo el equipo que cada mes prepara **Araucaria**. Es una revista no sólo de gran calidad, sino que también hace historia luchando por la cultura chilena. Tuve la suerte de conocerla en Chile, antes de salir yo al exilio, cuando un amigo retornado me prestó un número, y después pude leerla y con más calma en la biblioteca Bellarmino, donde tienen una colección completa.

Me he tomado la libertad de enviarle unos poemas por encargo de su autor, que está en la cárcel, y que naturalmente prefiere no dar a conocer su nombre. Sería una gran alegría ver publicados algunos de ellos.

M. G. L. (Correo Ave. Matta, Santiago)

Publicamos entero el poema «Vieja Virtud» y extractos de diversos otros

Vieja virtud

¿Qué pasa, chilenos?

¿Dónde quedó esa vieja virtud de horrorizarse?

Han sembrado el país de mentiras y cizaña.
Han asesinado sacerdotes y niños por la espalda.
Han hecho volar en mil pedazos a sus propios
camaradas de armas.

Nos han bajado la mortalidad infantil,
mientras en las poblaciones pasan hambre

Nos han muerto un presidente a tiros
dentro de nuestra misma casa;
y en los caminos aún palpitan las sienes astilladas
para acallar la palabra.

En las hondonadas y desiertos apenas cubren
los improvisados sepulcros,
que brillan como soles
donde está Pedro, amarrado con alambre,
Juan con un hoyo en la cabeza,
Carmen, lanzada al mar por un piloto ebrio
de crueldad,
desde un respetable helicóptero;
comprado por el pueblo, para el pueblo
y no para desencadenar la maldad y la locura.

* * *

(Fragmento de poema sin título)

«Me tienen curcuncho»
con la probidad de ciertos jueces,
con la calidad de nuestros vinos,
con que somos los ingleses de América.

La verdad es que ahora apenas nos alcanza
para el «éramos» o el «fuimos».
Por el momento hay algo que nos sobra:
los culpables, los cómplices y los indiferentes.

(Fragmento de **Rezo**)

Yo no quiero venganzas.
para el hombre del futuro
la historia sonará limpia, como
[la voz
de una guitarra.

Pero por esta vez,
aun siendo cristiano,
no me pidas, Señor, que ponga
la otra mejilla.

* * *

Fernando Krahn es no sólo uno de los mejores dibujantes humorísticos chilenos; en su género, el del humor negro, tiene la reputación de ser, a nivel internacional, uno de los más importantes de este tiempo. Su saludo —enviado desde Barcelona— por nuestros diez años llegó un poco atrasado para aparecer en el N.º 40. Lo publicamos ahora, con nuestros agradecimientos.

Con
Cordiales
Saludos



Fernando Krahn



ANTONIO DOÑATE

La dependencia del poder judicial

Afirmar que el poder judicial no goza de independencia en el régimen militar imperante en Chile desde el 11 de septiembre de 1973 no es descubrir nada nuevo. Sólo dentro del marco de un Estado de derecho puede empezar a hablarse de independencia de los jueces, y es obvio que en el Chile de hoy no concurren los presupuestos de esa forma de Estado: ni se da el imperio de la ley como manifestación de la voluntad popular ni hay un verdadero reconocimiento de los derechos y libertades de los ciudadanos ni —por supuesto— se respeta el principio de la división de poderes del Estado, al estar concentrados el Ejecutivo y el legislativo en una sola persona, el general Pinochet, con la ayuda de la Junta Militar de Gobierno que preside. En estas condiciones, tampoco se da el control parlamentario y judicial de los actos emanados del Ejecutivo, propio de todo Estado de derecho.

Que esto es así pudimos comprobarlo recientemente los componentes de la comisión de juristas europeos (magistrados, abogados y profesores universitarios de Italia, Bélgica, Holanda y España) convocados por la Comisión Chilena de Derechos Humanos, el Departamento de Derechos Humanos del Colegio de Abogados y la Asociación de Abogados de Presos Políticos en Santiago de Chile, donde nos constituimos en sesión pública en un hotel céntrico de la capital para escuchar numerosos informes de juristas o de parientes de desaparecidos, de condenados a muerte, de ciudadanos sumariamente ejecutados entre 1973 y 1987, que tomaron la importante decisión de formular públicamente sus denuncias y acusaciones extraordinariamente graves en contra de los organismos del poder de su país.

Esta situación se mantiene desde el golpe militar, sin solución de continuidad pese a la aparente cobertura formal que pretendió el decreto-ley de 8 de agosto de 1980, por el que se publicó la llamada *Constitución política de la República de Chile*, donde se recoge una de las perlas más curiosamente ególatras de la legislación golpista contemporánea: «Durante el período indicado (ocho años)... continuará como presidente de la República el actual presidente, general del Ejército, don Augusto Pinochet Ugarte...», que lógicamente es el primer firmante de dicho decreto-ley. Bastaba referirse al *actual presidente*, pero no le debió parecer suficiente al general.

Antonio Doñate es presidente de la Audiencia Provincial de Barcelona y presidente de la Comisión de Juristas Europeos.

Mucho más serio es ver cómo, a diferencia del régimen franquista que padeció nuestro país, en el que se desterró de la terminología legal las palabras *constitución* y *constitucionales* (aquí se hablaba a lo sumo de leyes fundamentales o de *ley orgánica del Estado*), los nuevos estrategias militares latinoamericanos pretenden amparar su régimen militar bajo el manto constitucional.

El régimen franquista luchó hasta el mismo momento de su desaparición para que se le reconociera nacional e internacionalmente una legalidad democrática. El régimen militar chileno ha tendido la trampa de simular su desaparición para pervivir bajo una pretendida *legalidad democrática constitucional*.

El panorama se agrava si se tiene en cuenta el trasvase de competencias a la jurisdicción militar, carente de la debida imparcialidad dada la movilidad de sus jueces —y especialmente por su dependencia jerárquica del mando militar—, que ha facilitado una aplicación corporativa de la ley cuando estaban implicados militares acusados de delitos por violaciones de derechos humanos.

Confirma lo dicho el que desde la entrada en vigor de la llamada Constitución de 1980, y pese al real temor a las represalias, se han contabilizado 115.513 denuncias por violaciones de los más elementales derechos humanos (394 muertes, 1.288 homicidios frustrados, 1.462 torturas, 103.713 detenciones arbitrarias, 1.052 relegaciones, 4.717 tratos crueles y 2.869 amedrentamientos). Sin embargo, se nos afirmó públicamente que hasta la fecha no se ha ejecutoriamente condenado a ninguno de los responsables.

Al modo de ver de los miembros de la comisión, resulta esencialmente grave la responsabilidad de la Corte Suprema del país. No porque sus miembros hubiesen actuado como asépticos aplicadores de la legalidad militarista, sin cuestionarse que, en coherencia con esta propia legalidad, los preceptos que aplicaban carecían de toda legitimidad, dado el carácter y naturaleza de los derechos humanos, sino por el hecho de que, además, la Corte Suprema fue más allá, abdicando de sus propias competencias en favor de los tribunales militares o resolviendo sistemática y restrictivamente cuando se trataba de sus funciones de amparo y protección de derechos individuales, y amplia y generosamente cuando el acusado era un militar o agente de la DINA.

Lo prueban, entre otros, los siguientes ejemplos:

1. La aceptación de que menores de edad puedan haber sido detenidos por estados de excepción, declarando inaplicable la ley de protección de menores, razón por la cual se rechazaron los *hábeas corpus* que se interpusieron en favor de niños.

2. La legitimación de detenciones en recintos secretos.

3. La aceptación de las comunicaciones administrativas derivadas de arrestos dispuestos por el Ejecutivo.

4. La pasividad ante el incumplimiento por el Ministerio del Interior de evacuar dentro del plazo legal los informes en los recursos de *hábeas corpus*, llegándose al extremo de facilitar plazos adicionales reiterados cada vez que se producía el vencimiento del anterior.

5. La revocación sistemática de las sentencias de los órganos jurisdiccionales inferiores que acogían recursos de *hábeas corpus* o de protección en favor de exiliados, detenidos y disidentes.

6. La aplicación generosa del decreto-ley de amnistía de 1978, que supuso la paralización de investigaciones y el sobreseimiento de procesos en que los jueces inferiores habían determinado la responsabilidad de agentes de la DINA o de militares.

7. La aceptación de las versiones artificiosas de agentes de seguridad que han participado en torturas, frente a otras pruebas, incluso periciales, que demuestran la verificación de los tormentos.

No obstante, hemos constatado con satisfacción que, pese a la situación excepcional existente en Chile desde hace 14 años, se ha producido un movimiento social y jurídico por la defensa de los derechos humanos. El primero, el valiente y eficaz testimonio de la Iglesia católica en la organización y defensa de los derechos humanos desde el primer día del actual régimen militar. El segundo, el alto valor de los abogados chilenos representados hoy en las instituciones que nos convocaron o de la vicaría de solidaridad, que han dado ejemplo de su adhesión a los valores permanentes del estado de derecho. El tercero, el ejemplo de las familias de las víctimas, manteniendo una lucha tenaz por el derecho a la justicia y sanción de los culpables.

Y, por último, la actitud valiente, inteligente y profesional, de algunos jueces, cuyo testimonio da cuenta de los valores morales y jurídicos que permanecen aún en el personal judicial chileno, al no haber claudicado en su función, garante pese a la conducta hegemónica impuesta por la Corte Suprema y por anónimas amenazas de muerte recibidas por alguno de ellos.

Sería muy necesario que este movimiento social y jurídico fuera acompañado de un decidido acuerdo político, sin fisuras ni ambigüedades, de los 14 partidos políticos y 18 organizaciones sociales que suscribieron el día 10 de diciembre de 1987 la *declaración y compromiso con los derechos humanos*, que ofrezca al país una clara alternativa de salida auténticamente democrática.

Si la llamada angustiosa a la unidad que se percibe a lo largo y ancho del país no tiene eco, el régimen militar, bajo el falso señuelo de *transición democrática a la española* —hemos oído repetidamente en Chile que ni el dictador ha muerto ni Chile tiene un rey— saldrá afianzado en este año de 1988, programado por la Junta Militar para el plebiscito.

Chile, el pueblo chileno, se merece otro futuro.

BUEYES Y CARRETAS

«En la oposición se está poniendo la carreta antes que el buey: ¡discuten el programa de gobierno antes de tener el gobierno! ¡Hagan su programa de gobierno, pero no jodan!, primero hay que sacar a la dictadura.»

(Juan Pablo Letelier, dirigente juvenil del P. S. Almeyda en *Apsi*, núm. 229, 7-13 dic. 87.)



Testimonio de un combatiente

Entrevista con un dirigente del Frente Patriótico Manuel Rodríguez

Sergio Buschmann, actor, integrante y dirigente del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, que lucha con las armas contra el régimen de Pinochet en Chile, es uno de los hombres más buscados en nuestro país. En agosto de 1987 protagonizó con otros tres miembros de la misma organización, una fuga espectacular de la cárcel de Valparaíso.

En enero de 1988, salió clandestinamente de Chile. A su paso por Madrid concedió esta entrevista.

—*¿En qué circunstancias se produjo su salida de Chile?*

—En primer lugar, quisiera decir que la considero un golpe más a la dictadura, y en especial a los servicios de inteligencia de los asesinos y traidores de mi pueblo. Mi salida del país, momentánea, se produce como todas las tareas que enfrentan los combatientes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez y por la democracia, en general. ¿Qué quiero decir con esto? Un hombre solo no puede realizar estas cosas y, en muchos casos, tampoco las puede realizar sólo con su organización, necesita el cariño, el respeto y el apoyo de mucha gente que va más allá de la organización de uno. Así fue posible esta salida del país. Desde políticos de otros partidos, pasando por creyentes y no creyentes que, de una manera u otra, colaboran hoy día con el Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

¿Detalles de ella? Bueno... podríamos decir: hubo un trabajo de tipo enmascaramiento. Las fotos mías, los agentes de la CNI las andaban repartiendo prácticamente casa por casa. En cada allanamiento que hubo en este último tiempo, lo primero que mostraron fue la foto mía. Ofrecían cinco

millones de pesos a la persona que entregara un rastro que llevara hasta mí. Trataban de llegar a la organización, ofreciendo las cosas más bajas. Por ejemplo, y esto caracteriza la barbarie de esta dictadura asesina: que entregaran a cualquiera de los cuatro. O sea, a los tres compañeros que salieron conmigo. No exclusivamente a mí. Que entregaran, pues, a cualquiera de los cuatro y entonces ellos, la CNI contarían la verdad de cómo mataron al querido compañero Rigoberto Peña, en Valparaíso, en venganza por nuestra fuga. O sea, a raíz de su incapacidad militar de detectar la fuga, matan a un compañero y luego ofrecen contar cómo fue ese hecho, a cambio de que se entregara a alguno de nosotros cuatro.

Imagínese, entonces, cómo era esta búsqueda; por ende, lo difícil que era encontrar la salida apropiada para abandonar el país. Se logró, vuelvo a repetir, gracias a un trabajo de apoyo más allá de nuestro Frente propiamente tal, a un trabajo de enmascaramiento, a un grado de serenidad que indudablemente debe tener un combatiente experimentado. No es ninguna gracia personal.

Tuvimos que pasar tres o cuatro controles de la dictadura, incluso, en uno de ellos, con un chequeo que hace la CNI. Esa es la forma general, fuera de los detalles que usted me pueda preguntar, en que se llevó, se enfocó y se logró la salida del país.

—Desde el momento de la fuga de la cárcel de Valparaíso hasta la salida de Chile ¿Usted estuvo todo el tiempo dentro del país?

—Sí, absolutamente. Y no solamente dentro del país, sino que diría que la inmovilidad combatiente no fue más allá de veintitantos días, en que no pude moverme de un lugar. Pero los cuatro meses restantes, prácticamente, los trabajé con mi Frente en todos los planos. Apoyé acciones, recorrí provincias e incluso, poco antes de salir, estuve en un recinto universitario, para dirigirme a los estudiantes. Y otras cosas más, que por razones de seguridad y que se podrían detectar en el interior, no puedo señalar. Comenzamos a trabajar perfectamente alrededor del 15 de septiembre. Ya el 18 de septiembre teníamos algunas cosas prácticas en movimiento caminando.

—La entrevista publicada en «El Siglo», periódico clandestino del PC, ¿corresponde por su fecha —segunda quincena de diciembre, la noticia tuvo un eco en «El Mercurio» del 20 de diciembre— a un período en que Ud. todavía se hallaba en Chile?

—Exactamente. Yo salgo del país días después.

—Cuando usted habla de enmascaramiento, quiere decir que no salió del país con esta misma cara de Sergio Buschmann que conocemos y que estamos viendo ahora...

—No, no. Traté de emplear al máximo lo que he aprendido con mis compañeros y también lo que he manejado en mi profesión durante veinticinco años como actor profesional.

—¿Qué otro aspecto nos podría informar sobre esta salida de Chile y sobre el viaje posterior a Europa?

—Habría que señalar en ello que la policía internacional pareciera ser

que muy poco respeto le tiene o muy poca concentración de oído hacia los esbirros, hacia la CNI; porque realmente, en los países que toqué antes de llegar a España, que fueron varios, jamás sentí un tipo de control especial por el hecho de ser chileno. Posteriormente, a mi llegada aquí a Madrid, el respeto con que he sido recibido, no a mi persona sino a las cosas que he hecho, que no corresponden a mí sino que a mi vida política, a la actividad político-militar, que... bueno, es de la envergadura que yo me imaginaba que podía ser. Aunque a veces decíamos: «No, no vaya a ser que aquí, al fragor de la lucha estemos agrandando un posible respeto que se nos podría tener.» No, la admiración que he recibido ha sido ilimitada.

—*Y eso, ¿en los medios de chilenos exiliados o en los medios españoles o de gente de otros países?*

—En todos los medios, en realidad. Es decir, con quien he tenido oportunidad de conversar... Además, un interés tan grande en la gente, por conversar con miembros del Frente, en este caso, conmigo. No hay horas para alcanzar a cumplir lo que la gente quiere en cariño, en hablar, no solamente en hacer preguntas sino en compartir las vivencias del Frente en el interior, todas las inquietudes... Es muy grande la recepción, mucho más allá de lo que esperaba. Si el día tuviera 48 horas para atender compañeros extranjeros y exiliados, creo que así y todo no daría abasto.

Despertar de una conciencia política

—*Ahora quisiera hacerle algunas preguntas que se refieren a hechos ocurridos anteriormente. Usted ha sido durante largos años militante del Partido Comunista. ¿Cómo, en qué momento y en virtud de qué situaciones decidió incorporarse al FPMR?*

—Hay que mirar y separar algunas etapas de atrás. Como actor, que fui, soy y seré, egreso de la Universidad Católica en 1964 y laboro ininterrumpidamente en mi profesión hasta el año 85. Hasta la ida al norte por el ingreso al país de las armas libertarias. En la Escuela de Teatro yo escuché hablar por primera vez del Partido Comunista. Yo provengo de la burguesía chilena. Y en segundo año de la Universidad Católica, el profesor que más admirábamos, al que más cariño y respeto le teníamos, era Orlando Rodríguez, y llegamos un día y había sido echado de la Universidad. Así, de un día para otro. Hablo del año 62. Esto causó un impacto. Nos preguntábamos ¿por qué? ¿Por qué exonerar a un hombre que cuenta con el respeto de todo el estudiantado de Arte Dramático de la Universidad Católica?

Nos responde un Director impecable, excelente actitud en todos los planos, que fue siempre Hugo Miller (me refiero a toda su época de director de la Escuela de Teatro). Nos dice que recibió una circular: tenía que despedirlo porque era militante comunista.

Esto provocó en todos una cosa muy rara, un no sé qué, pero a mí per-

sonalmente me provocó una rebeldía. Yo nací en el año 1942 y estoy hablando de 1962. Tenía veinte años. Antes, la única incursión política que había hecho fue en la Juventud Peronista, en la Argentina, donde viví diecisiete años. Llegando a Chile, busqué, vislumbré y lo que más me atrajo hasta ese entonces fue la Democracia Cristiana. Y de una u otra manera, colaboré con ella en ese período del 59 al 62, del que estoy hablando. Lo de Orlando Rodríguez me causa un gran impacto, y entonces vamos a un gran debate en la Universidad. Producto de este debate y de la forma de enfrentar esto, se me elige a mí presidente del Centro de Alumnos, lo cual me obligó a meterme más en el problema. Yo tenía muchas ganas de meterme en él, porque me causó una gran indignación. Y nos encontramos siempre la misma respuesta: que teníamos que comprender que era una universidad católica, con fondos del Vaticano, con fondos de aquí y de allá, y que no podían tener a un profesor comunista.

Este tema no hay para qué desarrollarlo más, pero lo concreto es que yo, después de esta experiencia solicito mi ingreso a las Juventudes Comunistas, y formamos la primera base comunista de la historia en la Universidad Católica, en el año 64. He preguntado después y me han dicho: efectivamente, no había habido antes una base de militantes comunistas en la Católica.

Desde allí empiezo mi formación política, enamorándome cada día, cada segundo más, de mis principios... Hago toda la carrera teatral, siempre buscando una definición dentro de lo que es el arte popular, lejano del panfleto, buscando la estética y la poesía como expresión artística, pero popular. En el plano concreto del teatro me enamoro de Brecht y de las técnicas teatrales de Stanislavski. Y viene mi desarrollo, pero siempre al lado de la vida política. Participo en el Teatro del Pueblo, en otros teatros populares, al mismo tiempo haciendo el teatro convencional, profesional de Santiago. Empiezo la vida sindical. Diez años... no, perdón, quince años dirigente sindical, desde la formación de SIDARTE. Siempre trabajando con mi Partido.

Bueno, y con las famosas discusiones de aquel tiempo, ¿no? sobre la democracia, el pensar que la burguesía chilena no era tan bárbara y asesina sino que iba a ser capaz de aceptar el veredicto popular. Y en esos marcos se movían la pasión y las inquietudes de mi vida.

Pero, bueno: el golpe nos marca a todos. Yo soy detenido el viernes siguiente. El golpe fue un día martes. Y vivo las jornadas del Estadio Chile, de donde logro salir creo que gracias a mi capacidad de actor. Porque me empezaba a hacer el desmayado a cada rato, y pedía unas píldoras... Armé tal escándalo que al final me dijeron: ¿por qué está Ud. aquí? Yo dije que había caído en un allanamiento general. Entonces, eran tantos los problemas que causaba con los desmayos aquí y allá, que me soltaron, a mí y a otros compañeros más, como seis días después. El día en que la gente era trasladada al Estadio Nacional a mí me sueltan.

Pero alcanzo a estar nada más que una semana libre. Me toman nuevamente y voy a dar al Tacna. Allí fue un interrogatorio verbal, duro, pero

verbal. No tuve mayores problemas. Habían allanado las Torres de Remodelación San Borja, me habían encontrado allí y me habían llevado. Me dejaron en libertad ese mismo día en la noche.

Veinte días después vuelvo a caer y vivo una de las jornadas más espantosas. El Cerro Chena. De allí bajamos muy pocos vivos. Presencié el fusilamiento de los dirigentes de la Maestranza de San Bernardo, de Lucho González, de Víctor Cohen. Algunos morían en la tortura, arriba, y a los que no morían se les fusilaba a las 6 de la mañana con honores militares. Se les fusilaba con todas las reglas.

En una oportunidad, en que había carreras de motocross, nos bajaron a la Comisaría de la Avenida Colón en San Bernardo. Conozco bien el lugar porque yo era sanbernardino. Viví muchos años en San Bernardo. Y allí, en una cancha de baby-fútbol a la cual daban las rejas de nuestro calabozo, fusilan a varios que habían quedado vivos, entre ellos a Víctor Cohen. Los arrinconan en unos árboles grandes que están al lado de la cancha, y ahí, afirmados en los árboles los fusilan, gritándoles los años de militancia comunista que tenían: «Ah, tú tenís dieciocho años de militancia ¿no?», y el rafagazo. «¿Tú tenís veinticinco?», el rafagazo. Todos los milicos dopados y borrachos. Dejaban pasado el sector de los calabozos y la cancha, a pesar de que la cancha de baby-fútbol está al aire y llena de árboles. Quedaba pasado, pasado a alcohol y a un olor muy extraño.

—¿Eran militares de la Escuela de Infantería?

—Exacto. De la Escuela de Infantería, donde me tuvieron unas horas a mí, antes de subirme al Cerro. De la Escuela de Infantería de San Bernardo.

Posteriormente, a mí, con seis más, nos condenan a muerte. Eran las cinco de la mañana. Es una ceremonia muy macabra que hacen. Nunca nos dijeron por qué sí o por qué no, pero nunca nos fusilaron. Nos llevan de nuevo al Cerro, nos vuelven a torturar, pero en aquel entonces (lo que son las escalas de valores espantosas frente al fascismo) uno dice: «No era tanto, era solamente corriente.» Se aplicaba con un motor chico, de autonomía, a bencina, no se a qué. Así, aplicando descargas, fundamentalmente en los pies. Y, bueno, nos sueltan posteriormente. No nos salvamos más de ocho o nueve.

Más tarde me enteré de cómo se había logrado mi libertad. Fue a raíz de un trámite, digamos, que hizo un familiar mío con la amante de un alto oficial del Ejército.

Bueno, me libero de aquella pesadilla. Me botan a la orilla del río Maipo. Logro estar algunos años tranquilo hasta 1976, en que vivo las famosas jornadas de aquel año, con el Comando Conjunto de la represión, y soy detenido y llevado a la base de Colina, donde vivo todo tipo de torturas, incluso ante la presencia de mi primera compañera, la madre de mis hijas. La hicieron presenciar mi tortura. La colocaban debajo del gancho de donde yo estaba colgando mientras me aplicaban más corriente y me picaneaban con un estoque especial.

Me sueltan días después, para seguirme. Ellos se convencer en un mo-

mento (yo escuchaba, entre consciente y no consciente, que decían: «No, éste es de los que no hablan, éste se nos muere y no habla»), en ese momento los torturados eran ellos, porque estaban desesperados; yo estaba absolutamente tranquilo y consideraba que el desesperarlos era un arma mía y que la muerte era un arma de combate mía también. Parece que hacen una reunión ahí, un médico me coloca bolsas de hielo en el corazón, y parece que decidieron que era mejor soltarme y hacerme un seguimiento a que me les muriera ahí, porque ellos estaban seguros que yo manejaba muchas cosas. Entonces se jugaban a la posibilidad de sacarme algo a través del seguimiento en vista de que no habían sacado algo en la tortura. Y después darme el bajo. Entonces me sueltan en el Mapocho. Yo llamo inmediatamente al Sindicato y esa misma noche me encuentro a salvo en un lugar bajo bandera diplomática, en el cual permanezco mucho tiempo. No me dan la salida del país. Se la otorgan a la madre de mis hijas. Yo salgo clandestinamente después.

Salgo cuando ya sentía la polémica dentro de mí, el comienzo de algunas preguntas. En ese período del 73 al 76, a comienzos del 75, se oyen las primeras conversaciones, se habla del «Frente Cero», que no había otra forma de responder, la necesidad de tomar las armas. No entendíamos entonces bien el análisis dentro de nosotros, pero ya lo sentíamos.

Reflexión en el exilio

Cuando me negaron definitivamente la salida del país —había salido mi familia siete meses antes— salgo clandestinamente, de una forma no muy diferente a como salí ahora. Pero, claro, era otro el nivel de búsqueda. Logro salir de Chile y llego a Estocolmo, donde estaba mi gente. Ya ahí, la serenidad; después viene una angustia, pero al comienzo, la serenidad del exilio lo hace a uno colocar las cosas sobre la mesa. Empiezo a repasar los sucesos, a releer a Lenin, me meto de nuevo en algunos aspectos de la Revolución Francesa, o de cuando Engels le decía muy angustiado a Marx, intranquilo: «No encuentro que haya un desarrollo militar de defensa de lo que estamos haciendo, de los comuneros, con lo que se está haciendo en el plano social y en general.» Y pienso en el pueblo latinoamericano, y nuevamente me leo el diario del Ché; muchos escritos de Fidel. Y se me viene encima una catedral. Pero no de angustia, sino de fuerza, o de angustia creadora. Decir: yo sigo este camino.

He cumplido varias etapas. Empecé a entender que no se podía hacer nada sin tener con qué defenderlo. En ningún plano. De lo contrario vamos a sufrir otras tragedias más. Hice una escala de valores en mi vida y entendí que no se podía hacer absolutamente nada, desde lo personal que es secundario, hasta lo social, que es lo más importante, sin tener al lado algo con qué defenderlo. Me quedó muy clara la crítica de los compañeros soviéticos en aquel primer congreso del PCUS después del golpe. No recuerdo las palabras exactas. El gran error, dentro de lo hermoso que

había sido nuestro proceso, era que no supo defenderse. Eran otras las palabras, pero ése era el contenido.

Y de ahí empiezo a conversar con los muchachos, a conversar con el resto de los compañeros. Y viene el precioso hecho nicaragüense. Entonces yo ahí planteo que ese es mi lugar en ese momento, es lo que estoy buscando, lo que siento. Pasa el compañero Corvalán por Estocolmo y lee el documento de la política de rebelión popular. Entonces se van dando las angustias que, personalmente, van tomando su camino. Y lucho por mi traslado, lo más rápido posible, a Nicaragua. Cosa que sucede. Me voy a Nicaragua en diciembre del año 79. Estoy desde el 80 al 83. Allí puedo comprobar... veo en la práctica, cómo ese pueblo defiende lo que él creó, cómo defiende eso que conquistó. Cada día y noche, parte de su vida, parte de su respirar era defender aquello que habían ganado, después de haberles costado la guerra la vida de cincuenta mil jóvenes.

Y así, naturalmente, este proyecto de mi vida se fue agrandando más. Tuve la suerte de llegar a ser un miliciano sandinista destacado, en los tres batallones a que pertenezco, que eran de los artistas nicaragüenses. Junto a ellos, siempre haciendo lo mío al mismo tiempo, ya que fui el primer profesor de la primera Escuela de Teatro del Ministerio de Cultura en Nicaragua, que contribuimos a formar. Es decir, todo este proyecto en mi vida se iba agrandando, era ya como imposible separarme de él.

Logro viajar a Chile. Salgo en la última de las listas públicas grandes, en diciembre del año 83. Y llego a Chile y, bueno, me encuentro con todo eso de que estábamos hablando, que yo lo había dejado apenas en unas conversaciones, y encuentro ya un proyecto hecho carne en los compañeros. Y se parte entonces con la formación del Frente el 14 de diciembre de ese año. Yo no participé en la fundación propiamente tal, yo llegué el día 28, cuando ya era un cuerpo, era una realidad vigente y viva.

Viene, pues, el encuentro con este proyecto grande, ya en mi tierra, formado. Y empiezo inmediatamente a trabajar con él, en diferentes facetas. Primero que nada, el primer año, lo trabajé en la cosa sindical, en la Coordinadora Nacional Sindical. En el año 84 me hago cargo de las unidades de combate de una de las comunas que más actuaba en Santiago en ese momento, que lleva el nombre de nuestro querido compañero de Chilectra, Jaime Donato, en homenaje a él.

Y seguí haciendo mi profesión, como lo hice en todo este período en el exilio, y como lo hice en Nicaragua y llegando a Chile. Siempre trabajando con el Frente, como resultado ya de un análisis de mi vida. Y llegamos al 85, donde se me plantea la tarea, yo creo la más noble, la más grande que he podido realizar en mi vida, que fue el ingreso de las armas libertarias, el famoso hecho de Carrizal.

Tengo que trasladarme hacia el norte y ese período es la primera vez que me alejo de mi profesión de actor y paso exclusivamente a ser un militar del pueblo. Operamos casi un año en el Norte, desde diciembre del 85 hasta agosto del 86, que es donde se produce el desenlace de la historia de los arsenales. Ya hablaremos de eso. Así fue, pues, mi llegada al Fren-

te, haciendo el análisis de mis postulados, darme cuenta de que con esto era más plenamente comunista, dentro de la evolución que yo había tenido, o como se quiera llamar; de las vivencias físicas, personales, que había vivido, de ver como mi pueblo era masacrado, de ver lo bárbara que es la derecha chilena, porque creo que si no es la peor derecha del mundo, no se cual será comparable, ¿la sudafricana?... ¡No sé! Porque todas las derechas, las burguesías del mundo, en algún momento, buscaron algún punto de acuerdo para abolir una dictadura. La burguesía chilena no lo busca ni lo quiere. No se sensibiliza frente a los ríos de sangre de los pobres de mi país, ¡pero ni un segundo! No se conmueve por nada. Así pues, este análisis lo empecé a hacer desde el momento que lo he relatado aquí y llegué a esta verdad. Y este es mi camino.

En una entrevista a *Análisis* yo decía que el actor debe andar con un libreto en la mano y con un fusil automático en la otra. O con armamento casero si no da para fusil automático.

—*Durante un largo período el Partido Comunista de Chile desarrolló su actividad por la vía pacífica, sin recurrir a las armas ¿No se le planteó a usted una contradicción entre su posición de militante comunista y esta decisión de tomar las armas?*

—Jamás, jamás. ¡Todo lo contrario! ¡En absoluto! Pienso que el error mío, como comunista, fue el pensar en algún momento que esa era una contradicción. Ni siquiera eso, no creo que llegara a pensar que era una contradicción. Sino que no fui inteligente. No me di cuenta a través de la teoría, a través de la lectura, a través de Lenin que todo es tan absolutamente claro; no me di cuenta admirando tanto a «La Joven Guardia», admirando tanto a los grandes, que los leí y eran parte mía, admirando tanto al Ché. En mi casa, sobre mi cama, siempre hubo tres fotos desde que tengo uso de razón: Lenin, Fidel y el Ché. ¡Siempre! Lo entendía como un fenómeno mundial. Pero no lo había incorporado a mi formación.

Entonces, cuando me entra esta angustia vuelvo a repetir —hablo de mi caso personal— el camino no inteligente, porque me lo mostró la práctica nada más. Todas esas vivencias, la masacre del pueblo en las calles; ver realidades que muestran lo bárbaros que son los ejércitos burgueses, como esa de los dos niños de dos y tres años, raptados con sus padres en Montevideo, y que aparecen los niños solos en una plaza de Valparaíso y los padres no aparecen nunca más... Había que ver toda esa barbarie, para que se despertara este fuego en mí y revisara y me diera cuenta que no había ninguna contradicción, sino que era como un desarrollo natural, tomar las armas como libertarias, no las armas separadas del tema político, no las armas separadas de la respuesta frente a una barbaridad contra los pobres, sino que armas insertas en ese análisis. Eran la parte del comunista, la parte que me faltaba.

—*Cuénteme ahora de los famosos arsenales encontrados en el Norte de Chile. ¿Cómo los descubrió el régimen de Pinochet? ¿Es efectivo que fueron localizados con medios técnicos muy sofisticados de Estados Unidos? ¿O fue un trabajo de inteligencia del régimen?*

—Fue una tarea, muy ligada con el tema anterior. Era la oportunidad que uno tenía de realizar algo bueno, ya con la madurez del pueblo en una etapa muy bella, gran parte de él para el combate. Teníamos muchas manos, las confiscaciones eran buenas, pero necesitábamos ayuda del mundo democrático, ¿no? Y se da el hecho de la llegada de las armas libertarias. Empezamos a trabajar, logramos un trabajo bien desarrollado y lindo en la zona. Por ejemplo, compañeros nuestros traladaban los medios en las noches una vez que llegaban a la costa... En el día eran camiones de la Municipalidad. Estaban contratados, los habíamos contratado en la Municipalidad. Al mismo tiempo, en nuestra oficina de Huiros y transportes se movía gran parte del comercio del lugar. Producto de ello es que se salva nuestra jefatura. El que cayó de la jefatura fui yo. Precisamente yo caigo tratando de llegar a una casa donde no debían llegar los demás. Pero ellos se salvan. Voy a explicar por qué, porque esa casa tenía mucho movimiento.

Si el enemigo hubiera detectado esta operación por inteligencia, me imagino yo que lo menos que nos hace es un cerco. Si hubieran tenido un trabajo de inteligencia muy desarrollado les habría interesado tomarlos por sorpresa en el mismo momento en que realizábamos la acción. Porque, bueno, ahí estábamos con cordón también nosotros. Teníamos un cerco muy grande. Así que el combate iba a ser muy fuerte por ambos lados. Pero podrían haber actuado en otro momento, o al día siguiente, o de madrugada. Ellos tienen aviones tienen helicópteros, tienen tanques, tienen todo, ¿no? Y podrían habernos pillado con los compañeros que participaban los días propiamente tales de desembarco de medios. Sin embargo, ¿en qué momento llegan? Llegan cuando no quedaba nada en la zona donde llegaron.

Llegan por casualidad, un grupo muy pequeño que no podría haber llegado si hubiera sido un trabajo de inteligencia, y se produce un enfrentamiento, donde una vez más se muestra la cobardía de esta gente. Arrancaban por las rocas, como locos, y recuperamos a los presos que ellos tenían. Al mismo tiempo, se produce otro enfrentamiento de otra unidad de combate en la Quebrada de Carrizal, en que también salen arrancando los esbirros, como conejos en los cerros.

Cuatro horas después de haberse producido este hecho que estoy narrando, a las 9 y tanto de la noche, vemos por las luces que empiezan a aterrizar en el aeropuerto de Carrizal. Y rato después venían subiendo camiones blindados con armamento pesado y dos camiones llenos de militares. Entonces, yo supongo simplemente que si hubieran tenido un trabajo de inteligencia, habrían actuado de otra manera. En primer lugar no ha-

brían actuado en el momento en que ya no queda nada ahí. Como no quedaba nada, como ese día íbamos a sacar el último resto, muy poco era, se había desmontado en la mañana todo el equipo, todo el cerco, el montaje para cubrir la acción. Se había evacuado todo el personal. Como digo, quedaban cuatro personas. Entonces aparecen, avisan y llegan cuando ya no queda nada. Las armas caen a 45 kilómetros del lugar; en el almacén, en tres almacenes grandes que había. Eso no es por un trabajo de inteligencia. No todos resisten la tortura.

A la casa nuestra de seguridad, que la teníamos —era una casa que tenía muchas piezas, adelante teníamos la oficina de Huiros y Transportes— llegaron al otro día. Ahora ¿por qué caigo yo, también era la pregunta, verdad? Nosotros nos vamos a la montaña, nos vamos para arriba con nuestros fusiles. Nos vamos replegando, y cuando estábamos descansando vemos la llegada de los aerotransportados. Subimos a la montaña y nos empezamos a retirar. Nos seguían en helicópteros. Caminábamos solamente de noche. De día nos cubríamos, entre piedras, porque no hay nada de matorral. Hacíamos unos techos de cactus. Así caminamos durante cinco días.

Era un viernes, y yo tenía que llegar un día miércoles, a las doce del día, a la casa, porque iban a ir dos compañeros de la jefatura: el número 1 y el número 2. Y yo calculaba que ya la casa podía estar tomada. Entonces tenía que hacer un llamado para que no se moviera de donde estaba la gente de otras provincias. Y me va pillando la fecha. Si me iba por la montaña arriba, no podía llegar. Si bajaba tenía que atravesar un poblado, que era Canto al Agua. No llevábamos armas cortas sino que llevábamos los fusiles M-16. Me iban a detectar inmediatamente porque es imposible ocultar un M-16 al atravesar un poblado. Entonces decido dejar escondido el fusil y jugármela como sea por llegar al teléfono. Los compañeros no querían dejarme ir solo. Les dí una gran perorata política explicándoles que era responsabilidad mía, que ellos siguieran por ahí, que era mucho más seguro, pero el que tenía que afrontar esa responsabilidad era yo, porque me correspondía realmente. Eramos cinco, de los cuales se quedaron dos. A otros dos no los pude convencer de que no me acompañaran. Era muy descabellada la maniobra. Yo sabía que era así, pero no pensé que todo pudiera ser tan rápido.

Apenas bajamos al plano, habíamos caminado unos pocos metros, cuando aparece una patrulla apoyada por helicóptero con los famosos «cobras» que les llaman, y así se produce nuestra caída.

Voy a contar a modo de anécdota, no sé si el término será ese, que llegan los compañeros «1» y «2» a la hora determinada a la casa y notan una situación extraña; se van y no les pasa nada. ¿Por qué? ¿que había pasado? Que habían detenido como a cien personas en la casa. Eran comerciantes de la zona que iban a cada rato a consultar el precio del flete o a preguntar el precio que se estaba pagando por los huiros. A la oficina iban muchas personas diariamente. Entonces, a quién llegaba lo detenían. Llegó un momento en que se cansaron. Se dijeron: «No, ya éstos no van

a aparecer por aquí, hemos detenido a quien apareció en esta oficina. Estamos dejando la escoba. Ya es público». El pueblo es chico, empiezan a detener a toda la gente adentro de la casa: se había armado el despiorre en Vallenar. Porque en una casa, va alguien y no vuelve y todo el mundo va y no vuelve y no vuelve. Y se empieza a llenar la casa de gente.

Bueno, uno nunca sabe cuál es el resultado que pueda tener una acción. Yo caí, y ellos no cayeron. En el fondo era lo más importante. Pero no alcancé a hacer la llamada telefónica. Así se produce la caída.

Dieciocho días de torturas

—*Después vienen las torturas, de las cuales usted ha hablado ¿verdad? ¿Cómo fue el desarrollo cronológico de los hechos?*

—En el momento de la detención, nos amarran las manos a la espalda, con un hilo muy cortante, y nos trasladan en helicóptero a la pista de aterrizaje de Carrizal. Allí nos tienen en la noche, nos hacen pasar la noche, afuera, al frío, y fueron unos interrogatorios de golpes y preguntando por los demás compañeros y cómo habíamos llegado y demás.

Apenas llegamos a la pista de Carrizal, ya había una carpa, eso me lo imagino yo, por el ruido de la lona y demás. Había una carpa que había instalado la CNI. Yo estaba con la vista totalmente vendada. Nos vendan automáticamente en cuanto nos toman. Yo permanezco vendado veinticinco días. Nunca me sacan la venda, hasta la puerta misma de la Fiscalía Militar, abajo, cuando me sacan del vehículo, en la vereda, al abrir la puerta me sacan la venda. Todo esto que cuento ocurre mientras estoy vendado.

Nos llevan a la pista de aterrizaje de Carrizal. Nos interrogan, amenazándonos. Sólo algunos golpes. Parecido a la cosa anterior de cuando baja el helicóptero. Nos hacen dormir afuera y al otro día en la mañana, me empieza a interrogar un oficial en alemán. Yo le digo que no hablo alemán. «Perfecto», me dice, y no me dice nada más. Nos suben al avión a mí y a los otros dos compañeros, y nos trasladan para La Serena. Allí nos estaban esperando lo más refinado, lo más sanguinario de la CNI.

Nos fajan, nos meten en un auto. A mí, apenas me bajan me dicen: «Te debieran haber matado allá, pero nos pasaron el bulto para que te matemos aquí.»

Subimos al auto, y me separan inmediatamente de los compañeros a la entrada misma del cuartel. Empiezan, me colocan al medio del patio, empiezan entre varios a pegarme y hacerme morder por un perro. Posteriormente me meten en una primera sala de interrogatorios, producto de que no decía absolutamente nada. Me propinan una paliza de golpes en la cara entre cuatro. Me tenían amarrado en una silla, entonces giraban pegándome. Cada uno a la pasada, un golpe a la cara y volvían hacia el otro lado, alternando con golpes al mentón. Yo perdía el conocimiento, golpes en los pómulos, y el «teléfono».

Hasta que demoro mucho en recobrar el conocimiento y desperté ama-

rrado en la parrilla. Y empezó la sesión de corriente, que también fue muy larga, hasta que vino la pérdida nuevamente de conocimiento. Entonces, me dejaban descansar y seguían. Y así, volvíamos al mismo círculo.

Querían información de compañeros, nombres de compañeros y que delatara el origen de la internación de medios. En ninguno de los tres planos, de las tres preguntas, absolutamente ninguna respuesta. De repente, entre la parrilla y la sala de golpes, me sacan y me cuelgan. Después, de repente, me descuelgan y me empiezan a lavar la cara. Yo no estaba muy consciente. Estaba semi, o sea, lo suficiente como para defenderme de las preguntas. Se produce una cosa natural, maravillosa, que no te responde el cuerpo, no te responden los reflejos, pero estás absolutamente lúcido para no decir nada importante. Y me lavan, me peinan, me ponen bello, me ponen una parca, una camisa, imagínate, después de estar colgado varias horas y me sientan frente a una cámara y me toman un video. A cada rato me sacaban y después me llevaban al video de nuevo porque no decía lo que ellos me pedían que dijera y, bueno, se tuvieron que comer el video. Nunca lo pudieron utilizar para nada.

Volvíamos a estar colgados, volvían a amarrarme una mano a la espalda y otra con un palo para arriba, a la intemperie, horas, noches, y no les daba resultado nada.

Hasta que, de repente, creen haber descubierto ellos la fórmula mágica, digamos, la forma diabólica que no les fallaba, me pasan un ratón por la mano, por el cuerpo. Yo les tengo rechazo a los ratones, pero nada especial. En todo caso era mucho mejor que estar colgado o estar en la parrilla, infinitamente mejor. Pero ellos creen que era para mí una cosa tremendamente espantosa. Entonces me amarran los pantalones por debajo, me los amarran en la cintura, me amarran la camisa, aquí y cierran arriba y me llenan el cuerpo con ratones. Digamos que esa fue la última herramienta que usaron.

Al último día, a todo esto yo creía que no íbamos a salir con vida. Nunca en una actitud de víctima, sino todo lo contrario. Sabía que era mi camino, que era muy linda la tarea que habíamos hecho. Y de repente, me entregan un paquete. ¡Ah, no! Perdón, antes del paquete entra uno gritando y dice: «¡Estas huevonas locas qué se imaginan! ¡Se han metido hasta el primer portón!» Y nos damos cuenta por los gritos entre ellos, que eran nuestros familiares. Habían llegado con un cura francés al local de la CNI, al local mismo y se habían metido como tres metros para adentro. Como los pillaron desprevenidos, los tipos entre que se escondían y se mostraban. En esos segundos en que unos resolvían mostrarse y otros, ponerse los capuchones, se les metieron como veinte metros para adentro del local propiamente tal, como veinticinco mujeres.

En ese momento, los detenidos éramos diecisiete allí, parece. Quiere decir que a lo menos, pensaba yo, ilusionarme, habrán reconocido que estamos presos... Bueno, el hecho es que, después de este incidente, me entregan un paquete de ropa. Lo miro: era ropa mía. Entonces me dije: «Bueno, de aquí salimos con vida, aquí se dio lo increíble, porque si nos

reconocieron presos, a los dieciocho días, creo, no recuerdo bien, es que nos van a tener que entregar.»

Y efectivamente, me mandan a bañarme, me coloco la ropa, me trasladan a mí sólo; me sacan del recinto con los otros dos compañeros que nos habían detenido, pero a ellos los llevan en un avión y a mí me llevan en otro.

Y al momento de salir, me hace llamar el coronel Téllez, que era el que manejó toda mi tortura y las torturas de todos.

—*Este coronel Téllez, de la CNI, ¿es de La Serena?*

—No actuó nadie de La Serena, llevaron para allá al grupo más seleccionado para poder interrogarnos, porque sabían que en Santiago podían tener más problemas. El juez García que investiga las torturas y que está amenazado de muerte, ya le sacó más o menos la película a Téllez: es el más bárbaro de ellos y el que usan en los momentos más difíciles. Y tengo entendido que ese es su nombre real.

Después que me visten, me hacen bañarme, para trasladarme a no sabía yo donde, me pesca Téllez del brazo (yo con los ojos siempre vendados, por supuesto) y me lleva a una oficina aparte, y me dice: «Mira, yo te voy a decir una cosa no más. Esto puede cambiar en cualquier momento así que lo que te voy a decir lo “vai” a tener en cuenta.» Así: «lo vai a tener que tener en cuenta»... «Tú sabes que a cada momento te decíamos que a tu familia la teníamos en un avión, que a tus hijas las teníamos en un avión. Bueno, el que paró que te las trajeran, ése fui yo. Si tus hijas no llegaron a la sala de tortura tuya, fue porque yo paré eso. Así que cuando esto cambie, tenís que acordarte.»

Yo no le contesté nada, por supuesto. En ese momento, ese monstruo que dirigía la tortura era una laucha cobarde, sin querer ofender a las lauchas. ¡Cobarde! Un cobarde, que me rogaba que me recordara que él había impedido que llevaran a mis hijas a la sala de torturas, lo que, por lo demás, era mentira, porque mis hijas se fondearon y allanaban la casa a cada rato y no las pudieron encontrar. O sea, no allanaron la casa, sino que se instalaron fuera de la casa, no las podían tomar. Además que no ganaban nada tomándolas, porque ellas no están metidas en nada. Pero en fin, no era efectivo que las había tomado para que las llevaran. No. Entonces, ese monstruo torturador, en ese momento, cuando todavía no tenemos una acción militar desarrollada, de mayor envergadura, empieza a oler el polvo de la derrota, de la victoria nuestra. Y se aterroriza, como se aterrorizó ese día porque salía en libertad, o sea, salía vivo de allí. El hecho que saliéramos vivos, lo aterrorizaba al extremo que llega a plan-tearme eso, en un tono no de voz de mando ni nada, sino rogándome, que yo tenía que recordar en el momento que le tocara el juicio a él, digamos. Eso demuestra claramente lo que es la moral de estos asesinos.

De allí me trasladan a Santiago. Al cuartel de la CNI, donde empieza la operación maquillaje. Muy bien alimentado, controles médicos cada diez minutos, revisándome los moretones, todo para tenerme cinco días ahí, y entregarme lo más presentable posible al escenario, a la Fiscalía Militar. Esto es lo que quiero destacar. La barbarie de los fiscales militares, que saben que a uno le han sacado la venda apenas media hora antes, y se la han sacado allí abajo, después de venir del calvario, de haber pasado por esto; resulta muy irónica para el torturado esta operación maquillaje. Es otra forma de tortura. Uno se desconcierta mucho. Se hace ilusiones de lo que puede ser, pero también, no sabe si es un juego irónico para herirlo más a uno. Se desconcierta uno y llega en esas condiciones. Los sicólogos tienen un término que no recuerdo en este momento. Cuando recién a uno le sacan la venda, después de veinticinco días en las sombras y se enfrenta con el medio ya no estando en el lugar de la tortura. Le sacan a uno la venda abajo y el fiscal espera arriba en el escritorio. Todo desorienta. Hasta la luz. Todo, todo. Entonces se encuentra uno de repente sentado en un sofá. Y le preguntan de sopetón si está, si estoy dispuesto a firmar mi declaración. ¿Declaración? No tengo nada que decir en mi declaración. ¡No he hecho declaración alguna! Pero ellos tenían un mamotreto inmenso, como de veinte páginas. Lo firmé sin preocuparme y me trasladan a mi incomunicación de vuelta.

Bueno, de ahí en adelante, me llaman una vez, que era nada más para firmar la declaratoria de reo y me vuelven a llamar para empezar los interrogatorios profundos.

Pero entonces ya habíamos acordado, como Frente, no declarar, no prestarnos para ningún tipo de juego leguleyo que entorpeciera nuestra acción. O sea, nosotros aceptábamos ir a un juicio frente al fascismo, un juicio político. Pero no meternos a declarar al nivel de ellos. Los cuatro miembros de la jefatura que estábamos detenidos, hacemos la declaración pública que conoce todo el mundo en Chile: no declarar más.

Efectivamente, me toca a mí ir ese día. Voy y lo único que les dije fue: «Yo no declaro frente a asesinos y traidores de mi pueblo.»

No declararé más. Se armaban escándalos tremendos. Cosa muy curiosa, no aceptaban que los mirara a la cara, y yo los miraba igual. Entonces me hacían sacar en el aire para afuera, y de nuevo a incomunicaciones. Esos eran todos mis viajes. Estuve prácticamente cuatro meses creo, tres meses y tanto incomunicado, en el año que estuve preso.

Yo hice una «tournée» por galerías y cárceles. A los cuatro compañeros que asumimos la responsabilidad, como miembros de la jefatura, del ingreso de las armas libertarias, nos aislan en distintos lugares. Ninguno de los cuatro podíamos tener contacto con ningún preso político. Como no tienen tantos recintos en Santiago, lo que hacían era que nos tenían una semana en cada galería, con 180, 200 presos comunes o delincuentes comunes como los llaman otros.

Recibí de toda esa gente la solidaridad y el respeto más grande. De ninguna galería me fui jamás sin que la galería entera aplaudiera mi paso por allí. No a mí, me gusta recalcar esto siempre: era al Frente, a la vida de militancia, a la lucha por el pueblo. Pero en ese momento, de alguna manera lo habían personificado en mí.

Esto, gran parte de esto que narro, era en la Penitenciaría de Santiago, pero llegó un momento en que se les acabaron las galerías, y resuelven que yo no puedo volver a las mismas galerías, donde conversaba de todos los temas con los reos en las horas de encierro, con la llave en la puerta del calabozo, y en la galería durante el día. Todos estaban muy interesados en conocer aspectos de la situación y lo conversábamos. Fue muy interesante.

El hecho es que un día con dos de los compañeros, Malbrich y Moya, dos de los cinco compañeros que firmamos la declaración pública, nos trasladan a los tres a la Penitenciaría. Pero a mí, a los cuatro días, me vuelven a meter en un furgón en la noche y me llevan de nuevo a la Cárcel Pública. Me tienen dos, tres días, y me trasladan de nuevo, o sea, empieza el traslado de cárcel a cárcel, no de galería a galería, sino de cárcel a cárcel.

Alcanzo a estar una semana, diez días después del último traslado en la Cárcel Pública, cuando un día se nos informa que vamos a ser trasladados a provincias, una cantidad como de ocho o diez presos políticos, porque el fiscal Torres, «el vampiro del pueblo», como le dicen muchos, había determinado que no había forma de aislarnos entre los presos políticos en Santiago. Por eso, había que tirarnos a cárceles de provincia. Es así como nos llevan de a dos a diferentes penales; dos personas, que según pensaba este caballero elegante, no tenían nada que ver entre sí. Entonces con esa mentalidad, me manda a mí, procesado por las armas libertarias, y a Marcial Moraga, por el intento de ajusticiamiento del tirano, a Valparaíso. A otros dos compañeros les toca San Felipe; a otros dos, les toca Los Andes; los más son enviados a Rancagua, y a un compañero, por último, le toca Santa Cruz. Nos reparten en estas cárceles.

En la cárcel de Valparaíso

A nosotros nos toca llegar a Valparaíso el día 1.º de mayo, y ese mismo día empezamos a planificar la fuga.

Llegamos, pues, a Valparaíso. Nos sentamos, con Marcial y el resto de la unidad de combate, y empezamos a planificar la fuga. El plan, para poder usar el lenguaje común y poder hablar de repente cuando había algo interesante delante de otros, lo denominamos como el «Plan Laura», y empezamos el estudio operativo de la situación, absolutamente compartimentado. Hacemos el estudio de los cambios de guardia, hacemos el estudio del muro, hacemos el estudio de las horas de regreso al penal de la gente que salía con «la libertad diaria» que se le llama, que salen en la mañana y vuelven en la noche al penal; hacemos el estudio de la iluminación de

todos los sectores. Hasta que una vez que ya tenemos el plano topográfico de la situación operativa, resolvemos el camino.

El plan lo realiza la unidad de combate «Julio Guerra» del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Le pusimos finalmente este nombre a nuestra unidad, en homenaje al compañero caído entre los doce camaradas el año pasado, en la matanza de los doce, el día de Corpus Cristi. Empezamos a estudiar el plan profundamente, Marcial Moraga, Espinoza, Ricardo Muñoz y yo. Somos los cuatro ejecutantes de la fuga, compañeros a los que en todo momento yo les rindo mi homenaje, por su valentía y serenidad en los trabajos más serios. Y nos distribuimos las tareas. Al plan, repito, lo denominamos Laura, y ellos creyeron, después —así lo publicaban como locos los primeros días en los diarios— que tenían el nombre de la mujer que era el contacto afuera.

Empezamos con Marcial, con Espinoza y con Muñoz, el estudio de toda esta situación que mencionaba anteriormente. Una vez elegido el lugar, observamos que uno de los focos de gas de mercurio iluminaba el ángulo por donde debíamos escalar. Entonces dijimos: hoy empieza la primera acción directa del plan. Eran acciones que debían realizarse muy cercanas a la fecha para que no fueran detectadas. Hablo del trabajo en el terreno. Los contactos con nuestra gente de afuera estaban hechos, en el sentido del lugar donde teníamos que llegar y demás, y todas las cosas a recibir afuera. De lo interno teníamos el estudio topográfico y una de las primeras cosas que había que hacer era correr este foco, pero para correrlo teníamos que llegar a un lugar donde no se podía entrar todos los días. Era adentro de la parroquia. No podíamos moverlo desde afuera porque teníamos las garitas, las torres ahí mismo, en el muro. Lo que teníamos que lograr era meternos adentro de la iglesia y de alguna manera, con un palo muy largo, poder escalar la muralla de la iglesia, sacarlo por una ventana que tenía la iglesia y de ahí llegar al foco afuera.

Nosotros hacíamos *training* a las seis de la mañana. Nos habían prestado el patio de seis a siete. Una mañana estaba lloviendo mucho. Pedimos permiso para hacer *training* dentro de la iglesia, y nos lo dan. Entonces dentro de la iglesia uno miraba cuando el hombre principal de la garita principal giraba, porque se cansan en la misma posición los guardias de los muros, y de una tribuna que había, hecha con madera, este sistema que le llamamos en Chile de armar con macho y hembra, tablas muy largas, sacamos una tabla, y parados arriba de la misma tribuna sacamos la tabla por la ventana. Esto lo hacemos con Muñoz, juntos, mientras Marcial y Espinoza hacían señas cuando podíamos sacar el palo para afuera, que estuvieran distraídos los guardias, pero apoyado todo esto con una tormenta tremenda. Logramos llegar a la cabeza del foco y girarla. Había que girarla lo suficiente pero que no se notara. Bastaba con un centímetro para que, a la distancia que estaba el muro, saliera la luz del foco de ese ángulo recto por donde íbamos a subir, que era lo más bajo para escalar esa muralla. Y lo logramos. Es decir, logramos lo principal, que era quitarle la luz de ese ángulo al hombre que miraba desde la garita, o sea,

lo dejábamos a oscuras. Lo dejábamos a la luz de la noche y la tormenta. Volvimos para abajo, colocamos la tabla en su lugar y salimos. Ya hecho ese trabajo, solamente nos quedaba ejecutar el plan estudiado.

La fuga

Esperamos hasta el día siguiente. Dentro de nuestra misma galería de nuestro patio de cuatro a seis, había una garita de gendarmes. Pero este hombre solía salir, lo llamaban de la administración, por una cosa o por otra. La noche anterior no había salido, pero sí sale el día de la fuga.

Ya estábamos listos a partir del crepúsculo, nos habíamos colocado la ropa correspondiente: una tenida de calle completa abajo y un buzo encima, un buzo camuflado, color de los muros, azul o gris oscuro. Toda la tarea, que eran unos 140 metros aproximadamente, eran dos techos, 25 metros en el primer techo, ahí eran dos muros, una escalada y una bajada, luego andábamos por tierra, escalar un tercer muro, después a tierra, escalar otro muro y andar unos 15 metros en el segundo techo hasta llegar al muro final. Todo eso estaba estudiado y se hizo en posición de tendidos. Se trataba de ganar tiempo, porque sabíamos que, de ser sorprendidos, debíamos llegar lo más rápido al muro, con el enfrentamiento correspondiente que se iba a producir. Pero para que nos pillara lo más cerca del muro la rapidez era fundamental. Habíamos hecho todo un estudio de como poder trasladar la escala que se usaba para limpiar los vidrios de la sección nuestra. ¿Cómo la trasladábamos sin romper la línea de los muros? Un gendarme mira en la noche en las tinieblas y al ver un techo horizontal con un palo parado se sorprende, pues; o mira el horizonte que tiene atrás y aparece un palo no se sabe de donde. Llama la atención. Entonces hicimos todo un estudio de movimiento de como llevar la escalera siempre pegada, cuando la subimos después de haber llegado a un techo, cómo subirla, irla girando pegada lo más posible al muro para que no rompiera la línea y trasladarla hasta allá. Y así fue. ¡Lo hicimos con una rapidez increíble!., en doce minutos. A los trece minutos estábamos ya afuera.

Tuvimos una sola alarma. Una vez que escalamos el primer muro, llegamos al techo. De ahí bajamos a otro techo de una construcción inferior. De ahí nos tiramos a tierra. Todo estaba estudiado para ofrecer la menor visibilidad posible desde las garitas. Además, el apoyo de la tormenta. Llegamos a tierra, nos arrastramos como cuarenta, cincuenta metros, hasta llegar a otro muro; pero allí de repente vemos que hay cuatro o cinco personas en la puerta de las galerías centrales, que están como observando. Entonces nos tenemos que detener algunos minutos. Teníamos la mitad de los cuerpos en charcos de agua. Llovía hacía varios días. Hasta que esas personas se van, y continuamos nuestro camino. De ahí seguimos andando, pasamos un muro que da a otra calle de la cárcel, luego otro muro, y otra calle, hasta llegar a la construcción final, cuyo techo se prolongaba

hasta el mismo muro exterior. Era la etapa de mayor riesgo porque debajo de ese techo dormía toda la guardia especial, la guardia de seguridad; pero, al mismo tiempo, como muchas veces sucede, el lugar más peligroso es el más seguro, porque como ellos dormían ahí, era el lugar donde menos caminaban los gendarmes en la noche. Nos permitió una movilidad muy grande. Y en lo que había que tener mucho cuidado era en no provocar un ruido extraño en el techo, porque es un cielo raso no más y unas planchas de pizarreño, pero para ello nos apoyaba inmensamente la lluvia. Hicimos con tanta serenidad este último tramo, que incluso camuflamos y escondimos la escalera. La descubrieron sólo el tercer o cuarto día. La fondeamos arriba en el techo. Porque de dejarla abajo, pasa en cualquier momento un gendarme y la ve. Bueno, hasta ahí todo iba perfecto.

Alguien del apoyo exterior, había hecho el estudio topográfico de toda la situación, y nos había entregado la altura del muro: tres metros veinte en esa parte. Nos llamó la atención que pudiese ser tan bajo. Nosotros practicábamos mucho el salto y demás, y habíamos hecho el estudio del «colgado», lo que acortaba la distancia. Si medía tres metros veinte y me cuelgo yo, por ejemplo, descuento un metro ochenta. Me queda una situación razonable. Nos creímos los cuatro ese dato, Marcial, Espinoza, Moraga y yo, puesto que la topografía de Valparaíso es tan rara. Tú de repente entras a una casa por el cuarto piso y si sales de esa misma casa por otro lado, sales por el primero. Podía ser. Pero no, ¡no era así! No sé que pasó.

El orden era: Marcial adelante, yo iba atrás, Espinoza y Muñoz. Pegaditos los cuatro. Marcial mira primero, y me dice: «¡No, pelado, aquí hay una locura!».

Miro y efectivamente, eran siete metros veinte o algo así. Era mucho, pero no había nada que pensar. Teníamos dos garitas a cinco metros, una a cada lado. Estábamos en el medio de dos garitas. Claro, tendidos, con una lluvia terrible, y totalmente camuflados en vestuario exterior. Pero no era como para esperar más tiempo ahí, de ninguna manera. Para vernos habría bastado que hubieran hecho una pasada de guardia normal los gendarmes, porque se cruzan de una garita a otra. Nosotros los teníamos de punto de vista. O sea, no venían, pero de todas maneras era muy cerca que teníamos las garitas. Entonces les digo: «Ya pus, compadres, no hay que pensar en esto. ¡Upa chalupa! Nos vamos p'abajo». Y nos tiramos.

Claro, la tormenta, cuando uno busca algo climático y se le da en toda acción, juega un papel muy grande. Era un barrial. Nos enterramos en el barro abajo, pero a nadie le pasó absolutamente nada. Y de allí nos vamos arrastrando unos treinta metros hasta salir del foco exterior de la cárcel que está siempre iluminado y ahí tomamos una escala y andamos unos veinte metros para abajo.

Viene otra cosa muy anecdótica. El plan exterior era, si salíamos sin ningún problema, el traslado inmediato a Santiago. Si había algún problema de emergencia nos separábamos dos y dos allí y esperábamos en determinados lugares no de Santiago sino que de otras partes. Pero resulta que nos estábamos sacando la ropa exterior, el buzo, para quedar vestidos

de calle, cuando escuchamos un pito. Pensamos que era un silbato de advertencia de la cárcel. Entonces dijimos: «plan de emergencia» y no hay que ir a Santiago sino a otros lugares.

Claro, el temporal fue una gran ayuda. Las calles estaban desiertas. Fue una suerte que determináramos hacerlo esa noche, pese a que faltaban algunas cosas en la ayuda exterior.

Además, hubo otra cosa anecdótica. No sé quién, un loco, un curado... Ni siquiera pienso que hubo mala intención. Alguién que seguramente quería hacer daño a la dictadura, pero que no sospechaba que podía hacernos daño a nosotros, hizo una llamada telefónica. La semana anterior a la fuga, vemos nosotros una movida en la noche en el penal, tremenda. Mandan a llamar al gendarme nuestro, carreras, aparecen los guardias de seguridad en el muro. Entonces el gendarme vuelve y nos dice: «Prepárense muchachos, porque va haber algo muy terrible esta noche. Llamó alguien del Frente Patriótico Manuel Rodríguez avisando que venían para acá a hacer una acción de recuperación de presos políticos.»

«Pero, ¡cómo se le ocurre!» —le digo al cabo— «que se va a anunciar una acción de esas. Imagínese que yo lo voy a llamar a usted para anunciarle la acción, y usted se prepara. Eso es una tontería, no tiene sentido».

«Así será» —me dijo,— «pero mire cómo están».

Y empezamos a ver como acordonan la cárcel entera. Pensamos que tal vez era una justificación para una masacre masiva, adentro. Porque jamás vamos a anunciar una acción antes de hacerla. Es absolutamente claro. Entonces, ese hecho, que provoca que la Marina rodee todo el penal dos o tres días, no desbarata todo el plan que teníamos de apoyo exterior. Y hay que cambiarlo. Bien, lo cambiamos. Hubo que hacer un plan nuevo de apoyo exterior, en tres días.

Se cambia todo eso y escapamos.

Pero volvamos al relato anterior. Nos pilla ese pito, aplicamos el plan de emergencia y partimos separados, hasta que llegamos a determinados lugares. Ya sentados, volvemos a escuchar el pito. ¿Y qué pasa? Era una publicidad comercial de una cera, no me acuerdo muy bien, que decía más o menos: «Vamos a ver qué cera empieza más rápido» y tocaban el pito para comenzar la competencia. Seguro que, justamente donde nos detuvimos para sacarnos la ropa, tiene que haber habido una ventana a la altura nuestra, con un televisor, y allí escuchamos el silbato.

La fuga la detectaron aproximadamente unas 24 horas después. Para nosotros era muy importante que demoraran eso. La fecha no la vamos a decir y que entiendan esto porque comprendemos que en gendarmería hay de todo, hay asesinos, (ya llegaremos al asesinato de Rigoberto; de eso tienen que responder ellos), pero asimismo, hay gendarmes muy conscientes, también hay gente normal.

Bueno, se produce esto y llegamos a esa casa. Estuvimos en un lugar determinado de Santiago veintitantos, treinta días, sin poder movernos. Como dije al comienzo, de los cuatro meses y tanto que estuvimos en Santiago, dos meses y medio fueron de pleno trabajo.

—Y los otros integrantes del grupo que se fugaron con Ud., ¿salieron también del país?

—Por ahora, la respuesta a esa pregunta vamos a dejarla en el aire. Pero quiero aprovechar la oportunidad para rendir un homenaje a Ricardo, a Espinoza, a Moraga, miembros conmigo de la unidad de combate «Julio Guerra», porque realmente fueron heroicos en la acción. Son muchachos muy jóvenes en comparación conmigo, y mostraron una seriedad y una valentía abismantes, dignas del temple sobresaliente que debemos jugarlos por tener los miembros del Frente Patriótico Manuel Rodríguez para enfrentar a la dictadura. Les envió un abrazo y un saludo a cada uno de ellos, donde estén, cumpliendo tareas maravillosas. Al mismo tiempo, al dirigirme a ellos con este cariño y este respeto a la sabiduría y a la tranquilidad de los tres para los momentos difíciles, también los quiero extender a todos los presos políticos, a todos los compañeros que durante un año fueron compañeros de celda. De cada compañero que he tenido aprendí más sobre mis principios, gracias a ellos fui capaz de amar más lo que amo. Fue una escuela muy importante para mí.

—¿Qué nos puede decir sobre las circunstancias de la muerte del preso político Rigoberto Peña?

—Esa pregunta me revive la indignación, me remueve todas las entrañas. Esto no es otra cosa que una prueba más de la incapacidad de la dictadura frente a las acciones del Frente y su impotencia en el plano militar. Al no poder detectar ni derrotar nuestras acciones, se venga con la persona que tiene más a mano. Al querido compañero Rigoberto, al cual le rindo homenaje, compañero excelente del MIR, creo que lo mataron por el simple hecho de que conversaba mucho conmigo. No tuvo absolutamente nada que ver con la fuga. Pero, simplemente, de alguna manera tenían que vengarse esos asesinos de la dictadura. No es la primera vez. Lo hicieron con los tres compañeros degollados, en respuesta a la acción de Concepción. Después del intento de ajusticiamiento del tirano lo hacen asesinando a otros cuatro compañeros. Después de la acción del comandante Carreño, está lo de los cinco desaparecidos. En el hecho de la fuga, impotentes ante una acción impecable, donde ni siquiera hubo necesidad de enfrentamiento, reaccionan con el crimen. Esto me lleva a un balance: cuando se lucha contra la dictadura, aunque no les provoquemos bajas, por el sólo hecho de derrotarlos en la acción, ellos nos matan gente.

Este es el caso del camarada del MIR, compañero Rigoberto, quien producto de las palizas que le daban, el aislamiento y demás, intenta suicidarse. Eso es efectivo. Pero ¿quién lo remata entre la cárcel y el hospital? Cuando salió de la cárcel él no tenía ninguna marca en el estómago, tenía las marcas en el cuello, y aparece rematado con una tremenda puñalada en el estómago. Lo matan en el camión de gendarmería, entre el penal y el hospital. Los compañeros presos se jugaron enteros por no entregarlo herido y por acompañarlo al hospital. No lo permitió la gendarmería. Es cierto que ya había miembros de la CNI dentro del penal, pero vuelvo a esa misma pregunta para la gendarmería. Tienen que definirse en algunas

cosas. Son responsables de la muerte de Rigoberto porque ellos responden de lo que suceda en el penal y si permiten que los esbirros de la DINA manejen el penal, que asuman su responsabilidad.

Un fiscal «bacteriológico»

—¿Le tocó a Ud., alguna vez, enfrentar al «famoso» fiscal militar Fernando Torres?

—Sobre este personaje «bacteriológico», como diría Neruda, hay que ver las cosas de diferentes puntos de vista. Yo creo que algún día lo explicarán los psiquiatras. No, nunca me interrogó a mí. Dos veces lo ví, con la puerta entreabierta, mirándome desde fuera de la oficina. Nunca me interrogó. Yo pensaba que era por el hecho de que él sabía que yo no declaraba. Después me he puesto a pensar y he llegado a la conclusión de que talvez no se deba a ese hecho, sino a otro hecho, que lo involucra a él en la sala de torturas. Estando yo en plenas sesiones de torturas, en La Serena, dos veces, con una diferencia como de cuatro o cinco horas, yo estaba colgado en esos momentos, me bajaron, me lavaron la cara, me vistieron, me arreglaron, y me llevaron a la sala de interrogatorios. Allí me interrogó una persona, un individuo muy parsimonioso. Yo, como siempre, vendado, no veía absolutamente nada, apenas lo que la venda permite, mirar un poco hacia abajo. Este personaje me interrogaba dándoselas de gran caballero, pero me repetía a cada rato que ya estaban cansados y que si yo no colaboraba, si yo no entregaba alguna información, iba a volver a las circunstancias en que estaba. Por supuesto que volvía.

¿Por qué cuento esta historia? Porque la uno con el hecho de que él nunca me ha interrogado a mí, cuando ha interrogado a todo el mundo; y de mí ha hablado mucho él por televisión y demás... ¿Por qué no me ha interrogado, entonces? Bueno, por mi profesión de actor tengo una capacidad, un acostumbamiento, a reconocer voces bastante importante. Pues bien, estoy completamente seguro que el que me interrogaba en esas condiciones era el fiscal Torres.

Voy a agregar un antecedente más. Mi madre es talquina, y yo he ido mucho a Talca. Silva es un apellido muy corriente en Talca, y cuando una persona es buena, y es Silva, dicen «es de los que silba bien». Es muy común esto. «Ah, pero es de los Silva que silban bien»: es decir que es correcto. «Ah, éste es de los Silva que silba mal», quiere decir que es incorrecto. La segunda vez que me llevan a este interrogatorio en La Serena, que me están arreglando, pasa uno y pregunta: «¿Para dónde lo lleva?» «Lo llevo donde el Silva que silba bien». Coincide, además, que el segundo apellido de este personaje bacteriológico es justamente Silva.

Además, como ya creo que es de opinión pública conocido, hay que recalcarlo, es un hombre muy curioso. Un día, por ejemplo, se quejaba al camarógrafo Jaime Honorato. Le decía: «Yo contigo tengo que hablar porque con tu cámara es con la única en que salgo gordo.» Un tipo que

se preocupa mucho de su imagen física, más que de hacer justicia a través de las leyes o su responsabilidad. Es conocido el actuar irregular de este personaje. Yo creo que la definición final de esto, como sucedió con los nazis de la segunda guerra mundial, la van a tener que dar los psicólogos y psiquiatras. Yo, por el momento me limito a decir: éste es un hombre que goza y disfruta dañando a los que aman a la democracia.

El derecho del pueblo a la rebelión

—El descubrimiento de los arsenales tuvo repercusiones políticas en Chile, ¿no es así? Hubo políticos de centro-derecha que dijeron que esas armas podrían ser usadas también contra ellos. Otros se alarmaron y dijeron: ¿por qué estas armas? ¿Por qué los arsenales?

—Vamos a ver esto en varias facetas. Contra quiénes, para qué, y por qué las armas. En primer lugar, créame que no me preocupa aquel argumento de que esto pudo aislarnos de los partidos políticos, ¿no? Porque esa fue una acción visceral de aquellos que nos quisieron aislar y que con el correr del tiempo tenían que meditar de nuevo este asunto, y de hecho ha sido bastante así. Hoy día más les preocupa aquello de «la violencia venga de dónde venga», y muchas cosas más que sacan, que en el fondo es su temor al pueblo. En fin, eso lo podemos analizar después. Pero, ya ni siquiera hablan de los arsenales. Sin embargo, al comienzo lo utilizaban como argumento.

Yo les pregunto a ellos: ¿es un delito acaso querer entregar armas a un pueblo que fue traicionado por ese ejército que tenía la misión de cuidar la patria y que mató al Presidente y arrasó con un gobierno como no hubo otro en la historia con el apoyo popular que éste tuvo? ¿Qué otro gobierno a los tres años alcanzó un 42,5 por 100? Ninguno. Solamente el de la Unidad Popular. Sin embargo llegan y arrasan por orden de los ricos, este ejército lacayo de los ricos y de su principal patrón que es el Pentágono, ¡arrasan! ¿Qué me dicen ustedes de los desaparecidos, les pregunto yo, a ustedes que se asustan porque les queríamos entregar armas a los perseguidos y a los pobres? ¿Por qué no le preguntan esto a Espartaco, dos mil años antes de Cristo? Le entregó armas a los esclavos, y se levantó contra los foragidos de esa época. ¿Los asusta Espartaco? ¿Los asusta Cristo, cuando sacó a patadas a los mercaderes del templo? ¿Con qué moral pueden indignarse, porque tratamos de entregarles armas al pueblo?

Parece que eso les preocupara más que el hecho que se especialice la CNI en West Point o que los oficiales del Ejército chileno, que antes se adiestraban en el canal de Panamá, hoy día se adiestran en West Point y que tengan como blanco frente al arma un mameluco obrero para que actúen como reflejo condicionado frente al trabajador. Eso les preocupa mucho menos. En cambio sí les preocupa el hecho de que haya gente que nos jugamos nuestras vidas, internando armas libertarias dadas por el mun-

do entero, que pueden llegar de nuevo y lo haremos cuando montemos nuevamente la infraestructura. ¡Eso les preocupa!

Yo siento que esos argumentos han sido utilizados en la historia por todos aquellos que metieron las manos a un balde de sangre de pobres, y que no quieren reconocer como un derecho legítimo, de dignidad, frente a catorce años de represión, de tortura, de persecución, de mujeres embarazadas en la tortura, de mujeres con ratones en la vagina, de madres que no saben donde están sus hijos, entregarle armas a ese pueblo. Si pensarán un poco en ello se darían cuenta que no hay nadie a través de la historia, nadie con dignidad, que no considere justo alzarse en armas contra semejante régimen. ¿Por qué no critican al ejército libertador? ¿De dónde venían las armas de Mendoza? ¡Crítquenlo, pues! Es decir, tenemos veinte mil ejemplos en la historia. El ingreso de las armas libertarias fue una acción legítima y de amor al pueblo. Fue una acción legítima contra aquellos que quedarán en la historia como los asesinos del pueblo de Chile; y los que se indignaron y levantaron la voz contra los arsenales quedarán en un rincón de la tribuna de los cobardes.

Eso es, por un lado. Por otro lado, eso de que se iban a utilizar, ¡qué osadía tan grande! que se podían utilizar contra gente de centro-derecha. ¡No, no, no! La opinión pública chilena nos conoce a muchos de los que fuimos cabeza en el ingreso de las armas libertarias y saben que esas armas tenían en la mira solamente a los traidores y asesinos del pueblo. Y esté absolutamente claro que sabemos disparar en este plano. No es contra todo el ejército, que fue embarcado en esta felonía y esta traición, como decía el compañero Allende, sino que para una parte de la oficialidad; tampoco en su totalidad, sino para aquellos a quienes se ha logrado en estos catorce años mantenerlos bajo el techo de la traición. Va para esos responsables, va para los agentes de la CNI, va para aquellos que han provocado el espanto, el dolor en nuestro pueblo. ¡Para ellos! Y lo saben en el fondo perfectamente bien. Yo creo que no hay un pasado ni razones que hagan pensar que las armas se podían utilizar frente a alguien que no sean los auténticos responsables de la traición a Chile.

—¿Cuál es su impresión sobre el momento político que se vive en Chile?

—Mi apreciación, que es la del Frente, en torno a la realidad política actual es que hay una confusión. Hay un carnaval electorero que de repente logra hasta borrar las atrocidades acontecidas durante catorce años. En el diario *La Tercera* escriben varios periodistas de diferentes tendencias. De repente uno en una página lee, tres tendencias distintas. Y escucha, y lee una página entera hablando sobre el plebiscito, hablando sobre elecciones, como si estuviéramos en plena democracia. Yo me pego en la cabeza y digo; «¡Qué maravilla! ¿dónde estoy?» Pero me doy cuenta que estoy con mi pueblo sufriendo y me caigo de espaldas. Porque es un carnaval que lo aísla a uno, del POJH y del PEM, de los cinco compañeros desaparecidos en septiembre, de la burla de Pinochet, cada día, que desautoriza y se ríe y les dice que vendrá él, y otro, otro que seguirá detrás de él. Entonces esto empaña la discusión de fondo, la búsqueda de cómo lograr

realmente avanzar en el camino democrático, sin que pueda haber retroceso. No, yo creo que éste es un camino de distracción, que es un camino que confunde.

Creo que hay un camino que ha sido claro, que es el que ha provocado más confusión al enemigo y es la movilización del pueblo. En todas sus formas de lucha. Sin pedirle a nadie que tome un arma, sin pedirle a nadie que lo obliguen a estar dentro del marco de la huelga o dentro del marco de la olla común. Todos, cada uno, en el frente donde puedan estar. Y cada vez que se ha logrado ello, que se ha logrado este objetivo, de hacer una acción movilizadora en conjunto, hemos visto la desesperación del régimen.

Es muy doloroso que algunos sectores, por este afán electorero, hayan dejado de llamar a sus bases a movilizarse. Menos mal que llegada la fecha, llámese de protesta, llámese de paro, la movilización se siente igual en las calles. Creo que ese es el camino claro. Naturalmente que es duro, pero ¿cuándo no ha sido un camino duro ante una dictadura déspota como la que tenemos? Si quisiéramos que el camino no fuera duro, vámonos para la casa, y no pretendamos provocar ningún cambio.

Creo que la lección práctica, si analizamos desde un punto de vista dialéctico, concreto, nuestra situación, es que cuando hemos logrado avanzar algo, ha sido con nuestro pueblo en movimiento.

Un ejemplo muy hermoso de este último tiempo: veamos el caso de la Universidad de Chile. Veámoslo. Allí fueron todas las formas de lucha. Fue una unión frente a un dictamen del tirano, en que se colocó un objetivo central: que no nos violen la autonomía universitaria, que no nos destruyan los organismos de gobierno universitario, colocando a un monigote representante del tirano. No tuvo otra salida éste que sacar a su hombre de confianza. No quiero decir con esto y la comunidad universitaria lo sabe perfectamente bien, que el nuevo rector sea una garantía en este plano. No. También lo nombra el tirano pero, bueno, veremos frente a esa comunidad universitaria que ya tomó esa escuela de la unidad, qué es lo que logra hacer en caso que no respete el gobierno universitario.

Entonces digo que es ése el camino. La unidad sobre todas las cosas teniendo como objetivo común la lucha contra el tirano, pero no la unidad verbal que diga «estamos de acuerdo», pero no hacemos nada frente a la dictadura, sino la unidad que genere movilización. Que nadie descalifique a nadie por sus métodos de lucha, si sus métodos de lucha conducen a dañar al tirano.

Creo que ese es el camino, es el camino que nosotros respetamos, es el camino que creo que en parte se ha impuesto, porque sino, ¿qué otro se ha seguido, digo yo, los días de protesta, paro general, cuando después de las seis de la tarde la dictadura no se anima ni a acercarse a una población?

FPMR: balance de una actividad

—¿Qué ha logrado el Frente Patriótico Manuel Rodríguez en cuatro años de actividad?

—En primer lugar, romper el mito de que esta dictadura era invencible, romper el mito de que estos servicios de seguridad eran inmensamente inteligentes. Hemos demostrado a través de la permanencia en las acciones, durante cuatro años, que es totalmente vulnerable esta seguridad de la dictadura. Romper el mito del pacifismo del pueblo. ¿Qué es eso? Es una nueva cosa en la escena política chilena, una nueva forma de enfrentar al enemigo, es demostrar cómo hemos sido capaces de actuar coordinadamente desde Arica a Magallanes. Cuando se habla de un apagón, por ejemplo, talvez alguien piensa que es botar una torre y se apaga Chile. No, no. Hay que actuar por lo menos en siete u ocho provincias y hay que actuar a la misma hora. O sea, hay que violar los servicios de seguridad que se consideraban intocables por su capacidad, en siete puntos distintos del país, a la misma hora. Y cada acción que se realiza, por pequeña que sea, no es un llegar y hacerla. Por ejemplo, las acciones simultáneas, de torres para los apagones o de tomas de radio; se hacen tomas de radios en cuatro provincias a la misma hora.

Ese es uno de los tantos aspectos, demostrarle a nuestro pueblo que ese enemigo es derrotable. No digo cuándo. No sé. Eso lo va a ir diciendo el tiempo. Pero yo soy de los que digo que sí los podemos derrotar militarmente. No a corto plazo, no hablo de plazos. Al decir militarmente digo político-militarmente. Es una locura pensar que a corto plazo se pueda derrotar a un ejército que ha logrado estar cohesionado bajo el fascismo durante catorce años. De acuerdo, pero también es cierto que nosotros después de cada acción aprendemos. Después de cada grande o pequeño enfrentamiento, aprendemos. De dos contra seis, por ejemplo, armados, en la calle. Siempre, después de cada acción hacemos un balance y hemos crecido en una forma gigantesca. Entonces esto, de prolongarse, no me cabe la menor duda que vamos a llegar a la necesidad de tener que ser un ejército del pueblo y no me cabe la menor duda que como ejército del pueblo vamos a derrotar al ejército de la tiranía y de los ricos.

—En varias publicaciones de prensa, dentro y fuera de Chile, se habla de dificultades internas, de división del Frente. ¿Qué hay de eso?

—En primer lugar, para nosotros, es un tema doloroso, indudablemente. Yo creo que se exagera un poco con la palabra división. Aquí lo que ha pasado es que, desgraciadamente, ha habido una discrepancia frente a la situación política con algunos compañeros del Frente, compañeros honestos y valiosos. Desgraciadamente no ha habido un acuerdo y ellos se han separado del Frente.

No quiero hablar más de este tema porque, de una u otra manera, sufrimos. ¿Por qué razón? Porque, de una u otra manera, pensamos que con esto disfruta el tirano.

—En la izquierda hay algunos que sostienen que las acciones militares

desmovilizan al pueblo, inducen una actitud de espera, de espectadores, y no de lucha de masas. ¿Qué dice usted frente a este planteamiento? ¿Qué ha demostrado la práctica?

—Muy interesante y necesaria la pregunta. Yo creo que eso podría suceder si nosotros fuéramos como pinta la burguesía a los soldados del pueblo, marginados de toda cultura o formación política. Nosotros no concebimos ninguna acción militar aislada del acontecer nacional. Cada acción nuestra, cada ataque a un retén, por ejemplo, obedece a la actitud represiva de ese retén hacia la población de ese lugar. Somos un lenguaje en armas del pueblo. Somos soldados político-militares del pueblo, que tenemos la filosofía del pueblo y cada acción va encaminada a apoyar una acción del pueblo.

Yo creo que esto produce lo contrario de lo que se plantea en la pregunta. Y lo puedo probar con hechos. La cantidad de acciones... Si lo que se ve no se hace con un puñado de gente. No, se necesita mucha gente. Y al decir mucha gente en el plano militar del pueblo, es mucha gente que puede perder las manos con la tiranía en cualquier momento. Veamos bien el nivel de definición. Nosotros no somos seres humanos abstractos ni simbólicos, somos concretos. Tenemos que tener donde escondernos, tenemos que tener gente que nos apoye, o sea, todo un aparataje. Cada acción tiene un trabajo de exploración primero, tiene un contrachequeo después, y tiene el accionar. Nunca la misma gente puede pasar de una etapa a otra, o sea, cubrir una cosa y la otra, porque es detectada. Imagínese, si la persona que hace la exploración después va a chequear... y después de chequear va a actuar directamente. Es imposible. No, decimos que con nuestra política militar, hemos logrado una incorporación de gente muy, muy grande a este campo.

Ahora, también hay que entender que no es lo importante que toda la gente se incorpore al Frente, porque también en esto hay vocación de enfrentar a la dictadura de diferentes maneras. Un hombre de setenta años, nos ha hecho por ahí unas exploraciones maravillosas. Hay gente que dice: «Yo estoy de acuerdo, apoyo las acciones del Frente desde mi actividad sindical, y de una u otra manera, logro apoyo a las acciones del Frente en las asambleas sindicales.» Otros, a través de los organismos de poblaciones.

Yo digo, conscientemente, y desafío aquí a alguien que me desmienta: creo que nadie tendría la osadía, fuera del tirano Pinochet, de decir que el pueblo de Chile rechaza las acciones del Frente. Yo digo categóricamente que no, y en la calle, en una cola, en las micros, parado en un kiosko de diarios donde hay un titular de una acción del Frente, o donde esté, que se sienta, que se escuche, que se sepa: ¡nunca hay un rechazo, frente a una acción del Frente! O se comenta y se apoya o se calla la gente. Y la mira, la mira y se la guarda. Yo creo que eso es, precisamente, lo contrario de lo que nos habría pasado si tuviéramos una fiebre de venganza, de tirar por tirar tiro.

No, tenemos el planteamiento del rodriguismo en la médula de los hue-

sos. Tratamos de ser la sensibilidad del pueblo. Hemos logrado que sean comprendidas todas nuestras acciones. En esto hay sus etapas dolorosas, ya lo hemos explicado, y el pueblo de Chile sabe que es así. Pero lo voy a repetir. Nosotros sufrimos mucho también cuando un hombre que no tiene nada que ver cae en una acción nuestra. Jamás nos ha pasado por alto cuando en una acción ha caído gente inocente y ha sido un imprevisto total que no lo hemos podido controlar. Pero que digan esos guardias azules, que son también guardias de la burguesía, lo que les ha pasado cada vez que se han enfrentado con nosotros. ¿Qué les hemos dicho? «No muevas el arma. Si no la mueves no te va a pasar nada. Más, si quieres pasarte para nuestro lado, te puedes ir con nosotros. Pero pasa el arma y no la muevas. Si la mueves, estás actuando contra el pueblo». Eso lo pueden decir, creo que ya habrán conocido esta realidad muchos «guardias azules», que les llaman.

Ahora, algo más en este punto de la comprensión de nuestro trabajo, sobre las milicias rodriguistas. Y no quedarme allí solamente, sino que en las primeras expresiones de rebelión, en el armar la barricada, en conseguirse neumáticos para la barricada. Yo creo que eso lo conoce, lo ha visto todo Chile, porque para cada acción hay determinado nivel de preparación y determinado nivel de experiencia. ¿Quién en Chile no ha visto niños de catorce, quince años, con qué fuerza actúan en la protesta? Desde catorce años hasta una edad ilimitada. Tenemos el trabajo de la Milicia Rodriguista sectorial. ¿Es una mentira que poblaciones en la noche son controladas por la Milicia? Todos las han visto, todos saben que es así. Pregúntele a los señores carabineros, si se meten a determinadas poblaciones. Pregunte por qué no se meten después de las 8 de la noche y qué es lo que ven cuando miran en las poblaciones para adentro. Quienes patrullan aquella población y cuidan aquella población. Esas son las Milicias, el primer camino que encuentra la juventud, de comprensión, de acercamiento al Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

—¿Qué haría el Frente Patriótico Manuel Rodríguez frente a una eventual apertura, que marcara el comienzo de una normalización democrática en el país?

—Bien, pienso que no es una cosa descabellada creerlo, la apertura. Creo que si el nivel de movilización del pueblo va *in crescendo* se puede lograr. Creo que cada acción de todo tipo, de olla común a fusil automático, que se realice en el interior y que no pueda controlar la dictadura, son horas que se le van cortando a Pinochet de su existencia frente a sus patrones, el Pentágono, frente a quienes ven que no puede controlar la situación. Por eso es que creo que en el accionar está la salida.

De darse esa apertura, nosotros ya lo hemos planteado y lo voy a recalcar aquí, nosotros no depondremos las armas hasta que no haya garantías absolutas de que jamás se volverán en contra del pueblo. Esto no es un antojo.

Detengámonos un segundito en la historia de Chile. ¿Qué ha pasado con las armas en la mano de la burguesía? ¿Qué pasó a fines del siglo pa-

sado con la matanza de Puerto Natales? ¿Qué pasó a comienzos de siglo con la matanza de la Escuela Santa María? ¿Qué pasa con La Coruña? ¿Qué pasa con El Salvador? ¿Qué pasa con Pampa Irigoin? ¿Qué pasa con la José María Caro? ¿Qué pasa con las muertes en cada paro nacional?

Llegamos a una conclusión muy clara, de que cada vez que el pueblo fue alternativa para superar su explotación, fue aniquilado por las armas de la burguesía. Y como broche de oro tenemos el ejemplo de la Unidad Popular. Entonces, ¿podríamos nosotros, que hemos abierto la dialéctica del combate, deponer las armas si no hay garantías para que no vuelva a suceder nunca más esto? No. El pueblo de Chile, tiene sus brazos armados, (porque no somos los únicos que actuamos en Chile, esto permítaseme decirlo también: está la Juventud Lautaro, está el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, y poco a poco han ido apareciendo otros brazos armados del pueblo también) y no podríamos de ninguna manera, sería una incoherencia muy grande, dejar nuevamente al pueblo sin tener cómo defender sus conquistas. No. En dos palabras: depondremos las armas, vuelvo a repetir, el día que haya garantía que los pobres no sean asesinados por los ejércitos de la burguesía.

—¿Cuál podría ser esa garantía?

—Por ejemplo, democratización de las Fuerzas Armadas.

—*Algunos militares identifican ese concepto, democratización, con la eliminación de los grados, la deliberación permanente, la anarquía...*

—No. Democratización de las Fuerzas Armadas, para nosotros significa cambios profundos dentro de ellas, dentro del Estado Mayor, dentro de la tropa, la apertura de la Escuela Militar a la clase obrera. Digo Escuela Militar refiriéndome a las cuatro ramas de las FF.AA. Un ejército donde tenga plenas garantías el pueblo, con gente dentro de su nivel de decisiones, desde el Estado Mayor a la tropa. ¿Por qué no? ¿Por qué no tiene derecho a exigir el pueblo, este tipo de democratización, cuando ha sido traicionado durante un siglo? ¿Quién podría considerar que ésta es cosa de locos?

Claro, la burguesía lo va a decir: «¡Cómo! ¡Cómo nos van a quitar a nosotros la garantía de nuestras riquezas y de nuestra seguridad!» Ellos lo dirán. Pero yo le pregunto a la opinión democrática del mundo entero si es una locura exigir una democratización de este tipo.

Como principio, nos gusta contemplar todo tipo de posibilidades, incluso aquellas que en algún momento parezcan increíbles. Porque tenemos claro que cuando decimos «democratización» nos referimos a cambios absolutos.

Hoy día el pueblo de Chile tiene sus soldados que, a través de la lucha, se han transformado en excelentes soldados del pueblo. Esa gente tendría que reemplazar a elementos de las Fuerzas Armadas. Tendría que haber un recambio de las Fuerzas Armadas, en todos los niveles, en la Escuela Militar, en los programas de la Escuela Militar. Entonces, usted comprende lo difícil que es que la burguesía acepte esto, la burguesía que es capaz de prestar a su mujer, que es capaz de vender la Patria porque, como decía

Neruda, los ricos no tienen Patria; pero hay algo, sí, que ellos no entregan, que es su Ejército lacayo burgués, porque es la garantía de la defensa de sus riquezas. O sea, ese Ejército pasó, de cumplir el papel de defensor de la soberanía nacional a ser hoy en Chile, en la realidad, sólo el defensor de la riqueza de los ricos. Entonces, es muy difícil. Pero, vuelvo a repetir, nos preparamos y contemplamos hasta algunas cosas que parecerían imposible.

Estamos hablando en el plano de una apertura hipotética. Lo que decía antes, que creo en la derrota militar a la larga, es en el caso de que no se dé esa apertura y sigan las cosas como van.

Actor y combatiente político-militar

—*Usted es actor y combatiente político-militar, según sus propias palabras ¿No percibe una contradicción entre ambas cosas?*

—Yo le decía antes que no veía contradicción entre ser comunista y un soldado del pueblo. Tampoco veo contradicción en ser un artista y un soldado del pueblo. Significa, eso sí, que uno tiene que priorizar algunas cosas en algún momento. Pero, bueno, ¿por qué no vemos el caso de Gerard Philippe, el gran actor francés, que desgraciadamente murió muy joven. Se transformó en un maestro de profesionalismo y calidad antes de los cuarenta años, ¿acaso no tuvo los fusiles en los techos de París en la Resistencia antinazi? Jean Gabin, por ejemplo, ¿no fue nada menos que jefe de la artillería de la Resistencia? Podríamos nombrar muchos casos más. No. No es una contradicción.

Yo no quiero descalificar a nadie. Entiendo perfectamente que otros actores no lo hagan ni les pido que lo hagan. Me gusta hacer esa aclaración. Voy a hablar de mí. Me costó entender el derecho y la obligación desde un punto de dignidad personal, de tener un arma en la mano frente a los asesinos de mi pueblo, tomar la decisión de combatir con las armas. Me pasa, en el hecho, que no me conformo con dar un mensaje desde el escenario frente a la dictadura. Necesito yo personalmente como una angustia personal, dar más. Repito: yo admiro a quien combate en el plano del arte y lo considero muy valioso. No estoy planteando que haga como yo el resto de los actores. No, y muy bien hecho. Pero, en el caso mío, empecé a no dormir tranquilo al enfrentar a la dictadura, sólo desde el escenario. Era tanta la barbarie que necesitaba dar un paso más.

Pero yo trataré de no bajarme nunca del escenario, y lo voy a demostrar esto con la práctica. Mi labor militar, en mi tierra, ya lleva más de tres años. Sin embargo, yo hasta que no tuve que hacer la tarea de la entrada de las armas libertarias en el Norte, o sea, hasta fines del 85, todos los años hice dos, tres montajes teatrales. Por ejemplo en ese mismo año 1985, monté Brecht, nada menos que *Santa Juana de los Mataderos*, monté *El Relevo*, una obra de un autor chileno que relata 24 horas de vida de los trabajadores ferroviarios; monté Chejov, en un programa doble. Hice

todas las teleseries de ese año, *Matrimonio de Papel*, *Andrea*, *El Angel Malo*. Sin embargo, paralelamente, no puedo dar detalles, mi actividad militar era intensísima. Después de haber hecho esa primera etapa de la internación de armas libertarias, si todo hubiera salido bien, yo habría vuelto al escenario. Ya veremos más adelante, depende del tipo de salida que haya y como se vaya desarrollando la lucha, si lo puedo hacer. Es indudable que en mi tierra a estas alturas, no lo puedo hacer mientras esté la dictadura. Pero mientras pueda hacerlo y posteriormente cuando abramos las puertas de la libertad, seré un actor militar del pueblo.

—¿Podría hacernos su curriculum de actor?

—Tal como le contaba anteriormente, yo egreso de la Escuela de Teatro en la temporada universitaria del año 63, y hago mi primera obra profesional en marzo del año 64. Hice *La Mamma* con Américo Vargas, obra que se mantiene dos años y medio en cartelera. Ya tenía anteriormente un gran movimiento el Teatro de Aficionados. Pero no vamos a hablar de él, a pesar de que es muy hermoso. Vamos a hablar de mi ingreso ya en el trabajo profesional. Trabajé prácticamente en todas las compañías de teatro independiente, especialmente con los Duvachelle. Hacemos una obra maravillosa que se llama *Veinticinco años después*. Con diferentes compañías profesionales, digamos prácticamente casi todas. Al mismo tiempo soy pionero de la televisión chilena en teleteatro. Soy actor de planta del primer programa de teleteatro de envergadura, se llamaba *Historias de la tarde*, que hacíamos en el canal de la Universidad de Chile cuando funcionaba en Chile Films. Estoy hablando de los años 63, 64. Era una novela universal, que la dividían los escritores en cinco capítulos. Esto lo dirigía Helvio Soto. Hacíamos un capítulo diario en directo. En aquel entonces, no se grababa. Se memorizaba en la noche, se ensayaba tres, cuatro horas y salía al aire en la tarde. Nos turnábamos en grupos de seis actores. Eso duró aproximadamente dos años. De allí no me despegué nunca de la televisión hasta el golpe fascista y que la retomo cuando vuelvo en el año 83. Pero aquí, exclusivamente me daba trabajo el canal 13. Estoy proscrito de todos los medios donde tenga influencia el Estado, también hice cine. Trabajo en dos películas con Raúl Ruiz, *Colonia Penal* y *Nunca se supo* y trabajé también con Saúl Landau, no me acuerdo del nombre de la película, fue en el primer año de la Unidad Popular.

Hago tres películas seguidas y posteriormente, en el exilio, hago teatro desde el primer día de mi llegada, primero en el teatro chileno de Estocolmo, después en el teatro Latinoamericano de la misma ciudad. Hago cuatro películas en Estocolmo y después programas de televisión.

En Nicaragua, igual. Desde el primer momento trabajo en teatro y a la semana de llegar allí ya combino mi vida de miliciano sandinista con la de actor y desde el primer día integro una compañía de teatro en Nicaragua. Hago cine. Hago tres películas. Hago el primer teleteatro grande de la televisión nicaragüense y soy el primer profesor de teatro en la primera Escuela de Teatro Estatal del Ministerio de Cultura, dirigida por Ernesto

Cardenal. De allí retorno a mi tierra y hago la actividad que dije anteriormente que termina en el año 85.

Entre medio de esto, el año 77 recibo una distinción que para mí es muy valiosa, entregada por el Sindicato de Artistas Alemanes al Actor Antifascista. Se llama condecoración Hans Otto, de la República Democrática Alemana. Es la condecoración, varios han visto la película *Mefisto*, es la condecoración al maestro aquel, que se llevan un día y lo fusilan en el bosque. Esa es la condecoración máxima entregada a un actor de teatro en Alemania Democrática. Además, hice estudios superiores en el Instituto del Drama Sueco, dos años, mientras permanecí en el exilio en Suecia. Eso es a grandes rasgos. No he sido nunca muy bueno para llevar mi currículum.

Evocación de Víctor Jara

—*Tengo entendido que usted mantuvo relaciones de trabajo y amistad con Víctor Jara.*

—Con Víctor éramos mucho más que amigos, éramos compañeros. Cuando hacía un tiempo que no nos veíamos, nos buscábamos, necesitábamos conversar, analizar las cosas que pasaban. Y trabajamos juntos en el Teatro del Pueblo. El me dirigió a mí en varios montajes, entre ellos, uno muy bello que era en apoyo de ese maravilloso pueblo irlandés ocupado por los ingleses, una obra que se llama *Afuera brilla el sol*. Entre otras obras muy conocidas. Aquella la hicimos con mucho cariño. Eran dos personajes nada más. Y él dirigía. Sí, fuimos grandes amigos durante veinte años aproximadamente. Y por ironías de la vida, o más bien no, porque los dos éramos amantes de la vida y del pueblo y era normal que nos encontráramos de repente juntos en una situación difícil, nos tocó estar juntos en los primeros días del golpe.

Yo soy detenido por primera vez, en el centro de Santiago, el viernes después del golpe militar, que fue el martes. El fue detenido en la Universidad Técnica del Estado. El hecho es que nos encontramos los dos en el Estadio Chile. Llega un momento que yo miro el pasillo de entrada y lo veo entrar. Me le acerco y traía una tremenda hinchazón en el ojo. Y le digo: «¿Qué te pasó, te pegaron ya?» Me dice: «Al entrar me reconocieron, me botaron al suelo y me llegó una patada en un ojo.» Un bototazo en un ojo. Eso se le empezó a hinchar con el correr de las horas, hasta que se le cerró el ojo izquierdo y el hematoma, abajo, café.

No se por qué razón, un monstruo que tendrá que rendirle debidamente sus cuentas al pueblo, como lo tendrán que hacer todos los responsables de esta traición al pueblo... Le pone Rolando Carrasco un nombre muy bueno en *Prigüé*. ¿«El Hermoso», era? El oficial aquel... «El Príncipe». ¡Eso era! Nos aparta un momento y nos coloca en un pasillo a Víctor Jara, a mí y al doctor Bartulín. Nos coloca a los tres juntos. Insultos permanentes cada vez que pasaba. A Víctor le decía: «Vamos a ver si vuelves a can-

tar», sacándole la madre. A mí me decía: «Tu vai a ver lo que te va a ocurrir.» Nos decía siempre lo mismo. Y a Bartulín: «A Ud., doctorcito, lo cantado y lo bailado no se lo va a quitar nadie.» A cada rato, como un hombre obsesivo, cada vez que pasaba, repetía esas palabras. A veces tenía que pasar corriendo y nos gritaba corriendo. Pero nos gritaba lo mismo siempre que pasaba frente a nosotros, nos dirigía las mismas frases.

Estuvimos dos días juntos. Y en un momento voy yo al baño y le pregunto a Víctor si quiere ir al baño. Me dice que no y voy solo. Tengo que hacer una cola. Imagínese, ese estadio estaba lleno, absolutamente, la cancha, las galerías, todo, lleno de gente. Tengo que hacer la cola para el baño y cuando vuelvo, ya no está. Entonces le pregunto, no sé si a Bartulín o a otra persona, estaba ahí en el borde de una hilera larga de asientos hacia el pasillo. Entonces me dice que lo bajaron hacia los camarines.

Al día siguiente logro salir yo en libertad, como lo relaté antes. Lo busqué por todos lados antes de salir y no lo encontré.

Después de salir, tengo un contacto con un compañero y me dice: «Lo primero que queremos saber es a qué gente viste adentro del Estadio.» Le digo: «A Víctor.» Me dice: «Ayer se le encontró muerto a la vuelta del Estadio.»

O sea, lo mataron ese día en un camarín, salieron con el cuerpo y lo lanzaron, no me acuerdo cómo se llama esa calle de atrás del Estadio, donde había una serie de grandes tarros de basura.

Después me repite esto la Joan, en el entierro de Pablo Neruda, días después.

Así supe lo que había ocurrido con el compañero Víctor Jara, que lo bajaron a los camarines y apareció después, esa misma noche, en los tarros de basura, a una cuadra del Estadio.

ANGEL PARRA

Carta abierta a mi amigo Víctor Jara

Querido Víctor:

me despierto con unas ganas tremendas de escribirte para contarte lo que me sucedió anoche 24 de diciembre. Serían como las 12.10 cuando sonó el teléfono,

no, nosotros dormíamos profundo, lo de siempre cuando te despiertas antes de haber terminado tu noche, ¿quién será? ¿por qué tan tarde? etc. La llamada era de Chile, para decirme que formaba par-

te de los perdonados, que era parte del paquete de regalo de pascua que la dictadura ofrecía este año.

La voz querida de mi hermana sonaba radiante, ¿te acuerdas, Víctor, de su voz? ¡Se te acabó el exilio hermano, se te acabó el exilio! Por un segundo compartí de corazón su alegría, la alegría de tantos otros que pelean todos los días a brazo partido por el fin del exilio y que en mi caso consiguieron mi perdón. Perdón, pero de qué, Dios Mío, me pregunto.

¿Me están perdonando tus 40 balas por la espalda?

¿Mi padre, a quien no volveré a ver?

¿Ellos me están perdonando nuestros 30 mil muertos y el río Mapocho ensangrentado? ¿Me perdonarán acaso los cadáveres que trafa el Renaico en Mulchén? ¿Los fusilados de Calama (al quínteo, es decir 1-2-3-4-5-tu)? ¿El director de la sinfónica infantil de la Serena? ¿El padre Jarlan, símbolo de los pobladores torturados violados relegados expulsados encarcelados desaparecidos? ¿Carmen Gloria, Rodrigo?

Parece que debo hacer una reverencia y agradecer el perdón, aquí no ha pasado nada y tan amigos como antes.

¿Qué te parece, Víctor? A veces pienso que es mucha la generosidad, y que soy un mal agradecido.

Me perdonan Marta Ugarte, Tucapel, El Chino Díaz, Weibel, los degollados, Pepe Carrasco, Corpus Chirsti y yo no sé agradecer.

¿Me siguen perdonando los cinco jóvenes desaparecidos en septiembre del 87, mi pueblo hambriento, la cesantía, la prostitución infantil y este nudo en la garganta permanente desde hace catorce años también me lo perdonan? Me pregunto si en este gesto están incluidos mis amigos muertos en el exilio: Lira Massi, Ramírez Necochea, Guillermo Atías, Vega Querat.

Estás en la lista, ¿cuál lista? ¿la de los que pueden reír, pensar, circular, amar, morir, vivir?

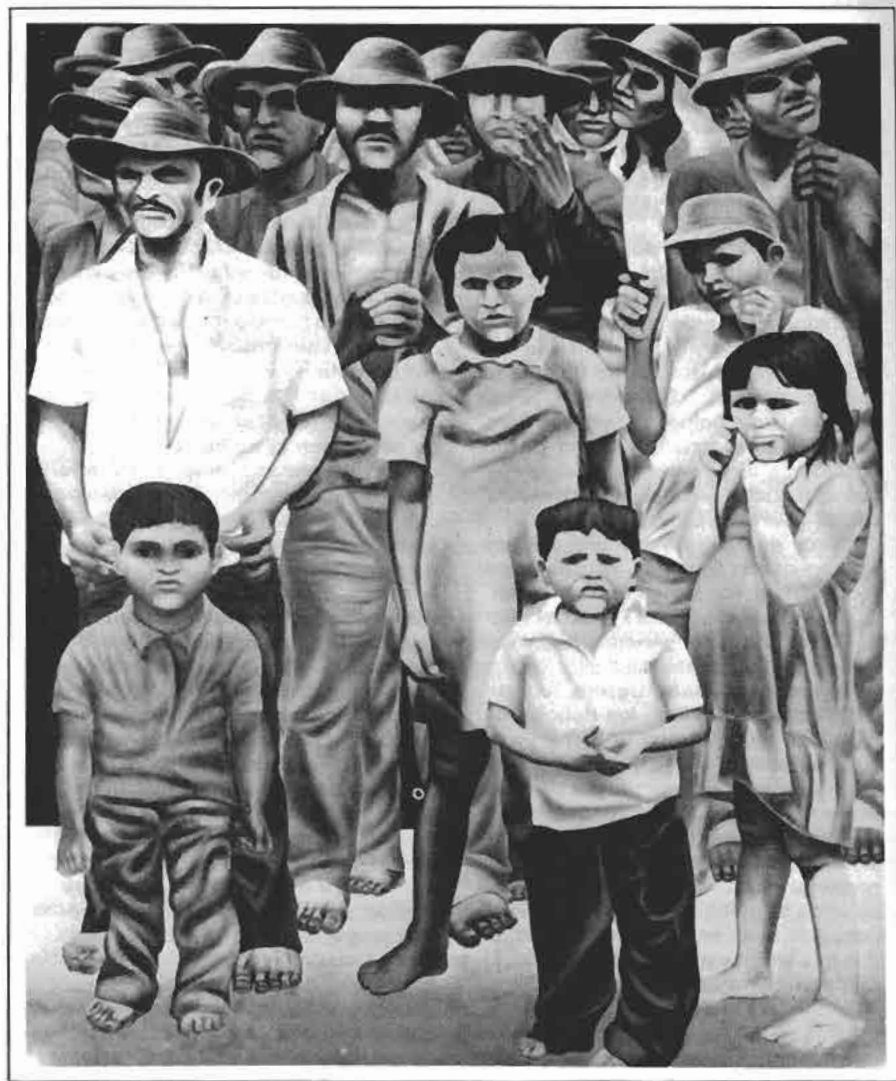
En fin, Víctor amigo, mucho tiempo que quería escribirte pero ya me conoces, soy un poco flojo. Te contaré que estoy componiendo mucho, entre me-

rengues, tonadas, cumbias y cuecas, oratorios y pasiones, el tiempo pasa y se queda inscrito en el alma.

Quiero hablarte un poco de mi mujer a quien no conociste pero conocerás algún día o no, mejor lo verás en ella cuando llegue el momento. Ella me ha dado algo que yo no sé como se llama pero que se traduce en una cierta seguridad, equilibrio y alegría de vivir, la misma que tú tenías junto a tu mujer. Me acuerdo perfectamente de tu claridad y seguridad en tus pasos, aventuras y destinos. Y eso se reflejaba en tu trabajo, el teatro, la Peña, el partido, los sindicatos y los amigos. Siempre tenías tiempo para todo (yo me cansaba de mirarte). Me acuerdo que la Viola me decía, aprende, aprende. Espero haber aprendido algo. Por ejemplo:

*que la humildad, el heroísmo
no se venden ni se compran
que la amistad es el amor en desarrollo
que los hombres son libres solamente
cuando cantan, flojean o trabajan
chutean el domingo la pelota
o se toman sus vinitos en las tardes
le cambien los pañales a sus guaguas
distinguen las ortigas del cilantro
cuando rezan en silencio porque creen
y son fieles a su pueblo eternamente
como tú y como miles
de anónimos maestros somnolientos
de domésticas, mineros, profesores,
bailarinas, guitarreras de la patria.
También quiero decirte al despedirme
que París está bello en este invierno
que no acepto los perdones ofrecidos
que mi patria la contengo en una lágrima
que vendré a visitarte en primavera
que saludes a mis padres cuando puedas
que tengo la memoria de la historia
y que todo crimen que se haya cometido
deberá ser juzgado sin demora
que la dignidad es esencial al ser humano
que el año que comienza será ancho
de emociones esperanzas y trabajos
sobre todo para Uds., Víctor Jara,
que siembran trigo y paz
en nuestros campos.*

París, 25 de diciembre de 1987



Fascistas, filósofos y lectores

VOLODIA TEITELBOIM

Vimos en Santiago el ascenso fulminante de Federici, su arrasante trayectoria y su caída en picada. Esta se la comunicó por teléfono el miércoles 28 de octubre del 87, a las 10 de la noche. La orden era terminante: debía presentar su renuncia al cargo de Rector de la Universidad de Chile. Al mediodía siguiente Pinochet explicó a las integrantes del CEMA que había dado este paso «especialmente por las madres y los padres».

Ya estaba designado su reemplazante, alguien que exteriormente es muy distinto de su atarantado predecesor, pero que debe cumplir la misma tarea en otra forma, con palabras diversas y ritmos diferentes. El abogado y filósofo Juan de Dios Vial Larraín, una vez nombrado para el cargo de Rector, entró a misa y luego dijo que se sentía llamado a «cumplir una misión de paz». Se definió como un «hombre libre», agregando a continuación algo paradójico: «Yo cuento con la confianza de quienes me han designado, soy leal a ellos.» Se sabe quien lo designó, el antiguo Dios de la Guerra. Informan que la materia que trata el nuevo Rector es la Metafísica y Descartes su especialidad. Se le describe como adicto a la concepción universitaria germánica tradicional. Se le define como católico, conservador, cercano a hombres tan de derecha como Jaime Eyzaguirre y Julio Philippi. A diferencia de un Federici, carente de todo sentido del idioma, Juan de Dios Vial habla en estilo solemne.

Participa en una mesa redonda sobre Estética, donde analiza «Los Signos de lo Bello». Está muy bien que se preocupe de un tema tan conspicuo. ¿Ha leído el reciente libro de un compatriota suyo, Víctor Farías,

profesor de la Universidad de Berlín, titulado *Heidegger y el nazismo*¹. Esta obra ha provocado una tormenta en Europa y una de las más sonadas querellas culturales de los últimos tiempos, en las cuales han participado viejos y nuevos filósofos. Según dijo Jean-Marie Benoist, muchos de ellos están empeñados en la operación «lavado de la camisa parda de Heidegger» o, según Farías, «en el lavado, por lo menos algunos, de su propia conciencia». La obra del chileno no pretende ser un libro dinamitero, sino una reconstitución paciente, tras escudriñar durante muchos años en los archivos y descubrir documentos y testimonios. El asunto no es simple. Farías no sostiene que Heidegger fuera un vulgar secuaz de Hitler. Pero establece, con datos bien acreditados, que el filósofo alemán desde su mocedad hasta el fin de su vida desenvuelve una parábola inspirada por la concepción nazi, empezando por un «racismo cultural», dando por sentada la superioridad germánica en el campo del pensamiento.

Invocando la Estética y la Metafísica ciertos filósofos pueden llegar demasiado lejos. En *La Ficción de la Política. Heidegger, el arte y la política*, Phillippe Lacoue-Labarthe alude al nazismo como «nacional estetismo». Heidegger —según el cual, partiendo de los presocráticos hasta llegar a Nietzsche, el ser representa el problema básico de la filosofía europea y también el eje de la metafísica occidental— vio en la política del Tercer Reich la puesta en práctica de un modelo estético inspirado en el sueño griego.

Si Pierre Aubenque sostiene que «la adhesión inicial de Heidegger al movimiento no es un acto filosófico», lo contradicen sus discursos apoyando al Führer, donde emplea expresiones contenidas en sus libros fundamentales. En verdad su adhesión al nazismo guardaba estricta coherencia con su pensamiento filosófico.

Algo que deben tener en cuenta no sólo los filósofos sino también los Rectores. Heidegger vio en los comienzos de la «revolución nacional socialista» la oportunidad histórica para una mutación de la Universidad y de Occidente.

La polémica que ha estremecido a una amplia franja de la cultura europea sacó de nuevo a la luz la supuesta «irresponsabilidad de la filosofía». Umberto Galimberti sostiene en Italia que «el pensamiento filosófico está siempre más allá de los hechos». A su entender, la actualidad histórica no es nunca un criterio de juicio. Pier Aldo Rovatti afirma que es necesario separar el episodio de la adhesión al nazismo e incluso la entera biografía de Heidegger de su pensamiento y de los efectos que produce.

Posiblemente es Francia el país donde la discusión sobre el libro incisivo de Farías ha adquirido caracteres de escándalo y torbellino. Christian Jambet, quien escribió el prefacio a la edición aparecida en París, acusa a filósofos de su país por haber velado el pensamiento del pensador alemán, callar el hecho que «Heidegger nunca consideró la práctica filosófica como una actividad separada y abstracta». Jambet se pregunta ¿por qué

los ex-nuevos filósofos «han tenido tanta severidad frente a Hegel y Marx y tanta indulgencia por Heidegger?». Roger-Pol Droit escribe en *Le Monde*, comentando *Heidegger y el nazismo*: «Implacablemente documentado, este libro es una bomba.» Y se pregunta «¿cómo se puede leer a Heidegger-doctor Jekyll, olvidando a Heidegger-Mister Hyde?». La historia —dice Farías— no se escurre sobre los filósofos como el agua sobre los patos. En la controversia dentro de Francia han terciado Georges Arthur Goldschmidt y Emmanuel Martineau. Goldschmidt subraya que Heidegger no sólo fue un simpatizante de Hitler sino también un fanático de Mussolini. Denuncia la actitud de muchos de sus colegas filósofos. «Con Heidegger la noche se abatió sobre el pensamiento... Es extraño que se haya impuesto en Francia. ¿Qué se puede decir? En efecto, en París siempre se ha querido ocultar el nazismo de Heidegger y era para hacer como si Auschwitz nunca hubiera existido... Si París bien vale una misa, ¿por qué la tranquilidad filosófica no debería valer un exterminio?».

Guiar al guía

La furia del heideggeriano Martineau lo induce a fáciles ironías. Acusa al «abate Farías» de «investigaciones sin brújula» y califica al prologuista Jambet de «Ayatollah».

El filósofo Karl Jaspers sostenía que Heidegger «quería condicionar desde adentro el movimiento». *Führen den Führer*, conducir al conductor, guiar al guía. Tal es una tentación en que caen, sobre todo en las dictaduras, ciertos intelectuales. Casi siempre es una ilusión. El propio caso de Pinochet lo confirma.

Pero hubo muchos intelectuales de tendencia liberal que justificaron, o al menos atenuaron, la responsabilidad de Heidegger. Para Theodor Adorno, en cambio, su filosofía es un jerga de rasgos inequívocamente racistas.

El libro de Víctor Farías se estima un hecho nuevo y retumbante porque encierra una nítida toma de posición. Otto Pöggeler, considerado un máximo intérprete de Heidegger, afirma que la izquierda parisiense, so pretexto de usar el pensamiento heideggeriano en una clave postmoderna, ha hecho un mal servicio al filósofo, y también a la izquierda, al declarar irresponsable el pensamiento frente a nuestras decisiones. A juicio de Pöggeler existe una «complicidad» entre el pensamiento heideggeriano con la mitología trivializada del nazismo, aunque tome de la tradición hebrea-cristiana la religiosidad orientada a la espera de un Dios capaz de salvarlo de la difusión planetaria de la tecnología y del desorden político.

Este Dios o semidiós o Mesías para algunos fue Hitler. Esperamos que la fidelidad que los intelectuales deben a quienes los designan para altos cargos no los lleve a pensar que dicho modelo de héroe conductor, o padre señalado por el dedo divino sea un espíritu tan inspirado como el del señor Capitán General.

El francés Jacques Derrida trata en su libro *De l'esprit* el problema

del nazismo en Heidegger. Lo vincula con lo que llama otros discursos europeos, antiguos o contemporáneos. «El nazismo —sostiene— sólo pudo desarrollarse con la complicidad, diferenciada, pero decisiva, de algunos Estados “democráticos”, de determinadas instituciones universitarias y religiosas.» Heidegger lanza su profesión de fe nazi en nombre de la «libertad de espíritu», cosa que en el Chile de Pinochet se siente obligado a hacer cualquier propagandista suyo.

La obra de Víctor Farías ha sido como el paso de un huracán. Es muy reveladora su descripción de las relaciones entre el filósofo alemán y su discípulo chileno. «Conocí a Martín Heidegger en Freiburg, adonde había llegado en 1963 para estudiar Filosofía. Tras concluir mi tesis doctoral sobre Franz Brentano, asistí a un seminario de Heidegger. Este se interesó por mi tesis. Ahí comenzó una relación muy fecunda para mí. Más tarde, habiéndome ganado, al parecer, su confianza, me propuso traducir de nuevo al español *Ser y tiempo*. Había oído que la traducción de José Gaos tenía deficiencias. Yo no quería dedicar veinte años a tal tarea y busqué una excusa. Le dije: “Profesor si yo leo a Platón aprendo el griego, si leo a Heidegger aprendo alemán.” Heidegger mostró una alegría inusitada y me dijo: “Doctor Farías, espero que perciba la profundidad de la respuesta que me ha dado. Opino que las lenguas latinas carecen de la fuerza suficiente para entrar en la esencia de las cosas.” Al escuchar esta respuesta sentí como una erupción volcánica. Sus palabras denotaban una convicción absoluta y transparente. Todo el mundo sabe que para Heidegger el hombre es en sí mismo la comprensión del ser. Y esta comprensión del ser se da por medio del lenguaje. Luego, si hay hombres que tienen un lenguaje capaz de llegar a la esencia de las cosas y otros tienen un lenguaje que no sólo es incapaz sino un impedimento, hay hombres de primera clase —*Herrenmenschen*—, y hombres de segunda clase, de la que yo necesariamente formarí parte. Al decírselo, eludió una respuesta clara.» (*El País*, Madrid, 19-XI-87).

La desgracia de las lenguas romances

He aquí la formulación que un reputado filósofo hace de hombres superiores e inferiores. El inmortal Almirante Merino la traduciría al criollo con su mentada diferenciación entre humanos y humanoides.

El humanoide Farías partía de la base que «Heidegger no es un pensador escolástico en el que se puede distinguir historia y metafísica» (*Ibid*). Así como en el pensamiento del jefe del Almirantazgo no pueden ni deben distinguirse Ciencias Náuticas de la Antropología, la Política o las Artes Legislativas. En otra ocasión, cuando Farías volvió al tema del lenguaje, Heidegger le reveló que en una entrevista al semanario *Der Spiegel*, que debía publicarse después de su muerte, una especie de «Discurso al pueblo alemán», trataba de nuevo el problema. Ese mensaje póstumo, para sorpresa de Farías, giraba en torno al nacional socialismo. No había ni una

palabra de arrepentimiento. En su texto el chileno descubrió la frase que le había chocado. «Dice que las lenguas romances son una desgracia para el desarrollo del pensamiento y una pérdida de contacto con el primer momento de iluminación del ser que es Grecia. Dice que las lenguas románicas no alcanzan la esencia de las cosas y que sus amigos franceses, cuando piensan o intentan pensar, hablan alemán» (*Ibíd.*). A juicio de Farías «esto es un fascismo, ciertamente no biólogo, no relacionado con la sangre ni con la tierra, pero sí con el espíritu, hecho quizá mucho más grave» (*Ibíd.*). Aunque entre los sostenedores de la dictadura imitativa en Chile hay muchos «pobres de espíritu», no deja ésta de contar con el apoyo de funcionarios letrados, generalmente bien poco intelectuales, y con teorizantes que atribuyen al régimen por sobre todo un supuesto sentido espiritual.

Víctor Farías sigue la pista de la trayectoria nazi de su maestro. Anota la ficha de ingreso de Heidegger, 1.º de mayo de 1933, a las filas del Partido Nacional Socialista. Pagó sus cuotas regularmente hasta 1945. Estuvo relacionado con el ala más mesiánica, dirigida por el jefe de las S.A., Roehm, asesinado en *La Noche de los Cuchillos Largos*, en julio de 1934. Esto tal vez acentuó su análisis del hombre solo frente a la muerte, sacudido por la angustia y el miedo. Es la teoría de los héroes que son capaces de encabezar la transformación metafísica de una nación, a través del personaje carismático de un jefe. En el archivo de Karlsruhe Víctor Farías descubrió un documento demostrativo de la participación de Heidegger en la persecución de la Asociación de Estudiantes Judíos. Esta fue la asaltada por las S.A. siendo Heidegger Rector, cargo desde el cual obstaculizó la investigación. Detalla los hechos de sus actos pro Hitler. Recuerda sus lecciones sobre Introducción a la Metafísica, donde habla de la grandeza interior del Nacional Socialismo. Colabora en la escuela de los cuadros dirigentes y da conferencias junto con Hess, Goebbels, Göring y Rosenberg.

Víctor Farías rastrea en toda la obra escrita por Heidegger, empezando por un primer texto publicado en 1910, cuando tenía 21 años y estudiaba Teología en el Seminario de Freiburg, publicado en la *Allgemeine Rundschau*, revista de inclinaciones antiliberales y antisemitas. Está dedicado a un agustino de las postrimerías del siglo XVIII. Abraham a Sancta Clara, fervoroso de los pogroms y calificado por el joven Heidegger como predicador «verdaderamente apostólico». Cuando frisa los 75, el 2 de mayo de 1964, el filósofo vuelve sobre el personaje respecto del cual escribió su primer artículo cincuenta y cuatro años antes y lo describe como «un maestro para nuestra vida y un maestro para nuestra lengua».

Heidegger y Nicolai

A raíz de la persecución hitleriana llegó a Chile en la década del 30 el científico alemán George F. Nicolai. Trabajó en la universidad hasta su muerte. En el ambiente se le llamaba «el sabio Nicolai». Su imagen física

era una mezcla del genio distraído y del aristócrata prusiano de la época. Usaba monóculo y unos estruendosos sombreros deshormados. Daba conferencias, tenía muchos discípulos, gozaba de admiraciones entusiastas. Su gesto moral más célebre, del cual con frecuencia se hablaba, era haberse negado a firmar un documento publicado veinte años antes, en otoño de 1914, el *Manifiesto de los Noventa y Tres*. Se citaba que el otro científico que rehusó suscribirlo era Albert Einstein. Sin duda se necesitaba una valentía a toda prueba para negarse a estampar su firma en aquel texto, donde muchos altos nombres de la ciencia alemana, como Röntgen, Wassermann, Neisser, Ehrlich, Ostwald, Planck, poco después del estallido de la primera guerra mundial y en una atmósfera de delirio chauvinista, proclamaban con énfasis: «Sin el militarismo alemán, la cultura alemana sería exterminada de la Tierra... Ejército alemán y pueblo alemán son una misma cosa. ¡Lo que avalamos y defendemos con nuestros hombres y nuestra honra!». Nicolai detestaba el militarismo y odiaba la guerra. Era un visitante asiduo de las tertulias nocturnas en casa del poeta Vicente Huidobro. Nosotros, mozalbetes de veinte años, solíamos discutirle a viva voz sus posiciones antimarxistas. Nicolai era absolutamente respetable, un pacifista activo y con pupila clarividente. Por esos años hizo en la sala de conferencias de la Universidad de Chile exposiciones que luego fueron recogidas en un libro que, si mal no recuerdo, tiene por título *Biología de la Guerra*. Me llamó la atención su tesis que parecía el sueño de un visionario bien intencionado más que la de un científico: los armamentos crecerían en tal proporción y se volverían tan monstruosos por su poder destructivo que llegaría el momento en que se anularían por sí mismos, por la fuerza aterradora de su presencia, sin ser usados. Esto lo sostenía con anticipación de varios años a la fabricación de la bomba atómica y medio siglo antes del acuerdo Gorbachov-Reagan en Washington para eliminar los misiles de alcance corto y medio.

Habrà que señalar la diferencia entre los pensadores y los intelectuales de lo que entonces se designaba como las dos Alemanias. No en la acepción actual de RDA y RFA, sino como una Alemania hitleriana y otra antihitleriana, con toda su carga y connotación de raíces históricas, ideológicas, filosóficas, políticas, culturales distintas. El contraste vale como un acicate para reflexionar a propósito de la idea de los dos Chiles. El hecho que un estudioso como Víctor Farías expurgue y explora tan a fondo en la relación entre Heidegger y el nazismo nos vuelve a hablar de esa universalidad de las culturas, de esa intrincada urdimbre que trenza el destino de los pueblos y las naciones e hizo que Chile fuera vendido, antes de su conquista por los españoles, a los más ricos banqueros del mundo de aquel entonces, los Függer alemanes. Pero también nos habla de la existencia de lo que Lenin llamaba las dos culturas, esas dos orientaciones antagónicas que casi desde el primer momento se manifiestan en los diferentes países entre progreso y reacción, entre humanismo y antihumanismo, entre pueblo y antipueblo, entre respeto por las razas y por las diferencias políticas, en contraste con aquellos que hacen de la violencia

institucional y de la supresión del ser distinto, del pensamiento ajeno, un principio rector de su ideología.

La aparición del libro del profesor chileno Víctor Farías, publicado en Francia y en francés, me sorprende mientras estoy en Chile. No podía ser una obra grata para el régimen imperante. A estas alturas, —vuelvo a la pregunta— ¿lo ha leído el Rector de la Universidad?

La responsabilidad de la inteligencia

Quince años de regresión han confirmado una vez más que el pueblo tiene sus tradiciones y el antipueblo también; que el pensamiento avanzado cuenta con profundas y lejanas raíces, de las cuales tampoco está desprovisto el pensamiento retrógrado. Huelga decir que obviamente en Chile no hay un filósofo de la envergadura de Heidegger, pero existe y medra una minoría no tan insignificante de menudos ocupantes de cátedras universitarias y hasta mediocres autores de libros que, al amparo del poder, tienen el encargo de puntualizar la ideología dictatorial, de propagarla y embestir contra sus adversarios, mientras se brinda al Mesías el panegírico que no retrocede ante el ridículo. Así como un periodista palaciego, indignado por la imagen escalofriante que Pinochet se ha ganado en el extranjero, subraya en su alabanza que el dictador «tiene los ojitos azules», Heidegger le dice a Jaspers en 1933 que el primitivismo intelectual de Hitler no importa, no cuenta ante la belleza de sus manos.

En Chile el conflicto universitario, que se transformó en la gran batalla del 87, y al cual seguimos en todas sus alternativas, me resultó un hecho muy demostrativo de la posición antidictatorial de la gran mayoría de los académicos, profesores, investigadores, estudiantes, artistas, personal de los claustros, vale decir de los intelectuales chilenos, que en esto coinciden con el sentimiento del pueblo y de la mayoría nacional. Sin embargo, el acontecimiento no puede ocultar el hecho que en la zona opuesta del mosaico están los Federicis y algunos más refinados que él. Están los que se muestran abiertamente propinochetistas, los que colaboran más discretamente con la dictadura y los que guardan ante ella un silencio cobarde y sepulcral.

Todo esto nos lleva a repetir una vieja interrogante: ¿para qué sirve la inteligencia si está al servicio de la brutalidad? Sólo para hacerla más terrible y aniquilante. En Chile dentro de las cámaras de tortura suelen actuar médicos. Nadie puede difamar esa profesión ni ninguna labor honorable. ¿Pero entre los abogados, cuántos no han servido de Ministros, Procuradores, Fiscales, Jueces para santificar el terror? Hay algunos que callan para sobrevivir. Y hay rectores que aceptan el cargo dicen que para reemplazar a otro peor y hacer posible el mal menor.

Se advierte en esta capa de apologistas ilustrados no sólo el afán de defender el despotismo sino de pulverizar a sus oponentes. La responsabilidad del sistema no debe discutirse. Lo que debe proclamarse es la culpa-

bilidad de las víctimas. No sólo el horror se niega o se explica y justifica sino que se valora como lo justo. Leyendo la prensa oficial en Chile constato que todo responde a una planificación y reelaboración convencionales destinadas a ensalzar la bella imagen del dictador y de la constitución del 80. Y también a la inserción efectiva de paniaguados que saben leer y escribir, aunque disimulen vergonzantes y digan que lo hacen a regañadientes.

Un análisis imprescindible

En nuestro país se requiere un debate ideológico a fondo sobre la falsificación de la historia, la política y la cultura. En ese sentido la obra de Víctor Farías necesitaría un correlato chileno, referido a la actitud de ciertos políticos e intelectuales en el período dictatorial, a las formas y componentes ideológicos que han esgrimido, a las peligrosas tergiversaciones que se avalan con cartas de nobleza en la prensa, tanto por la tiranía como por alguna oposición bien pensante. No estaría de más un exámen que ahondara en las responsabilidades morales de esta época tan complicada, saliendo al encuentro de los falsos prestigios impuestos, de las exclusiones y las listas negras; de los nombres condenados al silencio, de la difamación sistemática de todas las corrientes políticas de avanzada. Se impone una imprescindible puntualización ética, examinando conductas y actitudes, la situación del fenómeno del gratificado colaborador de la dictadura como la suerte y el comportamiento valeroso del opositor firme, proscrito por el sistema.

Heidegger creía que el pensamiento debía conservar toda su pureza especulativa, ser el pensar por el pensar, sin buscar resultados positivos ni aplicaciones pragmáticas. En Chile de este tiempo —aunque se proclame el primado de la praxis— se da vuelta la espalda a la realidad por el irracionalismo de muchas proposiciones políticas formuladas en nombre de los cálculos equivocados, como la búsqueda del diálogo con una puerta cerrada, los Acuerdos Nacionales míticos, las negociaciones hijas del ensimismamiento y la caída en el vértigo de las soluciones imposibles. Porque en nuestro país, opositores relativos sientan como postulado que sólo se puede alcanzar la libertad mediante la transformación interna del sistema y nunca mediante el combate, que el viejo Heráclito declaró padre de todos los cambios.

No entienden bien, a pesar de sus autodefiniciones tajantes, a ese animal extraño que es la autocracia, con su rigurosa rigidez. Todavía no captan la lógica interna de esa criatura férrea que hace morir a millares de chilenos y erige el temor y la angustia de la población como base de su sustentación en el poder.

Durante esta década y media la historia de la oposición ambigua está marcada por una cuota excesiva de desencuentros. se la ve esclavizada por pasiones y sentimientos del pasado, pensando que le darán el poder en un futuro próximo. Atrapada en la red de sucesivas ilusiones, se ha mos-

trado incapaz de dar el decisivo paso adelante, hacia la convergencia antidictatorial. Desvinculada del pueblo, profesa una noción abstracta de la realidad. Si la flecha señala el norte, partirá hacia el sur. Así ha contribuido, tal vez sin quererlo, a que durante quince años la nación viva sumida en el pantano. Percibimos en Chile un profundo divorcio entre la vida cotidiana de la mayoría y esos sectores de una oposición inauténtica, cuyos líderes generalmente han pasado por las aulas universitarias. Hay todavía mucho político alienado, que sigue disertando en el aire como si la dictadura fuese una gaseosa República parlamentaria.

Chile clama desde hace mucho tiempo por un reexamen de su drama en todos sus órdenes. Distintas son las responsabilidades de las diversas clases, sectores sociales, partidos políticos e individuos. Decir la verdad, nada más que la verdad, en un país donde la mentira es la reina sin corona del sistema, sería un primer paso indispensable hacia el «conócete a tí mismo». Los chilenos tenemos el deber y el derecho de saber quién es quién, qué hizo y sigue haciendo cada uno frente a la dictadura. El desconocimiento permite malabarismos, mistificaciones que no corresponden en nada a la verdadera historia ni a la esencia de la realidad.

Heidegger no era General. Pero cuando fue nombrado Rector de la Universidad de Friburgo puso en práctica la política del régimen nazi de reestructuración universitaria. Denunció a los colegas que políticamente no le inspiraban confianza, a los intelectuales liberales demócratas del círculo de Max Weber y a uno que recibió después el Premio Nobel, el químico Staudiger, al cual acusó de pacifista y de opositor al militarismo alemán. Hoy en Chile tampoco ser un Rector civil constituye una garantía de por sí. Ya lo demostró Federici. El problema no es el hombre sino el régimen del cual dependen la Universidad y el país. Hay que cambiar el régimen para cambiar el país y la Universidad como parte integrante de la suerte de la nación.

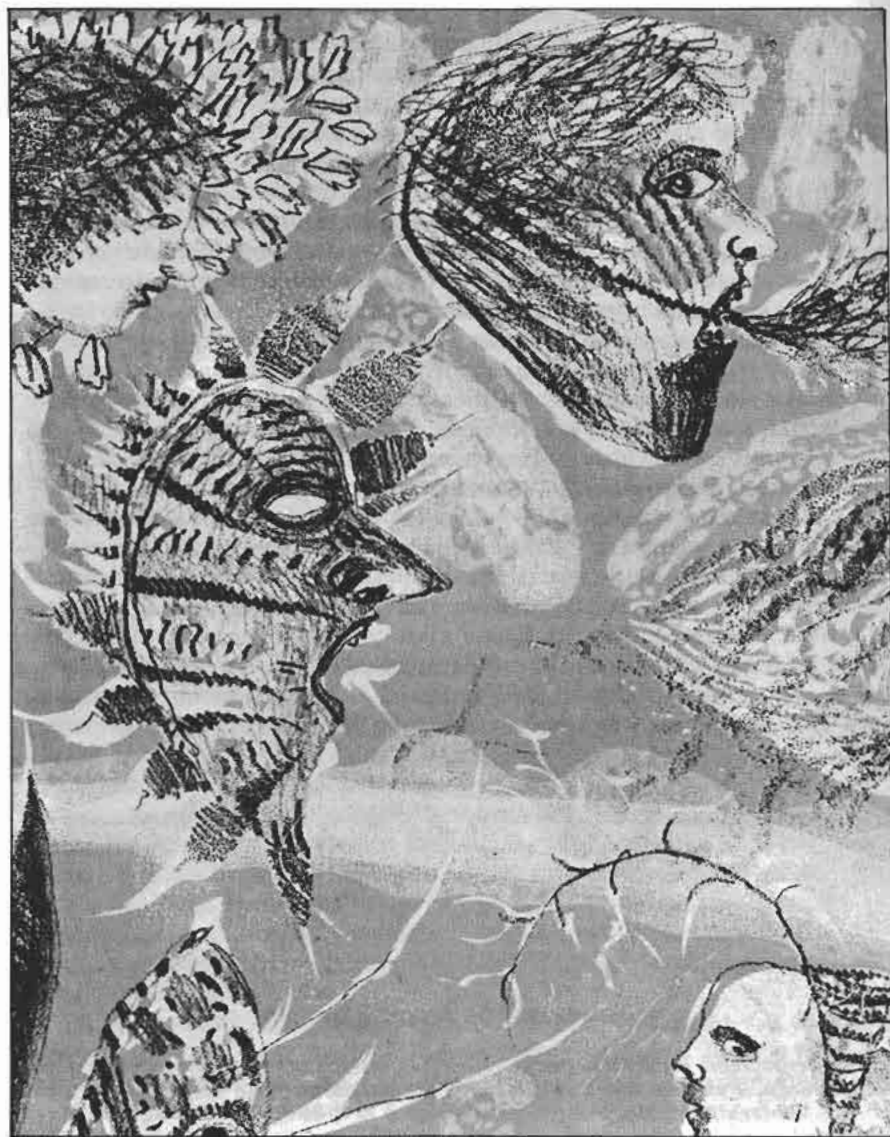
EL CINISMO: DOS HUEVOS DE ORO

«... La democracia en Chile la destruyeron los partidos políticos y concretamente los políticos, y esta democracia destruida por los políticos va a ser reconstruida por las Fuerzas Armadas y particularmente por el Presidente de la República.»

(Declaraciones de Pablo Rodríguez, *El Mercurio*, 24-I-88.)

«Desde el punto de vista de la libertad, el actual régimen chileno presenta mucha mayor semejanza con una democracia que con cualquier totalitarismo.»

(Jaime Guzmán, en *El Mercurio*, 24-I-88.)



Las transformaciones necesarias

Líneas posibles de la nueva democracia en Chile

JOSE CADEMARTORI

1. ¿Hacia un pinochetismo sin Pinochet?

Ciertamente no todos aceptan que a la caída de la Dictadura se requerirán cambios políticos y económicos muy profundos. Comprenderlos y apoyarlos será, desde luego, la primera tarea que los chilenos le pedirán a la solidaridad internacional.

Ello no será fácil. Hay centros de poder en el país y en los cuarteles generales de las transnacionales que se oponen desde ya a que se realicen en el futuro próximo cambios sustantivos en el sistema construido por el fascismo criollo. Se pretende ignorar los íntimos vínculos entre el terrorismo de estado y el sistema institucional y económico. A la hora de definirse entre derechos humanos y política económica se opta por esta última. Y esta elección explica la asistencia económica y financiera, las ventas de armas, los apoyos gubernamentales que recibe la dictadura con todo lo cual puede atropellar los derechos y libertades de los chilenos.

Sería ingenuidad pedirle a los banqueros internacionales que tomen en

José Cademartori es economista e investigador del Seminario Latinoamericano de la Universidad Karl Marx, Leipzig, RDA. El presente trabajo fue originalmente leído en el seminario internacional «Economía chilena. La cooperación para la reconstrucción», auspiciado por el Instituto Sindical para la Cooperación con los Países en Desarrollo, realizado en Roma, Italia, en noviembre de 1987.

cuenta la existencia de una dictadura terrorista en Chile, cuando tienen que decidir préstamos a nuestro país. Ni el impresionante récord de los generales fascistas, ni la condena mundial a sus crímenes les conmueve. Su juicio se basa en las ganancias que les proporcionan sus negocios, las cuales siguen siendo sobresalientes. El Presidente del Citibank, el señor John Reed resumió su juicio sobre la gestión de Pinochet de un modo muy categórico: «Es la mejor política económica del continente».

No es distinta la opinión de los políticos de Washington. Los pronunciamientos de Elliot Abrams, subsecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos incluyen críticas mesuradas al régimen militar por algunos de sus crímenes más notorios, pero ellas van siempre acompañadas de elogios a la línea económica, a la que califica de «modelo para otras naciones de América». El Departamento de Estado se opone a aplicar sanciones legislativas al régimen que podrían contribuir a aliviar la represión contra los chilenos.

El Pentágono, por su parte, también tiene una opinión definida. Ella fue expresada por el general John Galvin, nuevo comandante en jefe de la OTAN, en diálogo con los militares chilenos:

«Las instituciones armadas deben tener claro que el futuro económico y político de esta República radica en la utilización creciente de la inversión extranjera, en especial la norteamericana, por lo que la labor primordial de los cuerpos armados consiste en asegurar el orden y la seguridad interna del país» (*Ap-si.*, 25-8-86).

No se le puede criticar a Pinochet que no haya seguido al pie de la letra los objetivos del Pentágono. Ha asegurado «el orden y la seguridad interna» y de ese modo ha protegido la inversión extranjera, «en especial, la norteamericana».

Lo que les preocupa a determinados círculos de Washington no son los derechos conculcados a los chilenos, sino el aumento de la oposición al régimen, en particular, las demostraciones masivas, el avance de los partidos de izquierda. Este sí que es un reproche a Pinochet porque se está demostrando su agotamiento. De allí que en la Casa Blanca se busca ahora una fórmula de recambio en la Moneda, siempre y cuando los moderados de la oposición acepten algunas condiciones. Al parecer ellas serían: 1) Que la estructura de las Fuerzas Armadas no sea tocada. 2) Que el modelo económico no sea alterado en su esencia y 3) Que el Partido Comunista sea excluido de la vida nacional (*Análisis* 24-8-87).

La administración Reagan no esconde que propicia una democracia «tutelada» por las Fuerzas Armadas, la que está contemplada en la Constitución de 1980. Bajo tal parodia de democracia los jefes de las tres ramas tendrían facultades de veto en asuntos esenciales de gobierno, serían inamovibles y serían decisivos en el nombramiento de sus sucesores.

El modelo económico aparece también resguardado en la Constitución

pinochetista, así como la exclusión del Partido Comunista y de todos aquellos que sean acusados de concomitancia con las ideas marxistas, los cuales pierden sus derechos civiles y se les limita el derecho al trabajo. El artículo 8.º de la Constitución crea una suerte de *apartheid*, legaliza la existencia de ciudadanos de segunda categoría. Es lo que se pretende aplicar a Clodomiro Ameyda, Secretario General del Partido Socialista y ex Vicepresidente de la República.

La Constitución de 1980 es la institucionalización de un sistema fascista cerrado que no permite ninguna apertura hacia la democracia. Es la negación completa de la Carta de los Derechos Humanos. El recambio que propone la Casa Blanca no conduce por tanto a la democratización sino a un pinochetismo sin Pinochet. A quienes piensan que tal sería el único cambio posible ahora en Chile, les responde alguien que ha tenido una dura experiencia de fracasos en su intento de llegar a acuerdos con los generales pinochetistas:

«Diseño demasiado simplista y esquemático, ya que me parece completamente inviable y éticamente injustificado mantener las líneas centrales del modelo neoliberal para alcanzar la vigencia de los derechos humanos y las libertades políticas» (De la cuenta de Gabriel Valdés ante la Junta Nacional del Partido Demócratacristiano, 18-7-87).

«Inviabile y éticamente injustificado», son las palabras del señor Valdés. Advierte que tal régimen tendría escaso respaldo ciudadano y tendría que apoyarse en las armas para sostenerse. Es la incompatibilidad entre modelo económico pinochetista y la democracia política que los chilenos conocen.

2. Condiciones y obstáculos en el tránsito a la democracia

La primera condición es la salida de Pinochet de todos sus cargos.

«Pinochet ha demostrado una falta de capacidad absoluta para gobernar. Basta con ver qué está sucediendo. Recibió el país con cuatro mil millones de dólares de deuda externa; hoy lo tiene con veinte mil millones; el país produce hoy un quince por ciento menos que en 1970: en 1970 había un diez por ciento de personas que no podían satisfacer sus necesidades mínimas, hoy este porcentaje ha subido al treinta y cinco por ciento; hay más de un millón de cesantes permanentes; en la periferia de Santiago viven más de trescientos mil jóvenes que no pueden trabajar ni estudiar. Y es más. Pinochet no tiene límites morales en el manejo del gobierno, utiliza todo tipo de instrumentos para mantenerse en el poder; aplica medidas que son repudiables para cualquier ser humano; justifica toda suerte de violaciones a los derechos humanos más esenciales; es una persona que no cumple con las normas morales mínimas y respalda servicios de seguridad que cometen actos repudiables» (*Apsi*, 9-9-85).

Tal es la caracterización que hace Andrés Zaldívar, ex Presidente de la Democracia Cristiana Internacional. Lamentablemente no siempre se

actúa en consecuencia. Se insiste una y otra vez en diálogos con el Dictador que éste siempre ha rechazado con grosería.

La segunda condición es la abolición de la Constitución de 1980, cuya fraudulenta gestión y su carácter ilegítimo ha sido denunciado reiteradamente. Cualquier modificación parcial de ella tendría el mismo vicio, si no se consultara con toda la oposición democrática y no fuera aprobada por el pueblo.

La nueva Constitución democrática debe surgir de una Asamblea Constituyente elegida en comicios libres al que tengan acceso todas las fuerzas democráticas en igualdad de condiciones. El proyecto así aprobado deberá tener la ratificación ciudadana.

En torno a los principios básicos hay ya amplio campo de acuerdos. Valiosos aportes ha entregado la Comisión de Estudios Constitucionales integrada en forma pluralista por juristas de todas las tendencias. Es el resultado de más de siete años de trabajo. La Iglesia Católica, a través de sus documentos episcopales ha entregado importantes contribuciones. Otro tanto han hecho los expertos de los partidos de izquierda.

Algunos círculos opositores han ablandado su posición frente a la Constitución dictatorial. Consideran que es mejor reconocerla explícita o implícitamente para facilitar que la Dictadura acepte modificaciones. Pero a lo más que la Dictadura llegaría, según sus voceros, es a facilitar la integración de una oposición «legal o permitida» dentro del sistema. Participación en un Parlamento limitado y en otros organismos menores de gestión pública. Colocarse dentro del sistema para combatirlo mejor, como algunos dicen, es caer en una trampa sin salidas.

Por influyentes que sean los grupos que propician la conciliación con la Dictadura, más fuertes son quienes buscan una auténtica transición a la democracia. Las numerosas encuestas de opinión pública no dejan lugar a dudas que la gran masa de los chilenos está por esta alternativa. Sobre los contenidos de la transición y sus objetivos se observan importantes coincidencias entre los diversos sectores políticos.

El documento «Bases de Sustentación del Régimen Democrático» suscrita por trece agrupaciones políticas en septiembre de 1986 expone algunos criterios que son compartidos por los partidos de izquierda. Allí se rechaza la institucionalidad autoritaria como base de consenso democrático y se definen como fundamentos del mismo la soberanía popular y los derechos humanos. Los firmantes aceptan una nueva legislación que consagre los derechos de los trabajadores, de la mujer y de los jóvenes. Condenan los golpes de estado y propician la libre expresión de las ideas, de los partidos, la alternancia en el poder y otros conceptos similares que también sustentan los partidos de izquierda. En un documento anterior de la oposición de centro derecha, el llamado Acuerdo para la Transición (1985) se exponen una serie de medidas políticas inmediatas como el término de los estados de excepción, las libertades públicas, autonomía universitaria, fin del exilio, funcionamiento libre de los partidos. Todas ellas siguen vigentes y cuentan con el apoyo de todos los demócratas. El proceso de tran-

sición sería menos difícil y doloroso, si se eliminaran dos obstáculos que se les presentan. Por un lado, el intento de someter una parte de la oposición al programa y objetivos estratégicos de la otra. Tal pretensión es irreal. Las corrientes ideológicas corresponden a realidades sociales y económicas objetivas, a actores e intereses de clases y capas sociales diferentes unos de los otros. La democracia política sólo puede funcionar a base de un consenso mínimo, sin necesidad de exigir las renunciaciones doctrinales de cada cual. Por el otro lado, está el intento de marchar por separado; ignorar al otro, pretender que se representa a la totalidad del país o de la oposición, a sabiendas de que eso no es efectivo. Pesa aún el anticomunismo, el antimarxismo, que es el fundamento ideológico de la Dictadura. Se quiere excluir, en el fondo, a importantes sectores de la clase obrera, de la intelectualidad y de las capas medias en un país como Chile, donde la cultura de la Izquierda está históricamente arraigada (catorce años de fascismo no han podido erradicarla), donde ha sido gobierno y aspira con todo derecho a volver a serlo.

3. Concertación social y Asamblea de la Civilidad

Cómo lograr el consenso de toda la oposición democrática es el gran obstáculo que ha impedido salir de la Dictadura. Puede ser a la vez el gran escollo para consolidar la naciente democracia. Los partidos populares han hecho todo lo posible para alcanzar tal consenso. Si en el Centro hubiera existido el mismo afán, el acuerdo ya se habría materializado. Ha habido oportunidades, como en los meses de marzo y julio de 1986, en que estuvo a punto de conseguirse. Existen instancias donde es posible avanzar en la concertación social, lo que facilitaría el acuerdo político. Una de las más importantes es la Asamblea de la Civilidad.

Se trata del organismo social más vasto y multifacético que haya surgido probablemente en toda la historia del país. En ella están los colegios profesionales, los sindicatos, centros estudiantiles, entidades femeninas, los transportistas, pequeños comerciantes, artistas, académicos, campesinos, indígenas, pobladores. Es la expresión de capas sociales que constituyen la aplastante mayoría del país. Obviamente, bajo condiciones de una Dictadura, la pertenencia y actividad de las organizaciones masivas afronta inmensas dificultades, por lo que no es fácil apreciar su fuerza en número de afiliados. Pero su potencial es enorme, pues la Asamblea no tiene un competidor paralelo y en las organizaciones básicas, la rivalidad de otros organismos es escasa. La Asamblea fue producto de las decisiones adoptadas por los partidos democráticos.

La Demanda de Chile, la plataforma reivindicativa aprobada por la Asamblea de la Civilidad, expresa, sin duda, las aspiraciones de una gran mayoría de chilenos. En los cuatro capítulos y los cincuenta puntos que la componen están las necesidades, postergadas largos años, de vastos sectores del pueblo que han sido víctimas de la Dictadura. Allí están las de-

mandas de remuneraciones mínimas de subsistencia decorosa, la construcción de viviendas sociales dignas, el mejoramiento de la atención médica, la estabilidad en el trabajo, la superación de las injusticias en la seguridad social, el reclamo de derechos previsionales. Se exponen los problemas del endeudamiento insostenible de los deudores modestos, la falta de empleos, el desprecio por las organizaciones representativas, la exclusión de las minorías indígenas, la manipulación dictatorial de las juntas de vecinos, el autoritarismo en las universidades, la injusticia tributaria, la desintegración de las escuelas, la persecución ideológica, la censura de prensa, el monopolio de la TV, el drama de los familiares de los asesinados, ajusticiados y desaparecidos, de los expulsados de los centros de trabajo y de estudio, de los exiliados; se denuncia la represión justificada con los estados de excepción, la corrupción del poder judicial, los abusos de los aparatos represivos, las detenciones arbitrarias, los atropellos a los derechos humanos, las consecuencias de la doctrina de la seguridad nacional, el aislamiento internacional de Chile, el peso excesivo de la Deuda Externa. La Asamblea exige una nueva Constitución democrática, tribunales independientes, participación en la elaboración de las leyes, la igualdad ante ellas, la subordinación de las Fuerzas Armadas a la Constitución y a las autoridades elegidas. La Demanda reclama una reforma tributaria equitativa, la reorientación del presupuesto fiscal, la reducción del gasto militar, la reactivación de la economía nacional y el freno a los beneficios de la banca transnacional y de los grupos financieros internos.

«Demandamos democracia porque aspiramos a una forma de convivencia en libertad y que se funde en la voluntad del pueblo y en el derecho de Chile a la libre determinación», proclama la Asamblea. «Estamos convencidos que para resolver la crisis nacional, evitando un enfrentamiento fratricida, necesitamos un gobierno dotado de amplio apoyo popular y sólida representatividad democrática. No hay otro camino por tanto que recurrir a la decisión del pueblo para que decida el futuro de la nación». La Demanda de Chile obtuvo un significativo respaldo nacional los días 2 y 3 de julio de 1986 al llamado del Comando de la Civilidad. Las huelgas, paralizaciones, manifestaciones en las calles y en los barrios a lo largo de todo el país y la adhesión de las organizaciones integrantes confirmaron la acogida de la Asamblea en las capas medias y populares. Se comprobó también que el concepto de la unidad social, del consenso sin exclusiones es el más efectivo para enfrentar la tiranía. A pesar del freno que algunas directivas políticas resolvieron aplicarle a la Asamblea de la Civilidad, ésta continúa considerándose a sí misma como un instrumento válido en la batalla por la democracia.

Las transformaciones necesarias para la transición democrática requieren de la participación popular institucionalizada. Este rol lo han de cumplir las organizaciones sociales. De allí que una de las críticas que se formulan a los autores del «Acuerdo Nacional» y las «Bases de Sustentación» es que no recogieron explícitamente las reivindicaciones de las organiza-

ciones sociales. Tampoco fueron llamados sus dirigentes a exponer sus problemas. En tales condiciones, difícilmente podrá lograrse una concertación para resolver los problemas del mañana, a la que aspiran los firmantes de tales documentos.

Resulta muy útil identificar las coincidencias y las discrepancias que resultan al comparar los textos mencionados con los planteamientos de las agrupaciones políticas excluidas de los acuerdos, y con las demandas de la Asamblea de la Civilidad.

4. Transformaciones institucionales

Fuerzas Armadas y su papel en la vida nacional

El Acuerdo Nacional propone el retorno de las Fuerzas Armadas a sus indispensables funciones permanentes respetando sus valores, dignidad y requerimiento institucionales.

Aquí se deja en la penumbra cuáles son esas funciones permanentes. ¿Son las que les asigna la Doctrina de la Seguridad Nacional con la que se justifica la guerra interna contra el pueblo? ¿Son las que contempla la Constitución pinochetista, según las cuales, las instituciones armadas ejercerían «un poder de veto en materias claves» y sus jefes serían inamovibles? (*El Mercurio*, ed. internacional, 3-9-87).

En las Bases de Sustentación se afirma: «En una nación democrática las instituciones armadas deben estar subordinadas a los poderes constitucionales. Los partidos firmantes de este documento manifiestan su voluntad de establecer una política para las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile que determine las formas en que deberán cumplir en democracia su rol profesional jerarquizado y obediente, ejercido dentro del marco constitucional y en una armónica relación con el resto de la sociedad» (Párrafo 86). En este texto tampoco se encuentra ningún rechazo ni crítica a la doctrina de la seguridad nacional ni a su implementación en la Constitución pinochetista. Referirse al rol profesional de los cuerpos armados, sin definir sus objetivos sin establecer su subordinación a los poderes constitucionales, es dejar en la nebulosa el problema crucial de si los jefes de las FF.AA. serán parte de dichos poderes, o tendrán poder de veto, o por el contrario estarán sometidos al poder civil.

La Asamblea de la Civilidad es explícita. Considera necesario «erradicar la llamada doctrina de seguridad nacional y generar otra que asiente su rol en la defensa externa y enfatice su respeto a la soberanía nacional» (Acápito VI, 2). Demanda además que «una institucionalidad referida al marco legal de las fuerzas armadas y carabineros expresamente consagre su adhesión a la constitución legitimada democráticamente, su subordinación a las autoridades electivas, su incorporación a las tareas del desarrollo nacional y su fin de resguardo a la integridad del territorio» (Acápito VII, 6).

Por su lado, la Izquierda Unida propone «democratizar las Fuerzas Ar-

madas, asegurando el retorno de éstas a sus actividades profesionales, subordinándolas al poder democrático y erradicando la doctrina de la seguridad nacional» (Manifiesto de la Izquierda Unida, III, junio 1987).

Poder Judicial y restablecimiento de la Justicia

La Asamblea de la Civilidad demanda la renovación del Poder Judicial para una defensa eficaz de los derechos de los ciudadanos y la efectividad del recurso de amparo (V, 2). Se pronuncia por tribunales independientes que actúan sin intromisión de otros poderes o por medio de vetos, fueros o extraterritorialidad (VII, 3).

Es uno de los puntos donde hay mayor consenso.

No hay la misma unanimidad respecto al tratamiento de los crímenes cometidos durante la Dictadura.

La Asamblea considera que «la reconciliación entre los chilenos no podrá ser una realidad sin una reparación a las víctimas de las mayores injusticias». Entre éstas nombra a los torturados, a los familiares de los asesinados, ajusticiados y desaparecidos, a los expulsados de sus trabajos y lugares de estudio (IV, 1 al 5).

El Acuerdo Nacional admite que debe haber procesos por las violaciones a los derechos humanos, haciendo hincapié en que ellos deben ser encausados por los tribunales «existentes» y no por juicios colectivos «ad hoc».

El problema no es si se trata de tribunales extraordinarios o de los actuales. Si fueran estos últimos, en todo caso necesitan una reorganización a fondo, sobre todo en sus escalones superiores. No se puede ignorar que la mayoría de los integrantes de la Corte Suprema y de otros tribunales superiores de justicia han sido remisos para investigar y sancionar tales delitos.

En las Bases de Sustentación hay planteamientos que «adolecen de falta de precisión acerca de la forma en que se ejercerá el derecho a la justicia en caso de crímenes y otras violaciones graves acaecidos durante este régimen» (Carta Abierta del Movimiento Democrático Popular y la Izquierda Cristiana, 3-10-86).

La Izquierda Unida en su primer manifiesto demanda: «Esclarecimiento, justicia y reparación a las víctimas de los casos de violación de los derechos humanos, basados en el principio del derecho a un justo proceso y castigo de los culpables civiles y militares».

Es interesante consignar aquí los resultados de un sondeo de opinión realizado en marzo de 1987 en quince comunas del Gran Santiago. Ante la pregunta de si en un futuro democrático la solución de los problemas de derechos humanos debía estar en manos del actual poder judicial o de un nuevo poder judicial, 15,8 por 100 respondieron por la primera alternativa; 14,7 por 100 no contestaron y 69,3 por 100 se pronunciaron por la segunda. Ante la interrogante de si a) era mejor no remover el pasado y olvidar lo ocurrido, b) que se investiguen los hechos y los responsables sean perdonados, y c) que los responsables sean castigados, los encuesta-

dos respondieron así: por a) 9,6 por 100; por b) 15,3 por 100; y por c) 70,1 por 100 (*Apsi*, 27-4-87).

Así pues, la demanda de un nuevo poder judicial y el castigo a los culpables es fuertemente sentida por la opinión pública chilena.

5. Funciones económico-sociales del Estado

Los firmantes del Acuerdo Nacional se pronunciaron por una economía mixta en la que el Estado y la empresa privada se complementen. El mercado, la concertación y la acción del Estado se utilizarían como mecanismos para la asignación de los recursos. Este enunciado difiere del esquema teórico de la Dictadura en el cual el gobierno está reducido a cumplir un papel subsidiario en la economía, aunque en la práctica ha sido puesto al servicio de la oligarquía financiera.

En el texto Bases de Sustentación se continúa la línea del Acuerdo Nacional. Al Estado se le otorga una función activa en la definición de objetivos y estrategias nacionales y una preocupación porque el sector privado contribuya a su cumplimiento. Debe coordinar y orientar la marcha de la economía y ejercer funciones reguladoras y distributivas.

En el manifiesto de la Izquierda Unida se considera que la democratización del Estado pasa por la restitución de sus funciones de dirección y control de la economía, con una clara orientación redistributiva (III, A).

La Asamblea de la Civilidad no aborda, obviamente, formulaciones de principios. Sin embargo está implícita la exigencia de un estado democrático que atienda las necesidades más urgentes de la población. Entre ellas, las carencias alimenticias de los hogares de extrema pobreza, la estabilidad en el trabajo y la creación de empleos, una seguridad social sin arbitrariedades ni discriminaciones, el cumplimiento de los derechos laborales, un programa masivo de construcción de viviendas, una ley de salud en la que el Estado contribuya significativamente a superar el deterioro de la infraestructura hospitalaria y la calidad de las prestaciones. Se reclama la intervención estatal para la solución del problema del endeudamiento de los productores, comerciantes, transportistas y adquirentes de viviendas. La Demanda de Chile plantea el término de la privatización y municipalización de la educación (Acápito VI). «En lo económico-social — expresa la Asamblea— es necesario cambiar el orden de prioridades, poniendo el acento en la solución de los problemas más urgentes para ir desarrollando una política de reasignación de recursos y reorientación del gasto» (VII). Se pronuncia por «poner fin a aquellas transferencias estatales al sector financiero que son fuente de especulación y fortalecimiento de grandes grupos económicos que nada aportan al desarrollo del país» (VII).

6. El derecho de propiedad

Se trata de un asunto que desde los años sesenta es objeto de intensas discusiones. Fue entonces que se efectuaron las primeras modificaciones a la Constitución del 25 para hacer posible la reforma agraria. Durante el gobierno de Allende el Parlamento ratificó otras importantes modificaciones tendientes a afianzar la propiedad nacional sobre sus riquezas naturales. La Dictadura hizo tabla rasa de estas normas jurídicas e implantó por la violencia las suyas.

En el Acuerdo Nacional la preocupación principal es resguardar el derecho de propiedad privada. Se reconoce también la necesidad de la propiedad estatal, de la mixta y la cooperativa. En las Bases de Sustentación se amplían las definiciones. Se afirma el concepto de que la propiedad debe cumplir una función social; se admiten expropiaciones «por causa de utilidad pública o interés nacional o social» y se repudia la concentración del poder en «grupos económicos y financieros, por atentar contra el espíritu de la democracia, su realización y estabilidad». Conceptos compartidos por los partidos de izquierda. Lamentablemente, en el mismo texto estos términos son anulados por otros. Por ejemplo, se advierte que las expropiaciones serían procedentes siempre que las leyes contaran en el Parlamento «con un quórum establecido en la Constitución». Aquí se revelan las concesiones hechas a los sectores de derecha. El Partido Nacional en carta dirigida a la Democracia Cristiana requirió que cualquier cambio en la estructura de la propiedad heredada de la Dictadura sólo podría efectuarse mediante leyes «aprobadas por quórum especial y previo pago al contado de la indemnización correspondiente» (*La Tercera*, 10-7-86). Si ese quórum fuera, por ejemplo, de dos tercios de los votos parlamentarios, quiere decir que a los grupos políticos representativos o influenciados por los monopolios financieros, les bastaría con un tercio de los parlamentarios para bloquear las modificaciones a las propiedades obtenidas gracias a la Dictadura.

Otro ejemplo de incoherencia en el documento Bases de Sustentación es la igualdad que se establece entre la concentración de poder en grupos financieros privados y la misma concentración en manos del Estado, repudiándose ambas por igual. Pero la realidad económica lleva a una disyuntiva forzosa en el caso de empresas estratégicas o sectores vitales como el bancario: o propiedad del estado o de los grupos privados. Hay que definirse por uno o por otro. Y si se trata de empresas mixtas hay que decidir quién controla a quién. Tampoco hay posibilidad alguna de operar estos grandes complejos económicos con propietarios pequeños, pues aquí se requieren grandes capitales.

Los representantes de la derecha económica —Confederación de la Producción y el Comercio, Sociedad de Fomento Fabril, etc.— se encuentran en una intensa campaña para preservar sus posiciones de privilegio en un futuro democrático que consideran inevitable. Para ello tratan de comprometer a políticos de centro y aún de izquierda. El lema es la defensa del

derecho de propiedad *en general*. Tratan de presentarse junto con propietarios pequeños y medianos, como si se tratara de los mismos intereses. Afirman que la Dictadura habría «descentralizado la propiedad y las decisiones», logrando «la dispersión del poder». La verdad, suficientemente probada por numerosos estudios técnicos, es que la Dictadura ha generado una gigantesca concentración de la riqueza y consiguientemente de la renta nacional en favor de una minoría, en la cual ahora tiene una presencia destacada el capital transnacional.

Los grupos financieros, en su aparente defensa de la propiedad privada en general, quieren ocultar las expropiaciones que por medio de la violencia dictatorial perjudicaron a decenas de familias campesinas e indígenas que habían recibido tierras bajo leyes dictadas en Estado de Derecho; quieren hacer olvidar el despojo de sus bienes a partidos políticos, sindicatos y entidades sociales y a opositores individuales. A ello se agrega la expropiación a vil precio de patrimonios más o menos esenciales de la nación, tales como reservas minerales, bosques, plantas eléctricas, industrias y servicios públicos.

Cuando llegue el momento de establecer los legítimos derechos de propiedad, habrá que diferenciar entre los que se apoderaron de bienes por la fuerza y el engaño y los que fueron lesionados en sus legítimos intereses. Esto lo tienen muy claro los representantes de los pequeños y medianos empresarios. Jaime Pérez, Presidente de la Confederación del Comercio Detallista, ha declarado: «Las grandes organizaciones empresariales han formado parte de la implementación del actual sistema, obteniendo múltiples beneficios; en cambio los sectores pequeños y medianos, nos hemos visto seriamente perjudicados». Por su parte, Francisco Fernández, Presidente de la Asociación de Pequeños y Medianos Agricultores de Valdivia sostiene: «Ha habido una política expropiatoria para las actividades productivas por parte de la banca y esto la SOFOFA (Sociedad de Fomento Fabril) no lo ha denunciado» (*Hoy*, 7-7-86).

Entre los partidos de izquierda ninguno sustenta un caricaturesco «estatismo» según el cual desaparecería toda propiedad privada grande, mediana o pequeña. Aunque estos partidos no han presentado aún una propuesta programática, parece haber consenso en que no se propicia retrotraer las cosas al estado en que se encontraban antes del Golpe de Estado. También se ha reconocido que se cometieron excesos en la requisición de empresas pequeñas y medianas. En general, concuerdan en la necesidad de la coexistencia de diversas áreas a las que se les otorgan garantías constitucionales: propiedad estatal, mixta, privada, cooperativa y de trabajadores. Se pronuncian en favor de un amplio margen de acción para la empresa y la iniciativa individual. Al mismo tiempo propugnan la propiedad estatal de las empresas estratégicas para la explotación en gran escala de las riquezas del subsuelo, las reservas forestales, los bancos y otras instituciones financieras. No se puede, a este respecto, santificar los procedimientos ilícitos o inmorales que la Dictadura ha empleado para privatizar tales empresas.

Por lo demás una democracia justa y sólida que se plantee seriamente acabar con la extrema pobreza, obligatoriamente tendrá que poner fin a la extrema riqueza, pues la una no puede existir sin la otra.

7. El capital extranjero y la deuda externa

En las Bases de Sustentación se proponen nuevas normas para la inversión extranjera. Deben contar con un respaldo ciudadano mayoritario, servir como complemento al esfuerzo nacional, no recibir privilegios por sobre la inversión nacional, conducir a un aumento real de la capacidad productiva, no degradar los recursos naturales no renovables y significar un aporte en capital, mercado, tecnología o empleo. Habrá áreas exclusivas para la inversión nacional (Acápita, 76).

Parecen conceptos justos que podrían ser suscritos por los partidos de izquierda. Los contrarían justamente las normas que ha aplicado la Dictadura. Con toda razón los firmantes de ese documento consideraron denunciar en el mismo, ... «la grave situación que se está produciendo a raíz de la transferencia indiscriminada de activos públicos y privados por parte del gobierno». Los autores se refieren a la conversión de la deuda externa en pagarés negociables, por medio de los cuales se está transfiriendo a poderosos capitales transnacionales, bancos, compañías de seguros, fondos de pensiones, empresas industriales, servicios públicos, mediante la adquisición con tales pagarés de paquetes de acciones de control o participaciones de capital. Es así como cinco transnacionales de Estados Unidos y Japón dominan el 70 por 100 de los fondos de pensiones de los trabajadores. Otros grupos extranjeros se adueñan de la siderurgia, los explosivos, la electricidad, el nitrato, la celulosa. En muchos casos las adquisiciones de empresas las logran a precios muy inferiores a su verdadero valor comercial.

«Despojo de lo que tenemos aprovechándose de nuestras necesidades» (Hoy, 26-7-85). «El más grande proceso de desnacionalización que sufre nuestra economía en todo el presente siglo» (Análisis, 31-7-87). «Regalo a los sectores de más altos ingresos de Chile» (Cosas, 29-5-86). Tales son algunos de los juicios condenatorios que han emitido diversos personeros de la oposición. Los partidos de izquierda han convocado a la movilización permanente por la recuperación y defensa de las empresas estatales, contra su privatización y traspaso a las transnacionales. (Manifiesto, junio 1987).

En cuanto a la deuda externa, el Acuerdo Nacional se pronunció sobre su solución. Las Bases de Sustentación sólo contienen dos breves referencias; en una se propone «una renegociación global de la voluminosa deuda externa del país» (A, 72, letra e); y la otra, donde se aboga por «un tratamiento común al problema de la deuda externa» supuestamente entre los países de América Latina, (A, 80 b).

La Asamblea de la Civilidad propicia que la repactación global del ser-

vicio de la deuda se haga de modo que los retornos por exportaciones y los recursos internos correspondientes se asignen principalmente a la solución de los problemas nacionales (VI, 4). Cabe subentender que la renegociación debe proporcionar efectivamente recursos para atender problemas urgentes. Más adelante se agrega: «repactación global de la deuda externa, eliminar la transferencia neta de recursos al exterior» (VII, 6). A este respecto no hay más que dos caminos para eliminar la transferencia *net*a: O se obtienen nuevos recursos, superiores al servicio repactado, pero en condiciones no onerosas para el país, o si esos recursos no llegan en la forma indicada, suspender el servicio mismo de la deuda hasta que se logren condiciones favorables.

La Carta Abierta del MDP y la Izquierda Cristiana considera que hay que elaborar criterios más precisos y fórmulas concretas. Llama la atención sobre la tendencia a la radicalización de posiciones de varios gobiernos latinoamericanos, fenómeno que a un año de la fecha de la Carta se va confirmando. La Izquierda Unida en su manifiesto de junio 1987 se pronuncia llanamente por «el no pago de la deuda externa y retiro del aval estatal a la deuda privada».

La moratoria por un plazo determinado es una condición indispensable antes de entrar a una renegociación con los grandes acreedores. Ellos, al castigar fuertemente tales deudas con sus propias reservas, han reconocido que una parte de ellas, a lo menos, es incobrable. Pero, hay otras pautas de referencia que han elaborado los expertos latinoamericanos. La tasa de interés debe retornar a los niveles históricos y sacarla de las fluctuaciones del mercado. El servicio no debe sobrepasar una proporción razonable de los ingresos del país. El pago debe ajustarse a las alteraciones de los términos del intercambio. No se trata, por tanto, de cualquier renegociación librada a la voluntad omnímoda de los acreedores. Se trata de fijar libre y soberanamente las condiciones bajo las cuales podría reanudarse el pago, una vez que se revisen las deudas que deja la Dictadura. Por otro lado, son inaceptables los compromisos que ésta contrajo con el F.M.I. y el Banco Internacional pues son atentatorios a la soberanía nacional y han sido repudiados por la mayoría del país.

La situación crítica que vive Chile a consecuencias de la sumisión de la Dictadura al dictado exterior, siendo una de las peores del continente, no es un caso excepcional. Es similar a la de América Latina en su conjunto y a la del Tercer Mundo en general. Hace bien la Demanda de Chile al exigir: «El retorno de Chile a una política de concertación con los países de América Latina y del tercer mundo para enfrentar en conjunto los problemas del endeudamiento externo y de la defensa de los precios de nuestras materias primas y el establecimiento de un nuevo orden económico internacional» (A, VI, 3).

8. El endeudamiento interno

Las Bases de Sustentación declaran una meta prioritaria dar «una pronta solución al problema de endeudamiento interno que, revisando el crédito desde su origen, otorgue al deudor tasas de interés y plazos acordes con sus posibilidades de pago» (A, 72, 1).

La Asamblea de la Civilidad reclama «solución definitiva, equitativa e integral al problema del endeudamiento de los sectores productivos del comercio, transportistas, deudores hipotecarios, SERVIU y ANAP» (A, I, 8).

La Izquierda Unida estima que entre las demandas populares más urgentes están «la condonación de deudas de servicios básicos para los sectores populares», «la eliminación de las UF (Unidades de Fomento) y la renegociación justa de las deudas hipotecarias de los pequeños y medianos empresarios y de los deudores habitacionales» (Manifiesto, V).

Una solución equitativa obliga a diferenciar entre los grandes y los pequeños deudores. Estos últimos suman cerca de un millón de personas, pero la suma total de sus obligaciones no supera el 2 por 100 del endeudamiento nacional. En cambio, casi la mitad de éste corresponde a 703 morosos, todos los cuales han recibido grandes facilidades de la Dictadura. Uno de ellos es el imperio periodístico de Agustín Edwards, uno de los principales impulsores del Golpe y de la Dictadura.

9. Políticas sociales y grupos económicos

La oposición democrática está consciente del grave deterioro infringido por la Dictadura a las condiciones de existencia de las grandes mayorías nacionales. En las Bases de Sustentación se admite esta realidad dramática. Se propone «restablecer los equilibrios sociales que se han deteriorado gravemente en los últimos años»; se sugiere «la adopción de un compromiso nacional para superar las desigualdades, basado principalmente en la promoción del trabajo, la reorientación del gasto público en favor de los más desposeídos, un sistema tributario eficiente y equitativo y otras modificaciones que se estime necesarias» (A, 68, 69).

La idea de un compromiso nacional, reiterada en el texto, sería imposible si no participaran todas las organizaciones sociales y los partidos políticos sin exclusiones. Los firmantes de las Bases cayeron en el error de excluir en la elaboración de ese documento a los partidos de izquierda y a las organizaciones sindicales, gremiales y otras. Difícilmente podría obtenerse «la eliminación de la pobreza, incorporando a los sectores marginados a la educación, salud, vivienda y demás oportunidades de la vida moderna y la restitución del nivel de vida de los trabajadores y de los sectores medios» (A, 72, c) sin la participación plena de los interesados y de sus representantes.

La exclusión de la Izquierda se hizo para obtener la inclusión de la Derecha. Algunos grupos firmaron, previa la aceptación de sus exigencias.

Otros, como la Unión Nacional, hacen aún exigencias mayores destinadas a preservar las «conquistas» del pinochetismo (*El Mercurio*, declaración de la UN, 4-10-86).

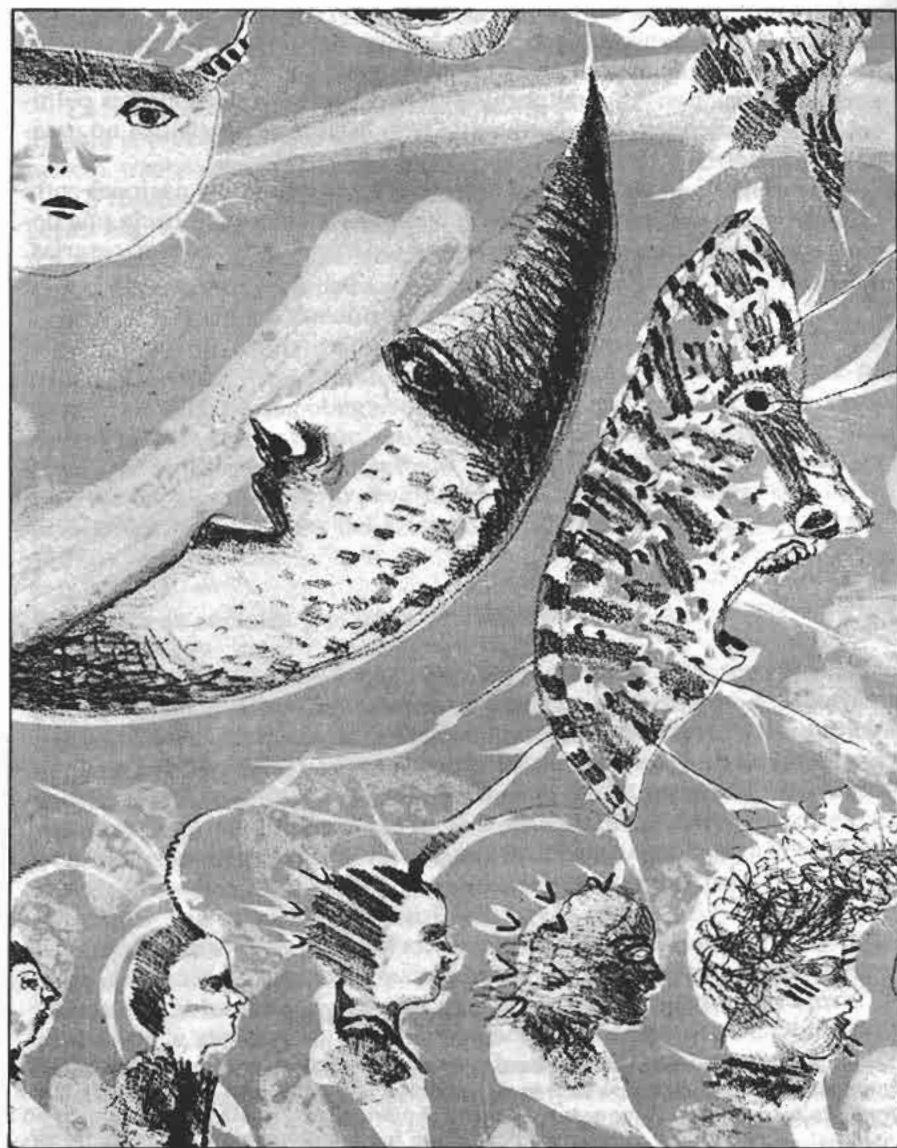
La eliminación de la pobreza, la superación del desempleo y otras demandas sociales requieren que el estado disponga de recursos y atribuciones que hoy se encuentran en la esfera de poder de las transnacionales y grupos financieros. Al optar por una alianza con los representantes políticos de estos intereses, los objetivos de equidad que se proclaman no pasarán del papel.

En definitiva lo mejor para Chile será un compromiso nacional entre todas las fuerzas democráticas. Ello facilitará la transición hacia una democracia sólida y la implementación de las transformaciones necesarias.

CULPABLES Y NO CULPABLES

«Yo creo que los errores de la izquierda darían como para una Enciclopedia Británica. Pero América Latina no está en la situación en la que está por culpa de la izquierda, eso vamos a empezar a aclararlo. América Latina está en la situación en que está porque hace ya muchos siglos que fue condenada a trabajar como sirvienta para otros, y porque quienes administran esta función, cobran muy bien por ello (...). Hay clases dominantes a las que les conviene perpetrar esa situación de servidumbre. Esa es la clave esencial de nuestra desdicha.»

(Eduardo Galeano, en conferencia de prensa en Santiago. *Análisis*, núm. 215, 22-28 febrero 1988.)



Sobre la necesidad de tener ojos en la nuca

EDUARDO GALEANO

El año pasado publiqué un artículo que desató una lluvia de coléricas respuestas en Madrid, Buenos Aires y Montevideo*. El artículo se refería a las camisas de fuerza que en América Latina oprimen a las democracias y en muchos casos las obligan a ser no más que *democraduras*: democracias hipotecadas por las dictaduras, poder civil que el poder militar somete a régimen de libertad condicional. Para que la democracia sea impotente, los dueños de algunos países no le dan de comer más que miedo: miedo al desayuno, miedo al almuerzo y de cena, miedo. Los gobernantes gobiernan pero no mandan. En nombre del realismo, se hacen impotentes; y sobreviven pagando el precio de la parálisis. Centrándome en los ejemplos de Uruguay y Guatemala, yo comprobaba en mi artículo que los nuevos presidentes, llegados a la Casa de Gobierno después de largas y feroces dictaduras militares, han obtenido permiso de entrada mediante un voto de obediencia a los generales y a los terratenientes, a los señores de la guerra y a los señores de la tierra.

El artículo se detenía a considerar el caso de la Argentina. Entre todas las democracias recientemente nacidas o renacidas en América Latina, la democracia argentina ha sido la única que no otorgó impunidad a todos

Eduardo Galeano, uruguayo, autor de *Las venas abiertas de América Latina*, obtuvo recientemente el Premio José Carrasco, instituido en homenaje al periodista asesinado por la dictadura de Pinochet en septiembre de 1986.

* El artículo apareció en *Araucaria* N.º 38, Madrid, 2.º Trimestre 1987.

los verdugos del terrorismo de Estado. Bajo el gobierno de Alfonsín, jueces civiles han procesado y condenado a algunos de los autores de uno de los más sistemáticos horrores de este siglo nuestro, tan pródigo en horrores. En gran medida, esto se hizo posible merced al desprestigio militar, que llegó a su más bajo nivel a partir de la derrota en la guerra de las Malvinas. El desastre de las Malvinas había desenmascarado a los oficiales que sólo sirven para matar compatriotas, útiles contra los de adentro, inútiles contra los de afuera, buenos para derrocar presidentes, asesinar obreros, violar prisioneras, robar niños y firmar rendiciones.

Ningún régimen civil había encontrado una situación tan favorable en toda la historia de América Latina; pero la voluntad de justicia del presidente Alfonsín no llegó lejos, y a poco andar encontró su punto final. La injusticia, en cambio, no ha encontrado su punto final. En la Argentina, como en el Uruguay, la política económica que hizo posible y necesaria a la dictadura militar, sigue siendo más o menos la misma, al servicio de un sistema imperial que te presta lo que te roba y con tu propia soga te estrangula. Esa política económica castiga los salarios y recompensa la especulación, concentra la riqueza y obliga a los trabajadores a convertirse en hormigas.

El artículo advertía que según la nueva fórmula imperial, el lugar de los militares ya no está en el trono, sino detrás. Ante el inevitable crepúsculo de los regímenes militares en América Latina, la nueva fórmula admite y promueve presidentes civiles, atribuyéndoles la función de rehenes de las estructuras militares de poder y del sistema económico por cuya buena salud velan esas estructuras militares. Para que la democracia sea democracia, concluía el artículo, para que la democracia sea capaz de cambiar la realidad y hacer la historia, hay que empezar por desenjaularla.

Las indignadas y numerosas respuestas al artículo, que no refutaron lo que dije pero refutaron lo que no dije, resultaron muy reveladoras de la modernización de los cazadores de brujas. Los ángeles guardianes del sistema han enriquecido los métodos del terrorismo ideológico. Ante los casos de inconformismo, imperdonable herejía, los inquisidores ya no se limitan a preguntar: «¿Y usted por qué no se va a Moscú?». En América Latina, ahora preguntan también: «¿Y usted por qué no se va a pelear al monte?». Por decir lo que dije, yo fui acusado de desprecio a la democracia y sed de sangre.

Reacción reveladora, digo, porque forma parte de todo un complejo mecanismo de extorsión, que intoxica a la democracia con el gas paralizante del miedo, para evitar que ella se desarrolle y respire a pleno pulmón. Miedo al cambio, miedo al cambio de verdad: ciertos miembros de la lastimosa especie de la izquierda arrepentida, ansiosos por borrar sus propias huellas, colaboran en la difusión masiva del miedo, codo a codo junto con los representantes de la cavernosa tribu de la derecha tradicional y los burócratas que se ganan el sueldo como pueden. La búsqueda de justicia se convierte, así, en coartada para locos, y la lucha contra la injusticia se reduce a un aventurerismo irresponsable. El miedo, que jamás con-

fiesa su nombre, dice llamarse realismo, y se disfraza de prudencia. Puede reconocerlo, sin embargo, cualquiera que tenga ojos en la cara. El lenguaje, por ejemplo, es delator. ¿Cómo no va a estar enfermo de miedo el lenguaje de los uruguayos, después de una dictadura que durante doce años los obligó a mentir o callar? Pero en plena democracia, el lenguaje oficial perpetúa el miedo. No es lo mismo decir: «La dictadura militar torturó a un uruguayo de cada ochenta», que decir: «Durante el Proceso, algunos ciudadanos sufrieron apremios ilegales».

Cuenta la historia que hace casi dos siglos alguien escribió, en un muro de la ciudad de Quito, el día en que se proclamó la independencia del colonialismo español: «Ultimo día del despotismo y primero de lo mismo». ¿De eso se trata? ¿Se trata de lo mismo, ahora, en los países latinoamericanos que acaban de atravesar la frontera del despotismo militar? ¿En nada se distinguen las dictaduras militares de los regímenes civiles? Afir-mar semejante cosa sería un disparate o, en todo caso, un chiste de humor negro. No: las democracias surgidas, o resurgidas, en estos últimos años, no son meras dictaduras en uso de seudónimo. En mi país, el Uruguay, pongamos por caso, los pulmones agradecen el aire de libertad que por fin se respira. Pero reconocerlo, y celebrarlo, no implica desconocer el hecho de que nuestra democracia está todavía prisionera de las estructuras que la niegan. Está la pobre atada de pies y manos; y los dueños del poder nos dicen que nada tiene de sospechosa esta parálisis.

En los países capitalistas desarrollados, la democracia política refleja más o menos fielmente la realidad económica y social. En los países subdesarrollados, contracara de la misma medalla, la democracia política suele mentir la realidad: lejos de reflejarla, la enmascara. *Como ocurre en casi toda América Latina, las estructuras económicas y sociales del Uruguay no son democráticas, o peor, son antidemocráticas: salvan a poquitos y condenan a todos los demás.* Las fuerzas armadas, que velan esas estructuras y aseguran su perpetuación, acaban de salir de escena, pero siguen actuando desde atrás del telón. El sistema de represión, intacto, devora el cuarenta por ciento del presupuesto nacional. Los fusiles siguen apuntando hacia adentro, de acuerdo con la vigente Doctrina de la Seguridad Nacional, según la cual la clase trabajadora es la amenazante fuente de todo peligro.

El sistema, que genera violencia como quien transpira y que practica el terrorismo de Estado cada vez que lo necesita, no tiene escrúpulos en utilizar la violencia terrorista como coartada de su mentira incesante. Pero, ¿comete delito de terrorismo quien advierte que una democracia vigilada y vacía de justicia no es una verdadera democracia? ¿Induce a la violencia quien revela que una paz sin dignidad se parece demasiado a una guerra reprimida? ¿La culpa de la cara la tiene el espejo?

Se concibe la democracia como una ceremonia formal: no la práctica de la fe, sino el hipócrita ritual de una misa sin Dios: se permite al pueblo expresar su voluntad un día cada cinco años, y luego se traiciona esa voluntad impúnemente. En América Latina, las palabras y los hechos rara

vez se encuentran. Durante la campaña electoral de 1984 en el Uruguay, todos los partidos, sin excepción, prometieron justicia para los crímenes cometidos durante la dictadura militar. Después, esos mismos partidos votaron la ley de borrón y cuenta nueva —salvo el Frente Amplio y unos pocos legisladores más. Esa ley, humillante para la democracia, fue ciertamente definida por la mano anónima que escribió, en un muro de Montevideo: «Torture, robe, viole, mate. Si hace la venia, tendrá impunidad». El mismo sistema que divorcia las palabras de los hechos, divorcia la libertad de la justicia, para que la libertad conviva tranquilamente con la injusticia y hasta se case con ella; y también divorcia la moral de la política. El jefe de uno de los dos partidos tradicionales del Uruguay, que había anunciado a gritos el castigo de los criminales de uniforme, justificó su viraje explicando que la moral no tiene nada que ver con la política: «La mayoría de los uruguayos se opone a esta ley», admitió, «pero se opone por motivos éticos»; y agregó que la ética trae problemas cuando se mezcla con la política.

El sistema, sistema de desvínculos, expresión de una cultura burguesa que fractura lo que toca, también separa el pasado del presente. Se nos acusa de tener ojos en la nuca, porque creemos que en una verdadera democracia todos los ciudadanos son iguales ante la ley, tengan uniforme o no tengan uniforme. *Y bien, sí: también tenemos ojos en la nuca, además de tenerlos en la cara, y a mucha honra, que bien sabemos que es imprescindible mirar hacia atrás mientras se mira hacia adelante, para no volver a tropezar con las piedras mil veces tropezadas ni caer nuevamente en las trampas de siempre. A esta altura ya está de sobra demostrado, y demostrado por los hechos, que la amnesia histórica induce a la trágica repetición de los errores y de los horrores.*

La historia latinoamericana es, desde hace cinco siglos, una historia del continuo desencuentro entre la realidad y las palabras. La verdad del mundo colonial latinoamericano no está en las enjundiosas y numerosas leyes de Indias, sino en el cadalso y en la picota, clavados al centro de cada Plaza Mayor. Después, la independencia de nuestros países no redujo la distancia entre la vida y la ficción jurídica. Al contrario: multiplicó esa distancia, en extensión y en profundidad, hasta llegar al ancho y hondo abismo que en nuestros días se abre entre la realidad oficial y la realidad real. *La realidad oficial sirve hoy, tanto o más que ayer, a la necesidad de exorcismo de la realidad real.* A fines del siglo XVIII, los «certificados de blancura», expedidos por los reyes de España y Portugal convertían mágicamente en blancos a los mestizos que pudieran pagarlos, por muy oscura que fuera su piel. A fines del siglo XX, la misma sociedad que te corta la lengua te garantiza la libertad de expresión, y son las leyes de reforma agraria las que amparan la expansión del latifundio.

Durante el siglo pasado, el espejismo de las formalidades jurídicas encontró sus mejores esplendores en las Constituciones que los próceres bordaron con primor, para uso de las naciones recién nacidas. Nuestras clases dominantes, desde siempre enfermas de copianditis, convencidas de

que nadie es mejor que quien mejor copia, reprodujeron fielmente los modelos constitucionales metropolitanos, y así tuvimos Constituciones burguesas sin haber tenido revolución burguesa ni burguesía. La primera Constitución de Bolivia, que el Libertador Simón Bolívar redactó personalmente para el país que llevaba su nombre, era una bella síntesis de las Constituciones de los países más civilizados de la época. Adolecía de un único defecto: no tenía nada que ver con Bolivia. Entre otras cosas, atribuía los derechos de ciudadanía solamente a quienes supieran leer y escribir en lengua española, y así dejaba fuera al noventa y cinco por ciento de los bolivianos.

Los generales que ganaron la independencia, y los mercaderes y los doctores que la cobraron actuaron como si los nuevos países pudieran convertirse en Francia a base de repetir ideas francesas y como si pudieran convertirse en Inglaterra de tanto consumir mercancías británicas. Hoy día, sus herederos actúan como si pudiéramos convertirnos en Estados Unidos a fuerza de imitarle los defectos.

Fieles al dictado de la moda que manda usar y desusar las ropas y las ideas, los que mandan enmascaran la realidad con caretas importadas. Importación, impostación: Bolivia no tiene mar, pero tiene almirantes disfrazados de lord Nelson; Lima no tiene lluvia, pero tiene techos a dos aguas. En Brasil no hubo universidad hasta 1922, y la primera universidad no nació para servir a ningún proyecto nacional de educación, sino para otorgar el título de Doctor Honoris Causa al rey de Bélgica. En Managua, una de las ciudades más calientes del mundo, condenada al hervor perpetuo, hay mansiones que ostentan soberbias estufas de leña, y en las fiestas de Somoza las damas de sociedad lucían estolas de zorro plateado. Papá Noel llega al río de la Plata en pleno verano, pero viene en trineo, y transpiramos a chorros mientras festejamos la Nochebuena en torno a un pino blanqueado de nieve de algodón, bebiendo sidra y hartándonos de turrones, piñones, avellanas, nueces, almendras, pasas y todo un banquete de calorías muy apropiadas para los rigores del invierno europeo.

Lejos de ser un producto artificial de importación, la democracia hunde sus raíces en lo más hondo de la historia de América. Al fin y al cabo, la Utopía de Tomás Moro se inspiró en las comunidades indígenas americanas, que a través de los siglos y las matanzas, y a pesar del desprecio, han sido milagrosamente capaces de perpetuar un modo de producción y de vida basado en la solidaridad, la igualdad de derechos y la participación colectiva. Pero el *democracímetro* occidental mide el mayor o menor grado de democracia en los países del llamado Tercer Mundo, según su mayor o menor capacidad de imitación.

El *democracímetro* está ubicado en los centros internacionales de poder, un puñado de países del norte del mundo cuya creciente riqueza, en gran medida resultante de la creciente pobreza de los demás, hace posible una libertad política interna a salvo de mayores sobresaltos. *Al tomar examen a los países subdesarrollados, el democracímetro les estimula las virtudes del mono y del papagayo y los obliga a demostrar devoción por las*

formas, aunque esa devoción implique la traición de los contenidos. Poco importa que la caricatura de las instituciones democráticas del mundo desarrollado esconda un miedo a la democracia de verdad, genuina expresión de la voluntad popular; poco importa que casi todos los dictadores militares latinoamericanos del siglo veinte se hayan mostrado cuidadosos en el pago de impuestos del vicio a la virtud. Casi todos los dictadores han celebrado elecciones, han financiado parlamentos, jueces, partidos y hasta prensa de oposición, han rendido homenaje a una tradición que otorga toda la importancia a la cáscara y ninguna al grano. En realidad, el código internacional de buena conducta democrática no sólo condena a los dictadores más impresentables, generales diestros en el oficio de carnicería, sino que también descalifica cualquier experiencia que intente escapar de los marcos estranguladores del capitalismo y que no se ajuste a las normas institucionales del liberalismo europeo.

Así, el vigilante democracímetro rechaza a Nicaragua, que ha reducido la mortalidad infantil a la mitad en estos años de revolución, y en cambio acepta, pongamos por caso, al Brasil, donde mil niños mueren cada día por hambre o enfermedad curable, según la Unicef, y esta horrenda cifra va creciendo en vez de disminuir. ¿No es acaso la mortalidad infantil un crimen social y un delito de lesa democracia? El Brasil, último país del mundo que abolió la esclavitud, practica en gran escala la esclavitud asalariada. Abastece de alimentos a otros países, pero la mitad de sus niños come menos de lo necesario. *La dictadura social ha sobrevivido a la dictadura militar; la economía aniquila más gente que la policía.* Nadie en su sano juicio podría exigir a la democracia brasileña que cambie esta realidad en un ratito, pero mientras esta realidad continúe, y mientras continúe empeorando, la democracia seguirá resultando algo así como un espectáculo montado por y para una ilustrada minoría de minorías.

El fraude es costumbre en muchos países latinoamericanos. El resultado del escrutinio rara vez coincide con el resultado de la elección. Pero más profundo y más grave que las trampas con los votos, es el otro fraude: el fraude de las estructuras de poder, violadoras de la dignidad humana, que se burlan de las buenas intenciones de libertad política y que niegan en la realidad los derechos que la letra otorga. La realidad transpira violencia. Violencia visible y violencia invisible: la que mata a balazos, sin proceso ni sentencia, y la que sin proceso ni sentencia asesina cuerpos por hambre y almas por veneno.

El año pasado, Colombia celebró los cien años de la promulgación de su Constitución nacional. De esos cien años, cincuenta han transcurrido en estado de sitio. ¿Cuál de los dos aniversarios es más representativo de la realidad colombiana? ¿El siglo de la Constitución, obra de juristas floridos y copiones, o el medio siglo del estado de sitio? Muy poquito antes del cumpleaños constitucional, ocurrió el asalto militar al Palacio de Justicia, y el impune crimen de los magistrados puso más que nunca de manifiesto al alto grado de militarización de la democracia colombiana. La democracia representativa de liberales y conservadores no impide los es-

tragos de la violencia estructural: uno de cada tres niños del campo colombiano sufre retardo mental por desnutrición, y en Cali y Medellín muere más gente a balazos que en Beirut. Los escuadrones de la muerte, vinculados a las fuerzas armadas, matan más que los narcotraficantes y los terroristas, pero ni uno solo de sus miembros ha sido arrestado, ni procesado, ni mucho menos condenado.

A principios del año pasado, un civil llegó a la presidencia de Guatemala, después de treinta y dos años de regímenes militares. Entonces, un sacerdote católico comentó: «Cambian los payasos, pero el circo sigue». Más de un año después, un informe de la prestigiosa organización norteamericana Americas Watch afirmó: «La situación de los derechos humanos continúa terrible. Las fuerzas armadas aplican, como antes, su propia ley». Ni el propio gobierno se salva: la ministra de Trabajo y varios viceministros han sido públicamente amenazados de muerte por los grupos paramilitares. El presidente no viste uniforme a rayas, pero está prisionero. Sus carceleros son los generales que en estos recientes años ochenta han borrado del mapa a cuatrocientas aldeas indígenas, en una campaña de aniquilación que dejó enana la memoria del conquistador Pedro de Alvarado.

Pero el democracímetro internacional ha dado su visto bueno. Ahora Guatemala se ha convertido en un país respetable, como El Salvador a partir de la elección del presidente José Napoleón Duarte. Desde que Duarte ganó las elecciones de 1984, tan mentirosas como las de Guatemala, los medios masivos de comunicación llovieron agua bendita desde los centros de dominio. Mientras tanto, el Congreso de los Estados Unidos suspiró con alivio: ya no sería necesario votar fondos para una atroz dictadura de extrema derecha, que actuaba en defensa del orden oligárquico contra la amenaza roja. El régimen de Duarte no es menos atroz en la defensa del mismo orden oligárquico, pero en cambio resulta presentable en sociedad.

Situación extrema, se dirá, y es cierto. Al sur, en cambio, en el río de la Plata, los verdugos no siguen matando ni torturando. No hay, se dirá, una continuidad del terrorismo de Estado. En la Argentina, la presión del movimiento encabezado por las Madres de Plaza de Mayo, ha dado visibles frutos. La justicia civil ha condenado a nueve mandamases y ha abierto proceso contra más de doscientos hombres de uniforme, llevando así la dignidad nacional bastante más allá de los límites que el gobierno del presidente Alfonsín había previsto cuando promulgó la ley de punto final. Pero esta ley, que obliga a la amnesia, absuelve a otros miles de militares y policías que aplicaron la siniestra técnica de las desapariciones. La técnica del asesinato sin cadáver, aplicada en una escala masiva sólo comparable a la de Guatemala, fue el arma principal de la guerra sucia que las fuerzas armadas hicieron contra la clase trabajadora argentina, con el pretexto de la guerra contra las guerrillas. Desde 1930, desde mucho antes de que a nadie se le ocurriera la coartada de las guerrillas, los militares argentinos han estado dedicados a la práctica del golpe de Estado y al ejercicio del terrorismo, en perpetua sublevación contra el pueblo que los financia y los padece, y han impuesto continuamente su veto a toda

tentativa de transformación liberadora del país. La realidad actual demuestra que también en el Cono Sur, y no sólo en Centroamérica, la máquina de la represión, que no ha sido desmantelada, sigue imponiendo el *tatequieto* a la energía de cambio que la democracia contiene. La impunidad del terrorismo de Estado —impunidad parcial en el caso argentino, impunidad total en el caso uruguayo— se hace simétrica a la impotencia de los políticos que llegan al gobierno prometiendo cambios y terminan trabajando por evitarlos.

Yo estoy escribiendo este texto en plena campaña de firmas a favor de un plebiscito en el Uruguay. La campaña marcha viento en popa y todo indica que pronto conseguiremos las firmas necesarias para que se someta a plebiscito la ley del olvido.** *La reciente dictadura militar, que castigó todo acto de solidaridad humana con tortura, cárcel, destierro o muerte, había hecho el experimento de una sociedad de sordomudos: prohibido escuchar, prohibido decir. Y ese experimento parecía tener su continuación democrática en la amnesia colectiva: prohibido recordar.* Pero el pueblo uruguayo se está tomando la democracia en serio. Así, *cada firma afirma: afirma la dignidad, contra el miedo.* Como dice el fiscal argentino Julio Strassera, «la dignidad se basa en la memoria, no en el olvido». Y la dignidad parece una necesidad que rompe los ojos, un asunto de sentido común, en un país como el Uruguay, minúsculo, pacífico, que está cargando la insoportable cruz de un presupuesto de guerra que es, en proporción, mayor que el de los Estados Unidos o el de la Unión Soviética. La hipoteca militar impide que el país se mueva y bloquea los cambios imprescindibles para que el país pueda caminar y salir adelante. El Uruguay fue el primer país de América que hizo la reforma agraria, hace más de un siglo y medio. A sangre y fuego la oligarquía recuperó, en aquel entonces, las tierras. El primer país, ¿será el último? La economía uruguaya sigue dependiendo de la lana, la carne y el arroz, pero sin reforma agraria el campo se sigue empobreciendo y se sigue despoblando, a tal punto que poco falta para que la población campesina quepa toda en las tribunas de un estadio de fútbol.

Hay que reconocer el pasado para que no se repita, verlo tal cual fue para que no siga siendo. *Hacer justicia con los verdugos de la dictadura es, en realidad, una primera manera de hacer justicia con el sistema de injusticia que necesitó a esos verdugos para sobrevivir y— que, tan campante, sobrevive.* Ese sistema obliga a una creciente cantidad de uruguayos a vivir de la basura y expulsa cada día, según datos oficiales, a cincuenta y seis jóvenes, que emigran obligados a buscar trabajo y mejor destino bajo otros cielos.

El cambio de verdad, el cambio en profundidad, implica la fundación de una nueva democracia a partir de la liberación de esta democracia pri-

** A mediados de diciembre la Comisión Nacional Pro Referéndum presentó ante el tribunal electoral 634.702 firmas, número suficiente para llamar a la consulta popular que puede decidir si se mantiene o se deroga la amnistía política. (Nota de la Redacción).

sionera. El escritor Gabriel García Márquez ha definido en términos muy duros el desenlace del proceso chileno, que culminó en la tragedia de 1973. Chile había vivido un ciclo de afirmación de la democracia, poder del pueblo, y de afirmación de la soberanía, recuperación de los recursos usurpados y del poder nacional de decisión; pero *las instituciones democráticas chilenas estaban hechas para funcionar contra la democracia y no por ella*. Refiriéndose a la Suprema Corte de Justicia, que legitimó a los asesinatos, y al Congreso, que se humilló ante ellos, y a los periódicos y partidos que propiciaron el golpe de Estado, García Márquez escribió que el destino había deparado a Salvador Allende «la rara y trágica grandeza de morir defendiendo a bala el mamarracho anacrónico del derecho burgués, toda la parafernalia apolillada de un sistema de mierda».

Nunca más sería una declaración vacía de realidad, no más que una vana ilusión, bello pero inútil sueño de una noche de verano, si nos resignáramos a aceptar ese sistema, típico de la mayoría de los países latinoamericanos, como si fuera un destino. La memoria del dolor nos está obligando a luchar para que la democracia sea democracia, democracia de verdad, donde manden los que votan y no los bancos extranjeros y los generales, en vez de ser la decorativa careta de un sistema que al derecho de propiedad sacrifica los demás derechos y que sólo otorga libertad de expresión a quien puede pagarla. Y no será más verdadera esa democracia en la medida en que más se parezca a los modelos de Europa del oeste, ni de Europa del este, ni de ninguna otra parte. Más verdadera será en la medida en que más desencadene la voluntad de participación y la energía creadora del pueblo, que es una energía de transformación de la realidad. *Mejor no es el que mejor copia, no: mejor es el que más crea, aunque creando se equivoque*.

Hace más de medio siglo, un escritor de la República Dominicana, Pedro Henríquez Ureña, pidió que no resultara inútil la sangre derramada a lo largo de los siglos; pidió, o exigió, que la tragedia de América fuera fecunda. Yo hago más sus palabras, para terminar: «Si nuestra América no ha de ser sino una prolongación de Europa», dijo Henríquez Ureña, «si lo único que hacemos es ofrecer suelo nuevo a la explotación del hombre por el hombre, si no nos decidimos a que ésta sea la tierra de promisión para la humanidad cansada de buscarla en todos los climas, *no tenemos justificación*. Sería preferible dejar desiertas nuestras altiplanicies y nuestras pampas, si sólo hubieran de servir para que en ellas se multiplicaran los dolores humanos: no los dolores que nada alcanzará a evitar nunca, los que son hijos del amor y de la muerte, sino los que la codicia y la soberbia infligen».



La Iglesia, los cristianos y la Revolución

GUSTAVO SOLÍS DE OVANDO

Derriba de su trono a los poderosos y exalta a los humildes; colma de bienes a los hambrientos y despacha a los ricos con las manos vacías.

(Lucas 1, 52-53)

«La revolución cristiana no existe; existe la REVOLUCION, sin más. Y los cristianos que han tomado partido por ella, codo a codo con los demás hombres, deben unir sus esfuerzos en una batalla cuya victoria es imprescindible. Porque el objetivo de todo revolucionario, cristiano o no, no es el martirio, sino la victoria».

Esta afirmación tan explícita, clara y contundente aparece en la portada de un libro que contiene el coloquio celebrado en París por un grupo de cristianos, católicos y protestantes, que reflexionaron en común sobre el papel de los cristianos en la revolución. (Parece interesante anotar que ese coloquio se realizaba en marzo de 1968, a sólo dos meses del Mayo francés).

Para un cristiano latinoamericano comprometido en el proceso de liberación de América Latina, esta rotunda declaración no hace sino confirmar lo que él y muchos como él, habían descubierto en la lucha diaria contra el sistema de explotación imperialista. Durante los últimos 20 años,

Gustavo Solís de Ovando es economista, poeta y dirigente de la Izquierda Cristiana, filial España.

muchos de los teólogos formados en Lovaina, Roma y otras importantes Universidades europeas, llenos de benditas dudas teórico-prácticas, han decidido aprender a Dios a través del hombre explotado, del gran expoliado, del que ha sido capaz de sufrir la opresión durante siglos, sin perder su fe. Y ésto les ha resultado un colosal desafío. Y descubrieron a Dios en América Latina. Y en sus primeros intentos fracasaron, porque concluyeron que era imposible que una madre de Chalatenango que había visto a los soldados arrebatarse a su hijo de pocos meses, lanzarlo al aire y hacer tiro al blanco con él, fuera capaz de creer en un Dios infinitamente bueno. Parecía imposible que esa madre de Chalatenango les enseñara a ellos, teólogos de casta, a descubrir a Dios. Pero decidieron seguir investigando.

Y subieron a la miseria, al estiércol y al llanto. Y dejaron de ser misioneros evangelizadores. Y pidieron a la madre de Chalatenango que los untara con su sabiduría. Y se convirtieron. Así nació eso que se ha dado en llamar, Teología de la Liberación. Pero, claro, siguen siendo una minoría.

Resulta muy difícil pasar de una teología del «orden», (apoyada en la omnipotencia de Dios considerado como Creador), a una teología de la historia. Sigue siendo difícil para muchos, cambiar su esquema de un Dios déspota, que reina sobre un universo aterrorizado, sobre unos seres cuya inmensa mayoría debe aceptar con humildad y resignación su situación de esclavos, a una teología que convierte al hombre en auténtica semejanza de Dios, mediante su compromiso en la liberación de sus hermanos.

El Cristo de «la otra mejilla», lejano en el tiempo, casi imperceptible por el exceso de incienso y manipulado durante casi dos mil años por sus administradores oficiales, deja paso al Cristo verdadero, el Hijo de Aquel que en todo el Antiguo Testamento, ha sido considerado el liberador de su pueblo.

Por eso esta nueva aportación —no más de veinte años, que en la vida de la Iglesia es una minucia— ha constituido la revolución de la teología. Un Cristo liberador integral del hombre, A TRAVES DE LOS HOMBRES, resulta altamente peligroso para el poder establecido —Iglesia jerárquica incluida—, porque esa liberación integral, sólo puede darse con un cambio radical de las actuales estructuras de explotación y dominación; y eso significa, revolución.

A contar de los años 70, son muchos los cristianos que han decidido optar por el socialismo en América Latina. Antes, a mediados de los 60 en Chile, el Grupo de los Veinte —todos sacerdotes y religiosos— se transforma rápidamente en el Grupo de los Doscientos y posteriormente, desgajados de la Democracia Cristiana, un buen número de militantes de ese Partido, más importante por la calidad de sus dirigentes que por su cantidad, declaran su opción por el socialismo con este postulado: «El Evangelio es la profecía de la liberación; y el socialismo es el medio para llevarlo a la práctica».

Esta postura resulta peligrosa de asumir para muchos cristianos influenciados por tabúes y afirmaciones sin ninguna base moral, teológica o his-

tórica, pero transformadas en válidas por su secular repetición. Me refiero, naturalmente, a cristianos de buena fe, para quienes aparece bastante menos peligrosa una situación reformista, «respetuosa» de todo aquello que ha sido expoliado por los poderosos, que la solidaridad sin condiciones con los que luchan por transformar, radicalmente, las estructuras opresoras. Y es perfectamente explicable. Son muchas generaciones las que han estado absorbiendo y acatando esas «verdades». Hay términos que a los militantes de izquierda nos costará recuperar: libertad, paz, orden, familia, patria, etc., porque se da como cierto que aquellos que quieren cambiar esas estructuras opresoras, son los enemigos declarados de todo lo que aquellos términos significan. Siempre recuerdo con rabia y amargura, la reacción de los comerciantes ante las marchas de la izquierda chilena en tiempos del Gobierno Popular: cerraban sus negocios y cubrían las vitrinas con grandes planchas de madera terciada. Es que había que proteger las propiedades, de las fieras desatadas que salían a la calle. Y eran alegres nuestros gritos y canciones. Y nunca se vio un acto de violencia en nuestras marchas.

A pesar de todos los obstáculos, cada día son más los cristianos que han logrado comprender que el problema no consiste en oponerse al principio de la lucha de clases, sino en cómo lanzarse a trabajar, eficazmente, para destruir de una vez y para siempre, la dominación de una clase sobre la otra. Y que, en este esfuerzo, no hay más alternativa para el cristiano que estar junto a su hermano oprimido, creyente o no. Así lo entendieron en Nicaragua hasta conseguir la victoria y así lo están entendiendo todos aquellos que, sacudiéndose tabúes, dogmas y falsas humildades, están enfrentándose al sistema.

La Iglesia latinoamericana enfrentada por la historia

A contar de Medellín y Puebla (1968 y 1979, respectivamente), los cristianos latinoamericanos cuentan con una base teórica mucho más firme e, incluso, con un mayor apoyo institucional. No se trata, tampoco, de echar las campanas a vuelo. Hay que tener presente que en algunos países, como Argentina, la jerarquía recibió de mala gana los acuerdos de estos dos grandes encuentros, fuera de honrosas y escasísimas excepciones. La Iglesia nicaragüense, por ejemplo, reacciona positivamente luego de producido el triunfo sandinista e invita «a ver en la alegría de un pueblo pobre que, por primera vez en mucho tiempo, se siente dueño de su país, la expresión de una creatividad revolucionaria que abre espacios amplios y fecundos al compromiso de todos los que quieren luchar contra un sistema injusto y opresor y construir un hombre nuevo». Todos sabemos lo poco que duró esta actitud positiva. La jerarquía de la Iglesia nicaragüense, al poco tiempo de su pastoral de 1979, se declara enemiga de la revolución y, coherentemente, justifica las acciones criminales de Reagan y de la «contra». Y pensemos que en el Gobierno nicaragüense hay tres sacerdotes en puestos

claves y, además, las comunidades cristianas están ampliamente representadas dentro del Frente Sandinista. Pero, en fin, esta situación que, a nuestro juicio, resulta una de las más graves para la credibilidad de la Iglesia en América Latina es materia, por sí sola, de un artículo especial.

Nos parece conveniente, en todo caso, para mantener el ritmo y la hilación de estos comentarios resumir, muy brevemente, los aspectos más fundamentales de los cambios intereclesiales producidos por el Concilio Vaticano II y los encuentros de Medellín y Puebla.

El Concilio Vaticano II

Antes del Concilio, la relación Iglesia-Mundo era conflictiva. Han sido casi dos mil años en los que la Iglesia trata de dominar y subordinar, dentro de un esquema en que lo temporal no tiene autonomía frente a la Iglesia. El proyecto Reino de Dios no deja lugar a un proyecto histórico profano. «Fuera de la Iglesia no hay salvación». «Esta exclusividad justifica que la Iglesia se considere el centro de la obra salvadora y se presente, por consiguiente, como un poder frente al mundo; poder que se traducirá, inevitablemente, en el campo político». (G. Gutiérrez, *Teología de la Liberación*, pág. 72). En la Constitución Pastoral, *Gaudium et Spes*, en cambio, la Iglesia reconoce la legítima autonomía de lo temporal e impulsa a los cristianos, a la luz del Evangelio, a comprometerse en la promoción de los Derechos Humanos y la justicia social: «Luchen con energía contra cualquier esclavitud política o social y, bajo cualquier régimen político, defiendan los derechos fundamentales del hombre». (*Gaudium et Spes*, Nr. 29, pág. 223).

Respecto al quehacer político, se produce también un cambio cualitativo de importancia: reconoce el derecho al pluralismo político de los cristianos, valora la política en sí y aconseja respecto a la ética de su ejercicio: «Quienes son o pueden llegar a ser capaces de ejercer ese arte tan difícil y tan noble que es la política, prepárense para ello y *procuren* ejercerla con olvido del propio interés y de toda ganancia venal. Luchen con integridad moral y con *prudencia* contra la injusticia y la opresión, contra la intolerancia y el absolutismo de un sólo hombre o de un sólo partido...» (Nr. 75, pág. 278). Los subrayados son nuestros. Habríamos preferido leer: «*ejercítienla*», en lugar de: «*procuren ejercerla*». En cuanto al segundo subrayado, lo hacemos para destacar cómo la Iglesia no logra vencer su típica prudencia, aún tratándose de luchar «contra la injusticia y la opresión».

El último aspecto que queremos indicar, en este breve resumen, es el cambio en la percepción de sí misma. A partir del Vaticano II, la Iglesia abandona su concepción clericalista que distingue, tan groseramente, al clero del laicado y en la que se atribuye al primero la total concentración del poder sagrado y reduce a los laicos a una simple masa de fieles. El

Concilio, en cambio, postula una Iglesia Pueblo de Dios, en donde el sacerdote debe insertarse en la comunidad como un servidor y acompañante en el camino de la fe.

Medellín (1968)

Constituye la presencia de la Iglesia en la transformación de América Latina. Es la denuncia de «las injusticias que claman al cielo» y el anuncio de «un nuevo camino en la historia de la salvación. La obra divina es una acción de *liberación integral* y de promoción del hombre en toda su dimensión, que tiene como único móvil, el amor». (pág. 31).

El tema de la justicia y de la paz como fruto de la lucha contra el subdesarrollo y las diversas formas de opresión, son los aspectos más relevantes de las conclusiones de Medellín. La pastoral popular y la opción por una Iglesia pobre que denuncia la carencia injusta de los bienes de este mundo y se compromete ella misma en la pobreza material (pág. 138), son elementos que van transformando el carácter de la propia Iglesia en América Latina aunque, como dijimos anteriormente, una buena parte de su jerarquía siga pensando que, mientras haya más ricos caritativos, habrá más pobres que se benefician de esa caridad.

Puebla (1979)

La III Conferencia del CELAM celebrada en Puebla es una profundización de Medellín, a pesar de los esfuerzos de los sectores conservadores que pretendieron situarla en un esquema teórico distinto a la realidad histórica latinoamericana, asumido en las conclusiones de Medellín. Se ratifica la «profética opción preferencial de los pobres»: «Instamos a profundizar este compromiso, a pesar de las tensiones dentro y fuera de la Iglesia, a pesar de las persecuciones y vejaciones de cualquier índole». En el capítulo sobre Comunidades Eclesiales de Base da una fuerte preferencia a éstas y agrega: «La Iglesia ha ido desligándose, poco a poco, de quienes detentan el poder económico o político, liberándose de dependencias y prescindiendo de privilegios» y reafirma que quiere seguir prestando servicio y apoyo desinteresado, en un mundo dominado por el afán de lucro, por el ansia de poder y por la explotación.

La Iglesia chilena presenta características que la diferencian del resto de las latinoamericanas. Tanto los cristianos militantes como sus obispos, en una proporción aceptable, han demostrado capacidad para asumir con suficiente profundidad, los postulados del Vaticano II, Medellín y Puebla. Es evidente que ha ayudado en esta buena disposición, el contexto político de los últimos 15 años. Es preciso tener en cuenta que, entre los encuentros de Medellín y Puebla, se producen en América Latina seis golpes de Estado en seis países. Recordemos sus fechas: Bolivia, 21 de

agosto de 1971, golpe de Estado de Hugo Banzer; Uruguay, 27 de junio de 1973, golpe militar con cobertura civil; Chile, 11 de septiembre de 1973, golpe de Estado de Pinochet; Perú, 29 de agosto de 1975, golpe de Estado de Francisco Morales; Ecuador, 18 de enero de 1976, golpe de Estado de Alfredo Poveda; Argentina, 24 de marzo de 1976, golpe de Estado de Videla. Se produce en este contexto, una situación inédita: la persecución e incluso el martirio de muchos cristianos, en donde la figura de Monseñor Romero de El Salvador, pasa a constituirse en símbolo liberador.

La Iglesia como actor en Chile, nunca ha estado sacudida por rupturas notables, desintegración o abandono de los ejes que han inspirado su praxis. Por el contrario, la constante ha sido la profundización y enriquecimiento de sus líneas de acción. Aunque en cierto período se identificó con la Revolución en Libertad de la Democracia Cristiana, no quedó atrapada, en cuanto institución, por la dinámica política de ese Gobierno. La radicalización política de los militantes cristianos tiene un espacio de desarrollo en el seno de la Iglesia, conflictivo con ella, pero no reprimido. En 1968, el Movimiento Iglesia Joven (que se permitió, nada menos, que tomarse la catedral), constituyó, quizás, la antesala de Cristianos por el Socialismo.

Durante el Gobierno Popular, la Iglesia tiene una actitud absolutamente contraria a la Democracia Cristiana. Alienta, críticamente, el proceso de cambio y no se suma a la aventura antidemocrática del 11 de septiembre de 1973. El Cardenal Raúl Silva Henríquez, en una conferencia dictada en Junio de ese año en Toledo expresaba: «Nosotros estamos en diálogo con un Gobierno que es marxista pero que, hasta el momento, no ha sido contrario a la Iglesia. Y la Iglesia tampoco quiere ser contraria al Gobierno. ¿Qué ha dicho la Iglesia además de esta actitud? Nosotros vamos a apoyar al Gobierno en toda acción de bien común. El Gobierno va a encontrar nuestra colaboración leal; no vamos a ser obstáculo para reformar; nosotros lo hemos preconizado antes que nadie. Ojalá que el Gobierno tenga éxito en estas reformas y que dé al pueblo chileno, sobre todo a los pobres de Chile, el proletariado de Chile, la liberación que tanto añora». («El Cardenal nos ha dicho», pág. 172-173).

A contar del 11 de septiembre, primero a través del Comité pro Paz disuelto «a petición» de Pinochet y después, a través de la Vicaría de la Solidaridad, la Iglesia se constituye en el único canal orgánico para asistir a los miles de chilenos cuyos derechos humanos han sido violados. Esto significa, naturalmente, la defensa de los más pobres y de los militantes de izquierda más comprometidos. Para desarrollar su labor, la Vicaría cuenta con un plantel de profesionales que ha demostrado, no sólo su alto nivel técnico, sino una extraordinaria capacidad de entrega sin ningún tipo de claudicaciones o desalientos, frente a ese enemigo poderoso e implacable que es la dictadura y sus órganos de poder, entre los que debemos señalar, por primera vez en Chile, el Poder Judicial. La Dictadura, cómo no, ha calificado a todos los funcionarios de la Vicaría, de subversivos y marxistas. Muchos de estos profesionales han debido sufrir la prisión, torturas,

exilio y, algunos, la muerte. A uno de sus Vicarios, Ignacio Gutiérrez, que había viajado a Europa para recibir un premio concedido a la Vicaría, la Dictadura le impidió el regreso a Chile «por tratarse de un elemento peligroso para el país».

La Iglesia como jerarquía, ha dicho su palabra respecto a la falta de libertad y democracia y a la violación de derechos humanos en Chile, a través de documentos de su Conferencia Episcopal como: «El Renacer de Chile»; «Nunca perderemos la Esperanza»; «Iglesia Servidora de la Vida» y otros. Varios Obispos han excomulgado a los torturadores y a los que han impartido las órdenes. Varios obispos se han negado a celebrar el tradicional Te Deum de acción de gracias que se celebra el 18 de septiembre de cada año, Fiesta de la Independencia Nacional. Algunos Obispos han sido especialmente duros para enjuiciar los actos deleznable de la Dictadura. Los Obispos, Camus de Linares y Hourton de Santiago consideran que este período constituye una vergüenza para el país. Monseñor Hourton, en un artículo aparecido en la revista *Análisis*, poco después del crimen cometido por una patrulla militar que quemó con parafina a dos jóvenes chilenos, dice: «Estoy reflexionando en lo que ha escandalizado a Chile y al mundo civilizado: los jóvenes quemados el 2 de julio. No voy a expresar otras calificaciones de denuncia o escándalo. Me limito a comprobar, con tristeza —no con satisfacción farisaica— que, aunque novedoso por su loca crueldad, NO ES NINGUNA NOVEDAD EN LAS COSTUMBRES REPRESIVAS DE LOS ULTIMOS TRECE AÑOS. Hace tiempo que la Iglesia chilena ha venido distanciándose del régimen militar de derecha, justamente y solamente, a causa de su cruel e inhumano represión». Y en otra parte de su artículo dice: «Incluso se tuvo la desfachatez de celebrar una Misa para pedir el esclarecimiento de los hechos. No creo que se haya orado por el caso de los degollados, del de Tucapel Jiménez, del Covema, de Orlando Letelier, del General Prats, de los más de 800 detenidos desaparecidos, del centenar de fusilados, etc., que la conciencia moral de Chile no ha olvidado. Por eso, la INCURABLE INMORALIDAD es la que, a la Iglesia chilena, desde sus Obispos hasta la última comunidad cristiana, la sitúa en la oposición y la protesta. No. No será la violencia la que nos hará encontrar la convivencia fraternal y la institucionalidad democrática; será la recuperación del Dios de la Vida; y esto sucederá cuando la vergüenza de haberlas extraviado resulte insoportable». El Obispo Camus en una entrevista concedida a *El Mercurio* dice: «Yo creo que estamos viviendo una locura, una locura colectiva. Cuando se escriba la historia de Chile, estos años van a ser los más negros de todos. Nuestros descendientes no van a creer o van a ocultar inconscientemente, esta etapa tan oscura, tan vergonzosa de la historia de nuestro país. Esto es una vergüenza nacional».

Conclusiones para una praxis cristiana en América Latina

La acumulación de brutalidades: opresión, explotación, muerte y en general, la violación permanente de los derechos humanos más fundamentales, ha permitido a los cristianos latinoamericanos entender que ya no se trata de seguir jugando a la disyuntiva: marxismo-cristianismo, sino a la única disyuntiva real: vida-muerte. La exacerbación en la brutalidad, ha producido una conciencia masiva de la ilegitimidad del sistema económico y político y, en general, la crisis de los fundamentos éticos del sistema de dominación. Esto no significa que el sistema fuera antes legítimo. Nunca lo ha sido. Pero era impuesto y aceptado por las mayorías como legítimo. Hoy, la crisis ideológica del sistema capitalista implica una toma de conciencia por parte del pueblo, de su ilegitimidad. El sistema, entonces, es rechazado, CONSCIENTEMENTE, como ilegítimo, en los mismos términos de vida o muerte.

Pablo Richard, sin duda el teólogo más brillante que ha producido el cristianismo comprometido chileno, explica en su libro: *La Iglesia latinoamericana entre el temor y la esperanza*, el problema de la identidad cristiana en la práctica política de la liberación. El desarrollo del problema y su resolución rebasa, desgraciadamente, las posibilidades de este artículo. Pero trataremos de esbozar los elementos más esenciales que permiten comprender cómo la incorporación de los cristianos al proceso, está exigiendo un cambio estructural de mentalidad que constituye, dentro de la Iglesia, otra revolución: el encuentro del «hombre nuevo».

El problema de identidad no es solamente, una cuestión teórica o personal sino, sobre todo, un problema práctico y político. Cuando se habla de «identidad cristiana», se está dando a esta expresión un sentido de «posesión» de una serie de valores por medio de los cuales un cristiano se diferenciaría de los no-cristianos. A partir de esta posesión de un «sentido cristiano», se buscaría definir a priori, cual sería el «aporte cristiano» a una determinada práctica política. Esto es lo que Pablo Richard llama: «identidad antecedente». Es una identidad negativa que el cristiano debe, definitivamente, perder, si quiere ser realmente cristiano. El «aporte cristiano antecedente» se construye, así, sobre un juicio negativo o defectuoso de la práctica política. Pongamos un ejemplo: Se oye decir a algunos cristianos que ellos aportan a la práctica política de liberación, un sentido ético, humanista y un dinamismo de amor y de esperanza. Este aporte implicaría un juicio a priori: que los no-cristianos que participan en la misma práctica de liberación, carecerían de sentido ético, humanista y del dinamismo de amor y esperanza. Este aporte, entonces, estaría falseando la práctica política. «La práctica política liberadora o es asumida por su racionalidad propia o no es asumida. La revolución o se justifica por sí misma o, simplemente, no se justifica pero, jamás, puede justificarse por motivos ajenos a la revolución» (Pablo Richard, obra citada).

Un carácter completamente diferente tiene la identidad que Richard llama «consecuente». Esta *no se deduce* de un sentido cristiano que se posee

y que se debe *conservar*, sino que se *descubre* y se *construye* a partir de la plena identificación con la lucha liberadora de los pobres. Esta disyuntiva de identidades está planteada claramente en la famosa frase de Ernesto «Che» Guevara, aunque en una terminología que, a algunos cristianos, pudiera resultar chocante: «Los cristianos deben optar definitivamente por la revolución y, muy en especial, en nuestro continente, donde es tan importante la fe cristiana en la masa popular; pero no pueden pretender, en la lucha revolucionaria, imponer sus propios dogmas, ni hacer proselitismo para sus iglesias; deben venir sin la pretensión de evangelizar a los marxistas y sin la cobardía de ocultar su fe para asimilarse a ellos...» En este texto, en primer lugar, se rechaza lo que hemos llamado «identidad cristiana antecedente». Y es que en este tipo de identidad está la raíz del dogmatismo y del fundamentalismo sectario. Los cristianos deben despojarse de este tipo de identidad para poder abrirse y captar toda la racionalidad y densidad histórica de la práctica política de liberación. En esta «conversión» se juega la desideologización del Evangelio y la auténtica capacidad evangelizadora de los cristianos. El texto rechaza este proselitismo manipulador, ajeno al sentido auténtico y original del Evangelio. En segundo lugar, el texto citado rechaza el ocultamiento cobarde de la fe, en función de una asimilación que connota rasgos de exterioridad superficial.

El cristiano, entonces, que asume una militancia política no debe rechazar el proceso de crisis, de enjuiciamiento y de crítica positiva al cual se verá sometido a lo largo de su experiencia militante. El *ocultamiento* de su fe, puede significar un mecanismo de defensa para evitar dicha crisis o discernimiento. El ocultamiento impide este proceso que es positivo y creador. Una identidad así «conservada», puede llevar al cristiano a plantearse la disyuntiva de elegir entre su identidad cristiana o su militancia política. La solución en favor de cualquiera de los dos extremos de esta disyuntiva, suele ser altamente negativo, tanto para su condición de cristiano, como para el proceso de liberación que había escogido. Está claro que esos grandes valores que el cristiano aprendió en el Mensaje de Cristo: amor, solidaridad y esperanza, los encontrará, sin duda, durante el andar diario junto a todos aquellos que luchan por la liberación integral del hombre.

Fue un estudiante el que dijo, recogiendo las palabras de Ernesto Guevara: «El oficio de todo el que ama, es hacer la revolución; la obligación de todo revolucionario, es practicar el amor».

MARIO BOERO

«Iglesia liberadora» y política

Fernando Castillo Lagarrigue es teólogo laico, con una dilatada experiencia laboral, práctica y teórica, en ambientes socio-religiosos chilenos. Actualmente es asesor de la «Coordinadora de Comunidades cristianas de sectores populares» consolidada en Santiago a partir de 1979. Junto a ello trabaja en el centro de investigación, ECO (Educación y comunicaciones), organismo que publicó no hace mucho su libro *Iglesia liberadora y política* (Santiago, 1986).

Castillo plantea en esta obra distintas preocupaciones, centradas en el quehacer político, que afectan al cuerpo y al camino que va abriendo en Chile una denominada «Iglesia liberadora». Para Castillo los intereses de esta Iglesia reposan en las características propias del mundo popular chileno; en los aspectos públicos que adquiere la fe cristiana una vez reconocida como fuerza de transformación y cambio gracias a determinadas prácticas populares vividas en Chile. Por esto mismo, quizá, es un libro que puede ser cabalmente comprendido si se lee sintonizando los acontecimientos eclesiales, políticos, militares y religiosos producidos en el país a partir de 1973. Esta fecha es el inicio del cambio del panorama eclesial en Chile, con repercusiones actuales para la militancia y la fe cristiana.

Integrado por cuatro capítulos, en los dos primeros del libro nos aproxima Castillo a las transformaciones habidas en la Iglesia Latinoamericana a partir de la conferencia de Medellín (1968). A propósito de ella la Iglesia se encuentra con un mundo latinoamericano en cambios, diseñándose tres modelos de Iglesia que en cierto modo responden a características episcopales: existiría una Iglesia «conservadora», otra «modernizada» y

otra «liberadora». La fe cristiana cae así en la arena política y lo que la Iglesia diga (o no diga) adquiere repercusiones públicas y sociales en un continente dependiente. La interpelación que provocan los pobres a la Iglesia impide su neutralidad y ello provoca conflictos, por ejemplo con el Estado chileno, si la opción eclesial es por los pobres y por defender la vida.

Esto facilita a la Iglesia liberadora detectar su propia identidad y marcar así diferencias con el, o los papeles que juegan en Chile, y en Latinoamérica, las Iglesias conservadora y modernizantes.

El nacimiento y consolidación de comunidades cristianas en Chile resultan interesantes para Castillo, pues en ellas se involucran distintos aspectos sociales (políticos, vecinales, sindicales) que ponen en tela de juicio esa visión de la fe «inmunizada» y descarnada, generalmente impermeable a problemas terrenales. En el caso de Chile estas comunidades populares crean y fomentan espacios nuevos para descubrir el sentido y el carácter del cristianismo en un contexto de opresión. Ello permite al pueblo pobre ver con ojos distintos a los de la cristiandad la relación establecida entre fe y realidades políticas, Iglesia y religión, jerarquía y pueblo de Dios, y también ver con mayor nitidez el vínculo creado entre Evangelio y pobres. Esta realidad nueva de este cristianismo popular, cuyo correlato se encuentra en la Iglesia liberadora, entusiasma pero también interpela al autor pues está sujeta a dos tensiones, que luego derivan en otras: 1) por el mundo chileno de la política partidista, seriamente criticado por Castillo, que desacredita y subordina todo lo que no es militancia ideológica; y 2) por el riesgo de «ideologización»

de las comunidades cristianas a raíz de conflictos con el régimen y también con corrientes eclesiales conservadoras. Termina por reducirse la fe a lo ético, lo político a lo partidario, y lo popular a grupos de vanguardia, dice el autor.

En cierto modo ambos factores mutilarían la riqueza de la fe que nutre el compromiso por la justicia y la liberación en Chile¹. ¿Cómo resolver estas cuestiones? Castillo diseña lo que podría ser «una nueva concepción de la política», insistiendo permanentemente en el carácter realmente popular que debe tener toda transformación social en el país. Junto a ello esboza y proclama la búsqueda de una nueva relación entre fe y política en cuyo camino estaría el interés de la propia teología de la liberación.

El capítulo tercero retoma el problema de la relación dada entre fe y política producido por el cristianismo en la sociedad (chilena o no). Además recoge y explica antecedentes bíblicos, cristológicos y eclesiológicos ofreciendo con ellos determinados criterios para «que la fe cristiana no juegue el papel de legitimación religiosa de una determinada práctica política, pero tampoco sea solamente una motivación privada» (p.

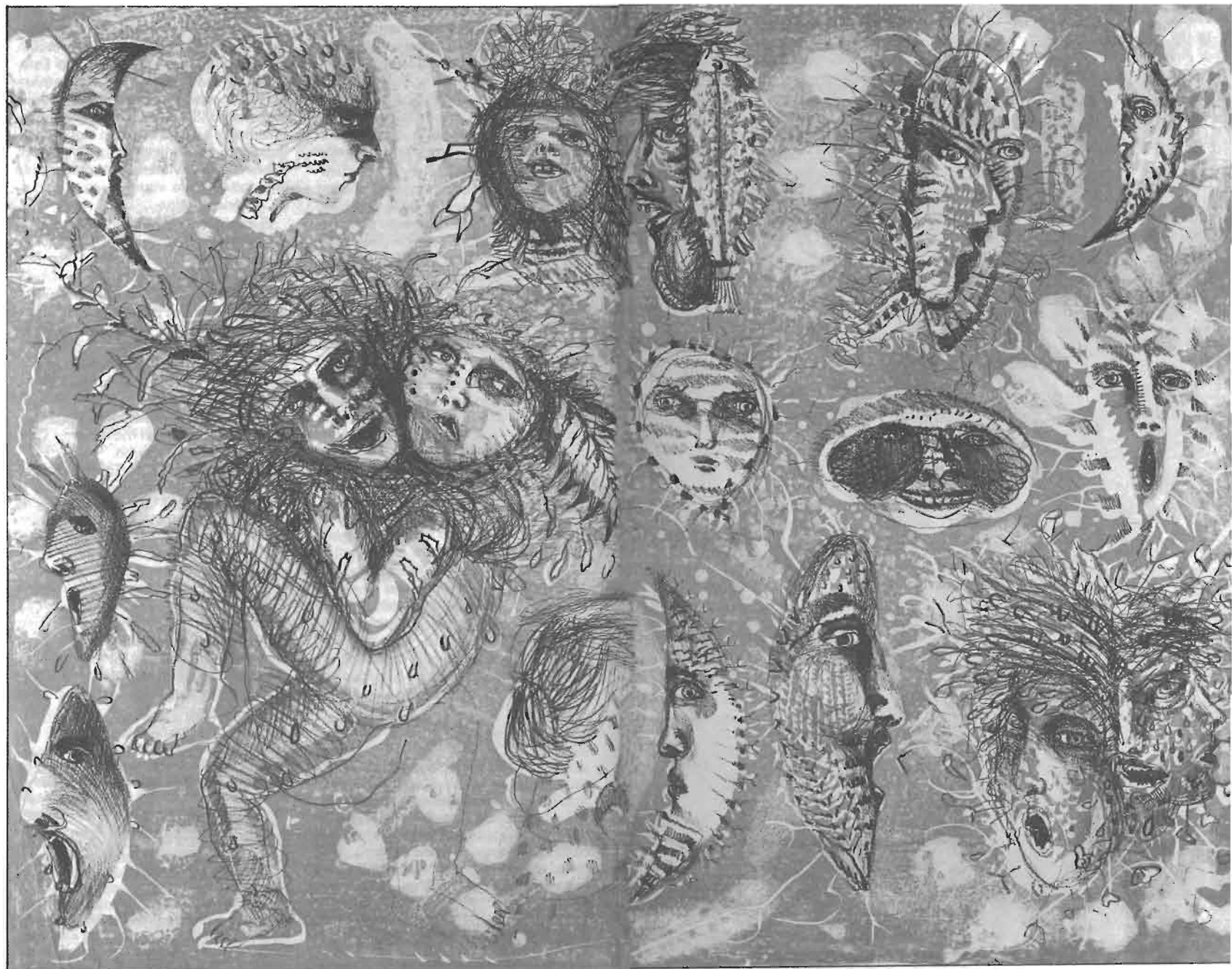
109). A propósito de este asunto toca aquí el autor cuestiones relativas al poder de la Iglesia/Institución y al vínculo, tenso o distendido, entre ella y el Estado hoy teniendo a la luz los planteamientos que ofrece sobre ello el Nuevo Testamento (S. Pablo y Apocalipsis). Hay finalmente en este capítulo algunas páginas referidas a la ideología en el cristianismo, y a la violencia muchas veces imputada a la fe «que busca eficacia» en América Latina.

El capítulo final se explaya sobre los encuentros y divergencias, obstáculos, declaraciones magisteriales y planteamientos filosóficos entre cristianismo y marxismo, dando cuenta del interés existente en ellos hoy por el socialismo (Nicaragua). Proceso no escrito aún en Chile, aunque sí en cierto modo anticipado para Castillo por los pasos que va dando — no sin dificultades y enemigos — la Iglesia de los pobres. En este sentido hay observaciones finales interesantes sobre el movimiento Cristianos por el Socialismo.

Un detalle de carácter formal: reconociendo el valioso tema que aborda el autor, es posible que se lamente la ausencia de bibliografía.

¹ Estimo que estos dos riesgos reduccionistas, existentes por lo demás en toda tarea religiosa propia de colectivos cristianos o no instalados en situaciones históricas particularmente convulsivas, no impiden a la larga lo que enfáticamente suscribe el autor: «El proyecto popular es el proyecto histórico de liberación del pueblo; es un proyecto de sociedad forjado por el mismo pueblo a partir de sus aspiraciones y luchas» (p. 89). Entre estas «aspiraciones» y «luchas» hay amalgamadas hoy en el pueblo chileno prácticas que son espúreas, es decir «sincréticas», contaminadas por integrarse en ellas ideología y fe. Y que en cierto modo contribuyen a lograr esa liberación anhelada. Quizá lo importante es finalmente constatar qué es lo que se privilegia una vez conquistada esa liberación (si

es que del todo puede ella ser lograda): lo ideológico o la fe. Probablemente la preocupación de Castillo advirtiendo estos riesgos brota de aquello que demanda la «reserva escatológica» formulada por la teología de J. B. Metz y también por el autor en partes del libro: ningún proceso debe sacralizarse pues no hay mediación social, religiosa, política, histórica adecuada para comprender (y experimentar) el misterio de Dios. Sin embargo hay que tener en cuenta que no siempre la «reserva escatológica» cumple una misma función. Es diferente en las sociedades ricas que en los pueblos pobres del Tercer Mundo. (Véase: J. Sobrino. *Dios y los procesos revolucionarios*, en «Apuntes para una Teología nicaragüense», Encuentro de Teología (septiembre 1980), DEI-CAV, Managua 1981, p. 125).





«¡... Y mañana el mundo entero!»

Antecedentes para la historia del nacionalsocialismo en Chile

OLAF GAUDIG / PETER VEIT

Este trabajo constituye el inicio de un intento por explicar las relaciones entre el desarrollo contemporáneo de la sociedad chilena y la influencia que sobre él ha tenido el nazismo. Particularmente importante se torna la necesidad de comprender esta influencia si se considera que ella parece haber sido decisiva en la organización y la ideología del Ejército chileno.

El carácter inhumano del nazismo, que lo llevara a convertirse en la aventura más siniestra que conoce la historia humana, parece haberse proyectado y prolongado subsidiariamente en la historia de Chile. Averiguar toda la estructura que supone esta influencia es una tarea tan vasta como importante para el futuro de nuestro país, y a cuyo desarrollo y realización contribuya el trabajo que se publica a continuación.

V. F.

El régimen político chileno ha sido llamado muchas veces fascista o nazista, y algunas razones hablan en favor de ello, si bien no tiene todas las características clásicas del fascismo. Pero lo que es seguro es que el poder de dominio terrorista de la Junta tiene grandes semejanzas con el fascismo italiano y el nacionalsocialismo en Alemania.

Olaf Gaudig y Peter Veit son alemanes, investigadores sociales que preparan su Magister en la Universidad Libre de Berlín (Berlín Occidental).

* Y mañana el mundo entero está extractado de una canción de las Juventudes Hitlerianas.

Parece de mucha importancia y actualidad destacar que el nacionalsocialismo encontró un gran eco en sectores decisivos del ejército chileno. De las actas encontradas por nosotros se deduce que el verdadero iniciador del movimiento nazi no fue el líder Jorge González von Marées sino en realidad un militar, el general del ejército Francisco Javier Díaz¹. La revista *Ercilla*, por otra parte, mostrará más tarde a los nazis marchando por Santiago y junto a Jorge González, el ex-General en Jefe del Ejército Carlos Vergara, en uniforme². Por último cabe hacer notar que durante la guerra un grupo de oficiales del ejército, dirigido por el general Arturo Ahumada, formó un grupo de apoyo a la Alemania nazi, a fin de difundir sus ideas y acciones contra los ataques de la propaganda aliada³.

Un testimonio actual lo entrega por cierto la *Geopolítica* de Augusto Pinochet. Allí ha interpretado y utilizado el ex-profesor de Geopolítica y de Geografía Militar en la Academia de Guerra, después general en jefe del ejército y actual jefe de la Junta Militar, un conjunto de ideas y contenidos del pensamiento nazi⁴.

Parece también que la Junta no tiene ningún miedo de relacionarse con personeros del Tercer Reich, como muestra el caso del criminal de guerra Walter Rauff, que a pesar de muchas peticiones de extradición pudo vivir sin problemas en Chile⁵. Finalmente, las noticias que salen de la llamada «Colonia Dignidad» dejan deducir el modelo que allí se ha adoptado.

Con todo, septiembre de 1973 no fue la hora del nacimiento del fascismo chileno, sino solamente el momento cumbre de una tradición política-ideológica, cuyas raíces se remontan al comienzo del siglo⁶. Aparece por primera vez, en forma organizada en los años 30, en un tiempo en el que, en muchos países de Europa y también de Latinoamérica, nacieron movimientos fascistas dependientes de los modelos italiano y alemán.

Como en Europa, también en América Latina sus acciones culminaban en asesinatos políticos y en intentonas violentas, de las cuales fueron las más espectaculares el «golpe integralista» de 1938 en Brasil y en septiembre del mismo año un conato golpista en Chile. Allí había surgido ya en 1932 una agrupación que copiaba la estructura, las formas de acción política y la ideología del fascismo italiano y especialmente alemán: el Movimiento Nacional Socialista de Chile, MNS, o brevemente, nazistas.

Otra agrupación importante era el grupo Chile del partido nazi alemán

¹ El general Díaz inspiró la fundación del movimiento nazi chileno antes de la toma del poder por Hitler (1933), con lo cual dejaba en claro la radicalidad de sus convicciones.

² Ver *Ercilla*, 20-4-1966, pp. 18-19.

³ *Ibero-Amerikanische Rundschau*, no. 2, abril de 1940, p. 23 (ver también nota 43).

⁴ Ver por ejemplo el ensayo de Rómulo Vergara Egaña: «La Geopolítica de Pinochet: un tratado nazi», en: *Boletín informativo de la CUT*, París, agosto de 1985, pp. 44-54.

⁵ Walter Rauff es responsable del asesinato de 97.000 seres humanos al menos. En la Polonia ocupada organizó el empleo de los camiones de gas en que se mató cada vez hasta sesenta hombres con gas de escape. Rauff murió en mayo de 1984 en Santiago.

⁶ Ver al respecto Hernán Ramírez Necochea: «El fascismo en la evolución política de Chile hasta 1970», en: *Araucaria*, no. 1, Madrid 1978, pp. 9-33.

(Landsgruppe Chile del NSDAP), del cual hablaremos más adelante, de su rol e influencia en aquel tiempo. Ambos —el MNS y el NSDAP— encontraron apoyo en una parte de la población cuya posición social e importancia económica excedía con mucho de su representación numérica: los chilenos de origen alemán. A continuación queremos entrar en más detalles sobre las relaciones mutuas entre estos protagonistas.

La situación chilena de los años treinta se puede reconstruir a partir de la documentación bastante vasta de esa época (principalmente de origen latino y norteamericano)⁷, de algunas obras editadas después de la guerra y —no en último lugar— de los documentos de los Ministerios de Asuntos Exteriores alemán y británico⁸. Además usamos publicaciones chilenas, entre ellas el *Westküsten-Beobachter*, periódico oficial del Landsgruppe Chile del NSDAP, y a revista *Acción Chilena*, el órgano ideológico del MNS.

El Movimiento Nacional-Socialista de Chile

El MNS se fundó el 5 de abril de 1932. Uno de los cofundadores, Carlos Keller, relata una reunión decisiva que había tenido lugar el mes anterior:

«En marzo había sido invitado por el general Francisco Javier Díaz, que había recibido una instrucción militar en Alemania. En la casa del general encontraría a un joven, de quien sabía Díaz que estaba muy interesado en acciones políticas. Este hombre se llamaba Jorge González. El general Díaz les mostró una copia del programa del NSDAP de Hitler que él quiso ver llevado a la práctica ... por un partido nacionalsocialista chileno.»⁹

⁷ En primer lugar, mencionemos: Hugo Fernández Artucio: *The Nazi Octopus in South America*, London 1943; Ernesto Giudici: *Hitler conquista América*, Buenos Aires 1938; Adolfo Tejera: *Penetración nazi en América Latina*, Montevideo 1938; Carleton Beals: *The Coming Struggle for Latin America*, New York 1940; John Gunther: *Inside Latin America*, New York/London 1941; Hubert Herring: *Good Neighbors. Argentina, Brazil, Chile and Seventeen Other Countries*, New Haven 1941.

Estas publicaciones contienen errores, invenciones y valoraciones falsas. Se debe tener en cuenta que los autores querían prevenir del peligro fascista realmente existente en América Latina.

Friedrich Katz/Gerhard Schilfert/Helmuth Stöcker (editores): *Der deutsche Faschismus in Lateinamerika*, Berlin 1967; Reiner Pommerin: *Das Dritte Reich und Lateinamerika*, Düsseldorf 1977.

Las monografías dedicadas al MNS son: George F. W. Young: «Jorge González von Marées: chief of Chilean racism», en: *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, T. II, Köln/Wien 1974, pp. 309-333; Michael Potashnik: *Nacismo. National Socialism in Chile 1932-1938*, Ann Arbor (Mich.) 1975.

Ver también el trabajo de Gerardo Jorge Ojeda Ebert: «El Movimiento Nacional Socialista Chileno. Presentación de fuentes diplomáticas inéditas», en: *Estudios Latinoamericanos*, 9/1982-84, (Academia de Ciencias de Polonia-Instituto de Historia), Wrocław 1985, pp. 249-265.

⁸ Los documentos del Auswärtige Amt (AA) [Ministerio de Asuntos Exteriores] contienen el período de los años 1930-1939, los del Foreign Office de 1936-1939. Los materiales usados vienen del Archivo Político del AA (=PA/AA) en Bonn, del Archivo Central del Estado (Zentrales Staatsarchiv, = ZStA) en Potsdam y del Public Record Office en Londres.

⁹ Ver Potashnik, p. 56; Young, p. 315 sig.

Es muy importante destacar que la iniciativa partió de un general del Ejército chileno. Junto a él los hombres dominantes son Carlos Keller, el ideólogo del movimiento, y su dirigente Jorge González von Marées «El Jefe».

Carlos Keller Rueff es un personaje relevante: periodista, escritor, y editor de una revista. Nació en Concepción en 1898, hijo de padres de origen alemán, estudió en los años veinte jurisprudencia, economía y sociología en Concepción, Berlín y Würzburg. Era colaborador de los diarios *La Hora* y *La Nación* en Santiago y, desde 1934 hasta 1938, fue editor y redactor jefe de *Acción Chilena*. Después del fracaso del movimiento siguió trabajando de periodista y escritor ¹⁰.

Jorge González von Marées nació en 1900. Su madre, Sofía von Marées, provenía de Alemania, su padre era chileno. González estudió ciencias jurídicas y políticas en Santiago. Se distinguió también gracias a algunas publicaciones. Después del fin deslucido del MNS creó una organización sucesoria que no tuvo tampoco mayor éxito. A fines de los 40 se cambió el partido liberal, llegando a ser su secretario general. Después de nuevas derrotas, en 1952 abandonó la política.

El general Francisco Javier Díaz Valderrama, el *spiritus rector* de la fundación, nació en 1877. Comenzó su carrera militar en 1890, en 1901 recibió educación militar-técnica en Alemania y sirvió hasta 1904 en el ejército imperial, después trabajó como instructor militar en Colombia y más tarde en la Academia de Guerra en Santiago. En 1926 fue nombrado Inspector General del Ejército, y se retiró en 1930. Escribió numerosos manuales sobre organización, técnica e historia militar, además de un tratado sobre la guerra civil de 1891 ¹¹.

Sobre el general Díaz el *Völkische Beobachter*, órgano oficial del partido nazi alemán, informaba a sus lectores:

«Habla alemán como su lengua materna y prefiere leer libros alemanes. De esta manera se ha ocupado intensivamente en tratados de Adolf Hitler, los ha

¹⁰ En 1940 escribió Keller la novela *La Locura de Juan Bernales*, una descripción explícitamente ficticia, pero apenas velada de la historia del movimiento nacista, de sus protagonistas, especialmente de Jorge González, y finalmente de la intentona del 5 de septiembre de 1938. En 1974, se publicó una nueva edición inalterada con el subtítulo *Tragedia política de Chile en 1932 a 1938 y su trascendencia en 1973*. Durante todos los años Keller ha seguido fiel a sus convicciones (ver notas 16-19 y texto correspondiente), pues de nuevo hace responsable a la democracia parlamentaria del «caos existente» y justifica medidas rigurosas: «Finalmente, el 11 de septiembre de 1973, no quedó otra alternativa que aquella de que las Fuerzas Armadas asumieran el mando y suprimieran los poderes políticos por un tiempo, tanto en el Congreso Nacional, los Municipios y los Partidos Políticos, hasta que el caos político en que estábamos viviendo fuera reemplazado por algo medianamente sensato». Keller opina que su novela «pueda contribuir quizás con algunas ideas a los nuevos caminos que estamos empeñados en descubrir».

¹¹ Datos biográficos de Keller, González y Díaz según: *Diccionario Biográfico de Chile*, Santiago 1942, 1961, 1974; Jordi Fuentes (y otros): *Diccionario Histórico de Chile*, Santiago 1984.

traducido al castellano y ha llegado a la certeza que el nacionalsocialismo redundaría en provecho de su patria.»¹²

El órgano nazi pinta a Díaz como un hombre que merece «el más vivo interés» también de parte de los nacionalsocialistas alemanes, siendo «la fundación oficial del partido nacionalsocialista de Chile una obra suya». A este respecto el *Völkische Beobachter* pasa por alto el MNS, pero menciona en su lugar una «Legión Socialnacionalista» del general Díaz que publicó a fines de junio de 1932 en la prensa chilena un «llamamiento a la inscripción en las listas de la «Legión Socialnacionalista»».

Lo que está oculto detrás de todo eso se revela como táctica de Díaz: el redactor militar de *El Mercurio* procuró ganar a los lectores para la idea nacionalsocialista mediante sus artículos bajo la denominación «propaganda socialnacionalista». Su público lo vio en los «comandantes, oficiales y suboficiales retirados de las Fuerzas Armadas y sus reservistas» —primeramente a éstos se dirigió el llamamiento de la «Legión» a la «salvación nacional»¹³.

En qué medida el programa del NSDP era de importancia para la formación del MNS es inequívoco —los más de los 25 puntos programáticos estaban lejísimos de la realidad chilena de esos años. El hecho de que el NSDAP pudiera elevarse a un movimiento de masas habrá impresionado más que el programa en sí mismo. Que el nacionalsocialismo alemán tenía más importancia para la fundación del movimiento chileno que el fascismo italiano resultaba de la simpatía y admiración por Alemania de los tres fundadores. Keller y Díaz la conocían por propia experiencia, y lo que era para uno la filosofía, la ciencia y la literatura alemanas, era para el otro —un poco más simple— la técnica militar y los valores de la tradición militar alemana¹⁴.

¹² *Völkischer Beobachter*, No. 217, 4-8-1932, «Nationalsozialismus in Chile». —El general Díaz no tuvo un papel destacado en la historia siguiente del movimiento, por lo menos no se presentó como propagandista en público. Y esto, muy consciente de que podía efectuar más entre bastidores, gracias a su prestigio e influencia entre sus ex-camaradas. Una posibilidad para ello la tenía además en su función de Redactor Militar de *El Mercurio* y de propietario de *El Heraldo* de Ñuñoa.

¹³ *Ibid.* Uno de los artículos de Díaz era «Nacionalsocialismo y Fuerzas Armadas», en: «*Westküsten-Beobachter*» (=WB), 6-6-1935, p. 9 sig. (originariamente en «*El Mercurio*», 23-5-1932); aquí escribe Díaz que «el nacionalsocialismo alemán persigue los fines que hasta la fecha todos los militares verdaderos han considerado como ideales».

Young (p. 316, nota 22) y Potashnik (p. 56, nota 98) nombran otros artículos más: «Los nazis», *El Mercurio*, 26-6-1932; «Los "nazis" y la colectividad alemana», *El Mercurio*, 29-7-1932. Según Young (*ibid.*) apareció una compilación de los artículos de Díaz: F. J. Díaz: Artículos sobre la organización militar de Chile publicados en *El Mercurio* de Santiago, 1931-32: propaganda social nacionalista; Biblioteca del Congreso Nacional, Santiago.

¹⁴ El aprecio de muchos militares chilenos por el ejército alemán tiene sus razones. Desde 1885, cuando llegó el capitán alemán Emil Körner al país para reorganizar el ejército chileno según el modelo prusiano, se desarrollaron las FFAA como unas de las más modernas de América Latina. En los años siguientes trabajaron muchos instructores alemanes en la Escuela Militar y en la Academia de Guerra de Santiago. Chile por su parte mandaba oficiales a estudiar en Alemania. Por décadas, el país compraba su equipo militar y sus armas

Una actitud generalmente germanófila se encuentra en *Acción Chilena*, un periódico cuyo primer número apareció en enero de 1934 en Santiago y que era junto con el diario *Trabajo* el segundo órgano del MNS. En el año inicial tomaban allí muchos autores alemanes la palabra, entre ellos prominentes nazis como Otto Dietrich, desde 1938 jefe del gabinete de prensa del «Propagandaministerium» de Goebbels, y Walter Buch, presidente del tribunal supremo del NSDAP, con una glorificación patética de Hitler¹⁵.

En el primer número de *Acción Chilena* formuló Keller su cosmovisión en un editorial, que determinaba tanto la línea ideológica del periódico, como el punto de vista y objeto del movimiento nazista.

La raíz del mal, el descenso económico, político y moral de Chile la ve Keller en la dominación del liberalismo. Para él el sistema democrático-parlamentario es nada más que «un fracaso rotundo», impotente y desvalido ante los problemas económicos y políticos. «Anulando todo ideal colectivo» y favoreciendo en todas las esferas sociales el individualismo, consigue el sistema «la descomposición moral de los pueblos» y la «anarquía del Estado». El fin de este camino es la destrucción de la nación. Los «ciudadanos sanos y honestos» tienen que combatir contra el caos político, y esto no por actividades parlamentarias, sino «en el único partido que podrá haber en el futuro: la nación chilena»¹⁶.

preferentemente de compañías alemanas. Durante la primera guerra mundial y unos pocos años más estuvieron suspendidas las relaciones militares entre ambos países, pero ya en 1926 Chile empleaba de nuevo instructores alemanes.

La instrucción no se limitó a puros contenidos militares; los oficiales jóvenes también debían ser educados «como hombres y caracteres, a quienes podía alzar la vista el pueblo entero», debían ser «modelos y maestros del pueblo» y el uniforme tenía que simbolizar «el poder y honor del país». Victor von Hartrott: «Der deutsche Einfluss im chilenischen Heer», en: *Deutsche Arbeit in Chile*, T. II, Santiago 1913, pp. 1-15.

Sobre las relaciones entre las FFAA alemanas y chilenas ver además: Frederick M. Nunn: «Emil Körner and the Prussianization of the Chilean Army: Origins, process and consequences, 1885-1920», en: *The Hispanic American Historical Review*, 50 (1970), no. 2, pp. 300-322; Jürgen Schäfer: *Deutsche Militärhilfe an Südamerika. Militär und Rüstungsinteressen in Argentinien, Bolivien, Chile vor 1914*, Düsseldorf 1974; Tommie Hillman Jr.: *History of the military in Chile to 1920*, Syracuse 1963; «La instrucción Militar Alemana en Chile. Recuerdos de cuarenta años», artículos publicados en *El Mercurio*, reproducidos, Santiago 1926.

Tobías Barros Ortiz, uno de los seguidores más íntimos de Carlos Ibáñez y miembro de la Junta Militar de 1924, describió en una entrevista hecha en los años setenta los efectos de la tradición militar alemana sobre la oficialidad chilena así: «... desde luego vestíamos como prusianos, con reglamentos traducidos de allá, éramos en la mayoría germanófilos.» Claudio Orrego Vicuña/Guillermo Blanco y otros: *Testigos del siglo xx. Tobías Barros Ortiz*, Santiago 1979, p. 21.

¹⁵ Ambos en *Acción Chilena* (=AC). Otto Dietrich: «Filosofía del nacionalsocialismo», vol. III, no. 2 (1934), pp. 69-76; Walter Buch: «El Fuehrer», vol. I, (1934), pp. 181-183. Mientras que Otto Dietrich trata de vender la ideología nazi como cima consecuente de la historia espiritual del Occidente, no le preocupa mucho a Walter Buch tal sofisma. Para él únicamente sirve de norma la persona del «Führer», y así pinta a su ídolo de color de rosa: «... no hay ninguno, ...cuya sola mirada seque las lágrimas de una madre, ante la tumba de su hijo que rindió su vida por el Führer.» («AC», p. 182).

¹⁶ Carlos Keller: «Acción chilena», en: «AC», vol. I, no. 1 (1934), pp. 1-6.

Junto a Keller subrayan otros autores el establecimiento de una «unidad espiritual del pueblo» como base del «orden público y la armonía social». Por esa unidad «es preciso suprimir los factores más nocivos de división, en el orden político los partidos, en el orden social y económico la lucha de clases»¹⁷.

Las ideas de la revolución francesa son al fin y al cabo la razón de las crisis, de la decadencia y de la ruina de los valores morales e ideales. La salvación se espera de una «revolución espiritual». El fascismo no ofrece un procedimiento así, sino una «idea universal». Un autor alemán opina que la fila de los cambios sociales en la historia se manifiesta coronada por la «revolución alemana de 1933 que nos brinda —después de los derechos del hombre de la revolución francesa— los deberes del hombre, un nuevo dominio de valores, de sangre y de espíritu, y con ello ha iniciado un capítulo completamente nuevo en la marca cultural de la humanidad»¹⁸.

La dirección de una comunidad constituida así sólo puede tomarla un hombre desinteresado, un líder en cuya persona «se encarna la idea del Estado». En Chile ese hombre sería Jorge González, «el único que se destaca en el mar de lodo y podredumbre que nos rodea», y cuyas «potencias de estadística» hacen del nazismo «la fuerza política más sólida y vigorosa que existe en el país»¹⁹.

Estos son —en pocas palabras— los puntos esenciales de la ideología nazista chilena. Se derivan de allí sin duda conceptos autocráticos y fascistas: antiliberalismo, antiparlamentarismo, un nacionalismo pronunciado, la afirmación de la comunidad del pueblo, la negación de la lucha de clases, acompañada de un antimarxismo rígido y la evocación del hombre de acción. Igualmente hay tendencias racistas y antisemitas²⁰, pero ellas no tienen influencia en la propaganda política. Esto es ciertamente resultado de consideraciones tácticas en vista de la mezcla étnica en América Latina.

Las autoridades del NSDAP y sus publicaciones registraron la génesis y la importancia posible del movimiento que se había formado en Chile. También la representación diplomática alemana en Santiago informó al Ministerio de Asuntos Exteriores (AA) de Berlín²¹.

En el AA se anota en una exposición sumaria que el MNS «muestra

¹⁷ Javier Cox: «Nazismo, Fascismo y Hitlerismo», en: «AC», vol. IV, no. 2 (1935), pp. 138-141.

¹⁸ E. Günther Gründel: «Trascendencia universal del nacionalsocialismo», en: «AC», vol. III, No. 1 (1934), pp. 15-21.

¹⁹ Carlos Keller: «El Jefe», en: «AC», vol. IV, No. 2 (1935), pp. 76-79.

²⁰ En «Acción Chilena» aparecen muy pocos artículos tratando de la ideología y política racista del Tercer Reich. Por parte de «AC» las críticas se refieren al tono de los ensayos pero no al contenido.

El antisemitismo radical de los Nazis no se asume pero es aceptado como necesidad política de punto de vista de los alemanes. Ver Carlos Keller: «Razas, pueblos y culturas», en: «AC», vol. VI, No. 1 (1937), pp. 1-14.

²¹ PA/AA: Pol. Abt. III, Pol 29 Chile; legación alemana, Santiago, al AA, 12-2-1936.

diversas semejanzas al NSDAP y que ha organizado una tropa de combatientes según el ejemplo de las SA, estando en oposición estricta al marxismo y comunismo y que por esta razón adquiere continuamente seguidores.»²²

El paralelismo entre ambos movimientos justificaba la inculpación global de que los nazistas recibían apoyo alemán:

«...todos sus equipos proceden de Alemania, directamente. Usan uniforme hilerista y disponen de armas en cantidad.»²³

Estas sospechas se transmitieron también por canales diplomáticos. Agustín Edwards, el embajador chileno en Londres, había protestado ante Ribbentrop por orden del presidente Alessandri en un «asunto delicado». El reproche decía que «las colonias alemanas de Santiago y Valparaíso secundaban» a los nazistas con «fondos y de otras maneras». Esto se consideraría como una intervención en los asuntos interiores de Chile. Ribbentrop, no orientado sobre los hechos, replicó que «esas maquinaciones» de las colonias alemanas eran «imposibles», que sólo podía tratarse de «asuntos particulares». El embajador Edwards, por el contrario, insistió en la necesidad de «suprimir estos acontecimientos» en interés de las «buenas relaciones entre nuestros países». Las informaciones que pidió y recibió Ribbentrop de Berlín subrayan sobre todo que «el movimiento nacional-socialista era muy popular entre los descendientes de alemanes»²⁴.

Un paso más adelante lo dio el jefe del Servicio de Investigaciones chileno, Waldo Palma. Al embajador británico le expresó que «el partido nazi de Chile recibía notables fondos de compañías alemanas establecidas en Chile» y que eso ocurría «por orden del gobierno alemán»²⁵.

Las afirmaciones de Edwards no carecen de todo fundamento: en *Acción Chilena* aparecían regularmente anuncios de negociantes alemanes en Santiago y Valparaíso. Esas inserciones surgen en oposición a las de otras firmas en cada edición de la revista. Por lo menos en este sentido se puede hablar de una ayuda clandestina²⁶.

Todas estas inculpaciones se consolidan por el hecho de que el MNS tenía bastante éxito en el sur del país, en una región, «donde existe el elemento alemán en gran número»²⁷.

²² PA/AA: Pol IX, Pol Chile 2; AA a la embajada en Londres, 20-2-1937.

Los nazistas denominaron sus formaciones de combate según el modelo alemán, las SA, «Tropas de Asalto».

²³ Giudici, p. 34. Giudici no aduce ninguna prueba de sus afirmaciones.

²⁴ PA/AA: Pol IX, Pol Chile 2; embajada alemana, Londres al AA, 7-2-1937; AA a la embajada alemana en Santiago, 15-2-1937; embajada alemana, Santiago, al AA, 16-2-1937; AA a la embajada alemana en Londres, 20-2-1937.

²⁵ Public Record Office: A 1900/506/51, Nazi activities in Chile; embajada británica, Santiago, al Foreign Office, 2-3-1937.

²⁶ Anuncios con carácter de apoyo se interpretan en tanto que son muy frecuentes y ofrecen productos de larga vida —y esta conexión es sospechosa.

²⁷ Ver nota 21.

En 1938 el país tiene 4,5 millones de habitantes. De ellos hay 35.000 a 40.000 alemanes y sus descendientes, es decir 0,8 por ciento de la población²⁸. La mayor parte de ellos se había establecido en independientes zonas de colonización en el sur, conservando en gran parte su lengua y sus costumbres.

Después de la primera guerra mundial, la mayoría de los alemanes en Chile era contraria al sistema político democrático de la República de Weimar. Como en la escena nacionalista alemana, también en Chile circulaba el mito de la puñalada, (aquél que sostiene que fue la revolución la que llevó a la derrota en la guerra) y la gloria y grandeza del imperio servía de norma todavía en tiempos republicanos.

La legación alemana en Santiago, teniendo en cuenta que los alemanes seguían aferrados a sus tradiciones y sentimientos nacionales, izaba con motivo de ceremonias nacionales dos pabellones: el de la república, en colores negro-rojo-dorado, y el del imperio, en negro-blanco-rojo.

El *Deutsche Verein zu Santiago* no aceptó, sin embargo, compromisos. El *Deutsche Zeitung für Chile* publicó el 19 de agosto de 1930 un artículo con el titular:

«La cuestión de bandera en el *Deutsche Verein zu Santiago*. Resolución de la asamblea general. Mayoría aplastante por Negro-Blanco-Rojo.»

La asamblea general ni siquiera discutió si en frente de la casa del *Verein* debía ondear la bandera de la República al lado de la del Imperio. Sólo un miembro solicitó rendir honor a los colores de Weimar, proponiendo tan sólo que en un rincón de la bandera imperial se incluyese una miniatura del pabellón de Weimar. La petición fracasó por 10 votos contra 91²⁹.

Este fondo nacionalista es la base del éxito del NSDAP. El Landesgruppe Chile se funda ya en 1931, crece rápidamente en el período siguiente y tiene en 1933 cuatro «Ortsgruppen» [Grupos locales] y nueve «Stützpunkte» [Puntos de Apoyo] en el país. En 1938 hay once «Ortsgruppen» y seis «Stützpunkte» con 1005 afiliados del partido en total³⁰.

Los afiliados, que viven afuera de las fronteras del Reich, se reúnen en una formación especial, llamada «Auslandsorganisation der NSDAP» (AO) [Organización del NSDAP en el Extranjero]. Se formó en 1933 y salió de la «Sección para el extranjero», fundada en 1931³¹. Su

²⁸ Los datos concretos sobre el número de los descendientes de alemanes difieren considerablemente, a veces se habla hasta de 150.000. Ver Karl Ilg: *Das Deutschtum in Chile und Argentinien*, Wie 1982, p. 55; Gunther, p. 266; Herring, p. 232; «Ibero-Amerikanische Rundschau», No. 7, septiembre de 1936, p. 219. También ver nota 39.

²⁹ PA/AA: Pol. Abt. III, Pol 25 Chile; *Deutschtum in Chile*, tom. 2 (1930-1932).

³⁰ Vern Arnold Ebel: *Das Dritte Reich und Argentinien*, Köln/Wien. 1971, p. 283; Hans-Adolf Jacobsen: *Nationalsozialistische Aussenpolitik 1933-1938*, Frankfurt a. M./Berlin 1968 p. 662. Jacobsen cuenta 985 miembros de la AO en Chile en junio de 1936.

³¹ Ver Jacobsen, p. 90.

objeto era la instrucción ideológica y la alineación uniforme de todos los afiliados para que cumplieran sus obligaciones por la Patria y la Nación. A la AO sólo podía pertenecer quien era «Reichsdeutscher» [Alemán del Reich]. Los «Volksdeutsche» [sólo de origen alemán], con nacionalidad del país en que vivían, no podían integrarse a ella.

Aunque la parte de los miembros de la AO en la colonia alemana era bastante pequeña su influencia aumentó considerablemente. Eso se manifestó a primeros de noviembre de 1933 cuando protestaron las asociaciones alemanas en Santiago contra «medidas falsas» del Landesgruppe. Pero una semana más tarde esas denegaciones se convirtieron en afirmación total.

«Con motivo de las elecciones al Reichstag [Parlamento alemán] la colonia de Santiago celebró una manifestación impresionante, en que participaron unos mil alemanes. Punto culminante fue la entrega de la siguiente confesión de fidelidad al Canciller del Reich... Para las elecciones de hoy los alemanes de Santiago expresan entusiastamente su apoyo al gobierno en manifestación nacional y prometen solemnemente fidelidad inmutable al Reich»³².

En abril de 1934, la AO plantea que el presidente del «Deutsche Verein» tiene que renunciar. También la «Deutsche Zeitung für Chile» promete «ponerse a la disposición de la organización local del NSDAP sin reservas», después de haber abandonado su resistencia. El 20 de abril, las celebraciones del cumpleaños del «Führer» tuvieron lugar «con la mayor participación de toda la colonia alemana» y finalizaron en una «fuerte adhesión al Tercer Reich». El Landesgruppenführer Willi Köhn, entre tanto nombrado comisario de extranjero para toda América Latina, dijo en una alocución después de la renuncia del presidente del «Deutsche Verein»:

«No nos proponemos conquistar presidencias de asociaciones... ¿Qué sentido tiene empujar a los acontecimientos y hacer girar la rueda de la historia más rápido de lo que esta marcha? Sabemos muy bien que uno tras otro los alemanes en el extranjero se convierten en nacionalsocialistas... [Vamos a] atraer hasta el último alemán residente en el extranjero a nuestro partido, al frente que la nacionalidad alemana ha formado en el mundo bajo el mando de Adolf Hitler»³³.

En enero de 1935 ya no había ninguna duda en el predominio de la AO cuando el partido consiguió establecer un «Comité de Colonia», dependiente de él³⁴.

³² PA/AA: Pol. Abt. III, Pol 25 Chile; AA a la legación alemana en Santiago, 4-II-1933; legación alemana, Santiago, al AA, 12-II-1933.

³³ *Ibid.*; legación alemana, Santiago, al AA, 21-4-1934.

³⁴ PA/AA: Inland II A/B 82-02; legación alemana, Santiago, al AA, 7-2-1935.—Hasta qué punto llegó ocasionalmente el predominio del NSDAP lo muestra una noticia del *Westküsten-Beobachter* (4-6-1936, p. 91) con motivo de la elección de la dirección del «Deutsche Verein» en Estación Llanquihue: 8 de los 10 miembros de la dirección estaban afiliados al NSDAP.—En el «Deutsche Gesangverein Frohsinn» de Santiago, haciendo propaganda con el slogan «lugar de reunión para todos los afiliados», el partido nazi alemán ocupó 4 de los 6 puestos en la presidencia. «WB», 30-I-1936, p. 77.—En 1934, aproximadamente 70 miembros del NSDAP solicitaron colectivamente la admisión en el «Deutsche Verein Santiago». El ingreso

La alineación política de la colonia alemana se puede ver también en las revistas de lengua alemana. Las *Monatshefte des DCB* publican discursos de autoridades nazis e informan sobre los resultados benéficos de la «Nueva Alemania»³⁵.

Die Warte cambia su motivo de portada con el retrato del Führer, edita citas de él y da informes detallados sobre el nacionalsocialismo entre los alemanes en Chile. Sincronizados en la misma manera se presentan el *Deutsche Sonntagsbote* y *Der Chiledeutsche*. Este último publica una estampa de la vida y atmósfera del nuevo tiempo:

«¡Heil!

Hermann todavía no tiene nueve años. Le encuentro por la mañana en mi camino al trabajo. Lleva su bolsón escolar a cuestas y hoy tiene su impermeable sobre el brazo. Muchas cosas le hacen reír y se detiene a menudo. Pero ahora me ve. Se calma y cambia el impermeable de la mano derecha a la izquierda. Se pone impaciente, manotea el brazo derecho, aún treinta metros lejos de mí, lo alza y saluda; ¡Heil! en voz alta. Desgraciadamente, hoy no lo percibo en seguida. Hermann se puso muy triste por eso e hizo todo lo posible. Tras unos pasos vuelve a gritar «¡Heil!». Entonces, vacila y no se atreve a levantar el brazo porque no sabe que atiendo. Su nerviosismo alcanza el punto culminante. Sólo fija su mirada en mí, no mira al camino, tropieza y... súbitamente estoy en frente de él y saludo con «¡Heil!». Claro y vigoroso suena su «¡Heil!» y está radiante de alegría. ¡Después de pasarme, vuelve a mirar atrás y sigue riendo! Este es un buen muchacho del mañana.»³⁶

en este «círculo exclusivo» se lo hicieron posible algunos afiliados acomodados, un «nacionalsocialismo practicado», como anotó el *Mitteilungsblatt der NSDAP—Landesgruppe Chile* (31-5-1934, p. 23).—Hasta en el consejo del sínodo alemán luterano de Chile, 6 de 7 pastores eran miembros del NSDAP. Ver «WB», 10-9-1936, p. 80.

³⁵ «Der „Volksbund“ in neuen Riech», en: *Monatshefte des DCB*, marzo de 1935, pp. 30-35. En marzo de 1937 de esta publicación nació *Der Hiledeutsche*, que fusionó con *Die Saat* y *Die Warte* en el *Condor* en junio de 1938.

En 1916 Georg Schwarzenberg y Eduardo Matthei fundaron el «Deutsch-Chilenische Bund (DCB)». El «Bund» perseguía el fin de unir a todos los descendientes alemanes y de conservar las costumbres típicas y las características nacionales. Durante la primera guerra mundial procuraba ayudar al Imperio alemán reclutando voluntarios para las FFAA del Imperio y por otra parte recaudando una contribución de guerra. Ver Jean-Pierre Blancpain: *Les Allemands au Chili*, Köln/Wien 1974, p. 845 sigs. En los años 30 los encargados de Asuntos Exteriores del Reich empezaban a interesarse de nuevo por el DCB. AO y AA habían percibido que esta organización cultural ofrecía la posibilidad de instruir ideológicamente y de continuar el trabajo secreto del partido en caso de prohibición por la administración chilena. Eso suponía que dentro de la jefatura del «Bund» hubiese adeptos del nazismo. Cuando el «Bund» en junio de 1936 solicitó una subvención de 4.000 marcos a la embajada alemana, la AO insistió en hacer depender la subvención de la colaboración política. Aunque para la AO esa colaboración era «la mejor que se podía imaginar», ella tenía por conveniente que «la selección del director del Bund estuviese en acuerdo con la Landesgruppe Chile del NSDAP». «No era necesario que ese gerente fuese miembro del partido o ciudadano alemán, pero en todo caso un hombre orientado perfectamente a la Alemania nueva». Por el año económico 1936/1937 la AO vio cumplida su exigencia y autorizó los fondos.

ZStA: film no. 15066 / E 485320 - E 485325; dirección de la AO, Berlín, al AA, 14-10-1936; AA a la embajada alemana en Santiago, 0-1-1937.

³⁶ «Heil», en: *Der Chiledeutsche*, 14-7-1937, p. 5.

Las revistas en lengua alemana, provistas de materiales del Reich por el Servicio nazista para publicaciones extranjeras, dirigen su propaganda a todos los alemanes. Pero algunos aspectos de la ideología nazi son rechazados por la población chilena, en particular las declaraciones sobre la pureza de raza y el antisemitismo vehemente. En marzo de 1933, August Schauenburg, jefe de propaganda del «NSDAP-Ortsgruppe Santiago», provocó indignación en el público chileno cuando dijo en un discurso ante la agrupación coral «Frohsinn», transmitido por radio:

«Cada alemán comete un delito contra su patria al casarse con una chilena, toda vez que mezcla su sangre con una raza inferior.»³⁷

Manifestaciones semejantes contra el casamiento de chilenos de sangre alemana con chilenos condujeron en septiembre de 1937 a la prohibición del *Deutsche Jugendbund* de Valdivia. El gobierno chileno ordenó su clausura basándose en que el *Jugendbund* hacía propaganda política, distribuía tratados nacionalsocialistas, y organizaba manifestaciones con uniformes y emblemas nazis. Además, Addo Schwarzenberg, jefe del *Jugendbund*, había declarado que «los chilenos eran de inferior calidad y había hablado despectivamente de Chile en Alemania»³⁸. La indignación del gobierno chileno parece comprensible: Recuérdese lo que este personaje había dicho antes:

«¡Excelentes reservas de sangre tiene ese continente en nosotros! [los chilenos de descendencia alemana]... pero no da lo mismo si nuestros hijos cumplen su contribución a la civilización del mundo como hombres conscientes de su origen alemán, o si, disminuidos por sangre de otro tipo, lo hacen sólo como representantes inconscientes de su sangre.»³⁹

La prohibición la proclamó el Intendente de la provincia Valdivia. El cónsul alemán de allí intervino en seguida e informó a la embajada alemana en Santiago de la conversación:

«[El Intendente confirmó] la clausura del *Jugendbund* y lamentó que se hubiera visto obligado a ello por razón de instrucciones de su gobierno. ...Considerando la atmósfera actual, piensa que sería mejor que el movimiento se retirara por un período de dos o tres meses, y más tarde él mismo quiere contribuir a crear una nueva organización. ...El Intendente tiene mucho trato con cenácu-

³⁷ PA/AA: Pol. Abt. III, Pol 25 Chile; legación alemana, Santiago, al AA, 16-3-1983.

³⁸ PA/AA: Pol IX, Pol Chile 2; consulado alemán en Valdivia a la embajada alemana en Santiago, 15-9-1937.

³⁹ Adolf Schwarzenberg: *Unser Deutschtum in Südamerika*, Stuttgart 1935, p. 4 sig.

Cuando él está con su igual Addo Schwarzenberg habla francamente; así, por ejemplo, en una carta dirigida al jefe de la «Reichsjugendführerschule der HJ» en Potsdam [Escuela del Reich para los Führer de las Juventudes Hitlerianas], con quien tiene relaciones amistosas. Una copia fue enviada de la AO al AA, con la recomendación indicando que «debía ser leída por los colaboradores del AA» porque ella dejaba en claro «que calidad y entusiasmo ejemplar» tenía Schwarzenberg.

los alemanes y aseguró más de una vez que no era antialemán, pero el gobierno... probablemente identifica... el nacionalsocialismo con el nazismo chileno, cuyo incremento quiere evitar.»⁴⁰

La prohibición fue burlada (si en esto no ayudó el Intendente directamente, al menos lo aprobó tácitamente), pues unos meses después el *Jugendbund* renació bajo el nombre «Vereinigung der ehemaligen Schüler der Deutschen Schule» [asociación de Ex-alumnos de la Escuela Alemana]. Para celebrar el día de su fundación se invitó también al Intendente. Addo Schwarzenberg había de retirarse, pero continuó como jefe espiritual del movimiento que creó⁴¹.

No sólo las declaraciones de individuos como Schwarzenberg, sino también acontecimientos y decretos en Alemania como las «Beamtengesetze» de 1933, que exigieron de los empleados públicos la prueba de su ascen-

Unos extractos:

Sobre los alemanes en Chile: «La influencia de nosotros en ese país... es muy considerable. Hechos que nunca deben ser publicados en la prensa: Mientras los descendientes de sangre alemana tienen una parte en la población de menos de 1 por 100 poseen y controlan el 10 por 100 de toda la propiedad del país. ...en el sur controlamos un 70 por 100, y algunas veces (Osorno) el 90 por 100 de toda la propiedad. Descendientes de alemanes ocupan administraciones de ciudades. Descendientes de alemanes controlan posiciones claves de la economía del sur. Poseen la mayor parte de la tierra laborable. Catedráticos alemanes trabajan en universidades chilenas, tiene una parte eminente en el sistema de la educación chilena. El ejército chileno se forma completamente con métodos de instrucción alemanes, un gran número de altos oficiales alemanes los pusieron en práctica aquí.»

Sobre el enemigo: «Continuamente hay denuncias, odio vulgar contra la Alemania nueva y Adolf Hitler. Los masones y elementos judíos trabajan duramente contra nosotros. En algunas administraciones gubernamentales ya se han establecido varios judíos. ...a pesar de todo creo que por unos años no es de temer ningún mal serio, porque el gobierno actual no hace nada en contra de nosotros o en contra de los círculos alemanes.»

Sobre enemigos posibles: «Parece que con el tiempo consiguen éxito los nazis de aquí. Naturalmente, esta gente... quiere soterrar nuestra raza para alcanzar la unidad del pueblo chileno. ...Pero tenemos entre ellos también buenos amigos y admiradores fanáticos de Alemania. Si a su debido tiempo el Reich reacciona mediante contactos amistosos e invitaciones generosas a sus nazis prominentes... yo creo que entonces podría considerarse conjurado todo peligro serio para nuestro trabajo.»

Sobre el futuro: «¡No hay ninguna ciudad y ningún pueblo en Chile donde vivan alemanes en que no estemos nosotros! Nuestros muchachos y muchachas han sido divididos y organizados rigurosamente según vuestro modelo. Trabajamos en armonía y en comunidad de trabajo estrecho con las escuelas alemanas, con autoridades y organizaciones oficiales y con ...el «Deutsch-Chilenische Bund». Esta organización la tendremos totalmente en la mano en 4 o 5 años. Ya estamos dentro de su Comité Central y su gerente es nuestro. Nuestros mayores, en cuanto son ciudadanos chilenos, comienzan a penetrar en grupos.»

ZStA: film no. 15066 / E 485352 - E 485360; dirección de la AO al AA, 28-1-1937.

Después de la Guerra Mundial II, Addo Schwarzenberg se retiró de los negocios políticos, pero siguió teniendo afecto a la juventud: se dedicó en los sucesivos al teatro de títeres. Ver Ingeborg Schwarzenberg Clericus: *Soziale Herkunft und Entwicklung deutschstämmiger Familien in Chile*, Neustadt/Aisch 1965, p. 44.

⁴⁰ Ver nota 38.

⁴¹ PA/AA: Pol IX, Pol Chile 2; consulado alemán en Valdivia a la embajada alemana en Santiago, 4-12-1937.

dencia aria, y las «Nürnberger Rassengesetze» [leyes raciales de Nüremberg] de 1935 tuvieron impacto en la opinión pública chilena. Después de los pogromos de noviembre de 1938, aumentaron las protestas contra las persecuciones de judíos en el Tercer Reich. El 21 de noviembre se reunieron en Santiago representantes de casi todos los partidos en una manifestación de la «Alianza de Intelectuales de Chile» con aproximadamente 5.000 asistentes. Pablo Neruda, el presidente de la Alianza, hizo un llamamiento a la lucha contra odio y persecuciones de raza en Alemania. Neruda exigió el cierre de las escuelas alemanas en el sur de Chile así como un boicoteo de mercadería alemana, italiana y japonesa⁴².

Pero a pesar de la resistencia creciente al proceder del Tercer Reich los alemanes en Chile podían contar con círculos germanófilos de gran influencia. El embajador alemán, Wilhelm Freiherr von Schoen, indica los dos apoyos principales: el Partido Conservador, con que «se colaboró excelentemente ya en el pasado», y —desde luego— las Fuerzas Armadas⁴³.

Aunque se extendiera la cooperación intensiva con las Fuerzas Armadas, antes de la Primera Guerra Mundial, la actitud germanófila de amplios sectores de los militares chilenos no había sufrido bajo la derrota del Imperio alemán. Ahora, en el ejército chileno sólo quedaba entonces

⁴² La exigencia más urgente en esta reunión, cuya composición de participantes era verdaderamente notable, fue la de la apertura de las fronteras chilenas para los fugitivos judíos. Entre los oradores, el profesor Alejandro Lipschutz (el informe de la AO lo decora con el adjetivo «desacreditado») atacó rigurosamente la locura racista de los nazis, y el diputado socialista Julio Barrenechea afirmó solemnemente «no querer descansar hasta que el último alemán desapareciera de Chile». Además hablaron los escritores Luis Alberto Sánchez de Perú y el argentino Raúl González Tuñón. Finalmente, Ricardo Boizard, el jefe de la Falange Nacional Conservadora, subió a la tribuna. Hubo protestas del público, ante todo de los nazistas, que también participaron en esta reunión. Al final abandonaron la sala después de haber amenazado Boizard que haría echarlos fuera. Boizard declaró —aunque fuera adicto a la derecha— que él y sus partidarios estaban de acuerdo con el Frente Popular si se trataba de secundar a los oprimidos.

Ibid.; dirección de la AO, Berlín, al AA, 29-II-1938.

⁴³ *Ibid.*; embajada alemana, Santiago, al AA, 19-5-1938.—Al empezar la Segunda Guerra Mundial, se mostró qué «amigos fieles y verdaderos» tenía Alemania. En Santiago se formó la asociación «Amigos de Alemania» bajo la presidencia del general de división (R) Arturo Ahumada Bascuñán, activo por unos años en el ejército imperial de Alemania y condecorado por Guillermo II con la orden del Águila Roja. Junto a él se alinearon también los generales F. J. Díaz, Carlos Vergara Montero y otros altos oficiales, así como civiles. Estos «combatientes desinteresados» contra «el torrente de literatura antialemana y la mentirosa propaganda judía» vieron como chilenos su tarea en «mantener Chile al margen del conflicto bélico» y además (como chilenos «que aman la equidad») en «defender los motivos por los cuales Alemania tuvo que empezar esta guerra». Estos oficiales apoyaron la publicación en español de la *Deutsche Zeitung für Chile*: su «Suplemento» publicaba noticias e informes políticos y militares que no aparecían en la prensa chilena debido a su carácter propagandístico. Después de la ruptura de las relaciones diplomáticas entre Chile y Alemania se disolvió la asociación «Amigos de Alemania». Ver *Ibero-Amerikanische Rundschau*, no. 2, abril de 1940, p. 23, «Deutschlands Freunde in Chile rühren sich»; Karl Roeschmann: *Südamerikanische Stimmungsbilder vor und aus dem zweiten Weltkriege*, s.l. 1945 (manuscrito mecanografiado inédito), pp. 15, 38, 70 sig.

un puñado de instructores alemanes, antiguamente numerosos; entre ellos, como oficiales de más alta graduación, los generales Hans von Kiesling y Hans von Knauer, que estuvieron en el servicio activo del ejército chileno hasta 1937 y 1935, respectivamente. Ambos eran miembros del NSDAP y seguramente habrán transmitido de diversas maneras —como representantes y propagandistas de la «Nueva Alemania» y de un fortalecimiento ejemplar del ejército alemán— su ideología en la actuación instructora⁴⁴.

Los militares alemanes y chilenos, tanto retirados como activos, se juntaban regularmente en reuniones festivas del «Deutscher Militärverein Santiago» [club militar], ornándose desde 1933 orgullosamente con el sobrenombre «SA-Reserve II» [reserva no. 2 de las SA]. Entre los muchos socios honorarios y numerarios estaban —incluyendo a von Kiesling y von Knauer— los generales chilenos F. J. Díaz, René Ponce del Canto, Carlos Vergara Montero (ver nota 2 y texto correspondiente) y Arturo Ahumada (ver nota 43). Las más de las veces, el discurso ritual lo pronunciaba el general Díaz, expresando palabras de saludo y agradecimiento en el nombre de los oficiales chilenos, sin disimular su «admiración sincera por el ejército alemán de ahora y el Führer del Reich pan-alemán» [1938]⁴⁵.

⁴⁴ Con motivo de una promesa solemne de fidelidad del «Landesgruppe» para su jefe Willi Köhn, el general von Knauer se caracterizó como «viejo miembro del partido». Ver «Mitteilungsblatt der NSDAP—Landesgruppe Chile», 7-4-1934, p. 13 sig. En septiembre de 1934, el general von Kiesling dio una conferencia en una reunión del grupo local Santiago del NSDAP sobre *Mi lucha de Hitler* (*Westküsten-Beobachter*, 27-9-1934, p. 63) y en febrero de 1935 habló sobre el nacionalsocialismo ante las SA de Santiago. Ver «WB», 14-2-1935, p. 73.—Por lo demás, las iniciales «SA» significan en este caso «Sport-Abteilung» [sección de deportes], pero en efecto las insignias de sus miembros no eran el bañador o el calzado de gimnasta sino botas, camisa parda con bandolera y brazaletes con la cruz gamada. Ver «WB», 15-11-1934, p. 65.

⁴⁵ Ver *Westküsten-Beobachter*, 20-12-1934, p. 69; 13-6-1935, pp. 79-81; 18-6-1936, p. 92; 7-7-1938, pp. 77-79.—En estas y otras reuniones siempre asistieron algunos altos oficiales de los Carabineros. Ver «WB», 12-12-1935, p. 71; 9-7-1936, p. 86; 8-7-1937, p. 72.—El acto solemne del trigésimo aniversario del «Deutscher Militärverein Santiago» en julio de 1939 se tornó «muy impresionante» cuando apareció el Comandante en Jefe del Ejército, Carlos Fuentes Rabé, «acompañado por casi todos los generales de la guarnición Santiago». El jefe del «Deutscher Militärverein», teniente coronel (R) Otto Zippelius, aprovechó la ocasión dirigiéndose especialmente a los miembros chilenos y atacó «las mentiras sistemáticamente difundidas en los últimos tiempos contra los alemanes». Dijo que no había en Chile una «infiltración nazi», sino que sólo trabajaba «en un esfuerzo común con los mejores de los chilenos por la grandeza y la prosperidad de Chile». Ver «WB», 13-7-1939, pp. 56-58.

Causa una impresión extraña que también diversas asociaciones chilenas de trabajadores y empleados ayudaron a los alemanes, tal como el «Centro Cultural Obrero Manuel Rodríguez» (*sic*), que ya en 1936 glorificó a Adolf Hitler como «el gran trabajador», incluyendo en este elogio además a los alemanes del sur de Chile. Ver «WB», 9-7-1936, p. 76 sig. En septiembre de 1937, *El Mercurio* publicó un llamamiento suscrito por más de 200 chilenos que se dirigió contra «la difamación de los alemanes». Según los autores del manifiesto, todas las agresiones a este respecto eran el resultado de una «conspiración criminal», de una maquinación «del movimiento judío y comunista»; los alemanes en Chile estaban orgullosos de ser chilenos, y se simpatizaba con Alemania «porque ella siempre había sido el mejor amigo de nuestro país»; inmigrantes y catedráticos alemanes de las ciencias y las artes «iluminaron con la luz suya las tinieblas en que vivíamos hasta muy avanzado el siglo diecinueve». Este llamamiento, una forma de «reparación, de gratitud inmensa y de admiración» para

Además de estos aliados, creía haber descubierto *Die Warte* una esperanza más en el MNS, movimiento que llamaba francamente a apoyar:

«... el que se incorpora a nuestras filas, no sólo ayuda a preservar la patria de deshonor y miseria, además puede considerar como un honor el haber contribuido al renacimiento de nuestro pobre país. ¡Chileno, a la acción!»⁴⁶

Los chilenos de origen alemán tenían todos los motivos para considerar el MNS como un movimiento allegado al NSDAP: ambos tenían el mismo nombre, en amplios sectores semejantes estructuras de organización, el Jefe González von Marées era de ascendencia alemana y la influencia del «pensamiento alemán» en la ideología nazista era evidente; la revista *Acción Chilena* lo muestra de sobra. Además podía admitir a los que tenían la nacionalidad alemana. Los chilenos-alemanes, en caso de que se declararan partidarios del nacionalsocialismo, tenían que contentarse con el MNS. Seguramente la mayoría de ellos no vieron en los nazistas un vástago del NSDAP, pero sí «hermanos de espíritu»⁴⁷, y esto valió hasta el año 1937.

* * *

El 5 de septiembre de 1938* fue el fin definitivo del MNS. Mientras existió, fue sólo un factor molesto —excepto ese mismo año— en los conflictos de la política partidista e interior de Chile. Que haya podido nacer y reclutar seguidores tal movimiento se explica, por un lado, por la atracción indudablemente grande de los «modelos» de Italia y Alemania; por otro, por la especial situación social de la clase media chilena. Principalmente de ella salieron los partidarios del fascismo, tal como en la Alemania de los años veinte y treinta.

la nación alemana, la firmaron —entre otros— en el nombre de las «clases trabajadoras» los presidentes del «Centro Cultural Obrero Manuel Rodríguez», del sindicato de propietarios de camiones, de los proveedores de madera, de los pintores y de la sociedad teatral aficionada. Ver «WB», 9-9-1937, pp. 5-8 (según el «WB» originariamente en *El Mercurio* del 2-9-1937).

⁴⁶ «Chileno, a la acción», en: *Die Warte*, 7-11-1936, p. 73. Uno de los que siguió este llamamiento fue Addo Schwarzenberg, el jefe del «Jugendbund». Lo hizo porque el MNS le parecía el partido que «correspondía a sus convicciones sobre el bienestar futuro de la patria chilena». Ver *Unsere Welt* p. 1, «Stellungnahme». Ver también nota 55. [órgano del «Deutsche Jugendbund»], no. 8, julio de 1935,

⁴⁷ Una motivación para eso la dio tal vez la presencia de Carlos Keller en una reunión pública del grupo local del NSDAP en Santiago. Allí Keller había hablado el 4 de diciembre de 1934 sobre el tema «Los alemanes del extranjero y el nacionalsocialismo alemán». Ver *Westküsten-Beobachter*, 29-11-1934, p. 69; 13-12-1934, p. 69.

* Ese día, un grupo de militantes del Movimiento intentó un golpe de Estado. Fue sofocado en forma cruenta, originando lo que se ha denominado Masacre del Seguro Obrero. La crueldad de la matanza (más de sesenta jóvenes fríamente asesinados) horrorizó a la opinión pública, galvanizó a la izquierda —unida en torno al Frente Popular— contribuyendo a la victoria de su candidato a la presidencia de la República, el radical Pedro Aguirre Cerda.

La clase media de Chile se sentía amenazada por la oligarquía del país, que imponía desconsideradamente sus intereses en todos los sectores económicos y políticos. Eso permitió que se desarrollara, gracias al descontento general y al temor al descenso social, un «anticapitalismo» de pequeña burguesía, es decir, el miedo al «gran capital» y su poder económico concentrado. Además, la oligarquía nacional se había aliado con los consorcios extranjeros que dominaban casi todos los sectores industriales y comerciales. Frente a este sentimiento de estar subordinados reaccionó el MNS a su manera: con una demagógica propaganda nacionalista y antiimperialista⁴⁸.

En términos electorales la clase media en Chile era numéricamente demasiado pequeña como para que los nazistas chilenos pudieran convertirse en un gran movimiento de masas (si encontraban ayuda entre los alemanes de Chile, era precisamente por eso, porque esta parte de la población pertenecía en su mayoría a la clase media). Las elecciones terminaron mal para el MNS: el mejor resultado lo obtuvo en las elecciones parlamentarias de 1937 con 3,5 por 100 de los votos; tenía entonces una base de más o menos 20.000 seguidores⁴⁹. Si el movimiento no quería ser condenado al fracaso pocos años después de su fundación, tenía que conquistar a otros electores, y los de los partidos izquierdistas les parecían ser los únicos atractivos.

A principios de 1938 el MNS cambió su táctica. Se separó del fascismo internacional y acentuó sus posiciones anticapitalistas y antiimperialistas en su propaganda. Esto y otras concesiones a la izquierda le indujeron finalmente a tratar de acercarse al Frente Popular. Naturalmente, tenía que moderar su oposición de principios contra el marxismo y el socialismo.

La AO del NSDAP perseguía por doquier objetivos que estaban más allá de sus declaraciones oficiales. Seguramente se trataba ante todo de la difusión del espíritu nacionalsocialista, pero la ambición no sólo consistía en ganar el mayor número posible de partidarios entre los residentes en el extranjero. La voluntad declarada de la AO era «salvar cada gota de sangre de nacionalidad alemana» en el mundo y además poder disponer en caso de emergencia, de «los alemanes disciplinados en el extranjero»⁵⁰.

Esas intenciones tenían que causar conflictos con los gobiernos extranjeros, tanto como con Chile, como lo demuestra el caso del «NS-Jugendbund». Más dificultades que antes eran de esperar del nuevo go-

⁴⁸ A este respecto Carlos Keller habla de «desnacionalización» de Chile y de degradación del país, atribuyéndolos a su condición de «apéndice de otros sistemas económicos». Ver Keller, «Acción chilena». Las exigencias de nacionalización del MNS se referían a la minería de cobre y salitre y a la industria de petróleo, exactamente los sectores en que dominaba más evidentemente el capital extranjero. Ver Jorge González: «Mensaje y plan de acción inmediata», en: *Acción Chilena*, vol. V, N.º 2 (1936), pp. 122-127.

⁴⁹ Potashnik, p. 280. El MNS tenía tres diputados en el Congreso.

⁵⁰ PA/AA: Pol IX, Büro des Staatssekretärs, Akten betr. Amerika; el jefe de la AO, Ernest Wilhelm Bohle, en la primera sesión de la «conferencia latinoamericana» en el AA, 12-6-1939.

bierno izquierdista de Pedro Aguirre Cerda, que los diplomáticos alemanes clasificaron de un modo general como antialemán.

La Alemania nazi no estaba dispuesta a tolerar medidas en contra de sus grupos en el extranjero. El jefe de la AO, Bohle, se atuvo al principio en que «se reconocería una prohibición del NSDAP de derecho pero no de hecho.»⁵¹ Y así, se había estudiado con tiempo cómo continuar el trabajo clandestinamente. Principalmente, se pensó en hacer uso de las instituciones de los alemanes en Chile, por ejemplo del DCB, que tendría que cuidar las escuelas alemanas, así como el *Jugendbund*, solamente «para guardar las apariencias», así la influencia del Partido estaría a cubierto también bajo estas condiciones (*Ibid.*).

Aún cuando el nuevo gobierno no era germanófilo, sí se podía contar con las relaciones tradicionalmente buenas entre Alemania y Chile, con el intercambio comercial, la influencia y el prestigio entre los militares y políticos conservadores⁵². En comparación con eso, el MNS era un factor menos significativo en la política exterior del Tercer Reich, más pragmática que ideológica. No se exagera al decir que el interés de la política alemana por los nazistas chilenos era de poca importancia. Un movimiento así, muy lejos del poder político y sin perspectiva de ganarlo, apenas podía ser un aliado útil. Por el contrario, Alemania intentaba extender la cooperación con la élite económica y política, que ya había resultado eficaz en el pasado y que seguía abriendo perspectivas lucrativas por todas partes.

El 20 de enero de 1943 rompió Chile las relaciones diplomáticas y el 12 de febrero de 1945 declaró la guerra —a Japón, no a Alemania—.

* * *

Una temática esencial, que aquí sólo hemos podido tratar tangencialmente y que exige ser examinada por razones históricas obvias, es la relativa a las vinculaciones del Ejército chileno con la «ideología alemana», tanto la militarista prusiana como la ulterior transformación de ésta en la ideología nazi. Cabría plantearse así, entre otras, las siguientes cuestiones:

—¿Cuál y cuánto trabajo ideológico realizaron los instructores militares prusianos? ¿Fue éste deliberado o solamente un producto casual?

⁵¹ *Ibid.*; Bohle en la primera sesión, 12-6-1939.—Ya un año antes Bohle había instruido a los «Landesgruppen» del NSDAP —para el caso que hubiera tales dificultades— de que «suspendieran toda actividad visible» y que «concentraran las fuerzas en la alineación interior»; Ver ADAP, Serie D, Baden-Baden 1953, T. V, documento 611, telegrama circular del Secretario de Estado y jefe de la AO, 18-5-1938.

⁵² Un resumen del AA respecto a la posición alemana frente a Chile habló de «la preferencia franca de los conservadores», del «acercamiento a la élite política» y aun del pago eventual de «sobornos»; PA/AA: Inland II A/B 62/4, a fines de 1942. Para mantener y fomentar las relaciones existentes con el ejército chileno y debido a su «gran importancia política» debía ser delegado un agregado militar, «urgentemente deseado» en Santiago; ADAP, Serie D, T. V, documento 624, encuentro de los jefes de misión en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay en Montevideo, 28-7-1938, 29-7-1938.

—¿En qué medida los oficiales chilenos internalizaron los «valores de la tradición militar alemana» y qué efectos tuvo esto en su conciencia social y política?

—La simpatía indudable de muchos militares hacia el nacionalsocialismo ¿fue una consecuencia de sus fuertes tendencias germanófilas? ¿Hasta qué punto pudo contar con esta actitud la Alemania nazi?

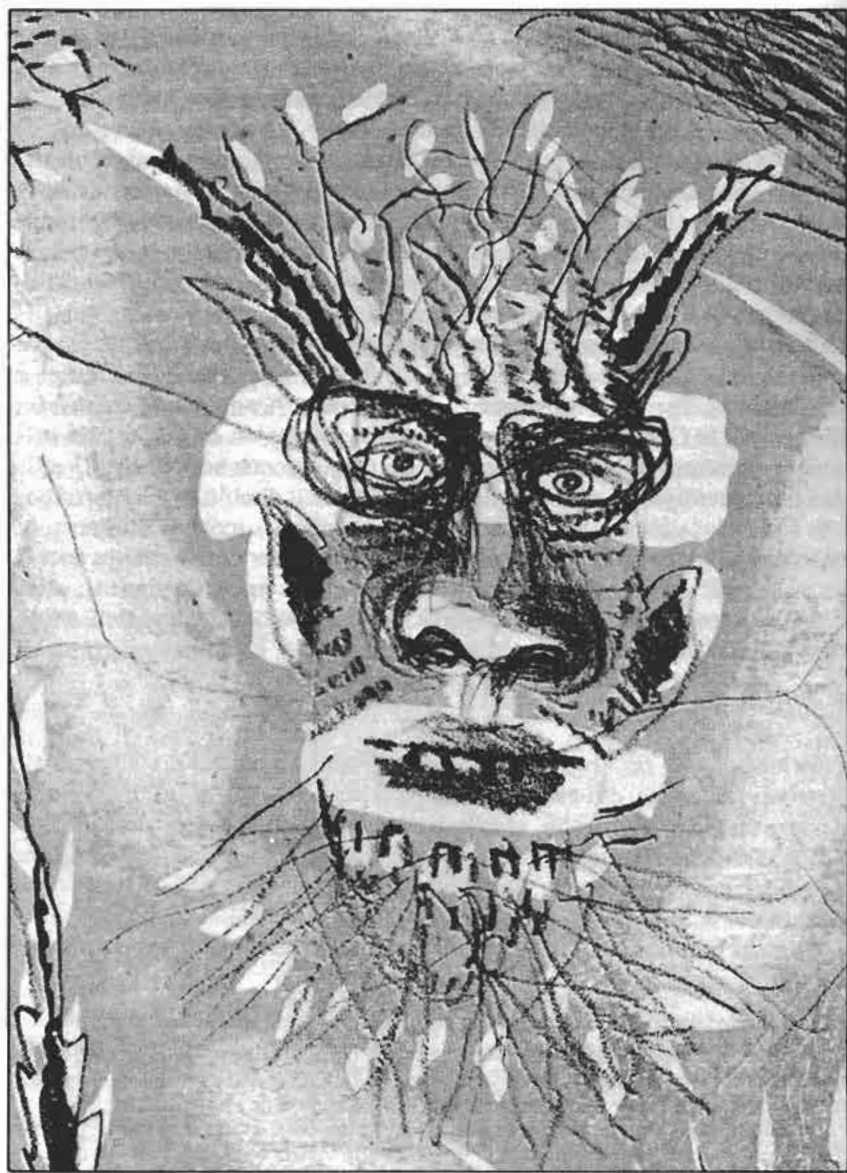
—Y finalmente: ¿cuál y cuánta continuidad existe en los conceptos ideológicos de los oficiales chilenos de entonces y los de hoy?

Su conciencia elitista y su espíritu de casta, su desprecio por los civiles y el sistema democrático, su autoconvicción profunda de ser los «salvadores de la patria», su idea de que la estructura de organización y mando —como parece funcionar en el mundo del cuartel— es modelo también para el conjunto de la sociedad, todo eso está relacionado con las cuestiones indicadas.

Cuando empieza, en fecha no lejana, en Chile, un proceso de democratización, el éxito dependerá sin duda de que se pueda incluir en él a los militares. Pero, mientras se siga usando en la Academia de Guerra un libro como la *Geopolítica* de Pinochet en la formación de los jóvenes oficiales, mientras se les de un concepto de enemigo que se refiere en realidad a un enemigo interior, lo que quiere decir: al pueblo propio; y mientras sean educados en una tradición que entiende los méritos militares, la obediencia, la disciplina y el cumplimiento del deber como valores sociales y de carácter que valen por sí mismos; mientras todo esto siga así, existirá el peligro de que a los militares se les vuelva a ocurrir que tienen que cumplir una vez más una «misión patriótica».

EL HONOR PERDIDO DE LOS UNIFORMES

Hay momentos muy particulares en la historia de un pueblo en los cuales, más grave que el *maniqueísmo*, resultan las consecuencias de un refinado y malentendido *antimaniqueísmo*. En nombre de este último, no faltan quienes destacan el profundo catolicismo de algunos ministros del gabinete presidencial (de Pinochet), condenan candorosamente la violencia venga de donde venga o se engolosinan con las debilidades de los gobiernos anteriores. No es lo mismo el error que el horror: existe el riesgo de confundir la economía de mercado con la libertad, y el uniforme con el honor.



Guión breve para una historia del cine boliviano

OSCAR ZAMBRANO

Plano general

En el centro de un subcontinente marcado por el subdesarrollo se encuentra una vasta y pintoresca comarca, que posee todos los atributos de una tarjeta postal tercermundista: montañas nevadas, una alta meseta, un cielo azul como no hay otro e inmesos lagos que lo reflejan, valles profundos y multicolores, selvas tropicales, pampas decoradas con palmeras y ríos caudalosos. También hay algunas ciudades grandes —La Paz, Santa Cruz, Cochabamba— con altos edificios, viejas casonas coloniales y barrios populares; y, por supuesto, muchas ciudades pequeñas, pueblos, aldeas y haciendas. También hay algunos vestigios que testimonian la existencia en esa región de antiguas y misteriosas civilizaciones. En ese paisaje viven unos seres exóticos, muy pocos para la extensión del territorio; la mayoría son campesinos, pero en las ciudades grandes prolifera una clase media cada vez más numerosa e inquieta. También hay generales y soldados, doctores y estudiantes, obispos y pordioseros, señoras elegantes y niños que trabajan, boutiques exquisitas y pulperías de mala muerte, mansiones con perros y piscinas y chozas sin ventanas, sin agua y sin luz. Hay hospitales y cementerios, universidades y analfabetos, periódicos y prostitutas. El rasgo general es el de la pobreza y casi no hay industrias. Hay muchos indios, bastantes mestizos, algunos blancos y muy pocos negros. Hay más de un

Oscar Zambrano es cineasta y periodista. Vive en Berlín Occidental.

centenar de estaciones de radio, y algunas de ellas transmiten programas en quechua y aymara. Desde mediados de los años sesenta funciona un canal estatal de televisión, cuyos programas pueden ser recibidos virtualmente en todo el país; en la década del setenta iniciaron sus emisiones ocho canales regionales universitarios, y en la década del ochenta han surgido más de una docena de estaciones privadas de televisión, que transmiten noticias, telenovelas y series policiales norteamericanas. Y en todo el país hay algo menos de un centenar de salas de cine, en las que, a veces, se proyectan películas nacionales. Hasta ahora, el mayor éxito de público ha sido logrado, justamente, por una película boliviana. Pero la producción de cine nacional es escasa, porque en un país como Bolivia es muy difícil hacer cine. No es como en la Argentina, el Brasil, México o Cuba, donde existe una industria cinematográfica bastante bien montada, con todas las de la ley; ni siquiera es como en Chile, Perú, Colombia o Venezuela, donde por lo menos hay alguna infraestructura, por muy incipiente que sea. La pobreza tecnológica es la más grave, pero no es la única. También hay una escasez de recursos humanos: Aparte de tres o cuatro realizadores y de una media docena de camarógrafos profesionales, casi todos los demás técnicos son improvisados, que con una buena dosis de entusiasmo y otra de ingenio se las arreglan para trabajar con los elementales instrumentos disponibles. El cine es el más costoso de todos los medios modernos de comunicación, y en un país pobre como Bolivia es particularmente caro. Y, por último, están las dificultades propias de un clima político en el que predominan la intolerancia y la violencia.

Plano de detalle

El principal obstáculo técnico radica en la falta absoluta de un laboratorio de revelado. Esto significa que un cineasta en Bolivia tiene que trabajar a ciegas. Una vez que ha terminado de rodar toda la película, se va con el material al extranjero —Brasil, Argentina, Estados Unidos o Europa— lo hace revelar y sólo entonces puede ver qué es lo que ha filmado. Las tomas que salieron mal, van a parar al tacho de basura y ya no se las puede repetir. Pero pueden ocurrir cosas peores: en 1970, Jorge Sanjinés filmó una película sobre la represión contra el movimiento sindical boliviano, y cuando se reveló el material en Alemania occidental, resultó que más del ochenta por ciento estaba inutilizable. Meses de trabajo y una considerable inversión de dinero terminaron en una frustración. La película que se rodó, pero que nunca pudo verse en la pantalla, debía llamarse *Los caminos de la muerte*. Pero también en la fase posterior al rodaje hay que enfrentar limitaciones: Hay muy pocas mesas de montaje para cortar y compaginar un film y no existe ninguna posibilidad de trucaje ni de mezcla de sonido. Y cuando se ha terminado la compaginación de la copia de trabajo, hay que hacer sacar en el extranjero las copias destinadas a la proyección, lo cual implica que los negativos de las películas bolivianas deben

permanecer archivados en laboratorios fuera del país. Todas estas limitaciones contribuyen a hacer más largo el proceso de producción y a elevar sus costos. Y como tampoco existe una legislación de fomento a la producción nacional de cine, los propios realizadores tienen que luchar para lograr que sus películas sean exhibidas en las salas de cine, enfrentándose a una competencia abrumadora del cine comercial extranjero y en condiciones desiguales.

Cámara lenta

Hacia 1905 llega el cine a Bolivia. Las primeras proyecciones que se realizan en un teatro de la ciudad de La Paz muestran imágenes de la guerra ruso-japonesa. Un año más tarde, el propietario del Biógrafo Iris hizo las primeras filmaciones, mostrando imágenes de personajes ilustres de la vida política y social del país. Los periódicos de la época dan cuenta de que el público que asistió al estreno de ese primer documental boliviano, aplaudió con entusiasmo, exigiendo una repetición que se realizó de inmediato. En los años siguientes se rodaron y exhibieron otros documentales similares: La llegada del tren a Guaqui, un paseo en el Prado de La Paz el día de Todos Santos, la calle Mercado en día de feria, la salida de misa en el templo de La Merced, carreras de caballos en el hipódromo o la ejecución de un condenado a muerte verificada en la localidad de Viacha el 12 de abril de 1911. A partir de 1912, las presentaciones de este tipo de documentales realizados en el país son parte casi imprescindible de la actividad cultural en La Paz, aunque no son pocas las voces inconoclastas que elevan su enérgica protesta contra esa perversión de la técnica. J. Goytisolo y Luis Castillo fueron los pioneros de esos años, en los que el cine nacional daba sus primeros pasos. Se sabe que en 1920 se estrenó un largometraje argumental, *La vestal del Sol inca*, filmado presumiblemente en Bolivia y Perú. La prensa de la época también informa que en 1923 se estrenó *La baraja de la muerte o el crimen de Corina Rojas*, que reconstruía el caso de un célebre crimen en Santiago de Chile, pero no existen más detalles sobre esta película. Se sabe también que el italiano Pedro Sambarino fue el principal animador del cine documental en los años veinte, habiendo presentado varios de sus trabajos entre 1924 y 1926. En 1925 estrenó su largometraje argumental *Corazón aymara*, que a juicio del investigador y crítico Alfonso Gumucio Dagrón, «utilizaba el romance como fachada para transmitir en el fondo un ideal de rebeldía y de lucha de clases», añadiendo que este film de Sambarino «resulta un precedente digno del cine de Jorge Sanjinés». Por esa misma época se estrenó otro largometraje argumental, *La profecía del Lago*, realizado por José María Velasco Maidana. También esta película es, en alguna medida, precursora de lo que sería más tarde el cine boliviano. En ella se reconstruía un hecho al parecer histórico: Una señora, blanca y de la alta sociedad paceña, se enamora de un indio peón de hacienda. El asunto produjo tal escándalo

lo, que las autoridades municipales ordenaron la incineración del film. No se sabe si la ordenanza llegó a consumarse, pero en todo caso la película desapareció sin dejar rastros. Otros audaces y temerarios siguieron haciendo cine, y fueron repetidos los casos de censura por razones morales o políticas. La innovación que significó el cine sonoro se tradujo, por razones de costo, en una disminución de las producciones cinematográficas nacionales. Las pocas películas que se hicieron en los años treinta se ocupaban, fundamentalmente de la Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay. Y hasta bien entrados los años cincuenta, el cine boliviano siguió haciéndose a tropezones y fue, como desde sus comienzos, más bien el producto de la iniciativa personal y arriesgada de algunos estusiastas. Las más de las veces se trataba de cortometrajes documentales sobre temas más o menos coyunturales. Uno de ellos se destaca, sin embargo, con rasgos nítidos de obra lograda: *Vuelve Sebastiana*, de Jorge Ruiz, documental realizado en 1953, que presenta la vida de una comunidad indígena —los Chipayas— en vías de extinción. Hubo también muchos proyectos truncos, guiones que no se llegaron a filmar y filmaciones que debieron interrumpirse antes de su terminación. Oscar Soria, el guionista más fecundo de Bolivia, escribió junto con Gonzálo Sánchez de Losada un guión para una película que debía filmarse en el país con el título de *El gringo Smith* y que narraba las aventuras de unos bandoleros norteamericanos que asaltaban trenes en la región de las minas y que terminaron acribillados a balazos por la caballería del gobierno liberal boliviano. La película no se pudo realizar por falta de recursos económicos, pero años más tarde fue rodada por George Roy Hill, con Paul Newman y Robert Redford en los papeles estelares. Se titula *Butch Cassidy and Sundance Kid* y es uno de los más grandes éxitos taquilleros logrados por Hollywood.

Plano secuencia

En abril de 1952 se produce la Revolución Nacionalista, cuyos objetivos principales eran los de terminar con el superestado minero y semifeudal de la «Rosca» y consolidar el Estado Nacional. Las principales medidas tomadas a partir de esa fecha fueron la nacionalización de las grandes minas de estaño, la reforma agraria, la reforma educacional, el voto universal, la integración nacional y una mayor participación del Estado en la actividad económica. La enorme movilización de masas trajo consigo una recuperación y una revalorización de la cultura popular. El gobierno de Víctor Paz Estenssoro decidió, por Decreto Supremo del 20 de marzo de 1953, la creación del Instituto Cinematográfico Boliviano (ICB). En los primeros años, la tarea principal del ICB consistió en la realización y distribución de un noticiero semanal titulado «Aquí Bolivia». Una buena parte de ese material se conserva todavía en diversos sitios del país y constituye una documentación invaluable de la vida nacional en aquellos años, en los que las Fuerzas Armadas estaban desarmadas y el pueblo de mineros

y campesinos era la única fuerza armada. En la década del cincuenta el ICB realizó también varios documentales sobre temas económicos, sociales y culturales. En 1957, el realizador Jorge Ruiz se hizo cargo de la dirección del ICB, y sólo entonces ese organismo produjo el primer largometraje argumental, *La vertiente*, en el que una historia de amor sirve de pretexto para narrar la lucha de un pueblo de provincia por lograr una instalación de agua potable. Y a principios de los años sesenta retornó al país Jorge Sanjinés, quien había estudiado cine en Chile. Inmediatamente se inició una fecunda relación entre el joven cineasta, que llegaba al país con ganas de poner en práctica sus conocimientos y su talento, y Oscar Soria, el experimentado guionista y profundo conocedor de la realidad social y cultural boliviana. Juntos hicieron algunos cortometrajes semi-documentales, generalmente por encargo de diversas instituciones estatales. Entre 1962 y 1964, Sanjinés y Soria, a quienes se había sumado otro entusiasta, Ricardo Rada, realizaron, como producción independiente, un cortometraje documental titulado *Revolución*, que por la calidad de su hechura, el ritmo del montaje y el halo poético que lo anima, constituye una verdadera obra maestra. Realizada en blanco y negro, 16 milímetros, esta notable pieza de apenas diez minutos de duración no es, en rigor, un documental, ya que en base a algunas tomas de archivo hábilmente compaginadas con secuencias preparadas, con una precisa dosificación de los efectos sonoros y sin que se pronuncie una sola palabra, *Revolución* reconstruye convincentemente el clima de factores objetivos y subjetivos que condujo a la insurrección popular de 1952, siendo, al mismo tiempo, una premonición de hechos similares que irían a producirse en el país en los años futuros y, por último, un resumen de todas las revoluciones en cualquier parte del mundo y en cualquier época. Con esta película, Sanjinés y Soria anunciaban ya lo que sería más tarde el cine boliviano. No en vano recibió el Premio Joris Ivens en el Festival de Leipzig en 1964. A pesar de estos antecedentes «subversivos» —y tal vez por ignorancia oficialista—, Sanjinés fue nombrado por el gobierno, en 1965, como director técnico del ICB. En esa función, y siempre en colaboración con el «Cacho» Soria, realizó algunos documentales, entre ellos *Aysa* (Derrumbe), sobre el trabajo en el interior de las minas de estaño y con un estilo similar al de *Revolución*. Pero sería *Ukamau* (Así es), terminado en 1966, el film más importante —y también el último— dirigido por Sanjinés en el ICB. Este largometraje fue rodado en blanco y negro y sus diálogos están hablados casi exclusivamente en idioma aymara. Los actores principales son campesinos indígenas y algunos mestizos, casi todos ellos sin ninguna experiencia cinematográfica. En largas secuencias, con imágenes que traducen poéticamente la vida cotidiana en el mundo indígena, se narra la historia de un campesino de la región del Lago Titicaca, cuya mujer ha sido violada por un comerciante mestizo. El indio espera paciente y silenciosamente, hasta que se le presenta el momento propicio para la venganza. La película termina con la imagen del indio vencedor que ha dado muerte al mestizo en medio de la imponente soledad del paisaje altiplánico.

Las autoridades gubernamentales entendieron mejor que nadie el mensaje de esa imagen metafórica. «Esta nos la van a pagar», le dijo al «Cacho» Soria un representante del gobierno después del estreno. Hacía ya tiempo que el régimen del general René Barrientos estaba empeñado en liquidar los últimos vestigios del ímpetu revolucionario surgido en 1952, y no podía aceptar que una película boliviana, producida por un organismo gubernamental, insinuara siquiera la idea de que un indio podía hacerse justicia por sí mismo, y menos frente a un mestizo. El personal fue despedido y el Instituto Cinematográfico Boliviano dejó de existir. Pero esa muerte decretada oficialmente significó el inicio de una nueva vida para el cine boliviano. Sanjinés, Soria y Rada fundaron un grupo productor que tomó el nombre de esa película: Ukamau Ltda. A ellos se sumó, como camarógrafo, Antonio Eguino, que había estudiado fotografía y cine en los Estados Unidos. Lo que vino después es, más o menos, historia conocida. Como sabido es que lo más importante e interesante que en materia de cine se ha producido en Bolivia en los últimos veinte años, se ha realizado dentro del Grupo Ukamau o en torno a él. Todo ese cine, desde *Yawar Mallku* hasta *Los hermanos Cartagena*, está marcado, en mayor o menor medida, por un sello formal y conceptual que resume los postulados, las experiencias y enseñanzas de *Ukamau*: el compromiso con la realidad social y cultural boliviana, un estilo semi-documental, personajes de la vida real que se interpretan a sí mismos y la búsqueda de un lenguaje cinematográfico que permita la comprensión racional y la identificación emocional de un espectador generalmente no acostumbrado a ver cine y, menos aún, a verse así mismo reflejado en la pantalla. *Yawar Mallku* (La sangre del cóndor) y *El coraje del pueblo*, realizadas en 1968 y 1971, respectivamente, fueron las películas producidas por el Grupo Ukamau. Entre ambas, el grupo tuvo que soportar la frustración de *Los caminos de la muerte*. Habría que añadir, sin embargo, que el día que debía estrenarse *Yawar Mallku* en La Paz, las autoridades prohibieron a último momento su exhibición. Parece ser que una muy poderosa Embajada habría manifestado su disgusto por el hecho que la película denuncia las manipulaciones que efectuaban los miembros del Cuerpo de Paz norteamericano para esterilizar a las mujeres indígenas en las comunidades campesinas. Pocas horas más tarde, una manifestación de protesta recorrería las calles de la ciudad, pintando los nombres de «Ukamau» y «Yawar Mallku» en las paredes y exigiendo la exhibición del film. La presión popular terminó obligando a las autoridades a dar paso a las proyecciones. Cuando se terminó *El coraje del pueblo*, a fines de 1971, ya no se la podía mostrar en Bolivia: El general Hugo Banzer estaba todavía bautizando con sangre su fluyente dictadura y hubo que esperar más de siete años para que el pueblo boliviano pudiera ver en la pantalla el testimonio de su propio coraje, reflejado en esa película que es, sin duda, la obra más conmovedora y convincente de todo el cine boliviano y que el crítico francés Guy Hennebel le calificó como «uno de los veinte films más bellos de la historia del cine». Pero, además, la represión desatada por la dictadura produjo la división del Grupo Ukamau. Algunos

de sus integrantes se vieron obligados a salir al exilio y se reagruparon en torno a Sanjinés, realizando dos películas en otros países latinoamericanos. Antonio Eguino y Oscar Soria pudieron quedarse en Bolivia y, enfrentando no pocas dificultades, algunos peligros y, sobre todo, tratando de sortear las trampas de la autocensura, también lograron dos películas. Es a partir de este hecho que el cine boliviano se diversifica, tanto en lo referente a los grupos que lo realizan, como también en cuanto a sus planteamientos teóricos y posibilidades creativas.

Plano y contraplano

El enemigo principal (1973) y *Fuera de aquí* (1976), las dos películas realizadas por Sanjinés en Perú y Ecuador, respectivamente, representan la continuidad formal y la radicalización teórica de un cine concebido como instrumento al servicio de una propuesta revolucionaria. En esos dos largometrajes, el personaje central es, al igual que en *El coraje del pueblo*, un personaje colectivo interpretado por una comunidad campesina. Es un cine que responde a los postulados de lo que, en los años sesenta, se llamó «el cine necesario», y que el propio Sanjinés definiera como «un cine del pueblo para el pueblo». En cambio, el cine que por esa misma época se siguió realizando dentro de Bolivia, se vio obligado a plantearse como un «cine posible», es decir que sin renunciar al cuestionario crítico de la realidad y sin abandonar el objetivo final de contribuir a un cambio radical del contexto político y social, se las arreglará para llegar a un público masivo de espectadores urbanos a través de los circuitos establecidos de exhibición comercial. Si *Pueblo chico*, realizada por Antonio Eguino en 1974 aparte de las debilidades propias de una primera incursión en el largometraje argumental, refleja concesiones y se asusta de su propia audacia, *Chuquiago*, terminada por el mismo realizador en 1977, constituye una buena muestra de la calidad y las cualidades que puede tener ese tipo de cine. *Chuquiago* logró estrenarse todavía bajo la dictadura y en menos de ocho semanas se convirtió, con más de 300.000 espectadores, en el mayor éxito de taquilla en la historia cinematográfica del país. *Chuquiago* es, por lo menos en sus aspectos técnico y formal, sin duda la obra más madura del cine boliviano. En todo caso, Sanjinés y Eguino son, aunque por razones y vías diferentes, los dos cineastas más importantes del país y que, en las décadas del sesenta y del setenta, se inscribieron con su obra entre los mejores realizadores del Nuevo Cine Latinoamericano.

Primer plano

Si es difícil hacer cine en un país atrasado, mucho más lo es, cuando en ese mismo país se desata una crisis económica y se agudizan las contradicciones. Y eso fue lo que ocurrió en Bolivia a partir de 1980. Sin embar-

go, se ha seguido haciendo cine, contra viento y marea, contra toda lógica o contra lo que fuera. Sanjinés retomó con *Las banderas del amanecer* el hilo semi-documental que había dejado suelto después de *El coraje del pueblo*, conformando un mural cinematográfico que testimonia la voluntad de un pueblo que, a pesar de los golpes sufridos, sigue decidido a defender su dignidad y a conquistar sus aspiraciones; pero ese film también muestra descarnadamente la carencia de una vanguardia organizada, capaz de recoger y levantar esas banderas. Eguino, reafirmado por los logros de *Chuquiago*, realizó *Amargo mar*, un largometraje que reconstruye un hecho histórico —la Guerra del Pacífico y la pérdida de la costa marítima boliviana—, pero que, tratando de hacer una proyección hacia el presente, apunta hacia una crítica de la clase dominante y de la incapacidad de sus instituciones para defender los intereses del país. Paolo Agazzi, un inmigrante italiano que en los años setenta no solamente se incorporó al grupo de Eguino, sino que también se integró a la realidad boliviana y la asumió como propia, realizó *Mi socio*, un tierno y conmovedor largometraje que, echando mano de algunos elementos del mejor neorrealismo italiano, constituye una alegoría algo optimista de los conflictos y las posibilidades de la integración nacional entre la región andina y los llanos orientales de Bolivia. En este film, el caso se resuelve simbólicamente en la relación entre un camionero de La Paz y su ayudante, un niño de Santa Cruz, a través de un largo y accidentado viaje entre ambas ciudades, pasando por diferentes regiones del país. Casi inmediatamente después, Agazzi se lanzó a una empresa más audaz: La adaptación cinematográfica de la novela *Hijo de opa*, de la escritora boliviana Gaby Vallejo. Se trata de la historia de dos hermanos, hijos de un latifundista del valle de Cochabamba. La Revolución del 52 y los posteriores vaivenes de la vida política nacional conducen a ambos hermanos por caminos opuestos e irreconciliables. El hijo legítimo, cínico y violento, termina como esbirro sanguinario de las dictaduras de turno, mientras el menor, producto de los amores clandestinos entre el hacendado blanco y una sirvienta indígena, se convierte en obrero y acaba enrolándose en las filas sindicales de la resistencia. La película, titulada *Los hermanos Cartagena*, a pesar de confirmar el talento de su realizador para personificar a algunos arquetipos y recrear ambientaciones características, se malogra por el esquematismo de su propuesta ideológica y por la truculencia insistente de algunas escenas que ilustran la violencia del aparato represivo.

Lista de créditos

De alguna manera, el accidentado pero fecundo calendario de la cinematografía boliviana quedaría incompleto, si no se incluyeran en él algunos datos singulares y poco conocidos. Uno de ellos es el caso de Humberto Ríos, boliviano de nacimiento, argentino de nacionalidad, con diez años de exilio en México y —según sus propias palabras— «latinoamericano

por convicción». Ríos ha hecho cine y practicado la docencia cinematográfica en Argentina, en Chile y en México. Pero también en 1971, apasionado por el acontecer político en su país natal, retornó a Bolivia y realizó un largometraje documental, *Al grito de este pueblo*, un sincero y valioso testimonio sobre uno de los momentos más convulsionados de la historia contemporánea de Bolivia. Otro caso curioso es el del escritor y dirigente político Marcelo Quiroga Santa Cruz, asesinado por un comando paramilitar durante el golpe de 1980, quien realizó dos cortos documentales en la década del cincuenta: *La bella y la bestia* y *Combate*. También Eguino, Agazzi, Ruiz, Danielle Caillet, Hugo Roncal, Mario Arrieta, Alfonso Gumucio, Eduardo Barrios, Pedro Susz, Guillermo Aguirre y muchos otros más, unos dentro y otros fuera del país, han producido una abundante cantidad de documentales, que van desde la denuncia político-social y el ensayo etno-cultural hasta la promoción turística y la publicidad comercial. Todos ellos conforman una obra desigual y dispersa, pero que también es parte —por lograda o por fallida— de la filmografía boliviana. Tampoco faltan, por supuesto, algunos ejemplares de un cine meramente comercial y especulativo, de imitación caricaturesca, de pobreza imaginativa y de torpe factura, embelesado por el paisaje y el folklore de tarjeta postal. El rigor de juicio o un elemental sentido de vergüenza obligan, en el marco de esta apurada síntesis, a pasarlo por alto. Habría que añadir, sin embargo, la contribución de la crítica cinematográfica que, de cierta manera, forma parte de la historia del cine de cualquier país. Pedro Susz, Carlos Mesa, Alfonso Gumucio, Amalia Gallardo y Julio de la Vega son quienes, en los últimos años, mayor continuidad han demostrado en el no siempre gratificante empeño de comentar el trabajo de unos y de orientar el criterio de otros. Pero el crítico más importante, el más riguroso y a la vez el más ecuánime, fue, sin duda, el sacerdote jesuita Luis Espinal, catalán de origen, boliviano de vocación y cristiano con los pies en la tierra. Espinal, que también había realizado, entre 1970 y 1971, una serie de documentales educativos para el canal estatal de televisión, que había trabajado como asistente de dirección de Eguino en la realización de *Chuquiago*, que escribía semanalmente sus agudas críticas de cine y que solía decir que «para hablar de Dios, es necesario primero hablar del Hombre», fue secuestrado y asesinado por un comando paramilitar de derecha a principios de 1980, cuando, entre otras cosas, dirigía el semanario *Aquí*. La violencia de la vida boliviana no solamente se ha expresado en la pantalla, sino también suele rondar detrás de bastidores. Faltaría agregar las fuentes informativas y la documentación histórica que se han ocupado del cine boliviano; pero eso, como en las películas, puede figurar, a modo de lista de créditos, después de que aparece la palabra «fin».

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Alfonso Gumucio Dagrón, *Historia del cine en Bolivia*, Ed. Los Amigos del Libro, La Paz/Cochabamba, 1982.
- Alfonso Gumucio Dagrón, *Cine, censura y exilio en América Latina*, Ed. Film/Historia, La Paz, 1979.
- Guy Hennebelle/Alfonso Gumucio Dagrón, *Les cinémas de l'Amérique Latine*, Lherminier, Paris, 1981.
- Carlos Mesa, *Cine boliviano, del realizador al crítico*, Ed. Gisbert, La Paz, 1979.
- Jorge Sanjinés, *Teoría y práctica de un cine junto al pueblo*, Siglo XXI Editores, México, 1979.
- Peter B. Schumann, *Handbuch des lateinamerikanischen Films*, Verlag Klaus Dieter Veruert, Francfort/Meno, 1982.
- Oscar Zambrano, *Del cine necesario al cine posible*, en: *Presencia*, 10-11-1985, La Paz, y en: *Araucaria*, n.º 32, Madrid, 1985, p. 90.

SOL AYMARA

Cine latinoamericano: una perspectiva nueva

A principios de 1987 comenzó a funcionar en Cuba la llamada Escuela Internacional de Cine y Televisión. Radicada en San Antonio de los Baños, cerca de La Habana, su puesta en marcha fue el primer paso público dado por la llamada Fundación del Cine Latinoamericano, organismo que nació en 1986 en Cuba por iniciativa del Comité de Cineastas de América Latina, nacido al amparo, en un período anterior, del Festival Internacional de Cine de La Habana.

La Fundación, que desde sus comienzos ha estado presidida por Gabriel García Márquez, se propone los siguientes objetivos: «Contribuir al fortalecimiento del cine latinoamericano, en especial de las cinematografías nacientes, mediante el fomento de su producción, distribución y exhibición; propiciar la investigación, docencia, conservación, archivo y difusión cultural de la obra cinematográfica latinoamericana; procurar una creciente y efectiva solidaridad de

la cinematografía latinoamericana en el marco de la preservación del patrimonio cultural de los pueblos y la dignidad y la justicia social».

En relación con sus objetivos, prepara en estos instantes algunas iniciativas concretas: una Semana Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano, que en octubre del presente año recorrerá algunas de las principales capitales del mundo. Tiene en estudio, por otra parte, la creación de un aparato que vele por «la conservación de la memoria fílmica de América Latina», para lo cual tiene en desarrollo un plan de trabajo conjunto con la Cinemateca de São Paulo.

Pero su obra más concreta e importante es la Escuela de Cine y Televisión, que está dirigida por Fernando Birri, cineasta argentino, uno de los teóricos y precursores del Nuevo Cine Latinoamericano. Aunque funciona en Cuba, y tiene, por supuesto, el pleno apoyo de las autoridades cubanas, la Escuela opera de for-

ma totalmente independiente del sistema laboral y educativo del país. Cuba aportó el terreno y la infraestructura material: el edificio y el equipamiento de base, más todos los gastos presupuestarios que se hacen en moneda nacional cubana. La Fundación, que tiene diversos apoyos internacionales, entre ellos el del propio García Márquez, que ha donado importantes sumas, corre con todos los gastos en divisas, que no son pocos.

La Escuela de San Antonio de los Baños, llamada también «Escuela de Tres Mundos» —ya que está abierta a alumnos provenientes de América Latina y el Caribe, África y Asia— es en la actualidad, según su director, el mejor instituto de formación cinematográfica del mundo, lo que no debe estar demasiado lejos de la verdad. Birri prefiere llamarla «Centro de producción de la imagen audiovisual: cine y TV», para subrayar la amplitud de sus objetivos.

La Fundación está dirigida por un Consejo Superior que integran algunos de los más destacados cineastas latinoamericanos actuales; entre otros, Alfredo Guevara y Julio García Espinoza (Cuba), Jorge Sanjinés (Bolivia), Lisandro Duque (Colombia), Miguel Littin (Chile), Paul Leduc (México), Nelson Pereira dos Santos (Brasil), Walter Achúgar (Uruguay). El Consejo Directivo lo componen: Edmundo Aray (Venezuela), Edgardo Pallero (Argentina), Manuel Pérez Paredes (Cuba), Jorge Sánchez (México), y Gerardo Sarno (Brasil).

La presencia de García Márquez al frente de la Fundación, subraya la conocida vocación del escritor por el cine, que es, después de todo, según declara, lo único que ha estudiado sistemáticamente en una escuela. «Yo nunca estudié literatura —dice—, ignoro por completo las leyes de la gramática castellana; escribo de oído, pero hice mi curso de Dirección de Cine lo mejor que pude en el Centro Experimental de Cinematografía de Roma.» Como no llegó a ser director, y como tampoco —hay que decirlo— ha tenido mucha suerte con las películas que se han hecho a partir de algunos de sus cuentos y novelas, decidió reencontrarse con esta pasión suya de juventud contribuyendo a la for-

mación de esta importante palanca de la promoción cinematográfica.

Pero no ha sido su única iniciativa en esta dirección. Apoyándose en los potenciales de producción que hay actualmente en el mundo del cine y la televisión hispanoparlante, García Márquez ha decidido salir directamente al paso de la creación cinematográfica, escribiendo historias pensadas expresamente para ser llevadas a la pantalla. El es el autor de la idea original y del guión preliminar, que luego es preparado a fondo conjuntamente con otros guionistas, pero sobre todo con quien finalmente tiene a su cargo la realización del film.

Se ha puesto en marcha, de este modo, un vasto plan de seis producciones, que por la cuantía de la inversión y por sus ramificaciones en media docena de países, no tiene precedentes, no sólo en el cine de Latinoamérica, sino de todo el ámbito de habla española. Participan en él capitales, técnicos y artistas de España y de varios países de nuestro continente. La serie acaba de ser lanzada al público con la película *Fábula de la bella palomera*, dirigida por el realizador Ruy Guerra, que ha empezado su periplo internacional en la ciudad de Montecarlo, a principios de febrero, en el último festival dedicado a películas producidas o coproducidas por la televisión. Los cinco títulos restantes son: *Cartas del parque*, dirigida por Tomás Gutiérrez Alea; *Milagro en Roma*, por Lisandro Duque; *El verano de la señora Forbes*, por Jaime Humberto Hermosillo; *Un domingo feliz*, por Olegario Barrera, y *Yo soy el que tú buscas*, por Jaime Chavarrí. Un amplio abanico cosmopolita, desde Guerra —que ya hizo armas con un tema garciamarquiano, años atrás, con *La increíble y triste historia de la Cándida Eréndira*— realizador brasileño (aunque portugués de origen), hasta Chavarrí, español, pasando por un cubano, un colombiano, un mexicano y un venezolano.

El conjunto de seis films se presenta con un título común: *Amores difíciles*. A propósito de su presentación, con motivo del estreno del primer pie, García Márquez ha dicho lo siguiente:

«Un escritor inglés dijo: “Yo era famoso hace mucho tiempo, pero nadie

lo sabía''. Algo similar podría decirse del cine de la América Latina, que tiene ya una cosecha anual considerable, una buena calidad y un carácter propio y, sin embargo, sólo es conocido y reconocido por los especialistas. Hace unos veinte años ocurría lo mismo con nuestras novelas —argentinas, brasileras, colombianas, mexicanas— que terminaban por marchitarse dentro del ámbito quimérico de sus países natales. Algunas eran las mismas que hoy arrastran su gloria por el mundo entero, pero nadie dio fe de ellas hasta que los propios lectores de América Latina las integraron a su cultura como un fenómeno continental.

»Quiero decir que el primer paso para lograr el reconocimiento del cine latinoamericano en el mundo, es volver a creer en el desacreditado refrán de que la unión hace la fuerza. Arduo intento, en un territorio tan vasto y dividido, cuya identidad de fondo está todavía por descubrir. Y, sin embargo,

feliz intento de una galaxia de nuevos creadores que están construyendo sus sueños de luz con la materia de nuestras vidas.»

En un instante en que en Latinoamérica se dan signos esperanzadores de un auge en el cine de algunos países (el notable éxito, por ejemplo, de la nueva cinematografía argentina; los logros artísticos de brasileños y cubanos; el surgimiento y afirmación de nuevos valores en la realización, en México, Venezuela, Colombia, Perú, etc.); el papel que entra a jugar la Fundación y la Escuela de San Antonio de los Baños, y el notable impulso que puede proporcionarle, tanto desde el punto de vista artístico como en términos de promoción internacional, la serie ideada por García Márquez, abren perspectivas que incitan al optimismo, en un instante en que, en una buena parte del mundo, el cine acusa signos de cansancio y aun de franca decadencia.

LA QUEMA DEL DIVAN

«Durante el consejo de Gabinete ampliado realizado ayer, al analizarse las recientes acciones del gobierno norteamericano en contra de Chile, el almirante José Toribio Merino sugirió que se le cambiara de nombre a la Avenida Kennedy. Propuso que, en cambio, ésta fuera denominada Avenida Margaret Thatcher.»

(Información de prensa citada por *Apsi*, núm. 233, 4-10 enero 1988.)





Cine chileno: los años de la dictadura

JACQUELINE MOUESCA

Aunque gravemente herida y dañada, la cultura chilena —el trabajo de sus artistas e intelectuales— no murió con el golpe de Estado. El «apagón cultural» fue un fenómeno de parálisis, de estupor y miedo, una pausa de silencio quizás prolongada pero que no podía por cierto durar indefinidamente. El «apagón» no acreditaba ni la decadencia ni mucho menos la defunción de un conjunto de actividades creadoras que de todos modos era imposible que desaparecieran.

¿Cuánto tiempo duró esta suerte de paréntesis? Es difícil decirlo, pero en diciembre de 1978 —cinco años después del golpe— la revista *Hoy* comenzaba un artículo sobre el tema con una frase que merece recordarse: «Parece como si el *apagón* se fuera apagando». La citaba un analista del problema en un trabajo publicado a mediados del 79, y en el cual concluía que «el movimiento cultural autónomo e independiente de la dictadura (...) ha conquistado la superficie», señalando que «los protagonistas de este proceso han ido abriendo puertas y conquistando importantes espacios de expresión que el régimen no ha podido destruir»¹.

Jacqueline Mouesca es diplomada en cine por la Universidad de París. Vive en Madrid. El presente trabajo es el extracto de uno de los capítulos de su libro *Plano-secuencia de la memoria de Chile. Veinticinco años de cine chileno (1960-1985)*, que aparecerá este año en Chile.

¹ Samuel Guerrero. «Luces nuevas en la cultura chilena». En *Araucaria* N.º 6, Madrid, 1979, pp. 77-85.

Señalaremos, de paso, que el autor de este artículo lo firmaba con un seudónimo. Se llamaba en verdad Manuel Guerrero, y moriría años después, en marzo de 1985, en el horrendo crimen conocido como caso de «los degollados».

Lo cierto es que ya en 1976 «comienzan a existir organizaciones que agrupan, reúnen y acercan a los artistas que quieren hablar otro lenguaje que el impuesto por la autoridad». Nacen la Unión de Escritores Jóvenes, el conjunto «Nuestro Canto», el sello de discos «Alerce», diversos talleres de artistas plásticos y literarios, tanto en Santiago como en provincias. Se fundan revistas como *La Bicicleta*, *Apsi*, *Análisis* y otras, y surgen grupos de investigación y docencia (Sur, Céneca, Academia de Humanismo Cristiano, Vector, etc.) que intentan ofrecer caminos alternativos frente a las universidades controladas por el poder militar². No todos estos organismos y agrupaciones siguieron existiendo. Algunos desaparecieron por falta de destino y otros dieron paso, con posterioridad, a entidades de mayor envergadura.

Las semillas estaban, como quiera que sea, sembradas, y las manifestaciones artísticas ya no cesan de darse y de desarrollarse. Aunque tengan que refugiarse al principio en «el símbolo y la alegoría» consecuencia de una autocensura inevitable, lo que, sin embargo, «redunda en muchos casos en una mayor altura poética de los textos, en una lengua que obligada a readecuar su mensaje deviene rica en alusiones, en metáforas y en nostalgia de futuro»³.

Renacen, poco a poco, la música popular, la poesía, el teatro. Este último vive una odisea que ha sido minuciosamente historiadada⁴. La literatura es, tal vez, una de las disciplinas que muestra una mayor lentitud en afirmar el perfil de su revitalización. Son muchos los escritores que han abandonado el país, y los que permanecen en Chile tardarán años en hallar los caminos de los nuevos lenguajes posibles. El género es de lento procesamiento, y aunque la poesía no dejará nunca de mostrarse activa, será necesario que lleguen los años 83, 84 y 85 para que se sienta la presencia de un fuerte despertar literario colectivo.

El cine es, probablemente, de todas las manifestaciones culturales chilenas, la que resultó más seriamente afectada por el golpe de Estado. Catorce años después, no hay en el país una industria cinematográfica verdadera; la producción —que descansa en el esfuerzo individual independiente— no sólo no ha podido alcanzar los niveles que había en los años de la Unidad Popular, sino que se ha visto retrotraída a las condiciones de pobreza y sobresalto de períodos muy anteriores.

El proceso de desmantelamiento del cine nacional ha sido examinado detenidamente, se han señalado los factores que concurrieron en él y hasta periodizadas las etapas que se han vivido en la década posterior al pro-

² Soledad Bianchi. «La política cultural oficialista y el movimiento artístico», en *Araucaria* N.º 17, Madrid, 1982, pp. 135-141.

³ Bernardo Subercaseaux. «El canto Nuevo (1973-1980)», en *Araucaria* N.º 12, Madrid, 1980, p. 203.

⁴ Grinor Rojo. *Muerte y resurrección del teatro chileno (1973-1983)*. Edics. Michay (Col. Libros del Meridión), Madrid, 1985.

nunciamento militar⁵. La primera de ellas, calificada como de «desarticulación» corresponde al período 1973 al 77, año en que se produce «la virtual desaparición de la producción cinematográfica argumental y documental». Los principales factores concurrentes son, por una parte, de orden institucional: se produce el cierre de los órganos ligados al Estado o a las universidades en los que, hasta antes de septiembre de 1973, descansaban los mecanismos responsables de la vida cinematográfica del país. En primer lugar, Chile Films, que pasa a depender en lo sucesivo del canal nacional de televisión, órgano cultural privilegiado del nuevo régimen. Se clausuran enseguida, los departamentos de cine de las Universidades de Chile y Técnica del Estado y la Escuela de Artes de la Comunicación de la Universidad Católica de Santiago.

Concorre además un factor de orden legal: la derogación de la ley de 1967 que preveía normas de protección al cine nacional. Como esta ley no se reemplaza por ningún cuerpo de disposiciones que contemple alguna forma de ayuda a la producción de películas, desaparece para el productor independiente toda posibilidad de desarrollar su trabajo.

Está también el problema de la censura y en particular el de la autocensura, que no sólo no se hace menor con los años sino que aun se agrava, porque «tras el auge de producción y exhibición de audiovisuales alternativos iniciados en 1982, se promulgó una disposición legal que obliga a todo audiovisual a ser autorizado por la censura cinematográfica, *aun cuando no sea exhibido en circuito comercial*»⁶ (el subrayado es mío, J. M.).

Factor esencial del desmantelamiento fue, finalmente, el éxodo masivo de cineastas; recuérdese que la mayoría de los que hacían cine en Chile se identificaban con el gobierno de la Unidad Popular. Varios de ellos cayeron en prisión después del golpe de Estado, y una gran cantidad, si no todos, quedaron sin trabajo. Algunos se exiliaron voluntariamente y otros tuvieron que hacerlo pidiendo asilo en diversas embajadas extranjeras. Las consecuencias no son difíciles de imaginar: en Chile el trabajo cinemato-

⁵ María de la Luz Hurtado. *La industria cinematográfica en Chile: límites y posibilidades de su democratización*. Publicación de Ceneca, Santiago, enero 1985 (mimeogr.). Las citas entrecomilladas y datos que se incluyen a continuación sin precisar origen, han sido extraídos de este trabajo.

⁶ La censura afecta desde luego a la producción nacional: recuérdese, por ejemplo, la prohibición de *Tres tristes tigres* de Raúl Ruiz. Pero alcanzó también de modo muy grave a la producción extranjera. El Consejo de Calificación Cinematográfica había rechazado durante los años de la Unidad Popular (incluyendo todo el año 1970, la mayor parte del cual corresponde, en verdad, a la gestión del gobierno anterior) la autorización para ser exhibidos de 22 largometrajes, es decir, un promedio de 5,5 films anuales. En once años de dictadura, el Consejo rechazó un total de 345 largometrajes, o sea, un promedio de 31,3 films por año. (M. L. Hurtado, *op. cit.*, p. 66).

A título de curiosidad mencionemos algunos de los films prohibidos: *La conversación* de Ford Coppola, *El conformista* de Bernardo Bertolucci, *¿Dónde está mi hija?* de Paul Schrader, *Pantaleón y las visitadoras*, adaptación de la novela de Vargas Llosa, 1979 de Ariane Mnouchkine, *La chinoise* de Godard, etc. (José Román «La década oscura», en *Apsi*, 10-16-Abril 1984).

gráfico cayó virtualmente a cero, mientras que en una veintena de países se desarrollaba el vigoroso movimiento que se conoce con el nombre de «cine chileno del exilio»⁷.

Hacia 1978 —ateniéndose siempre a la caracterización propuesta por el libro de María de la Luz Hurtado— se produce lo que esta analista denomina «la recomposición» de la cinematografía nacional, fenómeno que se traduce en una reactivación del trabajo cinematográfico con una triple característica: la producción tradicional —cine documental y argumental— se ve drásticamente reemplazada por el *spot* publicitario; se introduce masivamente el *video* como soporte dominante de la imagen audiovisual, y cobra un desarrollo inusitado —inédito hasta entonces— la actividad privada.

La clave de toda esta situación descansa en la preponderancia desmesurada que en este período adquiere la televisión nacional, que pasa a ser el órgano privilegiado y principalísimo en la campaña concientizadora de masas.

Los diversos canales y en particular el Canal Nacional se transforman «en un frente más del sistema libremercadista de los Chicago Boys», es decir que están obligados a procurarse su propio financiamiento. Este, naturalmente, no puede hallarse en otra parte que en la publicidad comercial, que pasa a transformarse de esta forma, en «la base vital de sustentación del sistema televisivo nacional»⁸.

La publicidad alcanza un desarrollo no sólo incomparable con cualquier otro período anterior de la historia de la televisión local, sino que supera, incluso, los niveles mundiales, en cuanto al porcentaje que representa en relación con el total de publicidad realizada por el conjunto de los soportes existentes, cualquiera que sea su naturaleza⁹. Todo lo cual es ciertamente una monstruosidad.

Este auge abre, a partir de 1978, una posibilidad de trabajo para los cineastas que no han abandonado el país y que no han renunciado a la idea de continuar trabajando en el oficio. Se «reconvierten» transformándose en profesionales del cine publicitario. Haciendo publicidad no sólo subsisten ellos, sino que, además, haciéndola es como se forman los nuevos cineastas.

Con el desarrollo de la publicidad surge una gran cantidad de productores privados, muchos de los cuales, al cabo de un tiempo, hacen ya su trabajo apoyándose en instalaciones propias. El país llega a disponer de una capacidad instalada de equipos cinematográficos de una cuantía sin paralelo con cualquier otro período anterior. En 1984 existen en Santiago

⁷ El tema del «cine chileno del exilio» está tratado *in-extenso* en varios capítulos del libro *Plano-secuencia...* ya citado.

⁸ María José Luque y Fernando Paulsen. «El poder del telespectador democrático», en *Análisis*, 20-26 de mayo 1986.

⁹ La inversión publicitaria en TV representa en Chile, en 1980, el 43,3 por 100 del gasto publicitario total, mientras que en Latinoamérica es del 35,9 y en Europa del 12,8 por 100 (Hurtado, *op. cit.*, p. 18).

57 agencias productoras de cine y video, y la mayoría de ellas «disponen de sus propios equipos, tecnológicamente modernos, capaces de realizar todas, las principales o algunas de las etapas de la filmación, procesamiento, montaje y sincronización de sonidos de las películas», tanto para el cine como para video¹⁰.

Todo lo anterior configura un cuadro en el que la realidad dominante, al cabo de un tiempo, es la presencia del video como soporte mayoritario abrumador de lo que es hoy el arte audio-visual chileno.

Hay que decir que, aunque el fenómeno se ha producido en Chile con características propias y por razones específicamente locales, no es el único país donde se manifiesta. Es algo que se da, desde luego, en las naciones menos desarrolladas como una suerte de expresión de «cine imperfecto» (no previsto por el inventor del término) compatible con la pobreza de recursos de esos pueblos, pero que además, empieza a mostrarse de modo universal como una seria alternativa posible a las técnicas tradicionales del trabajo cinematográfico.

«El video entró en el cine con la aceptación de muchos y la indiferencia o rechazo de otros. Para bien o para mal, el video es hoy un elemento que forma parte de la industria cinematográfica, como ha sucedido o sucederá con otras tecnologías informativas surgidas en las últimas décadas del siglo veinte»¹¹.

* * *

Como quiera que sea, afrontando infinitas dificultades, ha habido en los años de la dictadura cineastas que no han renunciado a hacer cine. Uno de ellos es Silvio Caiozzi, camarógrafo connotado y director de fotografía de las principales películas de Helvio Soto, de *Palomita Blanca* de Raúl Ruiz y de *Estado de sitio* de Costa Gavras. En 1974, en uno de los años en que la depresión cultural alcanza una de sus simas más profundas, presenta un largometraje argumental, *A la sombra del sol*, realizado en colaboración con Pablo Perelman.

El lustro siguiente será casi como la travesía del desierto del cine chileno. En todo este período no se produce un solo largometraje. Habrá que esperar hasta 1979, en que aparece —junto con un film de Cristián Sánchez que nunca será exhibido en circuito comercial— la segunda película de Caiozzi, *Julio comienza en Julio*, que obtiene un notable éxito de pú-

¹⁰ M. L. Hurtado *op. cit.*, pp. 20-21.

Esta realidad es asumida por los cineastas como algo tal vez poco deseable pero, en todo caso, inevitable. En aquellos que trabajan en el exilio la reacción suele ser negativa. En una entrevista nuestra con Valeria Sarmiento, a la pregunta: «¿Te seduce la idea de volver a Chile?» la respuesta fue categórica: «No, si para ganarme la vida tengo que hacer cine publicitario» («Una cineasta que no quiere ser transparente», *Araucaria* N.º 31, Madrid, 1985, p. 122).

¹¹ «Presentación» del libro *Video, cultura nacional y subdesarrollo*, (varios autores). Ponencias presentadas en el VI Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano, La Habana, diciembre de 1984. Filmoteca de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1985, p. 5.

blico. Realizada con sentido del oficio, muestra claros aciertos en la ambientación y el desempeño de los actores y actrices. Caiozzi reunió un plantel sobresaliente de intérpretes: entre otros Jaime Vadell, Luis Alarcón, Schlomilt Baytelman, Tennyson Ferrada, Marión Soto, Ana González, Delfina Guzmán, Nissim Sharim, José Manuel Salcedo, Felipe Rabat. Resaltan también la buena calidad de la música de Luis Advis y la fotografía de Nelson Fuentes.

Julio comienza en Julio cuenta las vicisitudes de un terrateniente enfrentado a la educación de su primogénito. Situada en el Chile rural anterior al año 20, muchos han creído ver en la historia una tentativa de crítica social de las clases pudientes, lo que no deja de ser una audacia para una producción chilena realizada en el período inicial de la Dictadura.

La película obtuvo diversos premios locales. Fue galardonada además, en el Festival de Cine Iberoamericano de Huelva, y ha sido mostrada en diversos países en salas públicas y en la televisión.

Caiozzi es uno de los ejemplos que ilustra la situación del cineasta chileno que se ve obligado, si es que insiste en mantenerse dentro de la profesión, a trabajar en cine publicitario. Sólo que él no renuncia a su oficio mayor, y reúne durante años, haciendo *spots* publicitarios, el dinero necesario para filmar *Julio comienza en Julio*.

Pero la buena acogida de su película no cambia nada en cuanto a sus posibilidades posteriores como cineasta. «No hay cine en Chile» declara en forma cortante y amarga en una entrevista: «que salga una película cada cierta cantidad de años no significa nada. Son esfuerzos aislados y no se puede hablar de cinematografía.»¹² Al final, por eso, Caiozzi se ve obligado a tomar el mismo camino del resto de los cineastas chilenos: filmar en video. Realiza, así, en 1982, dos trabajos: un largometraje argumental, *Historia de un roble solo*, basado en una idea original del escritor José Donoso, en el que Caiozzi vuelve a reunir un importante plantel de actores (Nissim Sharim, Delfina Guzmán, Ana González, Roberto Parada, Cora Díaz, etc.), y un corto argumental, *Candelaria*, en el que también aparecen algunos de los actores del título anterior.

Este mismo recorrido, desde el cine video, lo realizan los otros cineastas importantes de los primeros años de la dictadura: Luis Cristián Sánchez y Carlos Flores del Pino.

Sánchez es seguramente el más interesante de los realizadores chilenos que trabajan en el interior del país. Es aquel cuyo trabajo se acerca más a la idea de lo que hoy se denomina «cine de autor». Su caso se presenta «como un modelo de tenacidad, persistencia y vocación que van más allá de todo cálculo o búsqueda del éxito fácil». Trabaja únicamente en torno a historias propias, y su principal característica es la búsqueda de un lenguaje personal, y el mostrarse como «un explotador de nuevas formas del discurso fílmico, alérgico a las convenciones del relato tradicional y a los tópicos del cine de consumo»¹³.

¹² «Cine chileno en cámara lenta». *Revista del Domingo de El Mercurio*, 7-II-82.

¹³ José Román «El cumplimiento del deseo», en *Apsi*, 9-22 de septiembre de 1985.

Se declara muy influido por Buñuel y Raúl Ruiz. Fue el español quien marcó su primer trabajo, *El que se ríe se va al cuartel*, hecho mientras estudiaba todavía en la Escuela de Artes de la comunicación, en 1972. Por esa misma fecha empezó otra película, *Esperando a Godoy*, que nunca terminó, y que fue —según ha declarado— un producto directo del impacto que le produjo la obra de Ruiz. Después hizo su tesis para graduarse en la escuela, *Vías paralelas*, en correalización con Sergio Navarro. Eso fue en 1974, pero como todas sus películas, jamás ha sido exhibida en circuito comercial. Estas están condenadas, al parecer, a mostrarse únicamente en canales especializados, en salas de cine-arte. Así ha ocurrido también con *El zapato chino* (1979) y *Los deseos concebidos* (1982), y desde luego, con su trabajo en video —que tampoco ha podido eludir— *El otro round* (1983), basado en el cuento de Guido Eytel, «El último round de Dinamita Araya». *El cumplimiento del deseo*, su último largometraje, fue terminado en 1985, pero hacia mediados del 87 todavía no había sido exhibido.

El zapato chino fue filmada en cuatro meses el 76, pero Sánchez tardó tres años en poder terminarla, lo que es un buen ejemplo de las dificultades que han tenido que afrontar en Chile los cineastas. Historia con acentos kafkianos, se exhibió en el país en círculos restringidos aunque con cierto éxito. «Había mucho entusiasmo —dice el realizador— en alguna gente por ver cine chileno.»¹⁴

Los deseos concebidos contó con recursos mayores, y tuvo también posibilidades más amplias de público, dentro de la modestia que significa, de todos modos, el que sólo haya sido proyectada en una sala universitaria. La censura fue bastante estricta: la autorizó sólo para mayores de veintidós años, con lo que dejó automáticamente al margen a un público al que el cineasta justamente quería llegar. Porque la película está ambientada en la escuela media chilena y la mayoría de sus intérpretes son precisamente liceanos adolescentes.

El zapato chino y *Los deseos concebidos* han sido exhibidos en diversos festivales internacionales de cine y esta última, en particular, llamó la atención de la crítica en el Festival de Berlín.

Una buena y lúcida definición de su cine la da el propio Sánchez, en respuesta a una pregunta que alude al carácter «metafórico» de sus películas:

«Yo no podría saltarme el proceso histórico que he vivido en Chile. Esa realidad me ha obligado a reelaborar mi lenguaje, a buscar una manera de decir las cosas. Lo metafórico se da frente a una barrera, a una resistencia que uno encuentra. Mientras más fuerte es esa barrera, más sutiles son las formas de transgresión. Y eso obliga a un mayor esfuerzo creativo, de concentración del material, de evitar lo anecdótico y de buscar una síntesis mayor de lo que uno plantea. Y así se va acercando a la metáfora. Ahora, yo no sé si eso es producto de una situación histórica dada, o si es también producto de una tendencia personal. Creo que son las dos cosas, que se complementan y no se excluyen» (Zambrano, pág. 113).

¹⁴ Oscar Zambrano. «El cine que se hace en Chile. Conversación con Cristián Sánchez», en *Araucaria* N.º 28, Madrid, 1984, pp. 107-116.

La respuesta ilumina evidentemente no sólo un problema de «tendencia personal» sino mucho del conjunto del trabajo artístico de los primeros años de la Dictadura.

A diferencia de los cineastas precedentes, Carlos Flores había trabajado como realizador antes del golpe de Estado¹⁵. Hizo en 1969 conjuntamente con Guillermo Cahn, *Casa o mierda*, inscrita en la más extrema línea del cine militante y un año después otro documental, *Netuayin Mapu*. Realizó también *Descomedidos y chascones*, un trepidante cortometraje sobre aspectos de la vida de los jóvenes, que —según parece— debía estrenarse oficialmente en el teatro Bandera el mismo 11 de septiembre de 1973. Como Caiozzi, se dedicó a la publicidad y entre tanto procuraba juntar dinero y afinar las ideas para el momento en que pudiera concentrarse en la filmación de una película. Ha hecho así, durante estos años, dos películas que no carecen de interés: *Pepe Donoso* y *El Charles Bronson chileno (Idénticamente iguales)*. La primera es un mediometraje (1977) en que el escritor chileno habla de los aspectos claves de su vida y de su temática literaria, a cuya evocación se enfrenta en el encuentro con algunos de los elementos en que se ha apoyado su inspiración: su casa, algunos barrios, su padre, su nana Teresa Vergara. *El Charles Bronson* (1984) es un largometraje construido alrededor de un tema que inquieta obsesivamente a su realizador: «la manía chilena de la copia, de querer ser “parecido a”, tic sociocultural siempre de moda», y que Flores desarrolla a partir de la encuesta realizada con un chileno que es la réplica física bastante exacta del actor norteamericano. En su realización tropezó con tales dificultades, que demoró ocho años en terminarla, hasta el punto que el film empezó en alguna época a ser una suerte de leyenda de nuestra cinematografía.

Flores cuenta que pasó años trabajando la temática popular «en el sentido de construir una imagen de la clase obrera impecable, digna y epopéyica», y que finalmente hizo estas dos películas, ninguna de las cuales «tiene que ver directamente con una crítica al estado político del país»; cree sin embargo, que ambas «cumplen con un rol de cuestionamiento de un espacio cultural, que es lo que más se le puede pedir a una película». Para llegar a eso, había previamente concluido en que «lo popular» era él mismo, su padre, su hermana, su mamá, «las fotos de los abuelos en el living»¹⁶.

Naturalmente, Caiozzi, Sánchez y Flores no son los únicos que hacen cine en estos años. El mismo año 74 se estrenó el largometraje argumental *Gracia y el forastero* de Sergio Riesenberg, que aunque está basado en una

¹⁵ A Carlos Flores se lo identifica ahora agregándole su segundo apellido, Del Pino. Se evita de este modo la confusión posible con Carlos Flores Espinoza, que ha comenzado a realizar videos a partir de 1983.

¹⁶ Claudia Donoso. «Ires y decires de un hombre inconcluso», en *Apsi*, 12-25 de enero de 1987.

novela de Guillermo Blanco de cierta calidad, no tiene demasiado interés. En circuitos ajenos a las distribución comercial se han exhibido algunos cortos y medimétrajes que merece la pena recordar. Entre ellos, los de los hermanos Patricio y Juan Carlos Bustamante, *Domingo de gloria* (1980) y *El Maule* (1982), documentales que exploran la realidad rural y geográfica; *Cachureos*, de Guillermo Cahn, (1977), sobre la poesía de Nicanor Parra; *Invernadero* (1980) de Jaime Alaluf, Benjamín Galemiri y Carmen Neira; *No olvidar* (1982), de Ignacio Agüero, que recrea la sórdida historia del cementerio clandestino de Lonquén; *El Willy y la Myriam* (1983) de David Benavente, indagación sobre la caída en la marginalidad social a partir del drama de la cesantía.

De vez en cuando un realizador de derecha, que en el Chile de hoy suele ser un personaje más bien raro, aparece con algún film, como Alejo Alvarez, que presenta *Cómo aman los chilenos* en 1984. Se trata de una comedia «con gente bien vestida y hablando bien», según declaraciones suyas al diario *Las Ultimas Noticias* (23-IX-84). Al hablar de los ataques de la crítica, Alvarez se defiende diciendo textualmente: «No pueden ir estos señores críticos a sentarse y mirarla con el mismo criterio de un filme de Kafka (*sic*), Truffaut o no sé qué.»

En el período más reciente se han presentado diversos largometrajes argumentales que apuntan a lo que pareciera ser un tímido despertar de nuevos esfuerzos y esperanzas. *Los hijos de la guerra fría* (1986) de Gonzalo Justiniano, habla del Chile de hoy y de los jóvenes de las capas medias de un modo indirecto, en relación a los problemas de la vida bajo la dictadura. Justiniano había realizado antes en Francia un par de documentales sobre Inti Illimani y un teatro de marionetas.

La película *Hechos consumados* (1986) está hecha también por un cineasta retornado. Graduado en la Escuela de Cine de Bucarest (Rumanía), Luis Eduardo Vera hizo en ese país cuatro o cinco películas, incluido un cortometraje sobre el Che Guevara, *Elegía*, filmado en 1978. Después hizo varios films más en Suecia, antes de regresar definitivamente a Chile. *Hechos consumados*, basado en una obra de Juan Radrigán, es su film más destacado. Ha sido mostrado en diversos festivales y aunque fue exhibido en Chile en forma oficial, ha tenido una fría acogida de parte de la crítica y el público.

En el 86 se presentó también *Nemesio*, de Cristián Lorca, un film más bien modesto, y en 1987 se estrenaba en Santiago *La estación del regreso*, realización de Leonardo Kocking en base a un guión de José Román. Esta película fue premiada a fines de ese año en el Festival Cinematográfico de La Habana por el Comité de Cineastas de América Latina. En el torneo quedó de manifiesto que, aunque modesta, la recuperación del cine que se hace en el interior de Chile es un hecho real. Aparte de la distinción concedida al film de Patricio Guzmán *En nombre de Dios*¹⁷ (Segun-

¹⁷ V. un comentario de esta película: «Varia intención», en *Araucaria* N.º 38, Madrid, 1987, pp. 210-212.

do premio Coral en categoría de largometraje documental), procesado en España a base de un material filmado íntegramente en Chile, fueron galardoneados *Imagen latente*, de Pablo Perelman, sobre el tema de los desaparecidos (Premio Internacional de la Prensa Cinematográfica), y los videogramas *Por la vida*, trabajo colectivo anónimo, *Los blues del orate*, de Jorge Cano, y *Al sur del mundo*, de Francisco Geda.

* * *

A fines de septiembre de 1983 se estrenaba en París en una pequeña sala del diario *L'Humanité*, ante un pequeño grupo de exiliados chilenos, la película *Chile, no invoco tu nombre en vano*. En el debate que se produjo al término de la proyección, hubo un hecho al que no se aludió porque se trataba de algo que no era fácil de detectar en ese instante. Este film, cuyo título evoca de modo casi explícito la filiación nerudiana, marcaba de algún modo, el fin de un época del cine chileno. Cerraba un ciclo y se convertía, de inmediato, en el capítulo inaugural de una cinematografía en que la realidad aparecía tratada de un modo cualitativamente diferente: el acento estaba ahora puesto de modo más definido en lo afirmativo; a la queja sucede la lucha, y se prefiere mostrar, antes que el sufrimiento o el martirio la protesta. En este caso, en concreto, las protestas de ese año. Este cine, por otra parte, se apoya en colectivos —práctica que cobrará un cierto auge a partir del 85 conjuntamente con el apogeo en la utilización del video—, en donde a menudo el cineasta prefiere mantenerse en el anonimato. Se trata, finalmente, de aprovechar las coyunturas que ofrece la ayuda exterior: en esta situación precisa, la filmación se realizó enteramente en el interior del país y el material se trasladó luego a Francia, donde se hicieron con la ayuda de la asociación de Amigos de la Cinematoteca chilena, el montaje y la edición final. *Chile, no invoco tu nombre en vano* está de este modo, exactamente a caballo entre las dos vertientes del cine chileno de este tiempo: el «cine de interior» y el «cine de exilio».

El Colectivo Cine-ojo, responsable del film, ha realizado internamente algunos cortometrajes, como *Exilio*, pero ha insistido sobre todo en su línea de registro de los acontecimientos políticos y sociales de masas, sin apresurarse excesivamente en la realización inmediata de nuevas películas. «Nuestro objetivo —dice uno de sus integrantes— no es hacer films a toda costa, de modo que guardamos la documentación que se va acumulando.» Nuestra preocupación es la memoria, «la memoria popular, su conservación, el desarrollo de nuestra identidad», lo que supone el rechazo del cine sensacionalista que es propio de la televisión y que aflora cada vez que en Chile hay violencia y muertes, y el desmarcarse de la pura función propagandística, es decir, una línea en que la necesidad de mantener un «discurso oficial» lleva a cantos deliberados «a la victoria»¹⁸.

¹⁸ Jacqueline Mouesca. *Rescatar la memoria popular* (Entrevista a uno de los integrantes del Colectivo Cine-ojo), *Araucaria* N.º 32, Madrid 1985, pp. 80-82.

Una línea similar —por sus propósitos y por lo que muestra— se advierte en la película *Historia de una guerra diaria*, realizada en 1986 por Gastón Ancelovici, René Dávila, y Jaime Barrios. Pero más completo en la intención y en la oferta de imágenes sobre la vida social y política chilena reciente, es el largo documental *Dulce Patria* de Andrés Racz, presentado en 1985 y exhibido desde entonces sin interrupción, hasta la fecha, en festivales de cine y en las televisiones de muchos países americanos y europeos. *Dulce patria* es el film que ha abarcado el abanico más amplio de temas de la vida chilena bajo la dictadura; no muestra únicamente las protestas, ni enfoca sólo aspectos unilaterales. Los jóvenes, por ejemplo, son mostrados en la lucha, pero también cuando cantan o asisten a espectáculos de rock. Se habla de los opositores al régimen, por supuesto, pero también se muestra a sus partidarios, aquellos a quienes estos negros años les han significado prosperidad y fortuna. *Dulce patria* fue el primer film en recoger el espeluznante testimonio del ex-agente de seguridad de la Fuerza Aérea Andrés Valenzuela, y el primero que registró escenas memorables del asombroso discurso pronunciado por Pinochet en el Club de la Unión en septiembre de 1984.

* * *

El video chileno, finalmente. Un verdadero «boom». Quienes lo han investigado con cierta minuciosidad establecen que hasta 1984 se habían producido en el país doscientos videos y que dos años después la cifra se había duplicado. Videogramas producidos por realizadores independientes, es decir, ajenos a la producción de organismos oficiales (ministerios, universidades, Fuerzas Armadas, etc.)¹⁹.

Según Yéssica Ulloa, «Chile iría en la producción de videogramas a la cabeza de otros países latinoamericanos con sistemas políticos democráticos y con mayor producción cinematográfica». La aplicación a ultranza de la economía de mercado, que trajo aparejado un desarrollo violento de la actividad publicitaria, significó como consecuencia de esto el ingreso al país en forma masiva de las tecnologías correspondientes. Se cuenta hoy, según datos que se estima que están todavía por debajo de lo real, con «un parque aproximado de 150.000 reproductores y más de 20.000 video-grabadores»; las cifras de importación de cintas vírgenes es, por otra parte, muy considerable: 300.000 «de consumo doméstico» y 30.000 de «uso profesional».

Pero lo más importante —y es ese el fenómeno que le confiere su perfil

¹⁹ Yéssica Ulloa. *Video independiente en Chile*. Céneca-Cencocep. Santiago, 1985, 79 páginas. Algunos de los datos que contiene han sido actualizados por la propia autora en su breve artículo «Espacio abierto: la práctica comunicacional en video», publicado en *Chile Vive. Muestra de Arte y cultura*, catálogo de la exposición del mismo nombre, Madrid, 1987, pp. 128-130.

Salvo indicación en contrario, las citas entrecomilladas que vienen a continuación han sido extractadas de estos trabajos.

particularísimo— es que el auge en la creación de videogramas está asociada a la presencia de los «productores independientes» —sean éstos individuos o entidades colectivas—, que no sólo son ajenos al sistema de comunicación oficial, sino que sus motivaciones más frecuentes son «la defensa de la libertad de expresión y creación, la modificación del contexto autoritario y el reforzamiento del proceso de democratización».

«Los cineastas chilenos —dice Patricio Guzmán— no podían imaginar que el video, y no el cine, se convertiría en «el medio clave» de comunicación nacional»²⁰. Y es así. El documental, que en otro tiempo encontraba un soporte natural en el film de 16 mm, ya casi no se utiliza, con la ventaja de que, por su mayor economía y su facilidad de manipulación, hoy se hacen en Chile más documentales que en cualquier otro período anterior. Se puede decir que no hay virtualmente aspecto de la vida nacional de estos años que no haya sido, en algún instante, recogido en imágenes. La cantidad —y la calidad— de los videos documentales es tal, que quien quiera que en el futuro se proponga investigar la realidad chilena del presente, no sólo no podrá prescindir de este material, sino que tendrá en él una fuente de información y análisis del más inapreciable valor.

Pero no sólo es el documental el género invadido por el video. Está también el cine de ficción. Yéssica Ulloa homologa un total de 18 videogramas argumentales en el período 1978-1984. Con posterioridad a este período, la tendencia continúa, habiéndose realizado largometrajes de tanto interés como *Sexto-A, 1965*, de Claudio di Girolamo, que ha tenido, incluso, una cierta notoriedad internacional. Basado en una obra teatral —*Lo que está en el aire*— cuenta la historia de un profesor (interpretado por Roberto Parada) que asiste en el aeropuerto al secuestro de un ex-alumno suyo. Renuncia a viajar y se consagra a su búsqueda.

Ningún cineasta chileno se ha sustraído a la tentación (o necesidad) de trabajar con las nuevas tecnologías. Carlos Flores del Pino lo explica con bastante convicción:

«El video se adapta más a nuestras condiciones, porque el autor no se juega la vida con lo que está haciendo y entonces lo hace con más libertad. En cambio, hacer un largometraje de ficción, implica arriesgar el trabajo, la familia, los hijos, la siquis, y por lo tanto estás en la obligación de emitir una obra maestra. Por otro lado, tanto riesgo te pone conservador, asustadizo, y te impide la posibilidad de experimentación y de juego, que son vitales para la construcción de una buena obra» (Donoso, art. cit.).

Es difícil hacer, en este instante, un balance en que al lado del aspecto cuantitativo se establezcan los resultados cualitativos. Son muchos —treinta o cuarenta nombres diferentes— los que hacen hoy en Chile video, y no es fácil saber quiénes de entre ellos y qué parte de sus trabajos permanecerán. En ellos ha prevalecido, como ya se ha dicho, el material volcado

²⁰ «El video: formato o arma: alternativa popular de la información en Chile», en *Video, cultura nacional y subdesarrollo*, Unam, México, 1985, pp. 55-60.

al examen de la realidad político-social del presente: reportajes, documentales, videos argumentales. El abanico de temas es muy amplio: no hay, virtualmente, aspecto de la vida nacional que no haya sido abordado, y puede decirse, también, que todos los estilos de realización están presentes. Tienen una presencia importante los equipos colectivos —el Cine Ojo ya mencionado, el Colectivo Valdivia, los grupos Proceso, Gepy, Cine-Qua-Non, Cada, Cine-Mujer— ligados algunas veces a instituciones, como el que depende del Area de Comunicaciones de la Vicaría de la Pastoral Obrera, o el del teatro Ictus, que muestra una clara ambición de acercarse al «cine verdadero», o el grupo Tele-Análisis, que ha producido estos años un centenar de reportajes bastante fundamentales agrupados en los llamados «programas», que recogen en imágenes los más importantes hechos de la vida política y social chilena del período más reciente.

Una corriente importante de videastas ha elegido el camino de la realización experimental, dentro del cual una rama no desdeñable es la del video-arte, incluidos aquellos que se autodenominan la «avanzada»²¹.

Un capítulo singular lo constituye la presencia de un extenso contingente de mujeres, a quienes se deben algunos de los mejores videogramas realizados en el país. Esta insurgencia femenina no puede extrañar: es coherente con un fenómeno general propio de la década en Chile: la mujer no sólo está presente en virtualmente todos los campos de la vida nacional, sino en algunos, incluso, esta presencia asume el carácter de un cierto protagonismo. Algunos nombres, entre muchos más que podrían citarse: Diamela Eltit, Patricia Mora, Lotty Rosenfeld, Tatiana Gaviola, Sandra Qui-laqueo, Gloria Camiruaga, Magali Meneses, Soledad Fariñas.

Lo cierto es que el video se ha abierto ya un camino que no cesa de ensancharse. Hay al menos dos razones. Según un conocido especialista francés que visitó el país a fines del 85, «en Chile hay dos clases de videastas: aquellos que trabajan con el video porque no pueden hacer cine y aquellos que se precipitan en el video porque creen en él»²². De algún modo, la práctica empieza a borrar esa frontera, y aquellos que por su condición de cineastas se han incorporado a las nuevas tecnologías tal vez

²¹ La «avanzada» se define como «una producción de arte ligada al desmontaje de la institucionalidad cultural y sociopolítica», y que «despliega una nueva concepción de la práctica creativa que no sólo pone en crisis la institucionalidad del marco artístico-cultural que encerraban las obras de la tradición; también choca con el convencionalismo de las formas de denuncia política consagradas por el arte «solidario» o de la resistencia, que había comenzado a organizarse en circuitos alternativos a los oficiales en los años inmediatamente posteriores a la quiebra de 1973». (Nelly Richard, «Destrucción, reconstrucción y desconstrucciones» en *Chile Vive. Muestra de arte y cultura*, Madrid, 1987, pp. 79-87).

Este movimiento surge, como ocurre siempre en los períodos de crisis profundas, como una «reacción contra todos los convencionalismos ortodoxos» y en tanto expresión de «sobresalto de indignación y de rebelión» tiene mucho del dadaísmo europeo de los años 20. Muestra como aquel, la misma inclinación por la burla y la blasfemia, y aporta, del mismo modo, a la creación artística chilena, un cierto «fermento de libertad» que no puede menospreciarse.

²² Jean-Paul Fargier, «Eternel Chili», en *Cahiers du cinéma* N.º 379, París, enero de 1986.

con una cierta apesadumbrada resignación, empiezan a mirar las cosas de otro modo. Es la idea que procura transmitir José Román cuando hace la siguiente afirmación:

«El largometraje de Claudio di Girolamo *Sexto A 1965*, grabado enteramente en video, al ser proyectado en una pantalla gigante y en una sala convenientemente oscurecida, permite recuperar rápidamente el rol hipnótico que facilita la identificación y la inmersión en un relato, considerado habitualmente como una de las diferencias sustanciales entre cine y video»²³.

Puede que no todos se hagan esta reflexión; algunos ni siquiera estarán preocupados por esta cercanía o las distancias posibles entre el cine y el video, y acaso no adviertan que están, en rigor, haciendo el papel de relevos, asegurando la continuidad de una cinematografía que por el momento no tiene posibilidades verdaderas de florecimiento y desarrollo. Pero todos, sin excepción, están trabajando con ahínco con las imágenes visuales, registrando los hechos que ocurren a su alrededor, dejando constancia en uno u otro género, de las vivencias, las inquietudes y los anhelos de los chilenos de este tiempo. Escriben, aunque no se lo propongan, un capítulo de la historia de nuestro cine que es bastante coherente en sus propósitos con lo que se ha intentado en períodos anteriores.

Aunque sea en condiciones precarias, el cine chileno vive. Lo dice alguien del gremio: «El cine chileno no ha muerto en estos años. Ha estado subyugado, sumergido, clandestino, pero a la creatividad nunca se le ha podido matar ni con fusiles ni metralletas, y al igual que la vida, no la para nadie.»²⁴ Es sólo una cuestión de tiempo, de la oportunidad que éste ofrezca. Es la esperanza que expresa el realizador Silvio Caiozzi:

«Hoy somos un país ahogado y desanimado, pero en el instante de vislumbrar un futuro, el cine chileno va a resurgir en un estallido.» (*Ibíd.*)

Ese resurgimiento vendrá sólo cuando la situación política haya cambiado radicalmente. A diferencia de otras expresiones artísticas, el cine sólo puede desarrollarse en Chile si halla un apoyo institucional considerable, y en las actuales condiciones es difícil de imaginar siquiera que esto pudiera producirse. El modelo económico, construido como se sabe sobre bases de una lógica de mercado implacable, no ofrece margen para iniciativas que durante un largo período es razonable prever que necesitarán la ayuda vigorosa del Estado. Y están también, por otra parte, los obstáculos de orden propiamente político. Es imposible concebir que el sistema promueva el menor estímulo a una disciplina cuyos cultores están ostensiblemente, en su mayoría, en posiciones contrarias a los ideales del régimen.

El cine chileno hecho dentro de nuestras fronteras resurgirá. No pode-

²³ «Video. Una cuestión de soporte» en *Apsi*, 16-29 de diciembre de 1985.

²⁴ El camarógrafo Beltrán García en el artículo de Patricia Collyer y Patricio Acevedo, «Cine chileno: luz, cámara, frustración». *Análisis*, 29 octubre-4 noviembre 1985.

mo dudarlo, porque no dudamos que el cambio político y social vendrá, tarde o temprano.

De ese cine sólo podemos predecir algunas líneas muy generales de sus características posibles. Será, estamos seguras, técnicamente más perfecto que el de otros años. Los cineastas de este tiempo —los que se fueron pero también los que no abandonaron el país— tienen una formación más acabada que sus predecesores; dominan mejor su oficio, son más «profesionales», menos improvisados que en otras épocas. Son también desde el punto de vista numérico, un contingente de cineastas mucho mayor, hecho que no puede desestimarse.

Digamos también, sin ánimo de profetizar, que desde el punto de vista de sus contenidos, el cine chileno del futuro abarcará preocupaciones más amplias, menos rígidas que las que mostraba hacia fines de los años 60 o a principios de la década siguiente. En aquel entonces se vivía una suerte de descubrimiento de una realidad y de ciertos modos de mostrarla, y de ahí la connotación ideológica casi compulsiva de tantos films de aquel período. En las etapas que vendrán, queremos pensar que no habrá repetición de fórmulas, insistencia en los mismos tópicos. Como ha ido ocurriendo, por ejemplo, con la cinematografía argentina, donde *La historia oficial* o *Los días de Junio* seguramente no pueden explicarse sin la existencia previa de *La hora de los hornos*, siendo como son, sin embargo, radicalmente diferentes. Un cine que no desdeña el propósito político, sin que tenga que incursionar necesariamente en la intención militante.

El cine chileno será, en fin, como las condiciones lo permitan, pero sus antecedentes propios y el contexto histórico cultural del país permiten sostener que, en lo esencial, seguirá siendo referencia afirmativa de nuestra identidad y soporte clave de nuestra memoria.

R. A.

Cine chileno: otros capítulos en el exilio

La extensa nómina de cineastas chilenos que han realizado —o realizan— una obra en el exilio, no lleva visos de agotarse. Como no parece tampoco que ésta acepte quedar restringida a las líneas temáticas que han aparecido de modo dominante en la última década. En los primeros años, como se sabe, por razones más o menos obvias, los realizadores se volcaron en el cine de denuncia de la dictadura y de sus métodos represivos. Paralelamente, empezó a desarrollarse una tendencia: mostrar la vida de los chilenos en el exilio, desarrollando éste como tema específico. Finalmente, en particular a partir del 83, empieza a cobrar forma una producción en que el centro de interés es la vida de Chile en el interior; la denuncia de la política de los militares sigue siendo una cuestión central, pero la óptica ha cambiado sensiblemente; las imágenes de un pueblo martirizado van siendo paulatinamente reemplazadas por las imágenes de un pueblo en lucha. Ese año, como se recuerda, se produce un cambio en la situación política chilena, al inaugurarse el período de las grandes protestas populares, de resultados de lo cual se abren en el país ciertos espacios de libertad, en algunos dominios de las comunicaciones y de la actividad artística. Nacen algunas revistas y otras que ya existen se consolidan; se fundan algunas casas editoriales de la oposición; se fortalece y se torna más audaz el movimiento teatral; núcleos de cineastas (o videastas) que hasta ese momento habían trabajado en condiciones de una cierta clandestinidad, deciden aflorar a la superfi-

cie, y afrontar derechamente la tarea de filmar los acontecimientos que el país ha comenzado a vivir.

Los cineastas que aún permanecen en el exilio eligen, algunos, sumarse a las opciones que ofrece el momento. Intentan regresar, unos en forma transitoria, otros definitivamente. De ello, en todo caso, surgen algunos films que se inscriben en la nueva temática. Hay un hombre del que no se ha hablado muy a menudo, por tratarse de alguien que se formó íntegramente en el destierro. Rodrigo Gonçalves vive en la actualidad en Maputo, Mozambique, pero su primer país de exilio fue Suecia, donde residió seis años, período que aprovechó para estudiar cine y graduarse como realizador. En 1983, justamente, fue enviado a Chile por el Canal 1 de la televisión sueca. El propósito público era la filmación de una entrevista al entonces ministro Rolf Ludders, pero la visita fue aprovechada para rodar el documental *Así golpea la Represión*, que obtuvo ese mismo año el Premio de la Prensa en el Festival de Leipzig. Antes de terminar el 83, vuelve al país y realiza clandestinamente otro documental: *Rebelión ahora*, que vuelve a ser distinguido en Leipzig, aunque la recompensa más importante la obtiene en el Festival de Tashkent (1984), donde se la premia como Mejor Documental sobre la lucha de los pueblos en el Tercer Mundo.

Con posterioridad, ya instalado en Mozambique, inicia un ciclo que es el que le confiere su verdadero perfil como cineasta. Se consagra, principalmente, a filmar temas relacionados con la vi-

da, la historia y los problemas de su país de adopción. Su filmografía es, a partir de entonces, ininterrumpida. 1985: *Nkomsti, el derecho de vivir en paz*; 1986: *Mozambique*, video realizado por cuenta de UNICEF, organismo para el que filma también ese mismo año el documental *Programa de vacunación*. El 86 hace también *Pintores mozambicanos*, y el 87 la lista de trabajos es bastante nutrida: *Papá Samora*, dedicado al fallecido líder mozambicano; *Espungabera, un nuevo amanecer*; *El derecho a la supervivencia* (hecho con el auspicio de las Naciones Unidas); *Suecos en Mozambique* (patrocinado por la Agencia sueca del desarrollo), y, finalmente, *Mozambique, imágenes de un retrato*, filmado por el Instituto de Cine del país, y que obtiene en el género documental la primera medalla de plata en el Festival de Cine de Moscú de 1987.

Gonçalves ha terminado, así, por convertirse en portavoz de una revolución que es suya sólo por adopción, cualificándolo, a los treinta y cinco años, como un cineasta entrenado y capacitado para transmutar en imágenes los cambios sociales de nuestro tiempo.

No es el único. En Nicaragua tenemos otro caso: el de Wolfgang Tirado, que trabajó durante los años de la Unidad Popular en el Departamento de Cine de la Universidad Técnica del Estado, correalizó allí el film *Vamos viendo* y, después del golpe de Estado, se instaló en Inglaterra, país en el que completó su formación cinematográfica, haciendo estudios en el London International Film School. Allí realizó diversos cortos documentales, combinándolos con trabajos varios para la BBC (cámara, edición). En 1977 filma su primera película importante: *Guambianos*, documental que relata las luchas por la tierra de las comunidades indígenas en los Andes Colombianos. Este film, que tiene una buena acogida en diversos festivales internacionales, inaugura su trabajo en común con la británica Jackie Reiter, que fuera de ser su esposa, se convierte en correalizadora de la mayoría de las cintas que Tirado rueda en lo sucesivo.

A partir de 1980, la pareja se instala en Nicaragua, donde permanecen todavía. Allí realizan una importante labor cinematográfica que se traduce en una de-

cena de films realizados por ellos, más otros en los que Wolfgang Tirado participa como camarógrafo o co-productor. La película más notoria de este período es *Gracias a Dios y la Revolución*, un mediometrage documental que recoge en imágenes la apasionante trayectoria de los cristianos que se sumaron a la gesta sandinista. El film explora, fuera del relevante papel jugado por sacerdotes como los hermanos Cardenal o Miguel d'Escotto, la presencia de las comunidades cristianas de base, decisiva por muchos conceptos en el triunfo del movimiento revolucionario nicaragüense. *Gracias a Dios y la Revolución* bien podría considerarse como una de las más elocuentes muestras fílmicas de lo que es hoy en América Latina la Teología de la Liberación. Realizada en 1980, aparece notablemente enlazada con otro testimonio cinematográfico del papel de la Iglesia en las luchas populares de Latinoamérica, *En nombre de Dios*, hecha en 1986 por otro chileno, Patricio Guzmán.

El tema de Nicaragua pasa a ser, a partir de ese título, la constante virtualmente invariable en el trabajo de Tirado. Las películas se suceden casi sin interrupción: *La granja abierta* (1982); *El Papa: ¿peregrino de la paz?* (1983); *Concierto por la paz en Centroamérica* (1983); *Nicaragua, la otra invasión* (1984); *Nicaragua journey* (1984); *A la sombra de la guerra* (1986); *Desarrollo bajo el fuego* (1986); *Son nica* (1986); *Los hijos del Edén* (1987).

A los treinta y siete años, Wolfgang Tirado se ha convertido, junto con Jackie Reiter, en una sólida realidad técnica y artística, en un país al que el escaso desarrollo y el implacable asedio norteamericano, no le han permitido todavía instalar una verdadera industria cinematográfica. Ellos no sólo realizan films que muestran el sesgo profundo de la vida en el país sandinista —llevando este testimonio al extranjero, en virtud de la buena recepción que han tenido algunos de sus trabajos en televisiones de Gran Bretaña, Estados Unidos, Canadá—, sino que desarrollan en el interior de Nicaragua una importante labor de formación de cineastas, en los diversos campos del oficio, y de asesoría técnica en el desarrollo de centros de trabajo en torno al audiovisual.

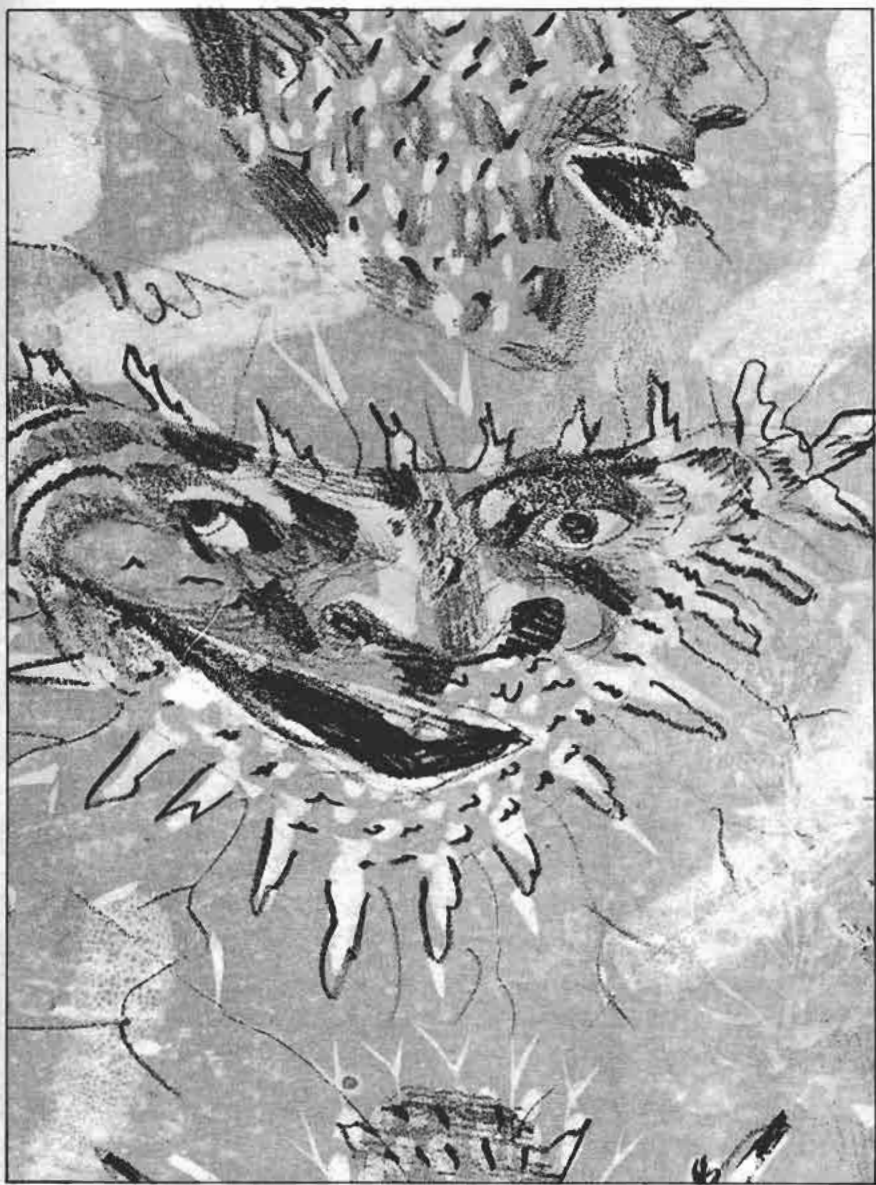
Unos en la zona más álgida del subcontinente latinoamericano, y otro en un sitio no menos conflictivo de África, los cineastas chilenos escriben otro capítulo

de este singular fenómeno de la cultura chilena del exilio, que no parece que quiera resignarse a dar por finalizada su misión creadora.

SORPRESAS FESTIVALERAS

La noche (...) trajo sorpresas imposibles de controlar. Al apagón de la ciudad de Viña, que afectó a la Quinta Vergara largos diez minutos, se unió el comunicado solidario que Richard Page, vocalista del conjunto «Mr. Mister», leyó durante su actuación. Sacó un papel y leyó en castellano-gringo: «Un saludo a los actores chilenos amenazados de muerte; los artistas del mundo entero estamos con ellos». «Mr. Mister» siguió con el rock y por más que el público exigió antorcha para ellos, se la negaron.

Los despliegues de seguridad son otro elemento que ha llamado poderosamente la atención. Como relata el prefecto de Viña del Mar, coronel de Carabineros, Fernando Cordero, en una entrevista: «Contamos con todos los elementos de apoyo, que van desde el perro policial hasta el helicóptero, pasando por el personal montado, el infante y vehículos patrulleros.»







Por qué y para quién escribo

ISABEL ALLENDE

1

En 1981, en Caracas, cuando puse una hoja de papel en mi máquina y escribí la primera frase de *La casa de los espíritus*: «Barrabás llegó a la familia por vía marítima...», no pensé por qué lo hacía, ni imaginé que alguien lo leería algún día.

Creo que ni siquiera estaba consciente de que se trataba de una novela, pensaba que había iniciado una carta a mi abuelo. Era un viejo formidable, quien, al llegar a los cien años, decidió que estaba harto de seguir viviendo y se sentó en su mecedora, con su bastón de plata sobre las rodillas, sin aceptar comida ni agua, llamando a la muerte.

Estaba en Caracas y quise despedirme de él, decirle que se fuera en paz, porque yo nada había olvidado, todas sus memorias estaban conmigo. Supongo que comencé esa carta porque estaba sofocada de palabras no dichas y el largo silencio del exilio me estaba convirtiendo el alma en piedra. Necesitaba abrir una compuerta y dejar que ese torrente de palabras calladas encontrara una salida.

Durante un año escribí cada noche, sin pausa y sin un plan, a borbotones. Al final había 500 carillas y vi que eran demasiadas para una carta;

Isabel Allende, la autora de *La casa de los espíritus* y *De amor y de sombra*, acaba de publicar su tercera novela, *Eva Luna*, de la que damos cuenta en páginas posteriores de este mismo número de la revista. Poco antes de su aparición, la escritora había pronunciado en la Universidad de Puerto Rico la conferencia que ahora publicamos.

eso tenía, más bien, aspecto de una novela. Las até con una cuerda y suspiré aliviada. Me sentía mucho mejor.

Al recoger en esas páginas las anécdotas del pasado, las emociones inolvidables y parte de la historia de mi país, la vida se me hizo más comprensible y el mundo más tolerable. Recuperé mis raíces y en ese paciente ejercicio de la escritura diaria me recuperé también a mí misma. No estaba dispersa, centrifugada, perdida. Era nuevamente una persona.

Por un tiempo pensé que escribía sólo porque no podía evitarlo, porque la escritura es una fiesta, una orgía privada, la posibilidad de crear y recrear el mundo de acuerdo a mis propias leyes, cumpliendo en esas páginas todos mis deseos y exorcizando todos mis demonios. Pero esa es una explicación simple. Hay otras razones para escribir.

Han pasado varios años desde que *La casa de los espíritus* fue publicada y en este tiempo muchas cosas han cambiado para mí. Ya no puedo, como al principio, ir por allí con aire distraído eludiendo preguntas y buscando refugio en la ironía.

Debo dar la cara, porque cuando la obra comienza a circular de mano en mano, el autor está emplazado por los lectores. No basta escribir en trance, agobiada por el deseo de contar, hay que responder por cada palabra, por cada idea. ¡Cuidado! La palabra escrita ya no se puede recoger.

Tal vez ésa es la clave. Escribir para que los hechos no se esfumen, para que la memoria no sea barrida por el viento. Escribir para registrar las cosas y nombrar las cosas. Escribir lo que no se debe olvidar.

Pero entonces ¿por qué escribir novelas? Supongo que la razón principal es que yo vengo de América Latina, una tierra de locos, iluminados y de cataclismos geológicos y políticos, tan vasta y tan profunda, tan hermosa y tan temible, que sólo la novela puede intentar abarcarla en su pasmosa complejidad.

La novela es una ventana abierta a un paisaje infinito e indefinido. En ella caben todas las interrogantes, en ella nos podemos mover con libertad, ir y venir en el tiempo, dar saltos ornamentales y zambullirnos de cabeza en lo más estrafalario, abyecto, increíble o magnífico, adjetivos que en América Latina no son hiperbólicos, sino cotidianos.

En la novela podemos darle un orden ilusorio al caos, encontrar las claves del laberinto de la historia, remitirnos al pasado para tratar de comprender el presente y soñar el futuro. En ella cabe todo: testimonio, ensayo, reportaje, emoción, fantasía, leyenda, magia, poesía y todo aquello que contribuya a descifrar los enigmas de nuestro mundo y a descubrir nuestra identidad colectiva.

Para un escritor, que se nutre de la vida, de imágenes y pasiones que saturan el aire, nacer en este fabuloso continente es un privilegio. Aquí no tenemos que esforzar mucho la imaginación.

En Europa y en los Estados Unidos los críticos literarios se preguntan asombrados de dónde sacan los escritores latinoamericanos esa desbordante fantasía, cómo inventan esas mentiras tremendas de muchachas que se elevan al cielo envueltas en sábanas de bramante, de emperadores que

construyen ciudadelas con cemento y sangre de toros, de aventureros que mueren de hambre en la selva con un saco de diamantes a la espalda, de tiranos antiguos capaces de azotar a su madre desnuda delante de la tropa en formación y de tiranos modernos capaces de torturar niños delante de sus padres, de huracanes y terremotos que ponen el mundo patas arriba, de revoluciones hechas a machetazos, a balas, a versos y a besos, de paisajes demenciales donde la razón se pierde.

Cuesta mucho explicarles a esos intelectuales prudentes que estas cosas no son producto de nuestra imaginación enferma. Están escritas en la historia, podemos leerlas en el periódico del día, las oímos por las calles, las sufrimos a veces en carne propia. Habitamos una tierra de grandioso contraste y nos toca actuar en un tiempo de desmesurada violencia, dos estupendos ingredientes para la literatura, aunque para cada uno de nosotros, ciudadanos de esa realidad, la vida está siempre suspendida de un hilo.

No se puede hablar de literatura latinoamericana sin hablar de violencia, de todas las formas posibles de violencia. La primera, la más visible y desnuda, es la extrema pobreza de muchos en contraste con la extrema riqueza de unos pocos.

Coexisten dos caras opuestas de la realidad: un rostro legal, más o menos comprensible y con pretensiones de dignidad y civilización, y otro rostro sombrío y trágico que no nos gusta mostrar, pero que está siempre allí, amenazante, aterrador, perverso.

Hay un mundo aparente y un mundo real. Barrios ordenados y limpios donde niños rubios andan en bicicleta por los parques y los choferes pasean a los perros finos, y otros barrios de ranchos y basura donde los niños morenos y desnudos juegan con perros flacos. Oficinas de mármol y acero donde los ejecutivos discuten sus negocios y aldeas perdidas donde todavía se vive y se muere como en la Edad Media.

Hay un mundo de ficción creado por el discurso oficial y otro mundo de sangre y dolor y rabia y amor en el cual nos debatimos desde hace cinco siglos.

Sobrevivimos en el filo de estas dos realidades. Nuestras frágiles democracias están condicionadas: se mantienen mientras no interfieran con los intereses imperialistas, nuestras repúblicas son dependientes y serviles, las instituciones y las leyes resultan inoperantes, nuestros ejércitos actúan como policías a las órdenes de una clase privilegiada, que a su vez se inclina ante las empresas transnacionales.

Vivimos la peor crisis económica, política y social de nuestra historia; apenas podemos señalar dos o tres líderes en todo el continente; la desigualdad social crece día a día y para reprimir el descontento, también la represión crece en la misma medida; todavía el militarismo es una amenaza inmediata sobre la sociedad y el gobierno civil.

Nuestros dirigentes se exhiben vestidos de traje y corbata, inauguran grifos de agua, líneas telefónicas y mesas de pimpón, o hablan de proyectos, leyes y derechos con la mayor solemnidad, mientras a su alrededor se agitan fuerzas incontrolables en los pantanos de una realidad abismante

en la cual imperan la miseria, la ignorancia, las peores formas de explotación, la corrupción, el terror del Estado y el terrorismo de los descontentos.

En estas aguas tormentosas navegamos los trabajadores de la palabra junto a todos los demás trabajadores. No vivimos en torres de marfil, no podemos ni deseamos mantenernos marginados de esta realidad brutal. Ante el impacto de los hechos no hay tiempo ni ánimo para la escritura narcisista. Son muy pocos los escritores que se contemplan el ombligo hundidos en un inaccesible monólogo; la mayoría busca el diálogo, quiere comunicarse.

La escritura es un acto de solidaridad, es el deseo de acercarse a otro y compartir, tanto el grito desgarrado como el canto de alegría, es la necesidad de comulgar con otros seres humanos.

El escritor bien intencionado lleva una lámpara para alumbrar los rincones oscuros. Sólo eso, nada más, alumbrar un poquito. No es Dios, no puede cambiar el mundo, pero tiene la esperanza de que, al mostrar la realidad contribuye a descifrarla y comprenderla y así puede iniciar un cambio en la conciencia de algunos lectores. Eso ya es algo, es un aporte digno a la lucha de todos.

El escritor, si no se ha dejado cautivar por el canto de sirenas de la fama o de los exclusivos círculos literarios, si tiene los pies en el suelo y anda con sus hermanos por la calle, está consciente de que su lámpara es diminuta y las sombras son inmensas. Eso lo hace humilde.

Sin embargo, tal como no debe permitir que se le suban los humos a la cabeza hasta creerse dueño de algún poder tampoco hay que dejarse paralizar por la falsa modestia. Debemos seguir escribiendo a pesar de las lastimaduras y de ese extenso silencio que a menudo nos rodea. Por eso escribo. Escribo para comunicarme.

Un libro no es un fin en sí mismo, es un medio de alcanzar a otra persona, darle la mano, contarle aquello que para mí es importante y, si es posible, sacudir a mi lector, emocionarlo, ganarlo para las causas que son mías.

Yo creo en algunos principios y valores, que, dichos aquí de golpe y porrazo, pueden sonar como tremendas cursilerías. Pero creo en ellos tan firmemente, que estoy dispuesta a correr el riesgo de provocar una sonrisa caritativa o burlona. Son palabras que, de tan manoseadas, han perdido su significado, pero no hay otros sonidos para reemplazarlas. Amor, generosidad, justicia...

El optimismo parece un pecado de candor en el siglo en que vivimos. Sin embargo, estoy segura de que podemos construir un mundo más amable. Pienso que hacerlo es nuestra única alternativa, porque así como estamos el equilibrio es muy precario y con el menor estornudo se hará trizas.

No rompo mis vestiduras, ni me echo ceniza ni vivo atormentada por negros presagios, no pertenezco al grupo de intelectuales desesperados. La desesperación es reaccionaria, nos paraliza, sólo favorece a nuestros enemigos.

Me han advertido que en la literatura la esperanza puede ser peligrosa,

no vaya a caer en la ingenuidad, en el panfleto o en la novelita rosa, pero estoy dispuesta a desafiar al discurso literario masculino, que teme cualquier asomo de sentimentalismo como una subversión en el orden sagrado de la razón y del buen gusto. No pienso eludir los sentimientos, aunque para ello tenga que ir del brazo con la cursilería.

Voy a escribir sobre dos amantes que se abrazan bajo la luna junto a una tumba clandestina, donde han encontrado los cadáveres de quince campesinos asesinados por los militares. Voy a escribir de mujeres violadas y hombres torturados, de familias que se venden como esclavos por hambre, y también sin ninguna consideración por el estómago de los críticos, sobre crepúsculos dorados, madrecitas abnegadas y poetas que mueren de amor.

Espero tener palabras suficientes para contar todo eso y para contar, hasta donde sea posible, la historia magnífica y terrible de mi tierra y de mis gentes.

Decir, por ejemplo, que me importa mucho más el hombre libre que la libre empresa, mucho más compartir que competir, mucho más la solidaridad que la caridad, decir que abran bien los ojos porque en el vientre de esta América Latina se está gestando una profunda revolución, decir que allá voy, con muchos más, todos juntos en la tarea de levantarnos del suelo y ponernos de pie, después de cinco siglos de humillaciones.

Quiero adquirir oficio para poder decir todo esto sin que suene como un panfleto, de modo que mis palabras toquen el corazón de mis posibles lectores. ¿Soy muy pretenciosa? Sí, seguramente lo soy... y aquí corresponde hablar del segundo punto de esta charla ¿para quién escribo?

2

Cuando me enfrento a una hoja en blanco no tengo en cuenta una masa anónima, ni el ceño adusto de los profesores y críticos de literatura. Tal vez si lo hiciera me daría tanto miedo que no podría escribir ni una letra.

Ante la hoja en blanco evoco una imagen benevolente. Pienso en Alejandra Jorquera, una muchacha de 24 años que vive en Chile, a quien apenas conozco.

Ella ha leído mis libros tantas veces, que conoce párrafos de memoria. Una vez me confesó que había descubierto un período de la historia de nuestro país a través de mis novelas, la historia que niegan los libros de la escuela, la historia oficialmente prohibida, pero que sigue viva en el recuerdo de muchos chilenos.

Es lo más conmovedor que me han dicho sobre mi trabajo.

Cuando escribo, pienso en esa joven. Ella me obliga a ser muy exigente con mi escritura, muy honesta y verídica. A veces, por el puro gusto de una frase bonita, estoy a punto de traicionar la verdad, entonces me viene al corazón la imagen de Alejandra Jorquera y digo que ella no se merece que yo le haga eso.

Otra vez caigo en la tentación de ser demasiado explícita, bordeando el panfleto, pero al evocarla a ella, en seguida reacciono, porque Alejandra tampoco merece que la subestimen. Y cuando me siento impotente ante la brutalidad de los hechos, el recuerdo de su cara sin maquillaje, su pelo revuelto y su expresión de esperanza, me renueva la fuerza.

Ojalá todos los escritores pudieran contar con una niña como ésa esperando sus palabras, porque entonces nunca se sentirían solitarios y su labor tendría una nueva y brillante dimensión.

En América Latina el 50 por 100 de la población es analfabeta. De los que saben leer, sólo muy pocos tienen acceso a la literatura y de aquellos que pueden pagar un libro, sólo una minoría insignificante tiene el hábito de la lectura. ¿Cuál es entonces el alcance de un libro?

Insignificante, dirá cualquiera con sentido común. Sin embargo, no ocurre exactamente así. Por alguna misteriosa razón, en este continente de iletrados la palabra escrita tiene una fuerza enorme.

Los gobiernos totalitarios —por desgracia tan frecuentes en nuestros países— han perseguido, exiliado, torturado y asesinado a los escritores. No es casual que así sea. Los dictadores no se equivocan en estos detalles, saben que un libro puede ser tan peligroso como una bomba.

En nuestras débiles repúblicas democráticas los medios de comunicación están generalmente controlados por la empresa privada o bien son mal usados por gobiernos ineptos. Eduardo Galeano lo explica muy bien:

—Salvo contadas excepciones los medios masivos de comunicación irradian una cultura colonialista y alienante destinada a justificar la organización desigual del mundo como el resultado de un legítimo triunfo de los mejores, o sea, de los más fuertes. Se falsifica el pasado y se miente la realidad, se propone un modelo de vida que postula al consumismo como alternativa al comunismo y se exalta el crimen como hazaña, la falta de escrúpulos como virtud y el egoísmo como necesidad natural.

¿Qué pueden hacer los escritores ante la fuerza de este mensaje persistente? Antes que nada, creo que debemos escribir con claridad. No postulo a un lenguaje simplista, ni mucho menos; eso sólo funciona en los avisos gritados para venta de jabón o cigarrillos. No es necesario sacrificar la estética por la ética; muy por el contrario, sólo si logramos decirlo bellamente entrenados, son perfectamente convincentes.

Los lectores, aun los menos entrenados, son perfectamente capaces de captar sutilezas y sugerencias, de apreciar un giro poético o descifrar símbolos y claves; no caigamos en la soberbia de escribir en actitud paternalista, de arriba hacia abajo. ¡Qué horror! Pero tampoco nos perdamos en el exceso de florituras y arabescos que con frecuencia ocultan la pobreza de ideas.

Se ha dicho que nosotros, los hispano-parlantes, tenemos el vicio de la palabrería hueca, del barroco atosigante y que decimos en seiscientas páginas lo que estaría mejor dicho en cincuenta.

No es sólo una cuestión de estilo o de moda; sospecho que es también una cuestión de conceptos. La posibilidad de publicar un texto y con él

mandar a muchos lectores, nos obliga a tener las ideas claras y expresarlas con gracia, pero también con precisión.

¿Cómo un libro puede oponerse al tremendo impacto de los medios de comunicación? Sin duda es una lucha muy desigual: el alcance y la eficacia del libro son en comparación muy limitados. Por lo mismo debemos buscar otras formas de expresión, sin el prejuicio de que sólo a través de los libros hacemos literatura.

Todos los medios sirven: no sólo el culto lenguaje de la Real Academia, también el lenguaje directo del periodismo, el lenguaje masivo de la radionovela, la televisión y el cine, el lenguaje poético de la canción popular y el lenguaje apasionado de cada encuentro cara a cara con el público. Son todas formas de hacer literatura, de comunicarnos. Seamos astutos. No descartemos la posibilidad de introducirnos en los medios masivos de comunicación y socavarlos desde adentro.

En Venezuela, José Ignacio Cabrujas, uno de los intelectuales más brillantes del país, dramaturgo y escritor, hace guiones para telenovelas. En sus culebrones televisivos no elude la realidad, muestra un mundo descarnado, habla del aborto, del divorcio, del machismo, de la pobreza y de la violencia y no por ello el resultado es menos exitoso; al contrario, sus novelones tienen el mayor *rating*.

Casi todos los grandes escritores latinoamericanos vienen de las filas del periodismo y vuelven a ellas cada vez que pueden, conscientes de que sus palabras en un periódico o en la radio alcanzan a un público que jamás tocarán con sus libros. García Márquez, Carlos Fuentes, Octavio Paz y Mario Vargas Llosa tienen una presencia constante en la prensa. Otros escritores han usado el cine, como Manuel Puig o el teatro, como Antonio Skármeta y Luis Rafael Sánchez, o la canción, como Mario Benedetti. Cualquier medio es válido si la intención es comunicarse y uno no tiene el complejo de la escritura consagrada y esquisita, destinada a una élite ilustrada y a los concursos literarios.

En América Latina el libro es un artículo de lujo, casi un signo de distinción. A mí me llaman Doctora Allende en mi peluquería porque siempre me ven con un libro bajo el brazo y creen que soy abogada o algo así. Una novela de trescientas páginas equivale en Chile al salario mínimo mensual de un obrero.

Hay países, como Haití, donde el 85 por 100 de la población es analfabeta, y otras regiones del continente donde no se publica nada en las lenguas indígenas de la mayoría de sus habitantes. Nuestras dictaduras han quemado libros en infames piras públicas y aplicado sin clemencia la censura y la autocensura. La crisis económica ha arruinado a muchas editoriales y elevado los precios de los libros editados en España a niveles incomparables.

No, no es un camino de rosas el de la literatura en nuestro continente; pero no hay que desesperar, también ocurren cosas que alegran el espíritu.

La literatura ha ganado terreno incluso en las peores circunstancias; en las cárceles los presos políticos escriben cuentos en papel de cigarrillos.

llos; en la guerra de Centroamérica los soldaditos de catorce años hacen versos en cuadernos escolares; los indios piaroa de la región amazónica —sobrevivientes del genocidio que se comete contra los pueblos indígenas de esa región— han editado leyendas en su idioma.

En Nicaragua después del triunfo de la revolución en seis meses se redujo el analfabetismo del 50 al 12 por 100 y en Cuba, donde cualquier libro cuesta menos de un peso, miles de personas hicieron cola en un parque durante todo un día para adquirir *El amor en los tiempos del cólera* de García Márquez. Parece una alucinación de Julio Cortázar: ¡cola de cronopios para comprar libros!

Si bien es cierto que en nuestro continente los libros son el lujo de una minoría, también es cierto que los escritores a menudo alcanzan un prestigio mucho mayor del que logran en cualquier otro lugar del mundo. A los ojos de sus compatriotas, algunos escritores adquieren categoría de chamanes, brujos o profetas, los consideran poseedores de verdades absolutas, iluminados por la sabiduría.

Son consultados para asuntos que nada tienen que ver con la literatura, como Marios Vargas Llosa, llamado para investigar a Sendero Luminoso en Perú, o Gabriel García Márquez, de intermediario entre presidentes de Centroamérica, o Arturo Uslar Pietri, consultado sobre la deuda externa y la corrupción en Venezuela. Eso pone en la espalda de nuestros hombres y mujeres de letras una gran responsabilidad.

Es verdad que los escritores latinoamericanos han logrado interpretar a los pueblos a los cuales pertenecen y proyectar al mundo una voz común, rica en matices, compleja y fecunda. Nuestra novela no está en decadencia, nuestras letras no se han apoltronado, nuestros escritores no terminaron con los destellos del *boom*.

Hay una generación nueva que sigue escribiendo con los mismos bríos de sus antecesores, igualmente consciente de que su obra se gesta y nace en un proceso solitario, pero crece y se multiplica en la medida en que interpreta a una colectividad.

¿Para quién escribo a fin de cuentas? Para mí misma en cierta medida, pero sobre todo para los demás, aunque sean pocos, para aquellos que no tienen voz y de la necesidad callan, para Alejandra Jorquera y para todos los que son como ella... Escribo para ustedes.

Es un hermoso oficio éste de la palabra. Y en América Latina, donde todavía tenemos que nombrar las cosas una por una, este oficio tiene un sentido rico y profundo. Por eso celebro la posibilidad de escribir y agradezco que mis libros me hayan traído hasta aquí, para hablar con ustedes en esta ocasión. Muchas gracias.





La nueva novela de Isabel Allende

1

**«Eva Luna»: el folletín,
¿tránsito a la novela total?**

MIGUEL ALFONSO

Isabel Allende confirma sus créditos, su prodigioso «ángel» narrativo, su incomparable soltura, su sentido del humor, su capacidad de hacerse leer sin tregua, con su tercera novela, *Eva Luna*, recién aparecida en edición de gran tiraje de Plaza y Janés, en cuya portada se reproduce un cuadro de Chagall que parece como hecho de encargo.

Como en sus dos novelas anteriores, la trama gira más en torno a mujeres que a varones y una mujer es la protagonista. Pero, a diferencia de las otras, *Eva Luna* no se desarrolla en Chile, sino en un país de clima tropical, en el que no es difícil reconocer a Venezuela.

La protagonista, además narradora, entra de inmediato en materia hablando de sus orígenes en forma que es casi una alegoría de la formación de los pueblos latinoamericanos:

«Me llamo Eva, que quiere decir vida, según un libro que mi madre consultó para escoger mi nombre. Nací en el último cuarto de una casa sombría y crecí entre muebles antiguos, libros en latín y momias humanas, pero eso no logró hacerme melancólica, porque vine al mundo con un soplo de selva en la memoria. Mi padre, un indio de ojos amarillos, provenía de un lugar donde se juntan cien ríos, olía a bosque y nunca miraba al cielo de frente, porque se había criado bajo la cúpula de los bosques y la luz le parecía indecente. Consuelo, mi madre, pasó la infancia en una región encantada, donde por siglos

los aventureros han buscado la ciudad de oro puro que vieron los conquistadores cuando se asomaron a los abismos de su propia ambición. Quedó marcada por el paisaje y de algún modo se las arregló para traspasarme esa huella».

Las peripecias que atraviesa Eva, a partir de su nacimiento o incluso antes, desde su concepción con el concurso de un indio que agoniza, mordido por la más venenosa de las víboras de la zona tórrida, la surucucú, son diversas, morrocotudas y fabulosas; también son inverosímiles, pero al lector eso no le importa un comino. Hay una especie de alegría retozona, deliciosa, en el dejarse arrastrar por el torrente de la narración, aceptándolo todo. La novela de Isabel Allende es peligrosa, porque produce adicción, como una droga. Como una telenovela, digamos.

Esta literatura, que no corresponde exactamente a la de *La Casa de los espíritus* y *De amor y de sombra*, aunque se desarrolla a partir de elementos que existen en ambas novelas, tiene raíces en la «picaresca», en el folletín del siglo pasado, un parentesco indudable con las maravillosas novelas populares de Jorge Amado y, sobre todo, con las epopeyas episódicas del radioteatro y de la televisión. (El episodio de la «revuelta de las putas» se asemeja muchísimo al similar de *Teresa Batista cansada de guerra*, de Amado.)

Lo que nos narra es la vida de una mujer de la clase popular, hija de una empleada doméstica y un indio que trabaja como jardinero, que es sometida a implacable explotación y prolongado sufrimiento mientras sirve en diversas casas; que prueba por un tiempo el sabor agrídulce de la vida callejera; que adquiere estabilidad como empleada en la casa de un comerciante árabe, con quien establece una relación fugaz; que se enamora sucesivamente de un guerrillero y de un cineasta; que se vincula al submundo de la prostitución de alto costo; y que triunfa finalmente como autora de telenovelas.

En algún momento, Eva Luna se deja tentar por la prédica revolucionaria del guerrillero, admira su entrega a la causa, su desinterés, su heroísmo. Pero en definitiva, la revolución no le interesa. En parte porque el machismo del guerrillero la hace pensar que con el triunfo de la revolución la libertad no alcanzará para ellas (las mujeres), pero sobre todo porque su anhelo no es cambiar la sociedad. Es lo que pareciera desprenderse de la conducta, más bien sorprendente de Eva Luna, que con toda su aparente rebeldía y su pasado de explotación y sufrimiento, desde la infancia, no aparece protestando contra la censura que se aplica a su telenovela (en la novela), y que, como contrapartida, se la ve más bien complaciente con el coronel Tolomeo Rodríguez, alto jefe militar de los servicios de inteligencia, al que no le niega una mirada de un cierto interés por considerarlo «atrayente como un animal salvaje».

Pero *Eva Luna*, evidentemente, es bastante más que esto. Representa la tentativa de una novelista que, primero, incursionó por los puros recovecos de la memoria, arremetió luego con la realidad más cercana e inmediata de su país, Chile, y que en esta novela intenta desarrollar una cosmovisión infinitamente más ambiciosa y abarcadora. Se trata de Lati-

noamérica, de su realidad volcánica, contradictoria, lacerante y jubilosa. Hemos hablado de «folletín» y habría que agregar que la aproximación al género (así como el inevitable parentesco con el radioteatro y la telenovela) no debe ser nada casual. Es coherente desde luego, con la vocación de «cuentacuentos» tantas veces confesada por la autora, y se siente, además, por momentos, que es el que mejor se acomoda a su inventiva torrencial. Pero hay, parece, algo más: una suerte de guiño subliminal a una realidad cultural latinoamericana, la de vastas masas de población cuya noción de lo que es el relato se ha apoyado, por una parte, en el ejercicio puramente oral, y por otra, en la elaboración de ficciones que descansan en verdades quizá mitologizadas, como escritas con mayúsculas inicial (la Mujer, la Madre, el Amor, el Sufrimiento, la Justicia, etc.), necesarias probablemente, en una cierta etapa, para satisfacer la necesidad de emoción, escalón preparatorio de una exploración más intelectual del entorno.

Aunque la modalidad elegida acicatea el interés del lector, haciendo febril por momentos la lectura del libro (como ocurre con la historia de Riad Halabí, relato que por su velocidad, intensidad y coherencia narrativa, alcanza niveles de sorprendente perfección), es evidente que no siempre la autora supo franquear sus trampas: el esquematismo de algunos personajes y situaciones, caracterizados por la falta de matices, por la insistencia en las soluciones simplistas, como de «una sola pieza».

Isabel Allende ha asumido un desafío, manejando bazas que está lanzando —creemos— teniendo en la mira metas más lejanas de lo que, según parece, algunos críticos se imaginan. Su propósito como novelista es totalizador: quiere comprender todo lo que es manifestación de vida en un Continente. No es fácil lograrlo, y *Eva Luna* prueba lo grandes que son las dificultades. Pero es sólo un capítulo de una historia que está comenzando. Y como quiera que sea, por sus méritos indudables, la novela está destinada de todos modos a tener un éxito fenomenal, porque recoge con un ritmo arrebatador, una buena parte de lo que hay de drama, de humor, de fantasía, de inocencia y abyección en ese universo en acelerado proceso de cambios que se llama América Latina.

2

«Eva Luna», un discurso de autorrepresentación femenina

RUTH GONZALEZ VERGARA

Eva Luna, la protagonista de la novela, es portadora de un designio sin precedentes, contenido en su propia nominación, el designio de la «curiosidad» y de la «desobediencia»; «curiosidad» y «desobediencia» que de con-

suno involucran la idea de *transgresión*. (El prefijo latino significa «al otro lado», «a través de», y la palabra latina «transgressio-onis» señala, indica acción de pasar más allá o por encima de, tránsito, paso. Los diccionarios modernos al hablar de «transgresión» o trasgresión interpretan como infracción a una ley o precepto, quebrantamiento, vulneración, violación. Como antónimo de verbo «transgredir» señalan «obedecer, cumplir».)

La apreciación de que Eva Luna es potencialmente «transgresora» ni es tan descabellada ni disociadora del marco de análisis e interpretación que proponemos. Por el contrario, se observa un perfecto correlato y simbiosis entre su origen, desarrollo (crecimiento—desplazamiento—conocimiento—independencia) y una potencial finitud con Eva bíblica. Como Eva adánica, también es arrojada del paraíso: el útero materno, con un nacimiento que constituye una forma de transgresión a la norma: nace de pie. A partir de aquí comienza el «arduo camino» de Eva Luna por este mundo, en el que la suma de transgresiones irá unida a su impecable «curiosidad» y su permanente y sistemática actitud de «desobediencia» al traspasar, al ir de un lado a otro, por espacios naturalmente vedados a la mujer. Eva Luna se mueve en espacios de tradicional opresión de la mujer, agravados no sólo por su condición de sexo femenino, sino también por su calidad de huérfana, desamparada, desposeída de fortuna o herencias, subalimentada y sin posibilidades de redención o ascenso en la competitiva sociedad de consumo. El destino de la mujer en el sector de realidad que se describe es ominoso, con caminos muy determinados y deterministas que aseguran la dominación por parte del hombre, factotum del hogar, que ha impuesto un doble opresión a la mujer, de trabajo y de sexo. ¿Qué es lo que salva a Eva Luna de este destino histórico de la marginalidad, de la opresión, del patriarcalismo latinoamericano (que es decir universal)? La respuesta es: su actitud de «desobediencia», de «curiosidad», de transgresionalidad. Eva Luna es transgresora en este punto de miras pues no se plantea ni se adscribe a los usuales padrones que rigen el modelo de acción femenina en el marco de las instituciones burguesas de la sociedad latinoamericana (sea que se trate de Venezuela, algún país del Caribe o Chile) que le confieran ya seguridad, ya posición o estatus social, ya amistades, como son el matrimonio (protección y prestigio), maternidad (reproductora de la especie) ama de casa (mano de obra sin salario ni previsión social) sociabilidad (amistades de rango similar o modelos similares), padrones que implican dependencia social, económica, cultural e ideológica. Junto con la actitud de «desobediencia» civil que se plantea, Eva Luna cuenta con un recurso poderoso y lleno de efectividad: su capacidad para utilizar el lenguaje, para contar, para inventar, fantasear, reflexionar, emitir juicios, razonamientos, inventar palabras, y por sobre todo su capacidad lúdica y humorística como asimismo la de mitificar/desmitificar, y por cierto la capacidad erótica. ¿De dónde proviene esta capacidad o forma superior de conocimiento? ¿Es transferencia del inconsciente colectivo? ¿Una especial sabiduría o conocimiento sui generis de tipo genético? Leemos:

«Preservó intactas sus memorias de infancia en la Misión de los curas, retenía las anécdotas oídas al pasar y lo aprendido en sus lecturas, elaboraba la sustancia de sus propios sueños y con esos materiales fabricó un mundo para mí. Las palabras son gratis, decía y se las apropiaba, todas eran suyas. Ella sembró en mi cabeza la idea de que la realidad no es sólo como se percibe en la superficie, también tiene una dimensión mágica...»

Es una narración en primera persona dada por el personaje Eva Luna. La tendencia androcéntrica del lenguaje en el espacio social y en literatura no sufre aquí una transgresión frontal, pues esta novela no intenta establecer una ruptura ni una superposición ginecocrática, lingüísticamente hablando, sobre el lenguaje civil dominante. Lo que intenta es la búsqueda y el encuentro de una expresión, de un lenguaje con imágenes, enunciados, la autorrepresentación de funcionalización de *lo femenino*. Se advierten serios intentos, y al parecer sin gran esfuerzo por parte de su autora, de rescatar y liberar imágenes y significados del mundo interior de la mujer, que es ya gran cosa, pues constituye de hecho una visión alejada de la óptica o descripción «oficial» que ha caracterizado a determinada forma femenina de expresión. *Eva Luna* es un camino, una experiencia y una búsqueda de la vida y la escritura de la mujer como sexo auténtico, como ser autónomo, independiente que considera sus relaciones consigo misma y con los demás como propias, en el mundo espacial.

Examinemos, también, el problema del tratamiento del espacio, en relación con el cual hay diversos planteamientos. B. L. Whorf (en *Lenguaje, pensamiento y realidad*) sostiene que «el tratamiento del espacio para el hombre (genéricamente) es cultural y social. Está determinado por la cultura y el *lenguaje*, que son los contextos que definen los usos y significados del espacio en general y de cada espacio concreto en particular. El uso del espacio es una técnica de dominio y extensión del hombre», lo no femenino, (y agreguemos que si la mujer consigue cuotas espaciales de dominio será a costa de transgresiones de la norma con las subsecuentes consecuencias: se la acusará de feminista, de intentar el quiebre de la institucionalidad, de subversiva, etc.). «La expresión comunicativa en el espacio representa un lenguaje con una sintáctica, una semántica y una gramática, de modo similar a los lenguajes naturales. Este lenguaje es "silencioso"», señala E. T. Hall, concepción neopositivista del lenguaje. ¿De qué forma se manifiestan estos «lenguajes espaciales»? «Los hábitos de contacto espacial entre los subgrupos representarían el nivel sintáctico, en tanto los significados psicológicos, sociales y culturales, el nivel semántico; la relación entre usos y efectos sociales y culturales representan la pragmática». Eva Luna asume estos tres puntos de vista posibles sobre los lenguajes espaciales en el decurso de su movilidad transformadora. Desde su infancia, espacio de los primeros aprendizajes que reproduce la más pura tradición picaresca en femenino; los escarceos amorosos y románticos de la etapa de la adolescencia hasta una madura juventud donde ha alcanzado las más altas cotas de desarrollo de su personalidad, adquisición de con-

ciencia política, solidaridad, arrojo, sublimación del miedo y la violencia, encuentro con el amor y la realización en el trabajo creativo. Se puede decir que los tres puntos de vista de lenguaje espacial, corresponderían de cierta manera a los *modus vivendi* de la protagonista y su referencia del mundo. Asimismo se entrelazan con la multiplicidad de anécdotas e historias colaterales que articulan un macrocosmos y sus problemáticas de orden político, social, cultural, económico. Historias que surgen con un paralelismo significativo: «Ocho años antes que yo naciera —cuenta Eva— el mismo día que murió el Benefactor como un abuelo inocente en su cama, en una aldea del norte de Austria vino al mundo un niño a quien llamaron Rolf...». Con un lenguaje no exento de ironía y humor se hace referencia a situaciones históricas que cobran verosimilitud y realidad fuera del mundo ficcional: ¿la tiranía de Rojas Pinilla?, ¿la Segunda Guerra Mundial? Hay un intento de localización: América Latina, norte de América del Sur o zonas adyacentes al Caribe, Europa, Austria; como asimismo de fijación temporal: la década del 40. Un ejemplo es: «Cuando la chiquilla andaba sujeta a las faldas de su madre, al otro lado del Atlántico se firmaba la paz sobre un continente en ruinas», visión de mundo exteriorizada por un hablante narrativo de tercera persona mediante la figura literaria de la comparación. La ideología patriarcal de Lukas Carlé se evidencia claramente en la referencia del narrador de tercera persona: «Para Lukas Carlé, su esposa era una criatura inferior, más cercana a los animales que al hombre, único ser inteligente de la Creación.» Un apunte más sobre las historias colaterales o entrecruzamiento de episodios aparentemente sin conexión —historia de Rolf Carlé, historia de Riad Halabí—. Es curioso la aparición de estas historias que pareciera que se desfasan de la trama rectora y por lo tanto desarticulan la atención del entramado principal, la historia de Eva Luna. No hay tal. La novelista diseña o proyecta una trama con lo que se conoce como curva *sinusoidal*, en oposición a una curva constante, a la manera de un rompecabezas, pero que en el decurso narrativo ulterior observan clara implicancia con el meollo. La novelista tiene plena libertad de desplazar la atención y la trama rectora de un personaje a otro a la manera de la novela de tipo centrífugo que multiplica lugar, tiempo, acción, unidades básicas aristotélicas, condición *sine qua non* del folletín, lo que conlleva a concitar la atención permanente del lector. Y en *Eva Luna* se dan estas situaciones con tales artilugios, enmarcándose quizá la novela en los preceptos de la novela-folletín con vuelo y aditamentos propios de quien sabe utilizar magistralmente los elementos propios de la novela contemporánea y del periodismo, caso de Isabel Allende, quien ha oficiado de periodista durante varios años.

Eva Luna irrumpe desde espacios cerrados, internos, que le son propicios a la mujer por el estado de cosas que genera el sistema de dominación masculina, hacia espacios abiertos, de comunicación cósmica. Las gráficas del radio de los pasos de Eva revelan que su desplazamiento no es ni gratuito ni fácil. Por el contrario, acechan espacios ominosos, de violencia soterrada que ponen muchas veces a los protagonistas al filo de si-

tuaciones límites: la acción de los guerrilleros comandados por Huberto Naranjo para rescatar a los prisioneros del Penal de Santa María; las persecuciones de las prostitutas en un encubierto acto de preservar la moralidad; el degollamiento de la Madrina; el envenenamiento de su progenitor mordido por una serpiente y salvado por Consuelo, su madre, haciendo los honores de su nombre, que significa alegría, gozo. Sin hacer una estadística para verificar la función ideacional de la novela expresados en determinados elementos lexicales recurrentes, podemos sostener que los mecanismos reguladores del comportamiento o conducta social de los protagonistas está denotado por el «desamparo» y por otra parte por la «solidaridad». Eva Luna es un ser desprovisto de todo, de las más elementales condiciones de vida; no tiene casa, hogar, vestido, alimento ni protección; a la muerte de su madre, es un paria. Su Madrina, la cocinera de la casa del profesor Jones, la acogerá con solidaridad y cariño, sacándola de su primer desamparo. La recurrencia de su desamparo se verifica en las siguientes casas donde sirve como criada, incluido el prostíbulo donde conoce a Melecio, que más tarde se transformará en Mimí, su nueva protectora que le brindará su solidaridad. Hay como un péndulo en estas dos situaciones, en tanto en cuanto los niveles de desamparo se producen en la vida de Eva Luna por mediación de su especial forma de ser, su conducta y lenguaje que le permiten lograr cuotas de solidaridad y amparo. No obstante, sus espacios afectivos, de amparo, no son permanentes y definitivos. Cualquier tris, artificio o enfado hace mellas con el espacio benigno logrado y Eva Luna debe reiniciar su andadura. Eva Luna porta en su vida un designio de «provisionalidad», de precariedad, lo que en cierta medida la impulsa a iniciar siempre un periplo espacial en busca de la estabilidad, la solidaridad. En este periplo nunca falta el goce lúdico y el impulso de saber, de aprender.

Otro elemento lexical que merece destacarse es el «optimismo», la actitud prospectiva frente a las dificultades de la vida. Optimismo dinamizador de Eva Luna; optimismo del periodista Rolf Carlé en su lucha por imponer la verdad a la trama de mentiras impúdicas del sistema, a la hipocresía oficial del Estado, del poder; optimismo del Comandante Rogelio, Huberto Naranjo, de transformar el estado de cosas, de opresión y miseria mediante la insurrección, lo que no está exento de cierta ingenuidad pues los poderes de los estados burgueses y los fácticos son demasiado considerables apoyados por el capital foráneo. Frente a esa concepción se yergue el nepotismo estatal, el nepotismo machista, el nepotismo militar, el nepotismo del dinero que no escatima esfuerzos en preservar su estado de dominación. La violencia institucional es el marco doctrinario del sistema, exactamente lo contrario de las formas de vida a la que aspiran Eva Luna y sus amigos, fundadas en la ecología, lo natural, lo vital y la verdad.

Algunos postulados de la estética matriarcal nos evocan la capacidad de dar forma a la vida y de cambiarla. Esta idea de generar vida está vinculada a la dinámica de la transformación, asociada a la idea de infinitud. Dentro de las formas dinamizadoras subyace una de las fuerzas más vivi-

ficantes y creativas, la fuerza erótica. Y uno de los objetivos de esta estética es recuperar el «ethos subyacente» de la magia, el éxtasis (magia natural y magia de la realidad psicosocial). Otro objetivo es considerar toda obra de arte como un proceso y no una totalidad terminada, por oposición a la concepción androestética que insiste en la idea de la fragmentación, la atomización del saber, la especialización... Por ejemplo, recuperar los espacios abiertos y colectivos de la mujer en los ancestrales rituales, en plena conexión con la naturaleza, la luna, el sol, etc. Desarrollar una nueva conciencia del mito, modo de ser, base de las creencias de las culturas primigenias, desprovisto de las instancias de ambigüedad, inverificabilidad y petrificación del sistema ideológico represivo de hoy. Reinterpretar el mito y recuperar los significados fundamentales de la imaginación humana. Son tareas de las nuevas creadoras, narradoras, poetisas, artistas plásticas, etc. No podemos afirmar que *Eva Luna* se adecue y adscriba totalmente dentro de estos paradigmas de estética matriarcal. No obstante se advierte un intento de fijar un discurso de autorrepresentación femenina, sin lugar a dudas. El uso y manejo del lenguaje, en particular en las descripciones y connotaciones afectivas, la visión de mundo, la desacralización de algunas situaciones como el nacimiento de Eva Luna, la adjudicación de un nombre, etc. rompen con la tradición androcrática de hacer este tipo de discurso. El empleo de mitos, la evocación de rituales; la descripción y vivencia de la naturaleza, las fuerzas cósmicas, la recuperación de algunos mitos, etc., nos inducen a pensar que la estética narrativa de Isabel Allende se acerca sin pudor fetichista a esta nueva forma de hacer la narrativa femenina, con un lenguaje con identidad propia y de bellas formas.

DESAYUNO A LA INGLESA

Hemos cometido errores innumerables, qué duda cabe. Pero hay una obstinación cierta que jamás será un error: *resistirnos a la negación del espanto*. No seamos otra vez, por favor, los ingleses de América. No vayamos a las urnas *como si* en Chile imperara la justicia, *como si* pudiéramos decir en voz alta, en una fuente de soda cualquiera, aquello que pensamos, *como si* el miedo no desayunara cada mañana en nuestra casa.

(Del artículo «¡Que se inscriban ellos!», de Sergio Pesutic, en *Análisis*, núm. 210, 18-24 enero 1988.)





Plata para pan, mamá

EDUARDO GUERRERO

Soy un poeta burgués que escribe un poema proletario, mamá
Soy un poeta mamá proletaria que escribe en burgués un poema
Soy mamá poeta que escribe en mamá burgués un poema sobre el pan
Soy un muerto de hambre que no se ha muerto de hambre porque
como un pan proletario, mamá
Tengo hambre, mamá, tengo hambre de pan castellano
Tengo hambre burgués proletario
Soy un poeta que tiene hambre de pan proletario
Dame plata para pan, mamá, dame un pan castellano
Dame sudor de harina en la frente para combatir a la gente
Dame gente con sudor de harina en la mente
Soy un poeta burgués que tiene y que da un poema de pan proletario
Que tiene dos manos para hacer un poema
que no sabe amasar el pan de tus manos
Tengo hambre de harina y de trigo, de trigo y de harina
Soy un molino de viento y de pan
Soy un poeta que trabaja con versos de harina en un pan castellano
Invento mentiras de pan y de hambre, mamá
Dame plata burgués dame miga mamá
Soy y tengo a la vez
Tengo hambre de manos vencidas

Soy un proletario que amasa poemas en versos de pan, mamá
Tengo hambre, mucha hambre
Quiero que busques, mamá, un pan proletario
Quiero que quiero un pan en tus manos
Soy un poeta que quiere las manos para hacer un poema burgués
de pan proletario
Soy ese hombre que no tiene nombre y que amasa un pan solitario
Dame un nombre, mamá, dame un pan castellano
Dame el sudor de la mano que hace que sea un poeta proletario
Soy un poeta que tiene el pan en sus manos
Tengo hambre de pan proletario
Mamá, un proletario poema he escrito con mi pan solitario
Un poema burgués, quizás
Un poema de harina de miga de cáscara hueca de hambre y de angustia
Un poema, mamá, un poema de hambre
Un poema de hombre poeta que come sólo pan castellano
Tengo hambre, mamá, tengo un pan de trigo en la frente
Dame plata, mamá, dame pan de tus manos
Dame manos y manos, manos y manos, para escribir un poema de pan
[castellano...]

Qué buena voz se perdió para el tango

RAMON DIAZ ETEROVIĆ

*Al Poli,
que propuso
el título*

Nada puedo hacer, lo del Tano Paulino ya es ley, me digo bebiendo lo que resta del tercer trago de esta noche. El espejo que tengo enfrente me tira burlón la imagen de un rostro moreno y ojeroso que no me hace ninguna gracia. Estoy borracho, lo sé. Lo noto en mis manos que ya no tiemblan y en el maldito, recondenado sudor del carajo que convierte mi camisa en una segunda piel, sucia y molesta. Quisiera no pensar, olvidar en lo posible mi nombre, y sin embargo no lo hago, aun ahora que llamo al mozo para que ponga al alcance de mis manos una nueva copa que me llevo a los labios, sintiendo por unos instantes el licor que incendia cada rincón de mi boca. Nada ni nadie me apura. No tengo prisa en estos días en que las noches se cierran temprano, y en las calles no se ve otra cosa que patrullas armadas vigilando a los apurados y escasos transeúntes. La boite queda junto al bar, y aún falta un par de horas para subir al escenario a cantar para unos cuantos diablos esos tangos que desde hace muchas noches repito sin emoción, dejando que las palabras surjan desgastadas, arrasándose, sin la intención que alguna vez ponía en ellas, y me hacían

Ramón Díaz Eterović es poeta y cuentista. N. en 1956. Autor de *El poeta derribado*, *Cualquier día*, *Pasajero de la ausencia*, *Atrás sin golpe* y otros títulos. Dirige la revista de cuentos *El gato sin botas*. Vive en Santiago.

inconfundible, único, según muchos. Pero eso no me inquieta. Son malas rachas, o el desencanto de llevar tanto tiempo en el mismo lugar, repitiendo gestos y sueños, sin acceder a las luces de un gran letrado desplegado a la noche, con mi nombre y mi voz saliendo a repetirse por las cuatro esquinas. Malas rachas que combato aferrado a una buena copa, o invitando a la Carmencita a cenar, y luego a la pensión donde hacemos el amor sin compromiso, con más desesperación que deseo. Lo importante, lo que hace el licor fuerte y amargo es pensar en el Tano, reconociendo que mis cartas están jugadas en la mesa, y que ayer, en una mala noche de ginebra y cigarrillos, las promesas del infeliz de Saldaño pudieron más que un cariño de años, de casi siempre, o para ser preciso, desde esa mañana en que asomé mi cabeza de muchacho por la puerta de la imprenta, y mis ojos quedaron maravillados con la máquina ruidosa que arrojaba papeles multicolores. Me veo allí, y aunque no quiero, lo recuerdo. Era el año treinta y cinco, y maldito sea que recuerdo bien mis ojos curiosos mi cara sucia, y la timidez que sólo vencí cuando con un guiño cómplice el Tano me invitó a vigilar junto a él la vieja máquina que imprimía los rostros de unos luchadores mexicanos que cachacascán en papeles rojos y verdes. Luego me preguntó el nombre, y al momento de empaquetar los volantes me obsequió unos pocos que aprisioné contra mi pecho, protegiéndolos como un tesoro. Me parece estar viendo al viejo Paulino. Lo recuerdo porque en ese tiempo su cabellera aún era rubia, y también porque ocurrió un año antes de la muerte de Gardel. De Carlitos quemado en Medellín, en una foto que cubría la primera plana del diario que le arrojaban bajo la puerta del Tano todas las mañanas, quien ese día de junio se mostró inconsolable, incapaz de aceptar la verdad. El mismo Gardel al que ese primer día reconocí cuando el Tano, haciendo un alto en el trabajo, hizo funcionar la vitrola que desde un rincón parecía presidir el espacioso taller. Se sorprendió, y tuve que explicarle que si me sabía sus tangos era porque los escuchaba salir desde la radio del Café en que me instalaba a lustrar zapatos; y en ocasiones algún cliente generoso me invitaba una taza de té con leche y medialunas a cambio de un tango que cantaba en medio del silencio de todos los presentes. Tal vez en ese momento Paulino pensó en mi talento, pero no dijo nada, y prefirió aguardar otra oportunidad. Sí, se interesó por saber más de mí, y mientras compartíamos un plato de comida, le conté que vivía con mi madre y cuatro hermanos menores, y que a ella apenas la veía por las noches cuando regresaba cansada de su trabajo. Después, cuando el Tano la conoció, pudo comprender que no eran muchos los cuidados que ella podía darme desde que mi padre la abandonara; y por eso mismo no le fue difícil convencerla un mes más tarde para que me dejara vivir en su taller. Con su notorio acento porteño le contó de su vida en Buenos Aires, de los doce años que llevaba viviendo en Santiago, y que no poseía otra fortuna que su esfuerzo cotidiano y esa imprenta que prácticamente funcionaba todos los días del año. Lo recuerdo bien, y si algún detalle no retuve de esa conversación, el Tano se encargó de señalármelo en las charlas que teníamos los domingos; tomando yerba

en un principio, y más tarde, cuando ya tenía edad, según él, al calor de unas copas de aguardiente. Detalles que no desaparecen a pesar de los años, de la misma vida y de los tragos que se repiten esta noche. La última de actuación en el «Sputnik» si se cumplen las promesas de Saldaño. El maldito que primero me llenó de halagos, y aguardó el momento justo para interrogarme sobre el Tano y esos diarios que imprime por las noches. Justo cuando al viejo se le ocurrió herirme con sus palabras, aquel último domingo de recuerdos. Y pese a ellas, no entender, no saber detenerme a tiempo es lo que me duele, ahora que ya es demasiado tarde, y el reencontro en el espejo con mi peinada lustrosa es un puente hacia la tarde que me presenté en el taller, con el traje negro a la medida, la humita de seda, y la sonrisa de Carlitos que había aprendido a imitar pasando largas horas frente a su foto. Te pareces al «Morocho del Abasto», me dijo entonces, quince años después de aquella primera mañana de asombro y papeles de colores. «El Morocho Chico», así te llamarán, agregó mirando reiteradamente el vestuario con que llegué esa y otras tardes a la radio, hasta ganar el concurso de cantantes en que participé a insistencia del Tano. Y es que el viejo tiene ojo para adivinar las buenas manos. Sabe esperarlas y se da tiempo, al igual como se lo da con los recuerdos. En especial si se le mencionan las veces que vio a Gardel. Ese es el único momento en que deja de lado su laburo, y con una mirada que parece perderse más allá de los límites de la imprenta, habla de la noche en que su padre lo llevó al Teatro Esmeralda, el año diecisiete en Buenos Aires, cuando «El Zorzal» cantó por primera vez «Mi noche triste», y la gente lo sacó en andas de la sala. Esa fue la primera vez, la otra, poco antes de viajar a Chile, era en el Hipódromo de Palermo, viendo correr a «Lunático» conducido por el Legui. Cuánta gente, pibe, y qué emoción; nunca he visto nada igual, y eso que los años cuentan y los ojos no se cansan de ver pasar la vida, decía el Tano, sin ocultar su nostalgia. Es cierto, me duele recordarlo, y me dan ganas de ser mago y retroceder en el tiempo o en la vida. Borrar con un gesto de mis manos la imagen del espejo, y sobre todo esas horas con Saldaño que ocupé para hundir sin asco los recuerdos del viejo, su cariño, y esas malditas ideas suyas que lo hicieron meterse en tanta cosa prohibida. Cosas de las cuales Saldaño tenía referencias, de otro modo no habría preguntado ni yo me hubiese puesto a hablar del Tano. Precisamente hablar del Tano, que nunca ha hecho otra cosa que tenderme la mano; que le gustaba hablar conmigo, verme silencioso en un rincón, abrazado a la guitarra que me obsequió cuando mi afición por el tango fue tan clara como mi voz que llenaba el taller cada vez que a pedido suyo me ponía a cantar. Esa voz que estoy perdiendo, y que el Tano escuchó a través de la radio el día que gané el concurso, y en tantos otros lugares a los que llegó a oírme, hasta que entendió que mis actos me apartaban a tranco largo de sus esperanzas. No sé quien se equivocó. El con sus sueños o yo dejándome caer, sintiendo que era bonito verse rodeado de halagos, y tener a la mano a esos amigos y mujeres con las que agoté mi ánimo. Creí que él lo entendía la noche que me dejó salir del taller para irme a un cuarto

con la Carmencita o como se llamara la mina que tenía a mi lado entonces. Morocho, la vida es más tango que el mismo tango, me dijo, mientras me veía hacer la maleta. Lo repitió el primer domingo que llegué a almorzar a la imprenta después de mi partida. Pensé que lo decía por sí mismo, por su soledad, pero el Tano sabía bien lo que es el silencio, y mi ausencia fue como volver a ponerse una camisa vieja y querida. Sus días los llenó trabajando en la campaña de su candidato presidencial. La imprenta se repletó de afiches y de tipos que a la voz de camarada le pedían más y más trabajos. Siempre por el costo del papel y la tinta, ya que el esfuerzo, las noches en vela, eran su aporte. Mi padre me hizo anarquista y moriré en la línea, decía cada vez que le reprochaba tanta entrega. Después de la elección de su candidato pasó un tiempo en que lo vi poco. Como en el tango, la farra, el Café y la muchachada me mantenían ocupado, y aunque ya empezaba a ser un recuerdo o uno más en la rodada, algo de cuerda le quedaba a mi trompo. Vas por los cincuenta y ya no me hago ilusiones, me dijo el Tano una tarde, y tuve que aceptar que nos habíamos hecho viejos. Sus manos ya no tenían la agilidad de antaño y su cabello blanqueaba. Recuerdo y me da risa estar pensando con letras de tangos. Pensar en imágenes de postal, con madreselvas, siemprevivas y yuyos en flor; Me da risa, pero me duele recordar que eso último me lo dijo tres meses después que su imprenta fue asaltada por un grupo de milicos que dejaron todo en desorden y se lo llevaron detenido al Nacional, donde lo fui a esperar la mañana que lo soltaron, porque hablé con Saldaño, a quien todos sabían metidos en su trabajo sucio. Quédate tranquilo, viejo, le dije entonces, y creí que me hacía caso, pero una noche que el toque de queda me pilló cerca de su casa, lo sorprendí empaquetando una vez más sus diarios. No te preocupes, tú ya no eres parte de esto, me contestó cuando le hice el reproche; y a la tarde siguiente, mientras tomábamos un café con algunos amigos, dijo esas palabras que despertaron mi rencor. Se hablaba de mi carrera, y en el momento que comenté un posible nuevo y ventajoso contrato, el Tano Paulino movió la cabeza, y mirándome a los ojos, dijo que ya no era tiempo; y reconociendo un fracaso que parecía ser el suyo propio, agregó, qué buena voz se perdió para el tango. Me negué a la idea, y abandoné la mesa sin siquiera mirarlo. Sólo ahora pienso que tenía razón. Ahora que ya es tarde y ni las copas que pido me hacen olvidar que en estos momentos Saldaño ya habrá llegado a lo del Tano, y sin decir nada, el viejo se sentirá derrotado. No por los golpes de los hombres del Memo Saldaño, sino por conocer el dolor profundo de mi traición. Lo demás puedo anticiparlo. La caída no se detiene, y de seguro las promesas quedarán en nada. No habrá contrato hacia la fama definitiva, sólo copas que abrazaré con ansias cuando entienda que no me queda otra cosa que esos amigos que se acercan para olvidar sus propias derrotas. La vida es más tango que el mismo tango, pienso mientras escucho al mozo que me dice que es la hora, y luego se queda viendo mis pasos atolondrados hacia la boite y el escenario. Este escenario que cruje bajo mis pies cuando oigo las primeras notas que me tira el piano. El micrófono parece

más lejano que de costumbre, pero tengo que llegar a su lado y cantar el tango que me exigen la música y el público. Identifico al fin las notas, y escucho mi voz que retumba entre las sombras. Esa buena voz que se perdió para el tango, ahora que el Tano Paulino no está conmigo y reconozco que canto «Mi noche triste».

Su amor suena distinto del mío

SERGIO VESELY

Los afectos de las personas no son inmunes a los trasplantes geográficos, menos aún los afectos de un cuerpo condenado a la pena de exilio. Incluso, pueden llegar a convertirse en el peor enemigo de los aborígenes del país que concede asilo político.

Esto no lo he leído en libro alguno. Esto lo sé por experiencia propia. La vasallante y a la vez irresistible dote de mis afectos, me ha hecho llegar a esta conclusión.

Reconozco que no es de caballero jactarse de cosa parecida; pero me comprenderán si les confieso el motivo. A los seis meses de haber pisado territorio alemán, y en un momento en que todos esperaban de mí que, como buen refugiado, me atuviera a las normas mínimas de convivencia con el pueblo al cual le debía tanta hospitalidad, en esas circunstancias, le robé a un teutón el corazón de Dala. Qué gran hazaña.

Sé muy bien que los envidiosos pretenderán minimizar la magnitud de mi proeza, arguyendo que aquel barbudo galán —nótese que estoy hablando de mi adversario— era un ser civilizado, ajeno al barbarismo que supone el cometer un crimen pasional para recuperar el honor pisoteado. Como si con tal argumento nos quisieran decir que otra música cantaría hoy día si en lugar de habérmelas visto con un germano, hubiese tenido que enfrentarme a las furias de un persa o de un macho cubano con los pantalones bien puestos. Ridículo.

La verdad de lo acaecido es que desde un primer momento quedó en evidencia su flaqueza, su falta absoluta de recursos para impedir lo inevitable, por el simple hecho de que aquella hembra de cabellera luenga me obedecía a mí. El lector experimentado en los gajes del amor sabrá que, en esas circunstancias, un acto de violencia difícilmente logra restablecer

el orden pasado, devolverle al macho herido los derechos que él todavía cree tener sobre la diva.

No obstante, y para no pasarme de listo, reconozco que al desistir de acriminarse conmigo, mi rival desechó el único medio realmente efectivo de vengar mi ofensa.

Como lo insinuaba hace un rato, a Dala la cautivé en un segundo, con los ojos, dejando a un lado los agobiantes preámbulos que acompañan al coqueteo habitual. El pretendiente —que no por el hecho de estar siendo citado ha de sentirse importante— observaba la escena, para mi sorpresa posterior, bañado en estupor, atragantado en medio litro de cerveza negra, desde una mesa vecina, y sin poder darle aval a lo que sus ojos veían. Así, fue testigo de como su amada bajaba sus escuálidas defensas ante los influjos de un extranjero desconocido, enseñándole, en toda su plenitud, el fruto de su boca, aquel óvalo de fuego, hijo de la ardiente lava de su pecho, aquella lava que subía inundándole el paladar, haciendo revivir en sus pupilas, la fauna indómita del deseo. De como yo, prisionero en sus fragancias, la besaba, aferrado al ecuador de su talle por el ramaje de mis manos, vaciando en su lengua, la hirviente marea de mis fluidos.

Por medio de gesticulaciones —hasta ese instante nuestra comunicación no tenía lugar en la esfera del vocablo— Dala procuró darme a entender que la inquisitiva mirada del extraño a sus espaldas, no provenía de un admirador frustrado, ni de un miembro de la Academia de Antropología, sino nada menos que de mi adolorido rival, y por ello, a ella le parecía oportuno y aconsejable aplazar nuestro intercambio de efusividad hasta hallarnos fuera del alcance de su mira. Una gran lección de respeto al sentimiento ajeno. Lección que, inmediatamente, la elevó ante mis ojos a un peldaño privilegiado de su condición de mujer y la puso a cientos de años luz por arriba de esa suerte de mujeres —desgraciadamente no poco abundantes— que en una situación semejante, con todo su primitivismo, no hubieran encontrado solución más vil que desatar en ese lugar su animalidad femenina y atizar de ese modo, conscientemente, la hoguera del caído.

Yo, que me considero un acérrimo defensor de mi intimidad y soy extremadamente ahorrativo en lo que atinge a controversias inútiles, me dejé convencer enseguida por su propuesta y salimos del local, confiados en que la noche no tardaría en prestarnos su complicidad para nosotros poder darle rienda suelta a las furias contenidas desde el beso, sin temor, esta vez, de quedar en la óptica de algún intruso.

No nos equivocamos. Al cabo de un rato arribamos a la orilla de un arroyo, donde se alzaba, en su clásica elegancia, un gigantesco sauce, de esos llamados Babilonia. Como era de esperar, nuestra admiración por tal, todo, menos engendro de la naturaleza, no fue más que un pretexto para acercarnos a él y cobijarnos bajo su follaje.

Fue la primera vez que acaricié la tersa piel que cubre el muslo de una germana. La primera vez que Dala despejó con el tacto la incógnita anatomía de un chileno.

Me imagino que ése y no otro fue el motivo por el cual se me escapó, luego de expeler en sus entrañas el ácido líquido de la fertilidad, aquel mortal TE AMO en castellano. ¿Cómo iba yo a saber que ella no me entendería? Su respuesta sonó ICH LIEBE DICH, despedazando mi ilusión.

Quiero dejar constancia que sospechando las consecuencias que podían derivarse de un intercambio de palabras, ninguno de nosotros se atrevió a interpelar pidiendo una aclaración, o solicitar se le repitiera lo dicho. Intuitivamente, percibíamos la profundidad del abismo abierto entre ambos y nos negábamos a dejarnos arrastrar hacia él. ¿Pero qué podíamos hacer? A pocos minutos de nacer, constatábamos que nuestro amor sonaba distinto en nuestras bocas. Que yacía empantanado en la ciénaga del lenguaje.

Tratando de romper el cerco tendido por la fusilería del alfabeto, Dala tomó la iniciativa y me condujo a sus aposentos, el altílo de una vieja casona, donde de improviso me sacudió un cúmulo de adjetivos a la cara.

Como yo no diera señales de interesarme por su verbalismo y por el contrario, empezara a abrir una trinchera tras una botella de vino tinto, un vaso y un paquete de cigarrillos en un rincón del cuarto, ella, volviendo a la carga, acercó el eco de su ventrículo a mi garganta me sopló un certero prefijo al entrecejo.

Lentamente, su paciencia de loba hambrienta comenzaba a dar el resultado deseado. Yo, herido en mi orgullo, harto de no entender nada, me levanté del asiento con el gancho de las orejas en guardia y cuando ella menos se lo esperaba, liberé mis labios del mutismo y degollé en el aire, un par de verbos alemanes. La batalla había comenzado.

Ella se replegó a la cocina y mientras revolvía un menestron destinado a revitalizar a los contrincantes, me tarjó diez sustantivos de un solo golpe. Yo sin dejarme amedrentar por su osadía, le respondí pronunciando su nombre al revés. Atacando, contra-atacando, buscando abrir un flanco por el piso de los latinismos, diezmando todo intento de camuflar una falta bajo el envoltorio de una sonrisa, deletreando, pronunciando, acentuando, puntualizando; en eso estuvimos hasta que amaneció, y cuando creímos haber encontrado la salida de aquella encrucijada, un nudo en la lengua echó por tierra todas nuestras esperanzas. A mí se me volvió a rebelar el adverbio, a ella se le encabritó el dativo como nunca antes. Ella renunció definitivamente a las ERRES y yo defequé de ira en el abecedario.

Al día siguiente, la noticia de nuestra unión se había difundido por todo el vecindario y, como era de esperar, comenzaron a visitarnos los personajes más extravagantes, equipados, según ellos, de los últimos métodos en la enseñanza de las lenguas extranjeras.

«Diez días solamente y el martirio será cuestión del pasado» —propagaba uno de ellos a los cuatro vientos, blandiendo en la mano un cuadernillo milagroso.

A todos les prestamos oídos. A los mercaderes del acento, a los veteranos del prefijo, a los académicos del predicado e, incluso, a los nefastos burócratas del diccionario. Cada cual puso en las alfombras su pequeño mojón de ortografía, y los más atrevidos, hasta osaron pintarnos las paredes con sus novedosos silabarios.

El resultado fue que nos enterraron bajo una montaña de compendios, y en lugar de ayudarnos a traducir el amor en una forma inteligible, nos forraron las cabezas de audífonos y cables, y nos embrutecieron el alma con sus horrendas lecciones matinales.

Un día, al borde de la locura, nos dimos cuenta que la llama de nuestra joven pasión corría el peligro de extinguirse bajo un mar de leyes gramaticales, y que la única forma de salvarla era liberarla a la brevedad posible de todas esas ataduras impuestas.

Entonces nos armamos de plumeros, aspiradoras, detergente y estropajos, y nos fuimos allanando una repisa tras otra en busca del rastro de nuestros profesores.

Pero no nos quedamos en eso. Dala se encargó además de escarbar los cajones y yo de estrujar el lavamanos. No había que tener piedad ni contemplación alguna. Si los objetos se negaban a facilitarnos la información que les solicitábamos por la vía pacífica, recurríamos sin demora a la violencia. Así fue como ocurrió que Dala procedió dos veces a succionar el botiquín, donde ella sospechaba que se había escondido un regimiento de sinónimos, y yo me vi obligado a fusilar un ropero al cual sorprendí in fraganti tratando de pasar un contrabando de comas.

Finalmente se fueron retirando. Las lecciones matinales salían chillando por las ventanas y nosotros no negociábamos ni dábamos tregua. De todos los rincones correteábamos a nuestros enemigos a escobazos, les cerrábamos el paso con tela adhesiva, les tirábamos agua.

Una semana duró la batalla y todos los días se repitió la misma historia. El vecino del piso de abajo se quejaba en el retén del barrio de haber oído descuartizar un pronombre a las tres de la mañana. El mayordomo del edificio subía indignado por la tarde a reclamar por el basural de letras que habíamos amontonado en la vereda. El vicario de la iglesia nos amenazaba con el infierno si no terminábamos inmediatamente con el escándalo. El director del diario local nos acusaba públicamente de homicidio a las buenas costumbres.

Todos ellos perdían su tiempo. Nosotros estábamos dispuestos a seguir hasta las últimas consecuencias y no firmamos el armisticio sino el día que nos cercioramos de que el ínfimo punto de una I moribunda había salido escupido por la puerta de calle. La guerra estaba decidida a nuestro favor.

Este mes celebramos los cinco años del beso. El pretendiente de entonces vino a visitarnos y a desearnos felicidades portando un ramillete de claveles. ¡Qué cordura, dios mío! En lo que a mí respecta, nunca se me ocurri-

ría hacerle una visita en un mes como éste, pasarle la mano por el lomo y pedirle disculpas por haberlo condenado a la desgracia.

El tiempo ha servido, sin lugar a dudas, para limar muchas asperezas. Claro está, no ha podido ni jamás podrá evitar que Dala y yo nos sigamos mirando con desconfianza cuando en un arrebató de precisión se nos ocurre intentar nuevamente desentrañar el secreto de ese vocablo que en nuestro caso seguirá teniendo dos caras por una eternidad: AMOR-LIEBE.

QUIEN FUERA POBRE

«El profesor Ricardo Blanché descubrió que los niños de la población La Pincoya son varias veces más creativos, frente al computador Atari, que niños de la misma edad pertenecientes a comunas de altos ingresos (...). Comparado con los de La Pincoya, un niño del Barrio Alto de seis años de edad es una "guagua" a la que sus padres o empleados cuidan, visten, le dan alimentación y le organizan o le compran juegos. Un niño de seis años de La Pincoya, en cambio, en la mayoría de los casos debe buscar fórmulas para procurarse su propio alimento, además de vestirse solo y resolver sus problemas diarios. Esto lo hace más creativo.»

(Joaquín Lavín, en *Chile. La revolución silenciosa* [pág. 82], libro escrito para mostrar los «grandes progresos» logrados por el país bajo el gobierno del dictador Pinochet.)



VIRGINIA VIDAL

Juan Pablo Cárdenas: el periodista al que le robaron la noche

Un hombre joven, aunque aparenta algo más de sus treinta y siete años; de mirada muy lúcida tras sus gruesos anteojos; aspecto imponente; hablar sereno: esta es la primera impresión que se tiene de Juan Pablo Cárdenas, el director de la revista *Análisis*, condenado a 541 días de reclusión nocturna, de 10 de la noche a 6 de la mañana. Tal condena cambiaría la vida a cualquiera. Veamos cómo ha tomado esta condena humillante Juan Pablo:

—Todos los últimos años de dictadura, mi familia y yo hemos tenido que estar viviendo en distintas casas, mudándonos de un lugar a otro, por las amenazas de muerte; la última vez pusieron una bomba en mi casa. Es así como desde hace un año y medio nos trasladamos a San Vicente de Tagua Tagua. Ya mi vida estaba bastamente perturbada con eso de ir tan solo los fines de semana a compartirlos con la familia. Con la pena esta situación se agravó muchísimo, pues sólo puedo ir por el día, lo que me quita muchas horas de convivencia familiar y conyugal. En alguna forma esta pena también coarta mi vida profesional, pues estoy impedido de asistir a muchas actividades que se realizan en la noche. Pero yo sabía a lo que me exponía al volver a Chile, aunque decidí seguir cumpliendo mis obligaciones profesionales y políticas y compartir algunas horas con mi familia.

El mismo día cuando el cable anunciaba el premio *La Pluma de Oro a la Libertad*, otorgado a Juan Pablo Cárdenas por la Asociación de Editores de Periódicos de Europa, Asia, Africa y Estados Unidos y que sólo en tres oportunidades ha sido conferido a latinoamericanos, el Ministro Beraud, de la Corte de Apelaciones, dictó la pena que lo condenaba, pero que fue revocada por unanimidad:

—Fui absuelto, pero luego fue confirmada la pena por queja del gobierno. La noticia la supe afuera, cuando había ido a recibir el premio. Volví a cumplirla... Tengo seis hijos —cinco hombres y una niña—; van a la escuela y se han incorporado muy fácilmente en esa zona campesina. Han recibido mucha solidaridad. Qué no han hecho las gentes de allá por procurarnos una vida más grata y duradera. Mi mujer participa en la Cruz Roja y en organizaciones campesinas. Esta solidaridad es tanto mayor cuanto los campesinos de la zona han sido horriblemente perseguidos, despojados de sus tierras, condenados a salarios de hambre. En un año y tantos he podido encontrarme con un sector que ha estado ausente de nuestras preocupaciones en los últimos tiempos. Mis niños han sentido la fuerza de esa solidaridad y el sacrificio que hacen los campesinos. Son niños que han vivido intensamente la dictadura, tienen plena conciencia de lo que sucede y están se-

guros de que la tarea que cumpla es por su propio bien. De parte de mi familia nunca ha habido recriminaciones sino apoyo total, comprensión y estímulo.

Juan Pablo Cárdenas no sabe de la vida bohemia de los antiguos periodistas sino por referencias. Procuró siempre cultivar la convivencia fraterna con los colegas fuera de las horas de trabajo. Como buen hijo del rigor, ha soportado con estoicismo una pena que pretendía humillarlo, pero que sólo deja de manifestar la indignidad del sistema:

—Mi vida ordenada se deriva de los años de internado en el Barros Arana. Estoy acostumbrado a levantarme temprano y a acostarme tarde, a pocas horas de sueño. La verdad es que los chilenos se han visto obligados a cambiar sus costumbres por el toque de queda y los riesgos de desplazarse de noche: obligados a ser hogareños. Suelo juntarme con los amigos entre siete de la tarde y la hora de llegar al penal: he trasladado mi «vida bohemia» a esas horas. ¿Qué significa para mí esta pena? Estuve detenido anteriormente tres veces, lo cual me sirvió para darme cuenta de cuál era la vida de un preso, los riesgos, las limitaciones horribles del encierro. Esta vez empecé a cumplir la pena con cierto conocimiento de lo que me esperaba. El penal no es lo que se dice: un lugar con condiciones óptimas para la rehabilitación, etc. En primer lugar, está muy deteriorado, los baños son repugnantes; el hacinamiento es tremendo; hay una mezcla enorme de presos por distintos delitos y todos están juntos. De la misma forma comparto con cinco presos políticos como con quienes están por choques en estado de ebriedad, homicidios, estafas, evasiones tributarias. Es lo malo y lo interesante de este penal: compartir con gente de muy distintas condiciones humanas, sociales, económicas, y percibir que también en alguna forma todos son víctimas del sistema. Me molesta hacer la división tajante entre delito político y delito común. Todos son víctimas. He tenido la posibilidad de conocer el país a través de estas personas, la mayoría de las cuales se hallan en indigencia enorme. Inútil hablar de rehabilitación. Muchos se han corrompido, han aprendido a fingir; los han condenado a ser delincuentes para

toda la vida. Ni qué hablar de ciertas convivencias... Todo esto es estúpido. Me han dado una pena absurda, sin utilidad alguna, salvo la de querer humillarme. Al principio se me dio más fácil la vinculación con los otros presos políticos. Con el correr de los días logré muy buenos vínculos con los presos comunes: se me han acercado, me han reconocido, leen la revista. Lo mismo los gendarmes, los cuales —salvo raras excepciones— están tan presos como los mismos presos: con sueldos de hambre y sufriendo innumerables riesgos. Mucha de esa gente aprecia el trabajo que uno ha hecho y comprende que uno está preso también por ellos mismos. Es bueno que se entienda que esta pena no me afecta a mí sino que afecta al periodismo chileno: es una forma grave de pretender amedrentarme a mí y, al mismo tiempo, amenazar a todos los periodistas. De más está decir que fue una puesta en práctica del artículo octavo de una constitución ilegal y de su ley complementaria que sintetizan los objetivos excluyentes de la institucionalidad fascista: negar la existencia de ciertos partidos y castigar a los periodistas y a los medios que se refieran desde el punto de vista informativo a éstos. Por otra parte, desde el momento en que se dictó esta constitución antidemocrática, cualquier chileno está expuesto. Es opresiva y está destinada a excluir de la vida política a un sector importante de chilenos. No me extraña la aplicación del artículo octavo. A este respecto conviene señalar que los periodistas siempre vamos a encontrar formas de expresar la realidad nacional, aunque se nos prohíba hablar de partidos y personas. Aunque haya temas, personas, partidos proscritos, la prensa democrática logrará informar sobre ellos. En definitiva, el artículo octavo no nos afecta tanto a nosotros como a los sectores políticos, las organizaciones y son éstas las que debieran estar más interesadas.

Juan Pablo Cárdenas recuerda con emoción contenida al amigo y colega José Carrasco Tapia, asesinado en septiembre del 86:

—Su muerte fue el golpe más duro en todos los años de vida profesional en esta dictadura. Pepe Carrasco ha tenido en nosotros una influencia notable. A más

de ser una persona muy querida, era muy gravitante en nuestro trabajo por su experiencia y su personalidad. Su ausencia es un vacío que no se llena. Su muerte nos dejó una lección: su ejemplo. Una forma que tengo de enfrentar las adversidades que me tocan es pensar en Pepe Carrasco. El sufrió mucho más: la tortura, la cárcel, el destierro, una horrible muerte. Su vida es un testimonio que nos ayuda. Al cumplirse un año, no me extraña nada que no hayan sido capaces de descubrir a los autores materiales de este asesinato. Lo que más preocupa es que esta gente siga circulando libre e impune.

Los periodistas vamos a ser más eficaces que los propios tribunales para descubrir a los asesinos.

El director de *Análisis* está en pie desde las seis de la mañana; empieza a trabajar intensamente. En la tarde asiste a muchas actividades:

—Mi primera obligación es ser periodista. Ser director de esta revista no basta. Tampoco basta con pedir al pueblo que salga a la calle a movilizarse: nosotros tenemos que practicar también la manifestación pública, como deberían hacerlo los dirigentes políticos. Es obligación ineludible de los periodistas participar en la movilización. Ahora no corresponde esa imagen del periodista que por largo tiempo existió: la del periodista «objetivo» que se restaba a los acontecimientos. El periodista chileno es ciudadano y tiene que procurar los cambios que Chile necesita. Por mi parte, trato de ir donde me invitan, a todos los actos organizados por gente que lucha contra la dictadura. Me parece justo que cada cual luche por su propuesta: quienes propugnan la no violencia activa, practiquenla; quienes

proponen otras formas de lucha, que las practiquen. No podemos quedarnos en la proclama, convocar y quedarnos.

Al referirse a los diez años de *Araucaria*, Juan Pablo señala:

—Como periodista valoro entre las publicaciones de izquierda la revista *Araucaria*, donde se nota tanto preocupación por el lenguaje como por la estética. Una revista profundamente chilena que está vinculada con lo latinoamericano. La dictadura nos ha hecho perder nuestra vocación latinoamericana y tercermundista. Revistas como *Araucaria* nos están recordando siempre nuestra condición. Sería bueno que pronto se publicara dentro del país manteniendo sus características, su personalidad.

Juan Pablo Cárdenas echa un vistazo al panorama cultural nacional y destaca la importancia del *canto nuevo*, capaz de desarrollar una cultura musical. También pone de relieve la actividad permanente del teatro, con distintos grupos que mantienen encendida la llama de la lucha contra la opresión. Señala que también ha habido retrocesos:

—El hecho de que nuestras orquestas sinfónica y filarmónica no puedan funcionar, no tengan teatro propicio, sus músicos no tengan instrumentos y perciban sueldos miserables, demuestra el retraso en que se ha dejado parte importante de nuestra actividad cultural y artística, con consecuencias lamentables. Junto a este penoso retroceso, conviene destacar la cantidad y calidad de poetas que sigue ofreciendo este país. Son tantos y tan valiosos que no salgo de mi sorpresa. Actualmente estoy preparando una antología de la poesía joven en que resaltan el gran número de poetas y la variedad de la producción.

VLADIMIR WISTUBA-ALVAREZ

Eduardo Falú: en el mundo y sus universidades

a Efraín Uribe,
de Puerto Montt

Eduardo Falú, guitarrista y trovador argentino (nacido en 1923 en la ciudad de Salta) ha tenido una brillante trayectoria artística desde que debutara en Buenos Aires en 1945. Ampliamente conocido en su patria y en el Latino América, es hoy uno de los máximos exponentes de la música popular del continente. Debutó en París en 1959 y desde entonces en numerosas giras posteriores ha logrado un sólido prestigio internacional. Sin embargo, sólo en los últimos años su característico estilo guitarrístico ha despertado un especial interés entre la comunidad mundial de la guitarra.

La vigencia de su estilo personal a nivel internacional se centra por una parte en la riqueza de géneros musicales «criollos» que Falú ha incorporado a su hacer musical, y por otra, en el plano específico de su original técnica guitarrística. Brevemente, podemos señalar a este respecto que Falú (al igual que otros representantes del llamado «estilo criollo», en especial, Atahualpa Yupanqui) utiliza una mezcla característica y original de dos grandes modos de articulación técnica. Uno es el que contiene la llamada articulación «punteada» y el otro, el que contiene la articulación «golpeada». Este no es en sí un fenómeno técnico reciente, sino por el contrario, de varios siglos de existencia. Ya en el siglo XVI los tratadistas de la música pa-

ra vihuela en España se refieren a la distinción entre «lo punteado» (en los géneros «cultos») y «lo golpeado» (en los géneros «populares», sobre todo en el acompañamiento de los Romances cantados). Son estas maneras de tocar las que tempranamente llegan a América y junto a diversos tipos de vihuelas se difunden por el continente durante la conquista, se enriquecen y desarrollan en la hibridez del «mestizaje cultural» incesante hasta nuestros días.

Eduardo Falú, como él mismo ha confesado, empieza desde muy joven a «guitarrear» oyendo y asimilando lo escuchado en su medio rural, viaja por la Argentina y escucha las distintas expresiones del folklore musical; no recopila, no apunta temas ni ritmos, sólo usa el maravilloso depósito de su memoria; y, sigue guitarreando. Esta es su primera «universidad» guitarrística; la segunda será la de los libros didácticos, que le informarán de la llamada «Escuela Moderna de la Guitarra» de Aguado y Tarrega; así conocerá el repertorio «clásico» y se fascinará con el virtuosismo carismático de un Andrés Segovia. Esta, su segunda «universidad» en el aprendizaje autodidacta, le dará una coherencia lógica a sus «punteos» escalísticos y melódicos, arpeggios y trémolos, junto con darle modelos armónicos y formales. La «otra», la primera «universidad», aquella de payadores y guitarreros criollos le

dará su identidad y siglos de tradiciones acumuladas en un modo de articulación arpeggiada (punteada) con reminiscencias de géneros improvisativos (como los derivados de la antigua Diferencia Española) y de recursos barrocos (el «bordoneo» en los bajos, y en la textura algo de la llamada «bordadura Barroca») más, dentro del modo «golpeado», un extraordinario arsenal de rasgueados y efectos percutivos (presentes *por natura* en géneros como el Malambo, la Chacarera), y, por último, (algo que para muchos intérpretes sigue siendo bastante «maravilloso») las artes para hacer unos pases mágicos y reducir cualquier formato instrumental solista o de grupo (como queñas, bombos, cajas, charangos, arpas y muy especialmente la entonación y las inflexiones de la voz en los fraseos de los cantos) al tamaño íntimo de su guitarra. Con estas fuentes troncales Eduardo Falú realiza una síntesis personal y original que constituye su estilo, como en su época lo hiciera el genial virtuoso paraguayo Agustín Barrios-Mangoré y como también lo ha hecho el legendario Yupanqui, quienes, a pesar de las diferencias audibles, creemos son «vinos de una misma cepa».

No es de extrañar, entonces, que Eduardo Falú en su última gira por países como Polonia, Alemania, Suiza, Holanda y Finlandia haya tenido una exitosa recepción. Fue durante esta gira que tuvimos la oportunidad de sostener con él la presente conversación.

—Hace cerca de veinte años usted grabó un disco junto a Ariel Ramírez y el conjunto Los Fronterizos. Ese disco se llamó **Coronación del Folklore** y tuvo la singularidad de reunir a tres de las figuras más destacadas de la música criolla argentina. Posteriormente Eduardo Falú siguió en «la huella» con una trayectoria ininterrumpida. Ya con una perspectiva de décadas ¿cree que la música que usted ha hecho y sigue haciendo tiene vigencia en la Argentina de hoy?

—Sí, claro. Hay cosas que están en la memoria de la gente. Están canciones como «Tonada del Viejo Amor», o como «El jardín de la República», que ahora canta Mercedes Sosa, y muchas cosas más. Pero en realidad uno hace una canción como si hiciera un hijo sin saber cómo va a ser; uno no lo puede predecir.

Si las cosas trascienden o no, corre por cuenta del pueblo. Si el pueblo las canta, esas canciones quedan en su memoria. Sucede que por ahí uno hace una canción a la que no le da mucho valor y de repente, prende en la gente. Nosotros hicimos cosas que pasaron a ser patrimonio folklórico como, por ejemplo: «Zamba de la Candelaria», por la cual yo no daba ni cinco. Con otras cosas, quizás más elaboradas, a las que yo les daba más valor, como «El sueño de mi Guitarra» y otras, no sucedió tanto.

—En una entrevista reciente usted señalaba que es un intérprete romántico que no ha priorizado el canto a la contingencia socio-política y que esto lo diferencia de Atahualpa Yupanqui. ¿Cuál considera que es su labor como trovador?

—Yo soy un intérprete de la música-folklore que utilizo, digamos, medios directos como son el canto y la guitarra. Entonces, en el repertorio tenemos versos cantados —aunque, yo personalmente no soy poeta— hasta cosas más instrumentales. Yo he trabajado con poetas como Alberico Mansilla, León Benavros, Manuel Castilla, Jaime Dávalos, Jorge Luis Borges y he escrito una pieza para el poema «Romance de la muerte de Juan Lavalle» de Ernesto Sábato. A textos de ellos les he puesto música, en total unas 150 canciones. Esos textos de ellos se refieren a la libertad del hombre; se refieren a la dignidad del hombre; a la explotación del hombre; al amor, la lealtad. Textos que se refieren a resaltar los actos heroicos y a los héroes en la lucha por la independencia y en la historia posterior, a resaltar la figura del Gaucho Pampeano y muchas cosas más. El hombre de su paisaje, dentro de su medio, los cantos que cuentan de la vida del hombre, de su vida, que narran todo lo existencial. Y los problemas sociales también están: una canción de un vendedor de diarios, una a los mineros de Potosí en Bolivia, a los trabajadores de la Zafra azucarera. Una canción para una vendedora de flores, otra, para el que conduce una jangada esa balsa típica del transporte maderero por agua en el litoral del Paraná. Pero, me cuido mucho de no ser panfletario; yo digo que los problemas sociales tienen solución; en cambio, los

problemas eternos del hombre como la libertad, el amor serán siempre las cosas fundamentales. Yo creo que lo más revolucionario en el arte es hacer algo de calidad.

—*Recién mencionaba a Jorge Luis Borges ¿podría contarnos algo?*

—Bueno, lo último que hicimos con Borges fue una milonga que se llama «Milonga del Muerto». Se conoció poco porque no dejaban cantarla en la época de la represión, de la guerra de las Malvinas, por ahí por el 82. Me acuerdo que fui a hacer una audición de televisión y ahí grabé la Milonga para un programa que se pasaría después. Pasaron las otras cosas de lo grabado, pero no la Milonga. Después, con el gobierno civil, se empezó a pasar todo.

Milonga del Muerto

(Jorge Luis Borges)
(fragmento)

*Lo he soñado en esta casa
entre paredes y puertas.
Dios nos permite a los hombres
soñar cosas que son ciertas.
Lo he soñado mar afuera
en unas islas glaciales.
Que no digan lo demás
la tumba y los hospitales.*

—*En muchas canciones de su repertorio el texto es de Jaime Dávalos ¿Podría referirse a él?*

—Bueno, Jaime es (debería decir era; él falleció hace un par de años) hijo de otro gran poeta que se llamaba Juan Carlos Dávalos y hermano menor de Arturo Dávalos. Yo era muy amigo de Arturo; él escribía versos humorísticos, picarescos, y Jaime escribía versos, poemas. Por esa época no se dedicaba a escribir textos para canciones. Y... una vez con su hermano Arturo hicimos una especie de proyecto de Zamba, en un lugar donde estábamos de fiesta, en el campo. Y luego la primera o la segunda copla de la Zamba se la hicimos escuchar a Jaime cuando fuimos a la ciudad, y él se entusiasmó y terminó, completó esa Zamba que se llamó «de la Candelaria», que habíamos hecho en la finca de los Marripes. Por eso dice: «*De poncho Marripes / entre tomar y obligar, / se nos va alegrando el vino / cantando la Zamba*

la Candelaria.» A Jaime esto le gustó y empezamos a producir, él dejó ya un poco la poesía y le interesó mucho el canto popular. Después le siguieron muchos otros que en un principio le criticaban, «ahora hacés Zambitas...» le decían y, ellos también lo harían más tarde y les gustaba ya que los conocían mejor por eso que por los libros que publicaban. Por una canción los conocían mucho más.

Con Jaime hicimos muchas canciones, él se nutría bastante de Neruda y de García Lorca; por eso, hay canciones como «Canto a Rosario» —que está en el disco que usted mencionaba— donde se dice: «*Rosa crispada, siderúrgica y obrera / en que amanece la conciencia del país / llevan los barcos en su entana la pradera / en la sonrisa proletaria del maíz / Toma esta espiga que te ofrece el canto mío / guardé en tu pueblo laborioso mi canción / que si me duele tu costero pobrerío / cuando al cantarle a tu río / siento verde el corazón.*»

Sus versos tenían ciertas imágenes y ciertas figuras y licencias poéticas mucho más evolucionadas que el canto «directo» que había entonces. Es decir se hacía pensar a la gente, había una evolución intelectual en los textos.

—*¿Y qué opina de las actuales corrientes en la música popular argentina?*

—Ahora están haciendo una especie de simbiosis, mezcla folklore-rock parece que el folklore sirve para todo, ellos le llaman Rock Nacional y yo creo que eso no es rock «nacional» porque sería como decir, o hablar, de una chacarera «británica», o un bailecito «finlandés», o una baguala «sueca». Los cultores de esta corriente son cultores del rock argentino pero, el rock por su origen no lo es. El rock parte con Elvis Presley y culmina con esa maravilla que fueron Los Beatles, luego ha habido otros. En Argentina lamentablemente los medios de comunicación son en su mayoría privados y privilegian demasiado lo anglo-americano. Sin embargo, yo creo que el mundo se está dando la contrapartida a lo eléctrico y el ruido, me parece que el hombre busca recogerse sobre sí mismo, sobre sus tradiciones, se está cansando del maquinismo.

—*¿Y en la música más cercana a lo folklórico?*

—Se están haciendo experimentos, por supuesto, ya no se trata del canto a la collita o del collita, de la pollerita y la arenita. Se hacen nuevas experiencias, todo esto es como una especie de cepa que da una uva y de esa uva se hace vino. Que lo harán de distintos modos, con mezclas, con injertos con otros vinos; sin embargo, creo que las esencias han de permanecer. Yo espero que se siga produciendo, en nuestra música hay un verdadero yacimiento para hacer cosas.

— *Quisiera formular la última pregunta con una constatación breve. En la soledad del hombre americano y también en los momentos de compañía, la guitarra a través de la poesía adquiere y expresa muchas veces una dimensión mítica. La guitarra: compañera, interlocutora del diálogo del hombre consigo mismo y con otros hombres. La guitarra como medio humanizado de lo germinal, telúrico, o bien, símbolo de la libertad individual y colectiva. ¿Qué representa para usted la guitarra?*

—La guitarra es un gran universo. Porque en ella convergen una cantidad de

cosas. La guitarra la usa todo el mundo como un elemento muy cercano al hombre, muy cercano al corazón del hombre que al tocarla física y espiritualmente tiene en ella un universo, donde como gotas vienen las inquietudes humanas, caen hacia la canción, hacia la guitarra para luego soltarse en forma de coplas de canto. El canto folklórico y la guitarra vienen del poder de la tierra, el hombre se nutre desde que nace con todo lo que va mamando de ella. Así, la guitarra es una fábrica de cosas importantes, en su mundo encuentran cabida todas las expresiones musicales de los pueblos. Yo a través de la guitarra trato de humanizar la música, por medio de los dedos, de las pulsaciones que parecieran prolongarse más allá de la punta de las yemas. La pulsación no sale estrictamente de las uñas, sino de la fuerza que se tenga en la sangre. Yo soy fundamentalmente un guitarrista, el canto es algo «extra», a través de las canciones he querido dar una mejor idea de la música popular de mi país y de Latino América pero, en verdad, la guitarra es para mí lo más importante.

Varia intención

TU NO MORISTE CONTIGO*

A finales de septiembre, en Perú, una maga me leyó la suerte. La maga me anunció: «Dentro de un mes recibirás una distinción». Yo me reí. Me reí por la palabra distinción, que tiene no sé qué de cómica, y porque me vino a la cabeza un viejo amigo del barrio, que era muy bruto pero certero, y que solía decir, sentenciando, levantando el dedo: «A la

corta o a la larga, los escritores se hamburguesan».

Así que me reí de la profecía de la maga; y ella se rió de mi risa.

Un mes después, exactamente un mes después, recibí en Montevideo un telegrama. En Chile, decía el telegrama, me habían otorgado una distinción (así decía el telegrama: «distinción», como la maga). Era el Premio José Carrasco Tapia. Yo salté de la alegría.

Ni la más mínima sombra de desconianza me oscureció la alegría porque ningún premio que lleve ese nombre puede servir para recompensar a los arrepentidos, a los domesticados, a los que dicen sí.

Y tampoco me oscureció la alegría la

* Palabras leídas en Santiago, Chile, el 19 de enero, al recibir el premio José Carrasco, instituido en homenaje al periodista asesinado por la dictadura de Pinochet en septiembre de 1986.

menor duda sobre la naturaleza misma del premio: yo sabía, yo sé, que no estaba siendo convocado a una ceremonia fúnebre. Habitamos un mundo que trata mejor a los muertos que a los vivos. Los vivos somos preguntones, y somos respondones, y tenemos otros graves defectos imperdonables para un sistema que cree que la muerte, como el dinero, mejora a la gente.

Nada que ver: éste es un homenaje a la pasión de vivir, iluminada por la viva memoria de un compañero asesinado, y ésta es una celebración de la alegría de creer en ciertas cosas que la muerte no puede matar.

El sistema, que nos quiere ciegos, que nos quiere mudos, que nos quiere sordos, no nos ayuda a vivir naciendo. El sistema nos entrena para vivir muriendo y para vivir matando: matando hacia afuera, porque todo prójimo es un competidor y un posible enemigo, y sobre todo matando hacia adentro, matando lo mejor que cada cual tiene vivo dentro de sí.

Cuando yo era niño los curas me asustaban con el diablo. Ahora creo que aquel diablo, aquel jefe de cocina del infierno, no existe. Pero en cambio tengo pruebas de que sí existe el diablo del miedo. El diablo del miedo se disfraza para engañarnos. El gran artero ofrece cobardía como si fuera prudencia y traición como si fuera realismo. Y hay que reconocer que bastante éxito tiene el muy ladino en nuestras comarcas. Ante el diablo del miedo hacen cola los que quieren entregar la libertad a cambio de la seguridad. Varias leyes nuestras llevan su firma inconfundible. Por ejemplo, la ley argentina que autoriza a torturar y a matar, siempre y cuando se haga por orden superior. Por ejemplo, la ley uruguaya que manda olvidar las torturas y los crímenes, siempre y cuando hayan sido cometidos por gente de uniforme. Estas son dos leyes de la impunidad del poder. La impunidad del poder induce a la pudrición general de las costumbres.

En dictadura o en democracia, en democracia o en democradura, el diablo del miedo no actúa solo. En Uruguay, al menos, yo lo veo casi siempre acompañado. Con él anda su socio, el diablo de la codicia. Este es otro diablo disfrazado. El diablo de la codicia comete sus felo-

nías en nombre de Dios y con la bendición del Santo Padre, que riega de agua bendita el afán de ganancia, la práctica de la usura y el derecho a vivir del trabajo ajeno.

El diablo de la codicia nos dice que si le vendemos el alma prosperaremos y llegaremos a ser como Hong Kong. El ha dictado la política económica que el régimen militar aplicó en mi país, y que el régimen civil ha perpetuado sin mayores cambios. Esa política económica condena a los trabajadores a vivir como faquires. El trabajo no vale nada, no hay plata que alcance, se hace el doble a cambio de la mitad. ¿Qué producen nuestro países? Brazos baratos. La realidad se vuelve chiste de humor negro:

—Hay que apretarse el cinturón.

—No puedo. Me lo comí ayer.

Además, esa política económica obliga a los productores a convertirse en especuladores. Tiempo de los ventajeros: para sobrevivir hay que avivarse. La sociedad se divide en jodedores y jodidos. Trabajar no es negocio, producir no es negocio, crear es delito. La dignidad no se cotiza en el mercado. La crónica social muestra a los tramposos del brazo de los verdugos. Turno de los camaleones: nadie ha enseñado a la humanidad tanto como estos humildes animalitos.

El sistema, que elige al revés, estimula a los copianderos y desalienta a los creadores, recompensa a los infames y castiga a quienes dicen lo que creen y a quienes creen en lo que hacen. Se eleva la picaresca a la categoría de doctrina económica y se la rebautiza pomposamente, con el nombre de modernización. Un amigo me decía el otro día que si seguimos así habrá que sustituir la estatua del general José Artigas, nuestro héroe nacional, en la plaza de la Independencia. En lugar de Artigas, decía mi amigo, habrá que poner al Lazzarillo de Tormes.

El reciente aluvión de firmas del pueblo uruguayo contra la ley de impunidad, que manda olvidar las atrocidades de la dictadura militar, implica una voluntad de justicia que va más allá del rechazo de esa ley. Las firmas también expresan, creo, la negación de todo un modo de vida fundado en el conformismo egoísta, el qué me importa, el qué le vas a hacer, el no te metas, el sálvese quien

pueda. El pueblo ha firmado contra los crímenes visibles del terrorismo de Estado, pero también contra los crímenes invisibles: para demostrar que están vivas, malheridas pero vivas, las energías nacionales de solidaridad, la capacidad popular de creer y crear, la peligrosa y maravillosa pasión de libertad.

¿No era ésta, también, la lucha del Pepe Carrasco? ¿No es ésta, salvadas las distancias de tiempo y de lugar, la lucha de todos los chilenos que aquí rompen lanzas contra el diablo de la codicia y el diablo del miedo?

Yo no soy chileno, pero es como si fuera. Mi canción preferida es una canción chilena, una canción que da gracias a la vida. Esa canción me mueve los labios cuando ando extraviado en los laberintos de la duda o el desaliento; y cantándola recupero el rumbo, y cantándola recupero las ganas de agradecer a la vida, que me ha dado tanto amor al vuelo y tanto odio a las jaulas.

Ese amor y ese odio forman la cara y la contracara de una misma certidumbre, más poderosa que la duda y el desaliento. Hay certidumbres, como ésta, que me encuentran cada vez que me pierdo y me levantan cada vez que me caigo. Se las debo a la gente que quiero. Se las debo a la gente que quiero me las regaló.

Yo no soy chileno, pero es como si fuera. Una de mis más invulnerables certidumbres es la certidumbre de que vale la pena morir por las cosas sin las cuales no vale la pena vivir. Y esa fe se la debo a un amigo chileno que se llamaba, que se llama, Salvador Allende.

Hoy nos hemos reunido para celebrar una certidumbre que desconcierta a los burócratas y a los generales. Los tecnócratas no la pueden descifrar, los mercaderes no la pueden comprar, los policías no la pueden vigilar. Hace poco, en la clausura de un congreso, yo intenté definir esa certidumbre con estas palabras: «Crear y luchar son nuestra manera de decir a los compañeros caídos: «Tú no moriste contigo».

No es una certidumbre que se refiera al Más Allá. Se refiere al más acá, se refiere a la alegría de la continuidad de la aventura humana en la tierra. Nosotros tenemos la alegría de nuestras alegrías, y también tenemos la alegría de nuestros dolores, porque no nos interesa la

vida indolora que la civilización del consumo vende en los supermercados, y estamos orgullosos del precio de tanto dolor que por tanto amor pagamos. Tenemos la alegría de nuestros errores, tropezones que prueban la pasión de andar y el amor al camino; y tenemos la alegría de nuestras derrotas, porque la lucha por la justicia y por la belleza vale la pena también cuando se pierde. Y sobre todo, sobre todo tenemos la alegría de nuestras esperanzas: en plena moda del desencanto, cuando el desencanto se ha convertido en artículo de consumo masivo y universal seguimos creyendo en los asombrosos poderes del abrazo humano.

Y aquí nos juntamos, y así nos juntamos. Y juntándonos decimos, al Pepe Carrasco y a quienes cayeron como él, en Chile o donde sea, a todos y a cada uno de los que se han jugado la ropa y la vida con la dignidad, les decimos: «No, no, no; tú no moriste contigo».

Eduardo Galeano

DESENTUMECIENDO LA CONCIENCIA UNIVERSAL

Todas las dictaduras de la historia no han podido, nunca, contra la voluntad creativa de los pueblos. Pueden, éstos, tener dificultades muy grandes para cambiar una situación concreta, pero su decisión de mostrar cómo querrían que fueran estos cambios, cómo ven y cómo desean el mundo posible más allá de sus sueños, es algo que a los regímenes reaccionarios les cuesta reprimir. Como no creen sino en el poder de la fuerza, les es difícil comprender el papel que juegan las ideas, y algunos de sus instrumentos: los libros. En Chile, por eso, a pesar de los tiempos de tinieblas, nada ha podido impedir que, en medio de la represión, se viva un auge en la producción editorial de oposición. Signo de ese fenómeno son algunos de los textos que publicamos a continuación. El primero de ellos, las palabras que, en forma improvisada, dirigiera al público congregado en la Sociedad de Escritores de Chile, la ilustre educadora Olga Poblete, el día en que se lanzaban públicamente dos libros publicados en Santiago, *Un*

mundo sin armas nucleares y Renovación en la URSS, ambos de Mijail Gorbachov. Es el que damos a continuación:

Hace unos dos o tres meses una muy querida amiga me llamó con urgencia, con el deseo de verme. Me encantan las llamadas así. Algunas son gratisimas. Una deja de ver a su gente y nos sumimos de nuevo en este magma espeso, que se espesa cada día, pero era muy grata la visita, y urgente también: porque ella me traía una petición.

Y me presentó esta colección de 28 documentos del Secretario General del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, Mijail Gorbachov, que a mí me parecieron un tesoro inaudito porque eran, los documentos que se habían elegido, de entre las múltiples intervenciones que ha hecho a nombre de su gobierno, los que representan el sentir no sólo del pueblo soviético, del mundo socialista, sino un sentir tan mayoritario en la Humanidad como es el anhelo de paz. Intervenciones hechas en el curso del año pasado, que fue por resolución de Naciones Unidas, «Año Internacional de la Paz».

Yo dudo que una, diría yo, no mayoritaria sino siquiera apreciable cantidad de chilenas y chilenos, en nuestro país, haya percibido un llamado o una invitación, a través de esta decisión de Naciones Unidas, de poder focalizar el problema de la paz. Este anhelo de la Humanidad de vivir en paz.

Digo que lo dudo porque nosotros vivimos sumidos en la muerte, en la incertidumbre, en el dolor, en el desconcierto... Entonces, como que se nos extiende esta visión, este convencimiento y pensamos que todo el mundo está así y entonces... para qué actuar. Y nos comenzamos a adormecer con la idea de que las cosas están tan mal y que así están en todas partes. Y la noticia que se renueva, que se renueva, del asesinato, del crimen, del atentado terrorista, en ésta y otras latitudes que nos bombardea en todos los instantes, que está presente constantemente, y son 14 años de repetir y repetir y repetir... Y encontrar todavía más maneras, verdaderamente fabulosas, porque nunca se nos

ocurrió que en la realidad pudieran existir recovecos del pensamiento como para crear todavía otros tormentos sobre la opinión general de esta nación.

Pasó el año de la paz. Muy pocos lo supimos. Y apenas recuerdo yo alguna débil ocasión en que alguien me llamó para preguntarme si yo podría ir a conversar un poco sobre este asunto de las armas nucleares. Ya no recuerdo si esto fue en marzo o en mayo del año pasado. Yo pregunté quién pedía esto. Y debo confesarles, porque todos llevamos una dosis de alienación adentro, debo confesarles que el primer impulso fue pensar: colegas, profesores. O a lo mejor, un grupo de estudiosos. Y la voz me dijo: «La estoy llamando porque hay un grupo de pobladoras. Son unos centros de mujeres que hemos estado organizando desde hace tiempo y queremos saber, y como Ud. ha estado en otro tiempo ocupándose de este asunto de la paz, nos dieron su nombre».

A mí me dio vergüenza, y simultáneamente, alegría. Me confortó. ¿De dónde le salió a este grupo de pobladoras este interés por saber algo de que es lo que ocurre en un mundo difuso, confuso y atormentado? ¿Y qué es lo que ocurre más allá de este territorio nuestro, que es un reducido pedazo de la superficie terrestre y que se ha convertido en la única y exclusiva realidad en que 12 millones de chilenas y chilenos nos estamos moviendo de un lado a otro?

Creo que esa fue la única ocasión en que me pidieron algo así. Porque las otras fueron conversaciones aisladas, sobre noticias de lo que estaba ocurriendo en relación con otras iniciativas en el mundo entero. ¡tantas iniciativas! Esas mujeres británicas que renovaron mes a mes su campamento alrededor de las bases donde se estaban montando los misiles de la OTAN. Les echaban abajo las carpas, las mojaban, las apaleaban, las destruían todo. A la semana, otros grupos llegaban, y empezaban a levantar sus carpas y rodeaban la base. Y así como eso, caravanas y una serie de movilizaciones que Uds. seguramente han leído en la prensa, en distintos continentes, no sólo en Europa. En Canadá, en EEUU y los australianos y su gran movilización contra las explosiones nucleares en el Pacífico y nosotros... nosotros

nos hemos olvidado que el Océano Pacífico no es únicamente este territorio acuático con muchos pescaditos y mucho marisco, que se puede comercializar con las grandes transnacionales que están sacándole al Tercer Mundo la savia de hoy y de mañana. Es decir, nos hemos olvidado que tenemos la más larga costa en el Océano Pacífico y que estamos en el Pacífico Sur, que no es cualquiera jugarreta en este momento, que marca el camino de la Antártica. Es decir, todo tiene una proyección de futuro.

¿Y cuántos son los chilenos que están conscientes de esto? ¿Cuántos saben la real importancia, más allá de que se compró un barco, más allá de que el almirante tal o cual diga algunas de sus groseras y ordinarias expresiones, más allá de eso?

Yo voy a repetir aquí un verbo que me gusta mucho en Gabriela Mistral y que se lo he leído en varias cosas que ella escribió, pero hace muchísimos años, cuando Sandino, allá en Nicaragua, en su quebrada, estaba librando la batalla de América Latina. ¡El gran Sandino! Ella escribía para Costa Rica, para *Repertorio Americano* y por allí, en dos notables reflexiones que hace sobre Sandino, usa un verbo que yo creo que Gabriela lo inventó para nosotros hoy. Porque ella apela a la conciencia de América Latina y dice: «¿Qué es lo que pasa? ¿Cuándo se va a *desentumecer* la conciencia de los pueblos latinoamericanos?». Y nosotros estamos bastante entumecidos.

Y con este problema de la paz es muy difícil llegar. No me costó nada con esas pobladoras de allá, de Maipú. No me costó nada que me entendieran. Pero hay otros grupos... Y a mí me ha tocado en otra ocasión también vivirlo, en que se levanta una mujer y dice: «Mire, no me venga a hablar a mí de bombas atómicas. ¡Ojalá me pusieran aquí mismo una, ahora, para que se acabe esta vida mía! A mí me fusilaron el marido, aquí tengo los dos chiquillos a cargo mío. No tengo donde ir a dormir.» Se queda toda la sala muda y la propuesta resolución que se pensaba que pudiera aprobarse, un llamado a esta necesidad de desarrollar una conciencia, una solidaridad siquiera con los que están librando la lucha contra los misiles, contra toda esa amenaza nuclear en el Viejo

Mundo... cae en el silencio. Es natural. Falta de información.

Por eso es verdaderamente notable el esfuerzo que hace esta joven editorial, LAR, por traernos a través de la palabra escrita de un líder de gobierno, el espíritu que a él lo anima, así como el espíritu renovador que anima a una considerable cantidad de soviéticos en estos tiempos. Y uno lo percibe como un hilo conductor a través de estos documentos, que son declaraciones, que son notables cartas. Cartas a «Los Seis» (jefes de gobierno de Argentina, México, Suecia, Zambia, India, Yugoslavia), que han tomado iniciativas durante el Año Internacional de la Paz, en relación al problema nuclear, Carta al grupo de Harare, (Harare es la capital de Sudafrica, la antigua Rhodesia, hoy un Estado africano independiente), a los no alineados. Voces que se alzan contra la idea de la utilización de la vida humana, no para que prospere y se desarrolle sino para domesticarla, usarla para continuar dirigiéndola hacia propósitos en que el individuo no tiene ningún derecho a participar y opinar.

Hay otros documentos. Las declaraciones de Mijail Gorbachov, a la prensa después del Encuentro de Reykjavik, el año pasado, 48 horas de agitada discusión entre los soviéticos y norteamericanos, entre Reagan y Gorbachov y que él relata en seguida. Muy directamente se dirige a todos los periodistas de la prensa mundial que allí estaban y comenta. Después, del informe al Comité Central y se dirige al pueblo soviético. Y así otros documentos, con todo lo cual se compone un verdadero mural, un fresco de lo que él plantea, del problema de la paz cuando estamos apenas a 12 años y seis semanas de años 2000. ¡Y lo digo con énfasis! No voy a ver el 2000. No importa. Lo digo con énfasis porque yo sigo creyendo en el futuro y los que están luchando por la paz son las gentes que tienen aún la fe —el convencimiento, el valor, la decisión, la voluntad de que este mundo desordenado, enardecido, con cincuenta mil problemas que desembocan en este fin de milenio, no puede volver al imperio de la ley de la selva para resolver los problemas.

Porque entonces lo único que cabría es que estallaran las armas nucleares,

las cincuenta mil ojivas nucleares, y nos volatilizaríamos de una vez por todas. Pero si tenemos confianza en lo que es el ser humano, en lo que este ser humano es capaz de dar, de crecer, de descubrir, de inventar, de crear; si tenemos confianza en que las ideas valen y perduran... Y como decía Frédéric Joliot-Curie: «Las ideas viajan sin pasaporte.» Pero de esto hay quienes están convencidos que no. Que sólo sus ideas deben ser válidas y aceptadas.

Por eso es tan reconfortante, cuando los pueblos de Europa se ven amenazados por el nuevo armamento de la OTAN, por la nueva tecnología de la muerte, esta verdadera congoja, y esta lucha de ellos... Y lo mismo se da en EEUU y en otros países. Porque allí se han estado instalando y ellos tienen el convencimiento de que Europa occidental es la primera parte del planeta que desaparece, de haber un enfrentamiento. Imagínense Uds.: después de tantas guerras, después de la II guerra mundial que barrió con cuanto tesoro cultural; después de tanto esfuerzo por que los pueblos de Europa han vuelto a recuperar sus monumentos, a desenterrar los museos que están escondidos, a rescatar lo que quedaba de la cultura y a seguir creando... Bastaría una sola de las actuales bombas, veinte veces más potentes que la de Hiroshima, para destruir un área inmensa. Se trata de megatonas, de millones de toneladas de explosivos. Y una sola de las bombas nucleares actuales tiene más poder destructivo que todos los bombarderos utilizados durante la II guerra mundial. Esta no es una afirmación tremebunda. Está sacada de documentación bastante seria sobre los peligros de la guerra nuclear.

Entonces, esa es la locura. Y se explica la voluntad que existe en grandes sectores de la Humanidad por esclarecer este asunto y porque la voluntad de vivir se imponga sobre la voluntad de destruir, de aniquilar, y de empequeñecer cada vez más esta cosa tan maravillosa que se llama el ser humano con todas sus posibilidades.

Esto se ve claro en esta serie de documentos *Un mundo sin armas nucleares*, porque la proposición que hizo la URSS en enero de 1986 fue ésa: lleguemos al año 2000 sin armas nucleares,

sin armamento convencional, sin armas químicas, sin armas bacteriológicas... Hay que borrar toda la plaga de la tremenda amenaza que se cierne sobre la Humanidad. Y éste es el tono de todos los documentos, discursos, intervenciones, que vienen en esta colección que publica editorial LAR.

Para la gente que en verdad se inquieta frente a este problema, es una lectura reconfortante. Además, uno goza el lenguaje. El lenguaje de un líder político, líder de la mitad de la Humanidad, del mundo socialista, que se refiere a los problemas políticos con una argumentación nueva y un lenguaje nuevo, sin estridencias, sin consignismos. Un lenguaje claro, volviendo a entender y a devolverle al *poppolo minuto*, al pueblo sencillo, lo que siempre le ha pertenecido, la idea de la vida y la idea del proyecto de vida que él tiene.

Olga Poblete

CHILE EN SU PENSAMIENTO

(Presentación del libro El pensamiento en Chile. 1830-1910).

Se ha señalado que hablar de una historia intelectual de América Latina obliga a una justificación previa, casi defensiva. Y esto porque se cree que esta América es una tierra muy fructífera para la historia social o económica, pero no, en cambio, para la historia intelectual. El cuestionamiento ha despertado incluso la sospecha sobre la existencia misma de una cultura con personalidad propia.

Como resultado quizá de esta aprensiones, nuestros intelectuales en Chile han aportado poco a la tarea de definir los lineamientos centrales de una historia del pensamiento con sentido propio, contada desde dentro y a partir de los problemas más ingentes que hemos tenido que afrontar. Esta preocupación no ha alcanzado el nivel de la historiografía político-institucional o económica en Chile.

La presente tarea ha sido reemplazada muchas veces por respuestas simples a problemas que son muy complejos. Algunas de éstas han podi-

do apoyarse en autores tan importantes como impactantes. Es sabido que Hegel se preocupó de la historia de América aduciendo que esta «no es más que un eco del Viejo Mundo y la expresión de una vitalidad ajena».

Síntoma de lo que decimos son los currícula de filosofía e historia de las universidades chilenas: la historia de las ideas en Chile, concebida como disciplina autónoma, ha sido prácticamente ignorada o soslayada, sin que hasta ahora se vislumbre ningún correctivo curricular. Otro tanto ocurre con la historia del pensamiento latinoamericano.

En la mayoría de los textos sobre estos temas se advierte rápidamente que ni las periodizaciones propuestas son el producto de una reflexión *ad-hoc* ni son suficientes los registros —por exhaustivos que sean— de obras, autores o hechos intelectuales. En ambos casos, queda la impresión que no se ha sabido captar *procesos* o *dinámicas*, es decir, complejos esfuerzos de estructuración ideológica, determinados por condiciones históricas y sociales propias e intereses específicos.

Tenemos que denunciar que, en vez de acceder al lugar donde se cocinan nuestros sentidos (para desde aquí especificar una metodología de análisis), hemos quedado obnubilados por los modelos, o acomplejados por no entregar un aporte original —según se dice— al concierto universal de las ideas. Creo que es importante superar el quietismo que genera un comportamiento enajenado.

El texto: *El pensamiento en Chile, 1830-1910*, publicado por el Centro de Estudios Latinoamericanos (CEL) y Nuestra América Ediciones (1987), no tiene la ambición de responder prácticamente al reclamo formulado. Es obvio que lo expresado representa una tarea larga y colectiva, que requiere de múltiples «ensayo y error». A sus responsables no les mueve tampoco ningún complejo adánico. Nos sentimos más bien parte de una tradición latinoamericana y chilena que ha empezado ya un camino de indagación que es preciso continuar.

Nuestro objetivo ha sido trabajar algunos autores significativos del período indicado en el título del libro. Así, Mario Berríos, filósofo, se interesó por

Andrés Bello y su aporte a la construcción de la nación, estableciendo un contrapunto con la figura de José Miguel Infante. María Angélica Illanes, historiadora, relevó el carácter ético-mítico del discurso militar-liberal de Pedro Godoy. Carlos Ossandón, filósofo, precisó la política latinoamericana de Francisco Bilbao, tan igualmente romántico como libertario. Javier Pinedo, literato, expuso algunas constantes de la visión de Chile de Vicente Pérez Rosales, en el marco del proyecto modernizador. Eduardo Devés, filósofo, indagó en las categorías del pensamiento social de Fermín Vivaceta y del mutualismo en la segunda mitad del siglo XIX. Emilio Moyano, sicólogo, hurgó en el ideario político y educacional de Valentín Letelier. Ximena Cruzat y Ana Tironi, historiadoras, precisaron las distintas posiciones respecto de la denominada «cuestión social» a comienzos del siglo. Con este trabajo se completa el texto que presentamos.

El propósito es que esta visión de Chile, que va desde Andrés Bello y alcanza a Luis Emilio Recabarren, colabore a comprender aspectos relevantes de nuestro desarrollo ideológico.

Carlos Ossandón B.

REPORTAJES CONTRA EL OLVIDO

Se ha hablado mucho, todos estos años, de los innumerables títulos escritos en el extranjero sobre el drama chileno; está llegando la hora de aludir al fenómeno de los muchos libros que empiezan a escribirse y publicarse dentro de nuestras fronteras. El asunto se está convirtiendo cada día más en un deber moral para la sociedad sometida a prueba tan tremenda. Lo fue, desde luego, desde el instante mismo en que estalló la tragedia. Pero hubo años de silencio, oscuros, «años de ratas», como dijera Neruda en el *Canto General*, refiriéndose a los tiempos de la represión de González Videla. (En relación a la magnitud de las atrocidades los tiempos de la dictadura actual merecerían una calificación proporcional. Tal vez la expresión «años de hie-

nas» o «años de chacal» sería más acertada).

Hubo una época en que las revelaciones sobre lo que sucedía dentro de las tinieblas impuestas por el régimen vinieron desde fuera. Pero, afortunadamente, la lucha del interior fue horadando con los años la piedra y abriendo paulatinamente un espacio en que, no sin dificultades, la verdad ha empezado a asomar su cabeza, arriesgando las arremetidas represivas siempre imprevisibles de la dictadura. Los periodistas ejercen en Chile una de las profesiones más peligrosas. Durante 1987 han sufrido toda clase de persecuciones. Procesos contra Felipe Pozo, director del diario *Fortín Mapocho*, y contra uno de sus reporteros, Gilberto Palacios; otro proceso, también, con Marcelo Contreras y Sergio Marras, director y subdirector de la revista *Análisis*. Las razones: ofensas a las Fuerzas Armadas y a Pinochet, que se han convertido, por supuesto, en entes intocables. Otro juicio: el que se siguió contra Juan Pablo Cárdenas, director de *Análisis*, que le significó una condena de 541 días de prisión nocturna (una originalidad que ha descubierto la «justicia» del régimen). El año 88 ha comenzado sin que la fobia contra los periodistas haya disminuido. Le ha llegado su turno a la hasta ahora virtualmente intocable revista *Hoy*: su director, Abraham Santibañez, y uno de sus columnistas, Alejandro Guillier. La razón casi no necesita decirse: ofensas a las sacrosantas Fuerzas Armadas.

Corriendo todos los albueros, los periodistas chilenos —y entre ellos, mujeres de claro talento— han osado levantar el velo de lo prohibido, destapar terribles atentados contra la vida humana cometidos por el sistema.

Como en la caudalosa bibliografía extranjera, las obras espigan en los diversos campos de la investigación, en distintos géneros, cuya suma va configurando la revelación de la realidad chilena sometida al más violento trauma de su historia en todos los órdenes.

Además de los aportes de tipo teórico, universitario, en ciertos casos con pruritos académicos y hasta eruditos, surgen, cada día con mayor abundancia los grandes reportajes, abarcadores de un drama determinado, en el cual siem-

pre puede leerse la radiografía inhumana del régimen.

Entre las últimas obras de este tipo publicadas en Chile cabe destacar *Crimen bajo Estado de Sitio* de María Olivia Monckeberg, María Eugenia Camus y Pamela Jiles, documento muy notable que detalla a fondo las muertes por degüello de José Manuel Parada, Manuel Guerrero y Santiago Nattino.

Luego apareció *José Carrasco, asesinato de un periodista*, de María José Luque y Patricia Collyer.

Adviértase que estas dos obras son escritas por cinco mujeres, que combinan el coraje y la maestría. Porque contar la verdad en Chile continúa siendo una forma de heroísmo.

Tales reportajes de gran formato han sido publicadas por Editorial Emisión, que recientemente, en mayo, lanzó el libro *Bomba en una calle de Palermo*, cuyos autores son dos conocidos periodistas vinculados a la revista *Análisis*, Edwin Harrington y Mónica González. Esas 500 páginas documentan todo lo que se sabe sobre el asesinato del General Carlos Prats y de su esposa Sofía.

Las investigaciones exhaustivas de los crímenes son tanto más necesarias en Chile en esta época en que los tribunales de Justicia están atareados echando tierra a los delitos y negándose a substanciar los procesos. La labor de hormiga realizada por los autores de estos libros constituirán piezas indispensables en los juicios que se incoen mañana, cuando haya justicia en nuestro país. Jueces justos encontrarán en sus páginas mucho trabajo adelantado, un material precioso que facilitará enormemente su cometido de juzgar y condenar a los culpables.

Hay en toda esta situación un hecho muy resaltante que habla de las dificultades con que chocan los asesinos a nivel de Estado para encubrir todos sus crímenes. El caso de Hitler y del sistema nazi es aleccionador. Mantuvo durante un tiempo en el misterio los pormenores sobre los campos de concentración. La verdad aterradora vino a descubrirse integralmente tras la caída del Tercer Reich, y los más connotados jerarcas nazis fueron sentados en el banquillo en el proceso de Núremberg por crímenes contra la humanidad y ahor-

cados por disposición del tribunal compuesto por magistrados británicos, franceses, soviéticos y norteamericanos.

¿Qué pasará en Chile en esta materia? ¿Habrá justicia? No habrá ni un átomo de ella mientras subsista la dictadura. ¿Y después? Todo depende de la fórmula de reemplazo. Un pinochetismo sin Pinochet no permitirá ningún esclarecimiento serio. En Chile la lucha por la democracia y la libertad se funde con el combate por la justicia y la verdad. Libros como estos reportajes que dejan al descubierto la maraña oculta de tantos delitos constituyen un aporte preestablecido a la pesquisa, la investigación y el juicio que la sociedad chilena deberá realizar en el futuro.

Víctor Valentín

DAVID Y LOS TAMARUGOS

(Extractos del discurso de presentación del libro «Los dibujos de David Baytelman»)

Mis primeras palabras son para nuestro David, para expresarte mi alegría de que estés por fin en este Chile amado. Sabemos cuánta falta te hacía este paisaje, el sonido amable y cantadito de nuestro lenguaje, estos rostros que hoy te acompañan.

Qué larga, difícil y dolorosa espera. El fascismo, fiel a sus principios, se ensañó contigo, pero el amor fue más fuerte. Hombres y mujeres de buena voluntad, organizaciones sociales y políticas, nacionales e internacionales, hicieron causa común, doblegaron la voluntad del dictador y te regresaron a esta tierra que caminaste tantos hermosos años a pleno campo, ansioso, decidido, creativo, planificando la bienaventuranza de nuestra agricultura.

Me ha emocionado profundamente tu petición de que presente este libro con tus dibujos. Todos saben que de arte muchos podrán hablar con propiedad y sabiduría que yo no tengo. Por ello, este deseo de David y esta presentación mía está enraizada en nuestra vida de luchadores, en la mutua valoración como camaradas, en el incansable batallar de

cada día por lograr para Chile una vida democrática que dé pan, trabajo, justicia y libertad para su pueblo.

En este derecho y deber de luchar por una vida más justa nos conocimos por el año 1958 en la segunda campaña presidencial de Salvador Allende. Recuerdo la creación de OCEPLAN, en la cual David jugó un papel fundamental en la definición de la política agropecuaria que levantaría la candidatura popular.

Nos hemos querido no sólo compartiendo el trabajo incesante de las tareas sociales, sino también en el descanso, en el encuentro familiar y en el gran dolor del exilio. Allá en Holanda, donde ambos anclamos nuestras vidas junto a cientos de compatriotas. Qué agradables se hacían los momentos en que por alguna razón solidaria nos encontrábamos. Llegabas desbordando cariño y tus manos asumían con naturalidad esa empresa de repartirlo. Gozosos de tu conversación nos regresábamos, sintiendo la relajada sensación de que un bálsamo invisible nos había penetrado el alma mitigando esa nostalgia áspera que vivíamos.

Nos hemos hecho viejos, pero no nos hemos marchitado, y he aquí que a David le florece con esta primavera un libro cuajado de impresiones maravillosas, cada una con un significado, con una sensación diferente, con una valoración distinta, todas, sin embargo, hijas de una misma voluntad, de un mismo amor, de una misma lucha.

Este libro fue cultivado, para hablar en términos agrarios, en tiernas ajenas y disímiles. Sus dibujos son el fruto tangible que nos entrega David de su exilio, de su peregrinaje pedagógico por tantas naciones que acogían agradecidas su aporte profesional.

Nos hubiera gustado que en el libro estuvieran también sus anteriores dibujos, aquellos que nos habrían transportado a su paso por la universidad, al proceso de la Reforma Agraria, a los mil días de la Unidad Popular. Esos dibujos fueron quemados junto con miles de libros en la misma hoguera en que se consumía la institucionalidad democrática del país, en la misma hoguera en que, al decir de un poeta, este autoproclamado mandamás, caporal, cabecilla del estado y matón de barrio ha pretendido

incinerar los anhelos democráticos de los chilenos.

Si quisiéramos hablar de la historia profesional de David Baytelman, sería una tarea en extremo extensa. A grandes rasgos, diremos que estudia en el Instituto Nacional, donde Roberto Parada fue su profesor de Inglés. Alumno y profesor se transforman en amigos y compañeros de toda una vida. Luego entra a la facultad de Agronomía, donde en 1949 obtiene su título de Ingeniero Agrónomo en la Universidad de Chile. Años más tarde volverá allí como profesor de la Política Agraria. Van sumándose, luego, nuevos estudios, nuevos diplomas, congresos, seminarios, conferencias, trabajos, investigaciones, publicaciones de su especialidad en Chile y en el extranjero. Su afán, su necesidad de superación no se agota.

Desterrado, llega a París, pero finalmente vive su exilio en Holanda, y continúa allí su actividad infatigable.

Profesor en el Instituto de Ciencias Sociales de La Haya, asesor de la Presidencia de México en la creación de su programa alimentario, Comisionado por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Holanda a Kenya, comisionado por la OIT a cargo del Sector Agrario en Portugal, son, entre muchas otras, las responsabilidades que asume con ese vigor y entusiasmo que todos le conocemos.

Su vida profesional, su participación en la Reforma Universitaria, su papel fundamental en la Reforma Agraria, su conducta humana lo definen hoy como un hombre comprometido con su pueblo, con sus nobles anhelos.

Al hablar de David Baytelman, un aroma de tierra mojada me refresca el olfato, se hace tenue el ruido estrepitoso de la ciudad para descubrir el rumor de las hojas, el canto casi olvidado de los pájaros, el silencio. Me recrea la vista una sucesión de cerros, plantíos, hombres y mujeres campesinos revoloteando los campos abundantes de trabajo, escasos de alegría, sombríos de infortunios, porfiados de esperanza.

Desandando estos años amargos veo su rostro radiante, siento su férrea voluntad unida al pueblo y a su gobierno de entonces.

En el libro de David encontraremos los testimonios de quienes le conocieron en diferentes etapas de su vida. Todos ellos coinciden en destacar su calidad humana, sus valores intelectuales, sus principios inculcables. Recojo las palabras de Armando Jaramillo: «Jamás un sectarismo odioso, siempre una conducta eficiente y positiva.»

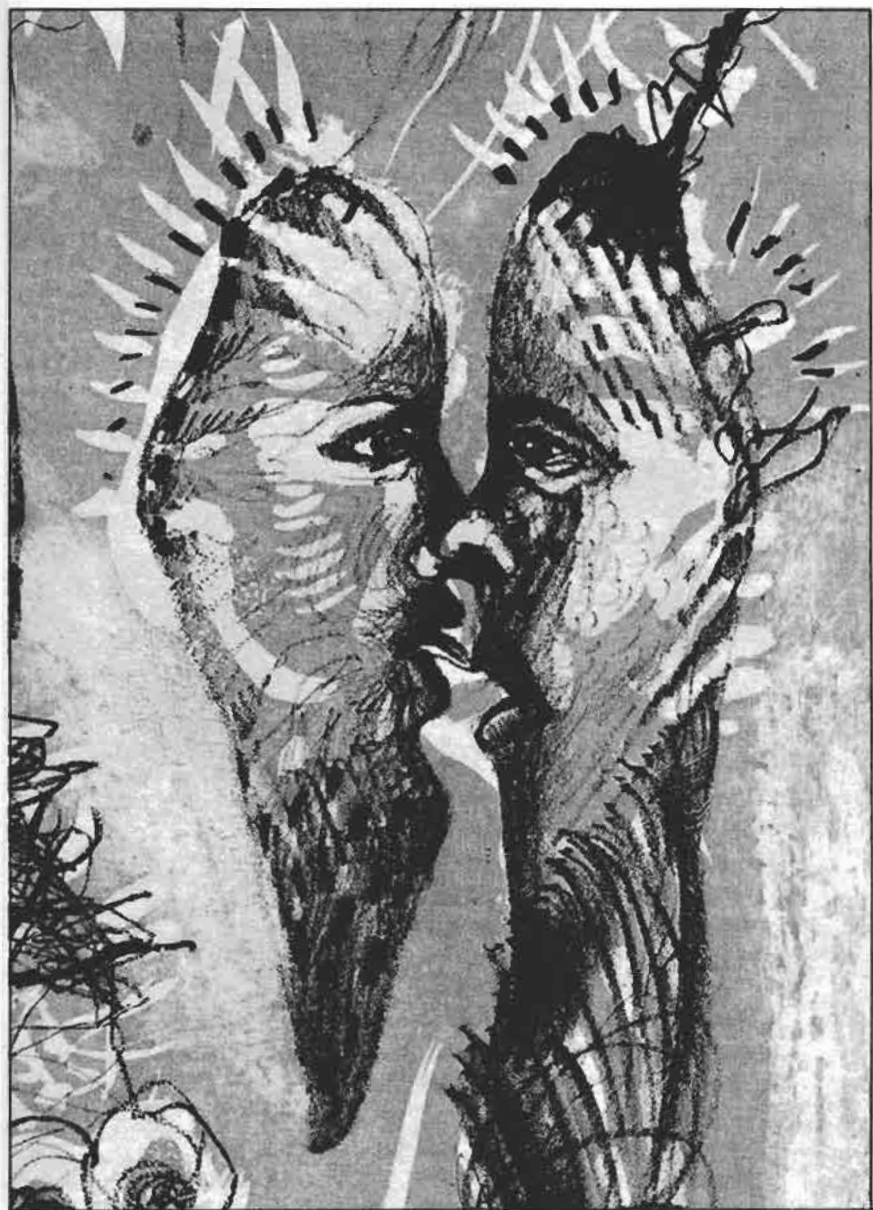
Hay un testimonio que no aparece en este libro, un testimonio de amor a toda prueba, el de una mujer que ha sido forjadora invisible de esta edición. Hablo de Valeria Luco, su valerosa compañera, pujante, tierna. A veces el amor suele ser tan profundo que nos compenetra con el otro, con sus inquietudes y sus deseos. Es el caso de Valeria.

En los caminos recorridos de vuelta de mi relegación me sorprendió en pleno desierto un estallido de verdores, una alfombra vegetal desplegada sobre el amarillo empedernido de nuestro Norte. El vaivén del vehículo que me transportaba acunó mis recuerdos de cuando, hace ya muchos años, jóvenes profesionales idealistas y confiados en el futuro, asumían la tarea pionera de reforestar el desierto, y plantaban en Canchones, lugar por donde pasé de regreso de mi confinamiento, miles de pequeños tamargos, para refrescar el aire y la vida seca del pampino, para alimentar su ganado y alimentar así a sus hijos.

En aquel grupo de jóvenes de entonces, con el empeño, la cordialidad y capacidad de trabajo que le conocemos iba David Baytelman. Y allí están hoy los tamargos, como grandes libros con sus verdes hojas abiertas hacia las arenas nortinas.

Qué bien puesto tienes tu nombre, David ¡Cómo has vencido gigantes! ¡Cómo los sigues venciendo!

Julieta Campusano





ENSAYO

Nathaniel Davis

Los dos últimos años de Salvador Allende

Plaza y Janés ed., Barcelona, 1986.

Una inimaginada preocupación en torno al caso chileno se produjo en Estados Unidos a partir del 11 de septiembre de 1973. La investigación del Senado abrió un camino seguido luego por autores como Dinges, Landau, Seymour Hersh, que analizó a fondo la política de Kissinger, Propper y cientos de ensayos y reportajes que probaron de modo irrefutable la participación norteamericana en el derrumbe de la democracia en Chile.

Al día de hoy, si bien es bastante lo que se sabe, pareciera ser más lo que aún se ignora de tales actividades subrepticias y la participación que en ellas tuvieron civiles y militares chilenos.

¿Terminó realmente el «Track II», después del asesinato del general Schneider en octubre de 1970? ¿Existió un «Track III» ultrasecreto que permitiría conocer detalles recónditos de la trama conspirativa? ¿Cuáles fueron los nexos entre los agentes estadounidenses y los conspiradores chilenos? ¿Cuál fue la coordinación entre la CIA y los militares brasileños en apoyo al golpe fascista en Chile? son —entre muchas otras— preguntas que todavía esperan respuestas.

No sorprende, entonces, que el último embajador norteamericano ante el gobierno de Allende haya esperado doce años antes de entregar un testimonio de su misión en Chile. Mal que mal Nathaniel Davis, abogado y diplomático de extensa y sugerente trayectoria, fue uno de los protagonistas de un drama que golpeó fuerte la conciencia norteamericana. «El asunto chileno todavía produjo otra sacudida sobre nuestra caída en desgracia, con mayor carga de culpa que muchos de los problemas anteriores, porque Salvador Allende era más popu-

lar que Arbenz, Bosch, Lumumba o Mossadegh. La visión de Allende era más seria porque evocaba un cierto compromiso» escribió el ex embajador.

La significación de lo sucedido en Chile —la muerte de Allende y el sacrificio de miles de hombres y mujeres, la destrucción de la democracia y la implantación de una dictadura terrorista— obligaba a extremar la cautela. Y hacerlo a fondo, porque el recuerdo de su actuación en Santiago lo siguió a todas partes, a través de los ascensos que se le prodigaron en obvia recompensa por un trabajo bien hecho.

Es comprensible que el libro de Nathaniel Davis resulte frustrante para quienes esperaban revelaciones más o menos espectaculares.

Es frecuente que el trascurso del tiempo permita afrontar la narración e interpretación del pasado con más aplomo y penetración, gracias a las investigaciones y elaboraciones anteriores. Lo central, sin embargo, son las líneas de fuerza que reflejan los intereses de quienes escriben la historia ya sea como ensayistas, como historiadores profesionales o como simples memorialistas.

En este caso, el autor no sale del marco dado por lo que se sabía (o, se había descubierto) hasta el momento de escribir la obra. Dentro de ese límite, maneja con destreza la abundante documentación consultada y rebate, dentro del juego, aquello que lo pone en mala posición o afecta lo medular de la política de su gobierno y abunda en lo que podría favorecerla. Uno de los protagonistas del drama se las arregla así para aparecer como borroso comparsa que despliega un relato minucioso, entre testimonial y monográfico, donde lo más significativo parece ser lo que se calla.

Escrita con agilidad no exenta de humor, casi desdibujados en una deficiente traducción española, la obra es una historia del gobierno de Allende hecha desde el punto de vista oficial norteamericano. Pretende, sobre todo, aminorar el impacto de la formidable crítica liberal al intervencionismo imperia-

lista de Estados Unidos; a las operaciones secretas de la CIA y la man-obra del Pentágono.

«Deberíamos avergonzarnos que el temor silencie los razonamientos. Deberíamos preocuparnos de que los servidores públicos no fuesen puestos en la piqueta, ya sean Edward Korry, Charles Meyer, Richard Helms, William Colby o nuestros profesionales del Servicio Exterior; como en el viejo dicho debemos promover la tarea de alzar nuestras voces un poco menos», aconseja con tono edificante el ex embajador a sus compatriotas, agregando que los acontecimientos del mundo «nos han llevado a exagerar nuestro papel en la tragedia de Chile».

Con este enfoque aparecen, sin embargo, en el relato apreciaciones que por provenir de Davis adquieren una connotación especial, tales como el reconocimiento al carácter democrático del gobierno de Salvador Allende, condenado desde sus inicios por Nixon y Kissinger porque representaba, según ellos, «un peligro mayor que Cuba»; la viabilidad del régimen popular en términos de su origen en una coyuntura determinada y su desarrollo antes de ser acorralado por sus adversarios y sus propios errores; la política exterior del gobierno chileno dirigida a evitar un enfrentamiento con Estados Unidos, en una orientación pluralista y no alineada.

Pero lo dominante es un enfoque en que no interesa profundizar más allá de la apariencia. «El golpe que realmente triunfó — escribe Davis — se fraguó al parecer, lentamente, regado por tormentas y borrascas de contiendas políticas, violencia paramilitar, huelgas y declive económico. También los contactos y asociaciones entre los oficiales que finalmente llevaron a cabo el golpe de septiembre parecen haberse desarrollado lentamente como si los acontecimientos y los encuentros *casuales* hubiesen atraído a estos hombres entre sí» (el subrayado es mío H. S.).

Con todo detalle analiza las versiones de la muerte de Allende y concluye que se trató de un suicidio. Explica también, aunque sin gran rigor, lo sucedido, según él, con Charles Horman, cuyo caso inspiró la película *Missing*; sostiene que la embajada hizo lo posible por salvar de

la muerte al joven norteamericano asesinado por los fascistas porque conocía la participación de agentes militares de su país en la ejecución y dirección del golpe.

Es verdad que a veces el gobierno de Estados Unidos realiza operaciones «encubiertas», sin conocimiento de sus embajadores que son, de este modo, cómplices involuntarios de las maniobras sigilosas de Washington. En el caso de Chile, debería descartarse esa posibilidad, tanto por la importancia que tuvo nuestro país en el contexto global norteamericano, que llegó a provocar los frenéticos intentos desestabilizadores de septiembre-octubre de 1970 como por la considerable calificación profesional de Nathaniel Davis. Experto en política de Europa del Este, luego de haber servido en Bulgaria y Checoslovaquia, fue enviado como embajador a Guatemala, cuando recrudecieron las acciones terroristas de la «Mano Blanca» y otras bandas asesinas. Siete semanas después del golpe en Chile, Davis fue nombrado Director General del Servicio Exterior norteamericano y, al poco tiempo, Subsecretario de Asuntos Africanos, cargo que se ocupaba entonces de la desestabilización en Angola; finalmente, culminó su carrera diplomática como embajador en Suiza, centro neurálgico del espionaje mundial. Un curriculum semejante hace inverosímil la ignorancia del embajador Davis y, obviamente, su candor.

Diplomático hábil, Nathaniel Davis cumple su papel hasta el final y realiza inteligentemente con su libro una última tarea de «desinformación» que no debería sorprendernos. Menos aún cuando se advierte el deseo norteamericano de aparecer cuestionando a Pinochet y, por lo mismo, disminuir drásticamente el perfil que tuvieron sus acciones de intervención contra el gobierno de la Unidad Popular.

Las respuestas a las preguntas pendientes no vendrán, sin duda, de personas como el embajador Davis. Las darán investigadores objetivos y también testigos dispuestos a jugarse por la verdad histórica.

Jorge Vera Castillo (Ed.)

La política exterior chilena durante el gobierno del Presidente Salvador Allende (1970-1973)

Ediciones IERIC, Santiago, 1987
575 pp.

Partidarios y detractores, estudiosos de la Unidad Popular se enfrentan en una polémica que dura ya catorce años y que previsiblemente, continuará a medida que aparezcan nuevos elementos de hecho y se postulen lecturas inéditas para el período. Aunque más escasos que los estudios globales, trabajos específicos sobre diferentes áreas del gobierno de Salvador Allende han empezado a publicarse con cierta frecuencia.

En unos y otros, la mayor dificultad parece provenir, más que de la falta de documentación, de la complejidad que existe para armonizar lo estructural y lo contingente, lo interno y lo exterior, de Chile de comienzos de los años 70. Problema resuelto con brillo por Clodomiro Almeyda en un trabajo titulado «La política internacional del gobierno de la Unidad Popular» escrito en 1986, en Berlín, especialmente para el libro que ahora comentamos.

Se trata de un denso volumen de casi seiscientas páginas de amplio formato editado por el Instituto de Estudios de las Relaciones Internacionales Contemporáneas (IERIC), organismo privado de análisis e investigación. El libro contiene, además del aporte del ex Canciller Almeyda, los materiales de un Seminario sobre el tema realizado en diciembre de 1985. Más de doscientas cincuenta páginas de discursos, declaraciones, mensajes y anexos hacen del libro una estimable fuente de consulta.

Hay consenso en destacar la habilidad y coherencia de la política exterior de Allende que evitó el riesgo permanente de aislamiento y obtuvo, además, logros importantes. «Dentro de los parámetros en que necesariamente debió desenvolverse la política internacional del gobierno de la Unidad Popular, cumplió con su tarea principal de viabilizar el proyecto revolucionario chileno en lo que dependía de su contexto externo. Y se cumplió también, si se tiene en cuenta la primacía estratégica concedida a la ta-

rea de viabilizar el proyecto revolucionario interno, con su objetivo de respaldar a las fuerzas progresistas del mundo...» escribió Almeyda. Fue una política audaz, no alineada, internacionalista y latinoamericana que concitó voluntades favorables de regímenes de muy distinta orientación que incluso se proyecta hasta hoy en la solidaridad con la lucha de los chilenos. Y que contrasta con el «frente externo» de la dictadura, asediado por el repudio internacional. La obra incluye, aparte del excelente estudio aludido, intervenciones de Aníbal Palma, Felipe Herrera, Humberto Díaz Casanueva, Carlos Naudon, Angel Pizarro y Jorge Vera. También, la participación de Walter Sánchez y del profesor Joaquín Fernandois, autor de un documentado análisis de la política exterior de la UP a la que critica desde posiciones de derecha.

Cuestiones tales como si la política internacional chilena pudo haber frenado la desestabilizadora intervención norteamericana —que Almeyda responde negativamente— o si una mayor ayuda de los países socialistas pudo haber alterado la correlación de fuerzas internas que condujo al golpe militar, se abordan con franqueza y rigor, en un contexto global que tiene más objetividad que apología.

Categoricamente, Almeyda demuestra que la ayuda de los países socialistas, y de la Unión Soviética, fue amplia y adecuada a los requerimientos chilenos. Disipa así una acusación que circula incluso, más o menos encubierta, en medios de izquierda. Un prolijo trabajo de Jorge Vera, editor y Coordinador del IERIC, apunta en igual sentido, en polémica con el profesor Fernandois y la analista mexicana Isabel Turrent.

La principal observación que puede hacerse a este libro es que reduce al plano meramente diplomático las relaciones exteriores y deja de lado la dimensión económica, financiera y tecnológica de la política internacional de Allende, que tuvo enorme importancia por la magnitud de las transformaciones emprendidas y las presiones que enfrentó. La renegociación de la deuda externa, la obtención de créditos, materias primas y bienes de consumo, la búsqueda de repuestos para la Gran Minería blo-

queada por los norteamericanos, los embargos del cobre, la creación de nuevas industrias y muchos otros fueron temas que ocuparon a los dirigentes, funcionarios técnicos de la Unidad Popular en el ámbito exterior. El gobierno de Salvador Allende fue, además, pionero en el reclamo por un nuevo orden económico internacional, el fortalecimiento del Pacto Andino y la integración latinoamericana, la denuncia de las transnacionales y otras materias que ahora aparecen en su real importancia.

Como recopilación, la obra no resulta bien integrada aunque ostenta méritos destacables; empañados por un inhabitual afán de notoriedad del editor señor Vera, discordante con el enfoque científico que se le quiso dar.

H. S.

ANTOLOGIAS

Alejandra Basualto, Inge Corssen, Astrid Fugjellie, y otras

La mujer en la poesía chilena de los 80

(Santiago: Ediciones INCOR, 1987).

El fenómeno de mayor importancia en la literatura chilena actual —vale decir: en la literatura surgida a partir del quiebre histórico del golpe del 73—, lo constituye la aparición de una lírica femenina de inusitado valor, con una voz colectiva sin precedentes y un sentido de solidaridad entre las escritoras que no tienen parangón. No sólo son muchas las poetisas que se inician desde esa experiencia, sino que ofrecen, dentro de cierta unidad (en visión, propósitos y logros), rasgos de singularidad y calidad notables.

Un hecho de extraordinaria significación vendría a confirmarlo: el encuentro de literatura femenina latinoamericana celebrado en Santiago en agosto de 1987. En esa ocasión, junto a la presencia de discursos críticos de efectiva solidez teórica y segura información, y de

diálogos muy fecundos entre escritoras y público interesado (profesores, estudiantes, periodistas y simples gaceteros), se constituyeron en punto culminante de las jornadas los recitales de poesía femenina. No faltaron las voces disidentes —un Lafourcade desinformado y prejuicioso, por ejemplo—, que quisieron relativizar con frivolidad el suceso, pero el parecer dominante fue de que se estaba frente a un verdadero acontecimiento. Por primera vez en Chile un grupo de mujeres escritoras confirmaba su capacidad no sólo de hacer literatura —y buena literatura— sino de constituirse en una instancia de reflexión inquisitiva sobre su propio quehacer y sobre el quehacer general de la escritura. Enfrentando un escepticismo generalizado, las limitaciones de una falta casi total de medios y decididas a mantener su independencia, lograron crear un espacio donde fue posible el diálogo abierto, grandemente polémico y muy rico en matices, sobre cada aspecto de su actividad productiva. Alertas al acontecer de lo más inmediato, estimaron apropiado, sin embargo, concentrar energías en la consideración inteligente de la especificidad de su función como mujeres escritoras. Fue precisamente eso lo que permitió constituir tales jornadas de estudio en instancia fecunda de discusión y análisis, no por apasionados menos profundos.

Creo que es en ese contexto —el que ilustra el encuentro de agosto de este año—, que debe apreciarse la antología de la poesía femenina chilena actual que Alejandra Basualto —coordinadora del proyecto—, Inge Corssen —editora— y Astrid Fugjellie —su ideadora—, nos ofrecen en este precioso libro. Digo precioso y con ello quiero significar, a lo menos, dos cosas: la alta calidad del material reunido y la estupenda factura formal del mismo, con un papel de excepcional calidad, un diseño gráfico y fotográfico de primera magnitud, una delicia para el lector que busca *el placer del texto* no sólo en su dimensión propositiva sino también en un nivel estrictamente plástico. A quien piense en lo «inútil» de tal dimensión, o en su «oportunidad», quisiera recordarle el cuidado que un Neruda, por ejemplo, siempre puso en ello: todas las edicio-

nes sometidas a su designio eran rigurosamente revisadas por el propio autor, preocupado de cada detalle de impresión, amante de la perfección formal en todas sus facetas. Y este volumen que comentamos ofrece, entre otras, la delicia de su factura material.

Dieciocho son las poetisas antologadas. De que debieran ser mucho más, que cada una mereciera mayor espacio y de que la presentación —a cargo de una gran poeta mayor, Delia Domínguez—, necesitaría de más profundidad y extensión, no vale casi la pena decir nada: es el signo de toda muestra antológica, por muy cuidadoso que sea el intento, como es el caso. Por eso me limito a una sola observación constructiva —pienso en el lector que busque encontrarse con *LA* antología definitiva de esa literatura—: se echa de menos una mayor presencia de la provincia (¿cómo puede haberse dejado de lado a Rosa Betty Muñoz, a Marina Arrate, a Ximena Pozo, a Margarita Kurt, a Cecilia Arroyave, a Mahagaly Segura, a tantas otras de voces tan significativas como las seleccionadas?) ¿Y cómo justificar que, una vez más —no la primera, por desgracia seguramente tampoco la última, —no se considere para nada la poesía de la mujer de pueblo, esa poesía que, iniciada contemporáneamente por Violeta Parra tiene hoy en La Batucana su expresión mayor? La quejanos para desmerecer el intento: por gente atenta, sobre lo mucho que falta aún por hacer, no obstante intentos como éste, cuando se quiere cubrir un ámbito todavía demasiado descuidado de producción literaria en el Chile de hoy. Pienso que aún muestras anteriores de críticos tan informados y acuciosos como Juan Villegas se ven obligadas a desconocer nombres importantes. La muy valiosa *Antología de la nueva poesía femenina chilena* de Villegas (Santiago: Ed. La Noria, 1985), que he comentado en otro lugar, ofrece muestras que la presente selección desconsidera por completo: la poesía de autoras fuera de Chile como Marjorie Agosín, Bárbara Délano, Myriam Díaz, Cecilia Vicuña, etc., todas ellas dignas de figurar en una muestra que se ofrece bajo el título «La mujer en la poesía chilena de los '80». E insisto: señalarlo no quiere significar un desmerecimiento de la labor de se-

lección emprendida por las responsables de este volumen, sino tan sólo un reconocimiento de que, no obstante sus incuestionables méritos, esta antología es —¿podría ser de otro modo, dadas las condiciones de realización?—, una muestra parcial y, así, limitada e insuficiente. Ahora, vale la pena reiterarlo, ello no implica sino las reservas que señalo: para el que se quiera iniciar en un ámbito tan riquísimo de facetas múltiples como el que ofrece la lírica femenina chilena actual este libro es un complemento indispensable al volumen de Juan Villegas. Lo que éste le proporciona explícitamente (criterios sólidos de consideración, muestras no sólo del interior sino también de poetisas del exilio), se ve complementado validamente en el más reciente: hay nombres (y textos) —y no son pocos— que Villegas no llegó a conocer: Gemina Ahumada, Eugenia Brito, Rosanna Byrne, Violeta Camerati, Inge Corssen, Luisa Equiluz, Soledad Fariña, Astrid Fugillie, Ivonne Grimal, Dixiana Rivera, Eliana Vásquez, Verónica Zondek, todos ellos, a juzgar por las muestras recogidas en el nuevo libro, de tanta importancia como los reunidos por el crítico de Irvine. Y ambas antologías olvidan —nuevamente: entre otras— a la notable Eugenia Echeverría. Señalarlo no quiere sino ser un índice más de la gran variedad y riqueza que ofrece la poesía femenina chilena de este momento. Está por cumplirse el trabajo de estudio extenso de esta faceta de la literatura de nuestras mujeres. La crítica —Gabriela Mora, Alicia Guerra, Marjorie Agosín—, ha centrado su interés en la narrativa femenina (personalmente no veo a nadie hoy fuera de nombres consagrados como Isabel Allende, por supuesto; Isidora Aguirre y, claro, Diamela Eltit), con descuido por las mujeres poetisas. Es en este sentido, entonces, que el libro que recomiendo tiene una validez indisputable: contribuirá él a poner en circulación autoras y textos de calidad; permitirá situar su producción en un momento concreto —todas ellas editan lo fundamental de su obra en estos años, cuya orientación debe ser tenida en cuenta para entender a cabalidad sus proyectos y logros—. Da pautas de análisis de la producción literaria chilena de la década y, en fin, proporciona ese go-

ce estético insustituible que significa el encuentro con un libro bien editado. Ya pronto se verá, en análisis cuidadosos, atentos al detalle, la significación real de un libro del cual aquí no he podido sino comunicar su existencia, convencido, como estoy, de la necesidad que ha venido a satisfacer.

MARCELO CODDOU

POESIA

Nano Acevedo

Manuscritos clandestinos

Santiago, Cantoral Ediciones, 1987.

Leer estos *Manuscritos clandestinos* es una experiencia singular, a veces formidable. Singular, porque un haz de distantes resonancias subyacen en sus líneas; formidable, en la medida que es palmario que no estamos aquí ante poemas o canciones, sino ante canciones y poemas que han sido armas vivas de resistencia en medio de la muerte y de la opresión. Lo atestiguan los nombres, no sólo de aquéllos a quienes el libro se dedica (Guerrero, Parada, Carrasco, Manns), sino también de los que lo presentan y se refieren a la labor de su autor: Gustavo Becerra, René Largo Farías, entre otros no menos significativos. Lo mejor del Chile musical se congrega en estas páginas; lo mejor del Chile real...

En el breve fragmento titulado «A modo de introducción», uno se encuentra a boca de jarro con el extraño fenómeno de la prosa de Acevedo. Es un discurso ciertamente, un discurso leído el 30 de noviembre de 1985 en el Sindicato de Suplementeros de Santiago. El ojo del que esto escribe, malcriado en la estilística, se sobresalta con expresiones como «refriega cantoral» y otras cosas de cuño parecido. Al pensarlas más a fondo, se descubre que hay, depositadas allí, capas de asociaciones de distinta procedencia: lenguaje proletario, jerga sindical, dejo populista moldeado en el folklore del 38, folklore a secas y de raíces más profundas, formas de la

canción de protesta, poesía de Violeta Parra y de Patricio Manns y el sabor sólido, inconfundible, de algo que tiene que ver con Neruda y mucha más con De Rokha o la Mistral. ¿Mucho, tal vez demasiado, se dirá? No, porque todo está amasado con rigor natural, con espontaneidad cavada y excavada en túneles de una memoria colectiva que habla, ahora, por la voz del cantautor.

Al recorrer estas canciones, que fueron dichas en audiencias clandestinas o en la abierta y masiva oposición a la dictadura, es posible palpar la admirable persistencia con que su autor ha participado en la lucha de estos años. Cada minuto de dicha (quizá los menos), las derrotas sucesivas (casi siempre las más) han quedado prendidos en los pliegues de su voz. Están allí, para confirmar una vez más la magnitud de lo que está en juego. A veces sorprendentes imágenes, de enorme veracidad psicológica, irrumpen en medio de un espíritu en general voluntarioso y esperanzado:

Mi país es un enfermo
incurable,
que va sin memoria,
mostrando los dientes
como un idiota.
«Debo despedirme»

Entre las fuerzas culturales que, con dignidad y sin tregua crítica, han «aupado» a la patria en estos años de vergüenza absoluta, cabe un puesto de honor al teatro y a la canción de combate. En esta última, el canto y el puño de Nano Acevedo, con los amigos que lo rodean y que han hecho posible la continuidad de su voz, merecen el reconocimiento de todos los que buscan terminar en el país con la demencia de Estado desatada por el dictador.

JAIME CONCHA

Sergio Canut de Bon
Aforismos y poemas
Estocolmo, 1986.

Este poeta chileno, exiliado en Suecia, es uno de los escasos de nuestra tierra (o tal vez el único) que cultiva el género

telegráfico y lapidario del aforismo. Los escribe desde su más temprana juventud y ha llegado a acumular 18 volúmenes de ellos. Al conjunto, lo denomina «Mis pensamientos» y advierte, en un prólogo, que su costumbre es anotar «un quehacer de metáforas, proverbios, apotegmas, sentencias, etc., durante el tránsito de un día, en el que por lo habitual no tienen un tiempo delimitado exclusivamente para ellos. Saltan, salen, se asoman y se entremezclan en cualquier instante, conversación, trabajo, descanso, oportuna e inoportunamente y también muy urbana y dirigidamente».

En este volumen de 200 páginas, editado en Estocolmo, donde transcurre su exilio, Canut de Bon ha hecho una selección, que confiesa rápida y no muy minuciosa, de estas píldoras de sabiduría o relámpagos de intuición poética, a veces ingeniosos o sorprendentes, desiguales por naturaleza. El volumen contiene también una breve antología de poemas.

Los aforismos, por su carácter, no son materia adecuada para la crítica literaria habitual, a menos que se utilice algún método estadístico o de clasificación por géneros. Esto es posible, claro, pero nos resulta más atractiva, más natural también, la idea de citarlos simplemente, escogiendo al azar aquellos que nos han atraído o interesado más, al correr de las páginas. Que debe ser, en fin de cuentas, la manera más habitual de leer aforismos. Vamos, pues, leyendo...

«El que no recibe anónimos es un anónimo».

«Cuando se saltan las vallas biológicas serán superadas muchas metas metafísicas».

«Todos conocemos una gran persona y de gran carisma, al menos. Basta mirarse al espejo».

«El metal noble no se corrompe, pero corrompe».

«Un defecto colectivo es una virtud general y legal».

«En términos generales, los hombres de ideas viven de esperanzas».

«El exilio nos divide en sobrevivientes y combatientes».

«Algunos se autocritican como quien se relame».

«La gente cuenta sus enfermedades tal si fuesen condecoraciones».

«Los pobres hacen el folclore pero no tienen trajes folclóricos. Eso nace con los más acomodados».

«Hagan cuento hagan algunos, el olvido les seguirá como un perro fiel».

Etc., etc. Podríamos seguir durante horas.

Los poemas incluidos en el libro corresponden a diferentes épocas y provienen de diversas obras publicadas por Canut de Bon. Es la suya una poesía de verso largo, dramática y elocuente, a ratos discursiva, una poesía de manifestos, en la que los elementos líricos se unen a la exposición de un pensamiento o más bien de una postura ante la vida.

Alguna relación tiene con la poesía de Pablo de Rokha. Citemos por ejemplo unas estrofas del poema titulado «Con un ala de caos y otra de espanto» meditación en los 50 años del poeta:

*«Cincuenta años y el diablo anda,
[aún por los choclos
y la jodida santidad militante nos
[viene entre tormentos
y remolinos. ¡Puchas!*

*Son cincuenta años con su junta de
[meses...*

*Como en torno de las brasas del
[destino
al caer la noche.*

*Con terror y espanto me sé solo
sin venas de ninguna soledad...*

*Solo, cuando me descubro un doble
[de mí mismo*

*y debo huirme
y huir al invierno más oscuro del
[mundo...*

En el libro también está incluido el tempestuoso poema «Revolución», que en su imaginería vanguardista nos hace pensar en algunos momentos de Maiakovski. En el prólogo Canut de Bon nos comunica que lo escribió con otros poemas durante una larga permanencia-visita a la URSS, estrenándolo en Sochi. Agrega que escribió también algunos aforismos, páginas de diario, anécdotas, cuentos y no poca prosa «dedicada — dice — a los grandes amigos que hice en esa tierra maravillosa que he recorrido

y husmeado sin ningún problema, para descubrir mentiras y verdades. Había leído tanto, dándome cuenta de las mistificaciones exageradas, de la antipropaganda, encontrando a pueblos alegres y SOLIDARIOS». La palabra solidarios aparece escrita con mayúsculas. En los versos finales de su poema «Revolución». Sergio Canut de Bon escribió:

*«No te silenciaron con napalm,
[gases,
ni en Jakarta, Nicaragua, Cuba ni en
[Vietnam...
No, no han vencido con miles y
[miles de torturados
ni con millones en el exilio.*

*.....
No serás silencio con voces atómi-
[cas ni guerras galáxicas
No te silenciarán con las vidas que
[se nos escapan
entre los dedos del exilio
Pero responde por mis tantos años
[y las horas que me quedan, dando
[la batalla como quien ama y defiende
[de lo único
cierto que se conoce y conozco
Lo único que al fin, poseo
lo único
—acaso—
que comparto
infinita, íntegra, puramente
Y tú lo dices por mí, conmigo.*

JOSE MIGUEL VARAS

Carlos Monge Arístegui
Palomitai y otros poemas.
Buenos Aires, 1986.

Otro libro de poesía del exilio pero, ¡atención!, uno que revela a un nuevo poeta. Nació en Santiago en 1955 y éste es su primer libro. Fue editado en Argentina, donde vive el autor desde 1974, ejerciendo el periodismo.

Por su desparpajo, por la fluidez de su lenguaje, por la soltura con que incorpora el habla coloquial chilena, Carlos Monge tiene, sin duda, parentesco con otros poetas nuestros de su generación. Pero hay además un tono personal, una voluntad de estilo que se manifiesta des-

de la fotografía con expresión impertinente del poeta en la portada. Los primeros poemas del volumen, agrupados bajo el título «Palomitai» abordan la experiencia amorosa, con una mezcla de humor y sensualidad, con un desenfadado juvenil y gozoso que se distancia en extremo de la temática del «amor triste» o lánguido tan frecuente en la poesía chilena de antaño.

Los «otros poemas», de la segunda parte, se abren en otras direcciones, aunque el eterno asunto de la pareja tampoco está ausente. Una muestra característica de la poesía de Carlos Monge es «Chau ángel y perdón», que vale la pena leer:

*Con el que estuve mal muy mal
fue con mi ángel de la guarda
años y años de rogarle
«ángel de la guarda, dulce compañía,
no me dejes solo ni de noche ni de
[día»
para despedirlo de un momento a
[otro
darle las gracias por los servicios
prestados y encomendar mi suerte
a una recia angelota
de allí en más sólo viví pendiente
de aflojar corpiños y elásticos
que a mi amada oprimían
le dije simplemente chau ángel
y perdón yo ya no necesito
quien cuide mis espaldas
ahora —con su permiso—
quiero volar a mis anchas.*

Algo así como un epitafio poético a la muerte de la adolescencia. Y la continuación, el choque con el trabajo cotidiano y la rutina, podríamos verla en este otro poema que se titula «En el Metro»:

*«A mi lado en el Metro
cuelgan reses
cuyos ojos congelaron
un aullido antes de
ser pasadas a cuchillo
por la fría rutina
la expresión de carnero
degollado en lo único
visible en esa mirada
de noble bruto sacrificado
que concurre puntual
y diariamente al matadero.*

No es el único poeta chileno que descubre que la observación de los pasajeros santiaguinos que viajan todos los días en su ferrocarril metropolitano sugiere muchas verdades profundas. Es lo que ha hecho también, desde otro ángulo, el poeta Sergio Muñoz Riveros en su breve pero intenso poema «Estado de sitio», del libro *Mar de fondo*.

J. M. V.

MISCELANEA

Radomiro Spotorno

Glosario del Amor Chileno

Ediciones GrilloM, Santiago/Chile, 1987.

Ciertamente la fecunda y variada producción cultural del exilio chileno es enorme. Alguna vez habrá que acometer el trabajo de compilarla y analizarla y cuando eso se haga, el nombre de Radomiro Spotorno figurará en aquel recuento, no sin sobrado derecho. Colaborador permanente no sólo de **Araucaria**, Spotorno es un escritor multifacético y de talento fino. Sus poemas, que a más de alguien han incomodado y narraciones (lamentablemente aún inéditas) nos sugieren un profundo y sistemático trabajo de observación del ser humano.

Abogado de profesión, Spotorno es un escritor de vieja estirpe: inmejorable anfitrión, de una enorme y sólida cultura y sobre todo, amante y enamorado. Su última obra —recientemente editada en Chile— se relaciona precisamente con este último rasgo que apuntamos. El *Glosario del Amor Chileno*, que ha convulsionado al medio cultural en Chile, es un paciente, prolijo e interesante trabajo de recopilación lingüística. En él se recogen 822 voces castellanas de aquellas que más de alguna vez escribimos en un baño público cuando niños: palabras «cochinas», sexolalias —palabras obscenas de significado sexual—, que son tan parte de nuestro léxico común como las que más. Cada una de las vo-

ces, clasificadas en veintidós capítulos, está rigurosamente definida y casi todas nos informan de su origen etimológico. Incluso algunas voces se acompañan de su historia y su acepción general para ilustrar la esfera de significación del sentido figurado que se usa. El trabajo de Spotorno, es meticuloso, paciente, producto de una larga investigación (aún no completa) y fruto de la «memoria colectiva» como el propio autor reconoce.

Retengamos lo que Spotorno nos dice en el prólogo: «El lenguaje no es neutro. Está siempre cargado (¿preñado?) de valores sentidos y resonancias que suelen escapar para el llamado «lenguaje culto» (desafortunada expresión que ilustra lo que venimos diciendo, puesto que *todo lenguaje es cultura*) con mayor razón lo es el «lenguaje no culto» (vulgar, jergal, marginal o como quiera llamársele) puesto que en él, por su menor constreñimiento a imperativos sociales o morales, por su vocacional ausencia de rigor, por su libertinaje gozoso, emergen con total impunidad todas las fobias, los terrores, las adhesiones ciegas, el resentimiento, toda la estupidez y la ternura más desesperadas». Si aceptamos con el autor que ello es así, no podemos ignorar que el idioma y su estudio no pueden obviar o negar la cuestión de las palabras malsonantes. En ese sentido, el trabajo de Radomiro Spotorno se lee con la convicción que es una obra inconclusa, que debe ser completada y perfeccionada, pero con la satisfacción de estar muy bien encaminada.

El libro, editado de manera modesta pero con cuidado y prolijidad, está ilustrado con trabajos de ocho artistas gráficos chilenos, muchos de ellos en el exilio. Entre las ilustraciones, podemos encontrar incluso algunas de Roberto Matta y Guillermo Núñez, y por supuesto no desentonan con el texto. Sólo conocíamos las *Ediciones GrilloM* por la poesía publicada de jóvenes autores chilenos, y nos estimula saber que han escogido el camino de la ampliación editorial a un género que promete nuevos aportes a la creación e investigación cultural.

Aparte de *Jaula de Papel*, editado también por GrilloM Ediciones, que recoge parte de su obra poética, Spotor-

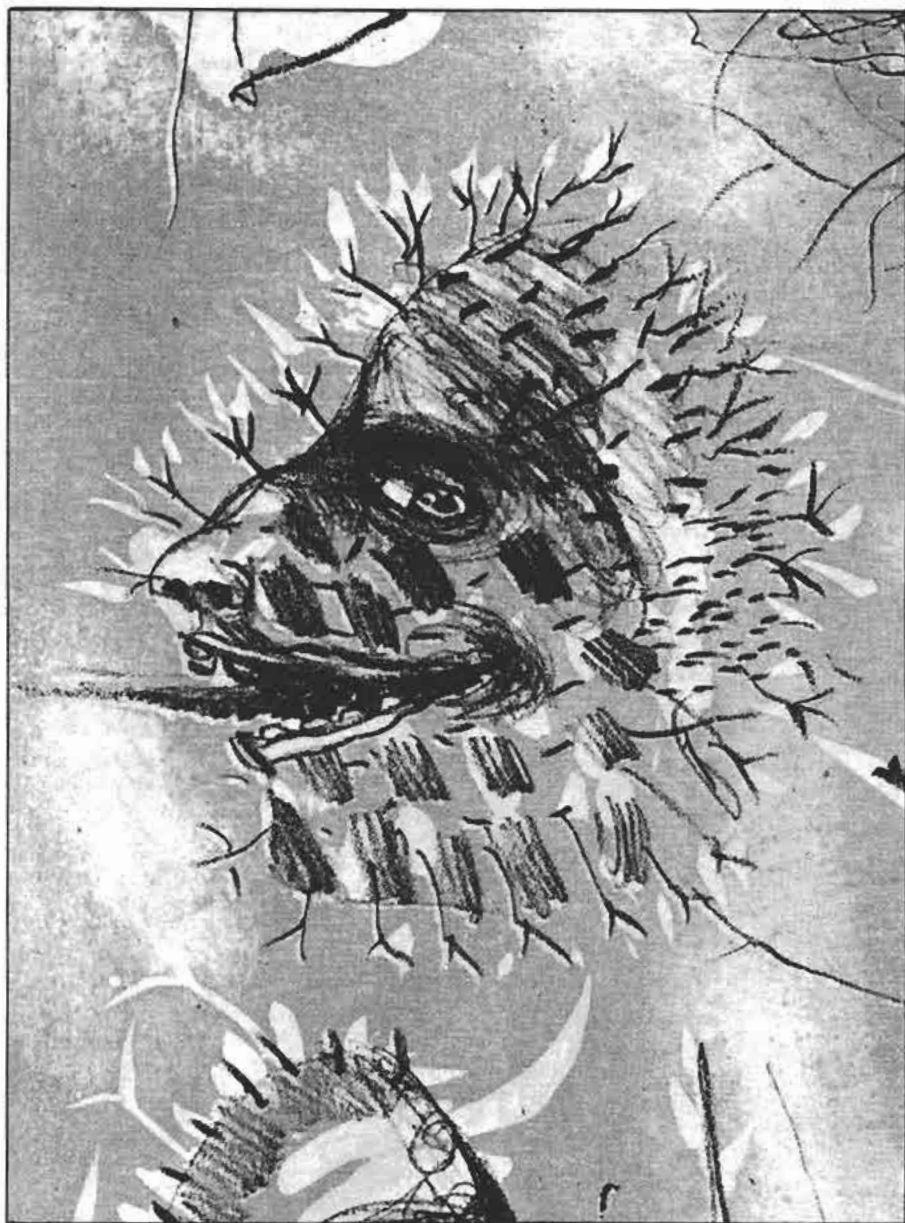
no no ha sido casi editado anteriormente. Ojalá el éxito que ha tenido en el país este *Glosario del Amor Chileno* posibilite pronto la edición de sus novelas y cuentos.

No queremos dejar esta nota aquí sin referirnos a una de las innumerables menciones que ha hecho la prensa (incluida la T.V.) en Chile. Alguien ha incluido la última obra de Spotorno en lo que se ha llamado la cultura «pospinochetista». Al parecer, ésta se conforma de todas aquellas expresiones culturales genuinas, populares (que deben pagar el IVA) y que representan la antítesis de la cultura oficial, y que al contrario de esta última, se proyectarán más allá de la caída de la dictadura. En ese sentido, compartimos el concepto de cultura pospinochetista, y por supuesto la inclusión del trabajo de Radomiro Spotorno.

Pero no estamos de acuerdo, si de lo que se trata es de eludir la etapa actual, pinochetista, asumiendo que inevitablemente el régimen del general Pinochet será reemplazado por la «democracia» formal y anti democrática que nos depara la Constitución de 1980 y la farsa plebiscitaria de este año. Porque en este caso nunca en Chile habrá ni cultura, ni democracia, ni sistema político, ni nada pospinochetista; y muy al contrario, todo será terriblemente pinochetista hasta la médula. Para poder pensar en una cultura pospinochetista para el Chile de mañana, la dictadura debe ser derrotada y con ella todo su sistema de valores que ahoga cualquier expresión genuina y auténtica de cultura y democracia.

CLAUDIO PERSICO





La muerte no va conmigo

Canciones de *Patricio Manns*, interpretadas por él y por el conjunto *Inti-Illimani*.

Discos Aconcagua, N.º AC 151, Ginebra, Suiza, 1986.

Desconcertantes, fascinantes, y a ratos estimulantes, las canciones de Patricio Manns estallan en torrentes de imágenes. Es difícil en un comienzo saber como interpretar estos himnos apasionados de temperamento extravagante y visión personal. Las imágenes de las canciones se cruzan y entrelazan, fertilizándose mutuamente y funcionando en cierta medida por acumulación. La mujer campesina, tan tiernamente celebrada en la canción a su madre —«La canción que te debo»—, es recordada en su carácter amplio y compasivo que es el propio, carácter que es tanto el contexto de la historia como un colaborador con los seres humanos que labran en las montañas y en la tierra un lugar para vivir y trabajar. Es el carácter celebrado por Pablo Neruda en el profundo panorama histórico del *Canto General*.

Para el crítico que escribe, al menos, el trabajo de Patricio Manns es de ese nivel; pese a ello, es uno de los cantautores menos conocidos de América Latina. La desatención en que se halla es inmerecida, pero explicable. Si bien en su trabajo y en su posición política Manns es claro e intransigente, las imágenes densas de sus canciones, los enfrentamientos en sus versos entre sueños y descripciones, le hacen difícil de repetir o reproducir. Pero esa dificultad es también su fuerza: el mundo futuro y la lucha actual, para los que Manns escribe, son complejos y abundantes. Así pues, las preocupaciones limitadas de una batalla inmediata deben ser defendidas en nombre de un mundo rico y amplio por venir. Incluso en el himno clandestino, directamente agitador, del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, brazo armado de la resistencia chilena, Manns habla de esta figura que vuelve de la his-

toria de Chile «*trayendo en sus manos el fuego que castiga / viene y va con sus milicias invisibles /.../ elevando al hombre hasta su historia*».

La popularidad de Manns en Chile tiene que ver, en parte, con su permanente influencia sobre el movimiento de la Nueva Canción Chilena, y en parte con su resuelta historia personal. Pero Manns da acceso también al lirismo cerrado de su poesía a través de la música, sacada generalmente de las tradiciones de la balada popular y la danza folclórica. Como auditor, usted responde al vehículo musical, repite y canta y está constantemente sorprendido con su propia tolerancia frente a los conceptos paradójales y poéticos del fondo del poema.

Manns es un poeta militante. La nostalgia es a menudo un tema central, el tema del exilio —como en su obra maestra «Cuando me acuerdo de mi país»—. Pero ni siquiera esas canciones se limitan a la contemplación o el pesar. Ellas lloran el exilio, pero buscan activamente los caminos del retorno y proclaman el derecho inalienable de quienes han trabajado la tierra a volver a ser dueños de ella, de aquellos que han sido expulsados a salir de entre las sombras, ya que Manuel Rodríguez «*pondrá (la patria) en pie / doblando la noche sin gloria*». Esta idea se repite a lo largo de varias canciones de esta colección.

La afirmación colectiva de «La muerte no va conmigo», la emoción romántica de la «Elegía para una muchacha roja» y el erotismo triste del amante esperando a Josefina, que ha desaparecido (con la implicancia siniestra que esta palabra ha adquirido en el contexto de América Latina) en «Desaparición de Josefina». Pero su epifanía es la declaración gloriosamente visionaria del «Concierto de Trez-Vella».

Es esta reunión de la experiencia personal más íntima con el movimiento de la historia y la política lo que ubica sus obras entre lo primerísimo del arte político. Es un encuentro pleno de paradojas y contradicciones, triste, a veces des-

concertante. Pero es siempre dramático, siempre intenso y su conclusión es siempre que por la lucha en el corazón del mundo viejo surge un mundo nuevo.

En cierta forma la música y las palabras son las protagonistas del drama. La guitarra baila alrededor de las palabras, más que simplemente acompañarlas; la música irrumpe, argumenta —el saxo en «Escenas del olvido en Valparaíso», la quena en «La muerte no va conmigo»— y la voz de cantor profunda e intensa de Manns ofrece una respuesta, una respuesta ingeniosa. A veces esta respuesta es pasión, a veces emoción, a veces erotismo, a veces humor. Es así como al final está el «Can-can del Piojo», que puede ser la mejor y más frecuentemente recordada. Es una canción subversiva en su lenguaje e imagen, tocada con el oído y el ojo, transformando la más insignificante de las acepciones en el comienzo de todo un vocabulario de lucha y resistencia. Cada verso se inicia con un prolongado «*Sin respeto...*» de las normas, la prudencia, la versión oficial. Y de una canción traviesa optimista, de un estilo casi infantil, la canción del piojo se convierte en un llamado a manifestarse y en una introducción a la marcha que llama al auditor a renovar la batalla contra Pinochet y los terroristas militares del Estado chileno; no más que piojos que deben ser borrados por un movimiento alentado y despertado por un poeta revolucionario cuyas palabras y cuya música son el tipo más creativo de subversión.

MIKE GONZALEZ

Sergio Vesely

Documento

Album doble 33 RPM.

Canciones de *Sergio Vesely* interpretadas por su autor. MJUH-MUSIC, Stuttgart, RFA, 1986.

Sergio Vesely, chileno, de origen checo (Vesely en checo quiere decir Alegría, nombre de juglar), santiaguino, 35 años; luego del golpe de estado del 11 de septiembre de 1973, cayó preso el 23 de enero de 1975 y permaneció detenido

hasta el 6 de noviembre de 1976, fecha en la cual fue expulsado del país rumbo a Europa. Nos ofrece en este album doble 27 canciones de su autoría, (una sola, *Amor*, lleva dos firmas, es la musicalización de un poema del pintor chileno Guillermo Núñez). 25 de dichas canciones fueron compuestas en los diversos sitios de detención que recorrió el autor: Regimiento Maipo, Villa Grimaldi, Tres Alamos, Puchuncaví, Cárcel de Valparaíso y Cárcel de Capuchinos. Y una, la que encabeza el disco: «Aquí saludo a mi país», compuesta en Alemania como introducción a todo este DOCUMENTO.

El disco sobriamente presentado con un retrato al óleo del autor (obra del pintor alemán Manfred Peters) va acompañado de un extenso folleto de 14 páginas que contiene no sólo los textos de las canciones sino varias y precisas explicaciones complementarias acerca de los motivos que llevaron al autor a escribir tal o cual canción, como también acerca del lenguaje cifrado en que algunas de ellas están construidas. Además contiene poemas y trozos de obras de teatro empleadas por los presos políticos en sus actos culturales.

En la contraportada del folleto podemos leer una presentación del propio Vesely que contiene una breve biografía y las motivaciones de este trabajo: («entrego todo esto») «con el convencimiento de que ninguna idealización o tergiversación malintencionada de este trágico segmento de nuestra historia, podrá imponerse sobre la verdad en el futuro si nosotros, sus protagonistas y en especial las víctimas de los atropellos, dejamos un testimonio de ese fragmento de historia colectiva que nos tocó vivir poniéndolo al alcance de las futuras generaciones de chilenos, quienes se valdrán de nuestra palabra para defenderse del olvido y formarse un juicio propio de lo acaecido.»

Luego nos entrega en sus canciones todo un universo de personajes y situaciones que van desde la reflexión del hombre desterrado que vuelve a dialogar con su país, hasta canciones infantiles (compuestas para los hijos de los prisioneros políticos que visitaban a sus padres en los campos de concentración), pasando por los momentos de la tortura física y mental, el diálogo de dos

ancianos presos, fábulas diversas en donde es reconocible la figura del dictador («El hombre que se convirtió en animal»), o la nostalgia de un país libre perdido y su regente («El Rey Negro»). Hay «canciones indias» y un bello retrato del puerto de Valparaíso (el cual Vesely conoció viéndolo por primera vez desde una celda de la cárcel lugar hasta donde fue llevado de noche y con la vista vendada sin haber estado jamás en el Puerto), canciones de amor y guerra, incluido un «Himno de Puchuncaví».

Vesely es un creador con experiencia no sólo en el campo de la canción de autor, es compositor de canciones y música para el teatro (co-autor, junto a Oscar Castro, de las canciones y parte de la obra *La increíble y triste historia del General Peñaloza y el exiliado Mateluna*), autor de varios discos LP, poeta, narrador y artista gráfico (En el folleto podemos leer su bibliografía, discografía y noticias de sus trabajos en gráfica). Sin embargo en este disco están presentados los materiales escritos directamente en prisión y reelaborados diez años más tarde en el destierro. Resulta, por consiguiente, un material de gran riqueza para quienes se interesan en estudiar lo que significó la extraordinaria actividad artística en los campos de concentración y cárceles de la dictadura.

En la primavera pasada tuve oportunidad de entrevistarle en un viaje por Italia y dialogamos largamente acerca de estos materiales que forman parte del disco DOCUMENTO. El contenido sigue un orden cronológico desde el punto de vista de la fecha de escritura de cada texto y todas las canciones fueron grabadas por su autor empleando como acompañamiento sólo su guitarra. Vesely, quien comúnmente trabaja en los escenarios acompañado de un grupo complejo, perfirió grabar sus canciones sin otro acompañamiento de manera que fuesen fieles a su primera interpretación. Además, consiguió un estudio singular: un sótano de piedras en el cual fue capaz de crear, según sus propias palabras: «parte del ambiente psicológico en el cual compuse las canciones».

El resultado es un disco lleno de dignidad, belleza y reflexión, pero que, a nuestro juicio, contiene una línea de desarrollo diríamos un tanto «descenden-

te». Por cierto, un disco con 27 canciones no se puede escuchar en una sola tarde, y quien lo haga, notará que la última fase, al volverse intimista y retratar el alma del prisionero que se queda solo en su celda, tiene demasiado contraste con la primera, en la cual aparecen canciones llenas de vida y esperanza. En cierto modo, Vesely es traicionado por la estricta cronología de las canciones, que el autor prefirió mantener en su orden original, aun a desmedro de la composición general del disco y la manera cómo va a tocar al auditor. Eso sí, tuvo una buena ocurrencia de terminarlo con una fábula, «El Rey Ñaca-Ñaca» y dos canciones infantiles, lo que contribuye a alivianar el final y devolver la esperanza.

Para los estudiosos de la canción popular chilena este disco, además, resultará particularmente importante desde el punto de vista de las diversas referencias musicales reconocibles. Interrogado al respecto, Vesely se declara deudor de Violeta Parra y Margot Loyola cuando crea música con aires chilenos (sus cuecas punteadas recuerdan las anticuecas de Violeta); así mismo, del uruguayo Daniel Viglietti y la Nueva Trova cubana. Algunas de sus melodías, por otra parte, se inscriben en un ciclo más europeo y más precisamente renacentista (canciones apropiadas para ser interpretadas con acompañamiento de laúd) en las cuales las referencias musicales nos llevan a pensar en Gluck o Haendel. Vesely recuerda haber crecido escuchando viejas canciones de Bohemia cantadas por sus abuelos y es necesario tener en cuenta también que entre los ídolos musicales de su adolescencia se cuentan Los Beatles y Jimmy Hendrix.

Finalmente, desde el punto de vista poético, Vesely es también un letrista versátil, capaz de dominar el lenguaje de inspiración indígena («Tres canciones indias»), la fábula a la manera de la Nueva Trova cubana («El Rey Negro», «Lamento por la muerte del Perro Augusto») o la compleja poesía de inspiración afrocubana: («Diálogo de dos ancianos presos») a la manera de Nicolás Guillén. Hablando de su formación literaria, Sergio recuerda a su buen compañero, el mimo y poeta chileno Oberón quien le dio de

leer a Vallejo, Neruda y Kavafis, entre otros, pero también recuerda las lecturas colectivas en la prisión, en donde se leía a Nicolás Guillén y se escuchaba a Violeta Parra y Daniel Viglietti. En resumen: un excelente material para conocer ese segmento de nuestra historia que no quedará en el olvido gracias a este DOCUMENTO de Sergio Vesely.

OSVALDO RODRIGUEZ

Gloria y Eulogio Dávalos

Ancestres

33 LPM. Obras para piano (cara A. Gloria Dávalos), Obras para guitarra (cara B. Eulogio Dávalos). Edición de Audio Visuals de Sarría. Nena Casas 60-62. 08017 Barcelona, 1987.

El nombre de Eulogio Dávalos se repite en dos generaciones, Eulogio Dávalos Román (1899-1969) fue un prestigioso músico de origen boliviano que vivió y trabajó la mayor parte de su vida en Santiago de Chile, en donde se destacó en la dirección orquestal y en la pedagogía musical. Ahora dos de sus hijos, Gloria y Eulogio Dávalos Llanos, nos entregan, en sus respectivos instrumentos, una selección de composiciones internacionales (en el caso de Eulogio se incluyen dos composiciones propias) que, debido a la referencia que se hace del padre de ambos en la presentación del disco, constituye una especie de homenaje a quien les diera temprana formación musical.

A primera vista pudiera parecer extraño que dos hermanos se unan en un disco sin otro motivo que el de asociar sus nombres para recordar al padre que los formó. Digo bien «a primera vista» ya que los discos no son para verlos sino para oírlos. Lo cierto es que hay una espléndida unidad en este disco, obtenida gracias a la fina selección de las piezas interpretadas.

La cara A contiene cinco composiciones para piano: Dos danzas judías (de una serie de cuatro que compusiera en Viena en 1929 el músico Joachim Stutschewsky, 1891-1982). Estas danzas son melódicamente opuestas. La primera, de

una intensa evocación, parece retratar un paisaje de Europa Central, mientras que la segunda se sirve de muchos de los quiebres y ritmo acelerado propios de las danzas judías mediterráneas, que nos recuerdan las músicas sefardíes. Es decir, el disco comienza con una evocación a la que sigue un ritmo alegre, esto produce un quiebre que va a desembocar en una segunda evocación con «La Maja y el Ruiseñor» de Enric Granados (1867-1916). Gloria Dávalos prácticamente enlaza esta composición con las dos siguientes: «Tarde en la aldea» danza húngara de Bela Bartok (1881-1945) y «As tres Marías» de Heitor Villa-Lobos (1887-1959), mediante la utilización de una técnica de fraseo de la mano derecha como si se tratara de unas músicas que en el plano de los colores podríamos clasificar de «transparentes».

Finalmente todo vuelve a complementarse, siempre en el plano compositivo de toda la cara A, con el juego de evocaciones y la gracia de las «Tres tonadas chilenas» de Pedro Humberto Allende, (1885-1959), gran conocedor de la música campesina. (Recuérdese que su padre, don Rafael Allende, con el pseudónimo de «El Pequén», fue uno de los payadores más conocidos del siglo pasado en Chile).

Eulogio Dávalos Llanos, en la cara B del disco nos ofrece una «Milonga» del conocido compositor contemporáneo argentino Jorge Cardoso (1949), creador y director de la Orquesta Iberoamericana de guitarras, agrupación compuesta de instrumentos de diversas dimensiones. Como buen conocedor de la música rural de su país, Cardoso compuso su «Milonga» empleando la fraseología típica de la milonga pampeana, lo que permite la «atemporaneidad» de esa composición. La sigue el «Vals mexicano» de Manuel María Ponce, (1882-1948), otro conocido compositor estudioso del folclore de su país. Compositor versátil, autor de obras sinfónicas a la par de canciones populares construidas sobre cuartetas octosílabas de fácil memorización, a la mejor manera de la poesía popular. Luego Dávalos nos ofrece una de sus obras, la bella «Tonada sin retorno», melodía que tiene la virtud de estar compuesta de la misma manera que la «Milonga» de Cardoso, es

decir tomando giros musicales tan enraizados en la música rural (de la zona central de Chile, en este caso) que se diría estar escuchando una verdadera tonada antigua: esa rara sensación que se tiene al oír una melodía por primera vez y tener la impresión de conocerla desde siempre y que es una de las virtudes de la buena música. Esta obra, de tan profunda y emocionada inspiración, está dedicada a la memoria del actor chileno Héctor Duvauchelle y Eulogio la escribió el mismo día en que se enteró de la muerte trágica de su amigo lejos de la Patria. Sin duda es una melodía en la cual el sentimiento del destierro es fuertemente palpable (Eulogio Dávalos vive desde 1975 en Barcelona).

A continuación, sigue una obra que ha llegado a ser clásica para los grandes intérpretes ejecutantes de la guitarra: «Serenata española» de Joaquín Malats, (1872-1912), a pesar de ser originalmente compuesta para piano (la transcripción musical se debe al maestro Miguel Llobet). La unidad temática de la cara B del disco se mantiene en cierto modo, ya que la obra de Malats también está compuesta sobre fraseos melódicos populares (de España). Finalmente el disco se cierra con otra obra original de Eulogio Dávalos Llanos: «Partida», escrita a la memoria de Raymond Alarcón y a las víctimas del terremoto de Chile de

1985. Esta composición, comentada por el músico chileno Gabriel Brncić, tiene gran importancia en la música chilena contemporánea, no sólo porque Dávalos pone toda su gran técnica interpretativa al servicio de su propia obra, es decir dando lo mejor de sí mismo o, para emplear las propias palabras de Brncić: «en la interpretación del autor, composición y técnica del instrumentista parecen ser una misma cosa», sino porque, también según Brncić: «“Partida” es retrato de una emoción constante, también testimonio de la calidad humana vertida en la música.»

Creo que en esta frase de Gabriel Brncić está una de las claves de este bello disco: «calidad humana». Quienes conocemos de cerca a Eulogio Dávalos, sabemos de esa calidad. Y si los hermanos se parecen, debemos extender también esa calidad a Gloria Dávalos. Sin duda alguna esas cualidades se heredan, de manera que así encontramos ahora la unidad temática y emocional de este disco bajo el sugestivo y preciso nombre de ANCESTRES (en catalán) dedicado no sólo a grandes compositores sino a quien enseñó en Chile y dio vida y música a estos dos chilenos: el maestro Eulogio Dávalos Román.

O. R.

—Apareció—

Orlando Millas
DE O'HIGGINS A ALLENDE
Páginas de la Historia de Chile

Un libro en que se rescatan polémicamente, en debate abierto, algunos grandes momentos de la Historia de Chile. Un conjunto de trabajos sobre O'Higgins, Portales, Balmaceda, Recabarren y Allende, en que se procura salir al encuentro de las tergiversaciones y desinformación impuestas en Chile por la Dictadura.

400 páginas. US. \$ 11.—

—Aparecerá en septiembre—

VOLODIA TEITELBOIM
Viaje al país prohibido

Una inmersión profunda en el Chile actual, vista y sentida por un exiliado que después de catorce años de ausencia, vuelve por un tiempo a su patria, vive todo el peso de los cambios y traza un cuadro estremecedor y completo de la realidad chilena.

Haga sus pedidos a:
EDICIONES MICHAY, S. A.

Arlabán, 7, of. 49
28014 Madrid
España

araucaria

de Chile

Rellene este cupón, hoy mismo, y envíelo con el cheque o referencia de giro postal a:

EDICIONES MICHAY, S. A.
Arlabán, 7, of. 49
18014 Madrid - ESPAÑA
Tel. 232 47 58

Deseo suscribirme a *Revista Araucaria de Chile* por:

☐ 1 año (4 números) ☐ 2 años (8 números)

D.

Domicilio

Provincia País

Forma de pago:

☐ Cheque a nombre de *Ediciones Michay, S. A.*

☐ Giro Postal n.º de fecha

Precios

	Ejemplar	1 año	2 años
EUROPA Y NORTEAMERICA	10 U\$	35 U\$	65 U\$
AMERICA LATINA	7 U\$	25 U\$	35 U\$

